

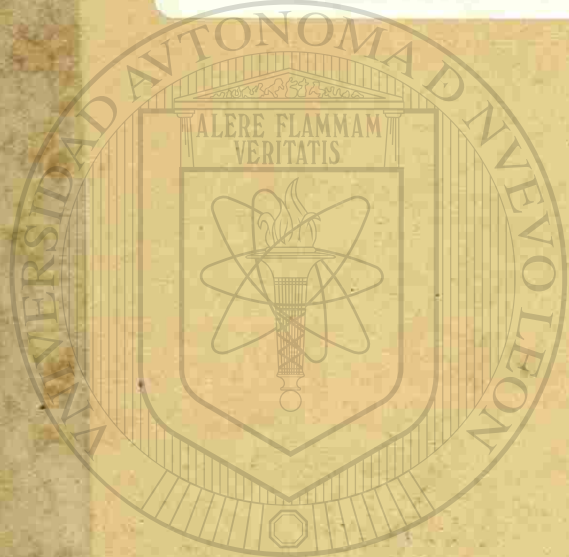
PQ2496

A51

v. 1



1020026884



UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

800



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

L'ASSOMMOIR

Núm. Clas. _____
 Núm. Autor. _____
 Núm. Adq. 286a
 Procedencia 30841
 Precio -8-
 Fecha _____
 Clasific. _____
 Catálogo leg (R)

OBRAS DE EMILIO ZOLA

de venta en esta Casa Editorial

Naná	2 tomos
L' Assommoir	2 »
Teresa Raquin	1 »
Los Misterios de Marsella	1 »
La Débacle	2 »
Lourdes	2 »
Roma	2 »
París	2 »
Fecundidad	2 »
Trabajo	2 »
Verdad	2 »
Epistolario	1 »
Sidonio y Mederico	1 »
La confesión de Claudio	1 »
A orillas del mar	1 »
El capitán Burle.	1 »
Naida Micolin	1 »
La voluntad de una muerta	1 »
Santiago Damour	1 »
La fiesta de Coquenille	1 »
Sin trabajo	1 »

L' ASSOMMOIR

(LA TABERNA)

POR

EMILIO ZOLA

TRADUCCIÓN

de

AMANCIO FERATONER

(Tercera edición)

TOMO PRIMERO

101168

BARCELONA
Casa Editorial Maucci
Mallorca, 166

BUENOS AIRES
Maucci Hermanos
Cuyo, 1070

30841

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

813
Z.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PQ 2496

A 51

v. 1

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Compuesto en máquina TYPOGRAPH.—Barcelona.



PREFACIO

Los *Rougon Macquart* deben formar una veintena de novelas. Trazado, desde 1869, el plan general, lo sigo con extremado rigor. *L' Assommoir* ha llegado á su vez, la he escrito, como escribiré las demás, sin desviarme ni un segundo de mi recta. En ello está mi fuerza. Tengo una meta á la que me dirijo.

Cuando apareció el *Assommoir* en un periódico, fuí atacado con una brutalidad sin ejemplo, denunciado, acusado de todos los crímenes imaginables. ¿Será menester explicar aquí, en unas cuantas líneas, mis intenciones de escritor? He querido pintar la decadencia fatal de una familia de obreros, en el apestado medio de nuestros arrabales. Al final de la borrachera y de la holgazanería, hállanse el relajamiento de los lazos de familia, las inmundicias de la promiscuidad, el olvido progresivo de los sentimientos de honradez y, como final catástrofe, la vergüenza y la muerte. La moral en acción, sencillamente.

L' Assommoir es, de seguro, el más casto de mis libros. A menudo he debido tocar úlceras muy diferentemente espantosas. La forma sola ha causado espanto. Hánse enojado contra las palabras. Mi crimen consiste en haber tenido la curiosidad literaria de recoger y de vaciar en un molde muy estudiado, el lenguaje del pueblo. ¡Ah! la forma, ¡ved ahí el gran crimen! Y sin embargo, existen diccionarios de esta lengua, hay literatos que la estudian y gozan con su *verdor*, y con lo imprevisto y lo vigoroso de sus imágenes. Es un bocado delicioso para los gramáticos investigadores. No importa; nadie ha sabido ver que mi deseo era hacer un trabajo puramente filológico, que considero de vivo interés histórico y social.

Por lo demás, no pretendo defenderme. Mi obra me defenderá. Es una obra verdad, la primera novela sobre el pueblo, que no miente y que, por decirlo así, huele á pueblo. Y no se deduzca de ahí que el pueblo entero es malo, porque mis personajes no son malos, son ignorantes y están corrompidos gracias al rudo trabajo y á la miseria en que viven. Preciso sería leer mis novelas, comprenderlas y abarcar con claridad su conjunto antes de emitir los juicios grotescos y odiosos que sobre mi persona y sobre mis obras circulan. ¡Ah, si se supiese cuánto no se ríen mis amigos de la estupefaciente leyenda con que se divierte á la multitud! ¡Si se supiese hasta qué grado el bebedor de sangre, el novelista feroz es un digno burgués, un hombre consagrado al estudio y al arte, que vive cuerdamente en su rincón, y cuya ambición sola consiste en dejar una obra tan amplia y tan duradera como le sea dable! No desmentiré conseja alguna; trabajo y me remito al tiempo y á la buena fe pública para que se descubran al fin mis intenciones bajo el montón de las necesidades sobre mí hacinadas.

EMILIO ZOLA

L' ASSOMMOIR

I

Gervasia había esperado á Lantier hasta las dos de la madrugada. Después, tiritando por haber permanecido en camisa al aire frío de la ventana, habíase adormecido, echada en la cama, calenturienta, bañada en llanto sus mejillas. Desde hacía ocho días, al salir del «Veau à deux têtes», donde comían, la mandaba irse á acostar con los niños y no aparecía en casa sino muy avanzada la noche, pretextando que andaba en busca de trabajo. Aquella noche, y mientras espía-ba su regreso, creyó Gervasia haberle visto entrar en el baile del «Gran Balcón», cuyas diez ventanas resplandecientes lanzaban una sábana de luz sobre la oscura entrada de los bulevares exteriores; y en pos de él, había percibido á la Adelita, una bruñidora que comía en el mismo restaurant que ellos, caminando á cinco ó seis pasos de distancia, colgantes las manos, como si acabaran de desprenderse de su brazo, para no pasar juntos bajo la cruda claridad de los globos de la puerta.

Las cinco serían, cuando despertó Gervasia, entumecida, los riñones doloridos, y prorrumpió en llanto. Aún no había vuelto Lantier. Por vez primera, no dormía en casa. Permaneció sentada á la orilla de la cama, bajo el jirón de descolorida cretona que pendía del arco atado al techo por un bramante. Y, lentamente, sus ojos, nublados por el llanto, recorrían la miserable

Por lo demás, no pretendo defenderme. Mi obra me defenderá. Es una obra verdad, la primera novela sobre el pueblo, que no miente y que, por decirlo así, huele á pueblo. Y no se deduzca de ahí que el pueblo entero es malo, porque mis personajes no son malos, son ignorantes y están corrompidos gracias al rudo trabajo y á la miseria en que viven. Preciso sería leer mis novelas, comprenderlas y abarcar con claridad su conjunto antes de emitir los juicios grotescos y odiosos que sobre mi persona y sobre mis obras circulan. ¡Ah, si se supiese cuánto no se ríen mis amigos de la estupefaciente leyenda con que se divierte á la multitud! ¡Si se supiese hasta qué grado el bebedor de sangre, el novelista feroz es un digno burgués, un hombre consagrado al estudio y al arte, que vive cuerdamente en su rincón, y cuya ambición sola consiste en dejar una obra tan amplia y tan duradera como le sea dable! No desmentiré conseja alguna; trabajo y me remito al tiempo y á la buena fe pública para que se descubran al fin mis intenciones bajo el montón de las necesidades sobre mí hacinadas.

EMILIO ZOLA



L' ASSOMMOIR

I

Gervasia había esperado á Lantier hasta las dos de la madrugada. Después, tiritando por haber permanecido en camisa al aire frío de la ventana, habíase adormecido, echada en la cama, calenturienta, bañada en llanto sus mejillas. Desde hacía ocho días, al salir del «Veau à deux têtes», donde comían, la mandaba irse á acostar con los niños y no aparecía en casa sino muy avanzada la noche, pretextando que andaba en busca de trabajo. Aquella noche, y mientras espía-ba su regreso, creyó Gervasia haberle visto entrar en el baile del «Gran Balcón», cuyas diez ventanas resplandecientes lanzaban una sábana de luz sobre la oscura entrada de los bulevares exteriores; y en pos de él, había percibido á la Adelita, una bruñidora que comía en el mismo restaurant que ellos, caminando á cinco ó seis pasos de distancia, colgantes las manos, como si acabaran de desprenderse de su brazo, para no pasar juntos bajo la cruda claridad de los globos de la puerta.

Las cinco serían, cuando despertó Gervasia, entumecida, los riñones doloridos, y prorrumpió en llanto. Aún no había vuelto Lantier. Por vez primera, no dormía en casa. Permaneció sentada á la orilla de la cama, bajo el jirón de descolorida cretona que pendía del arco atado al techo por un bramante. Y, lentamente, sus ojos, nublados por el llanto, recorrían la miserable

Habitación, amueblada con una cómoda de nogal, faltá de un cajón, tres sillas de paja y una mesita grasienta sobre la cual yacía un jarro de agua desportillado. Habíase agregado, para los niños, una cama de hierro, colocada delante de la cómoda y que llenaba las dos terceras partes de la habitación. La maleta de Gervasia y de Lantier, abierta en un rincón, mostraba sus flancos vacíos, un sombrero viejo de hombre en el fondo, sepultado bajo un montón de camisas y calcetines sucios; en tanto que, á lo largo de las paredes, sobre el respaldo de los muebles, colgaba un chal agujereado, un pantalón rozado por el barro, últimas prendas que hasta los traperos despreciarían. En el centro de la chimenea, entre dos desapareados candeleros de zinc, había un paquete de papeletas del Monte de Piedad, de color rosa claro. Y era la mejor habitación del hotel, la del piso primero, con vistas al bulevar.

Entretanto, acostados uno al lado del otro y reposando sus cabezas sobre la misma almohada, dormían los dos niños. Claudio tenía ocho años, sacaba sus manecitas fuera de la sábana y respiraba lentamente, mientras que Esteban, que sólo contaba cuatro años, sonreía, rodeando con su brazo el cuello de su hermano. Al fijar la madre en ellos su mirada anegada en lágrimas, tuvo una nueva crisis de sollozos. Tapóse la boca con un pañuelo para sofocar los ligeros gritos que se le escapaban. Y, descalzos los pies, sin pensar en ponerse los caídos zapatos, volvió á ponerse de codos en la ventana, reanudando su espera de la noche, interrogando las aceras, á lo lejos.

El hotel se hallaba sito en el bulevar de la Chapelle, á izquierda de la barrera Poissonnieres. Era una casucha de dos pisos, pintada su fachada, hasta el segundo, de color de heces de vino, con persianas carcomidas por la lluvia. Por encima de un farol de vidrios rotos, conseguíase leer entre las dos ventanas: «Hotel Boucœur, á cargo de Marsoullier», en grandes letras amarillas, deterioradas en parte por las desquebrajaduras del yeso. Gervasia, á quien el farol estorbaba en su investigación, alzabase sobre las puntas de los pies, sin separar de sus labios el pañuelo. Ora miraba hacia la derecha, por la parte del bulevar de Rochechouart,

donde se agrupaban los carniceros, provistos de sus sangrientos delantales, delante de los mataderos; y el viento, por aquella dirección, aportaba á ráfagas una hediondez, olor nauseabundo de reses muertas. Ora miraba á izquierda, siguiendo con la vista un largo cordón de avenida, deteniéndose, casi enfrente de ella, ante la masa blanca del Hospital de Laribossiere, á la sazón en construcción. Lentamente, de uno á otro extremo del horizonte, recorría la muralla del resguardo, tras de la cual oía á veces durante la noche, ayes de asesinados, y escudriñaba las esquinas recónditas, los más sombríos rincones, ennegrecidos por la humedad y la basura, temiendo descubrir el cuerpo de Lantier, agujereado el vientre á cuchilladas. Cuando alzaba los ojos, más allá de esa muralla gris é interminable que circuía la villa, percibía un gran resplandor, una polvareda de sol, acompañada ya del susurro matinal de París. Mas siempre volvía á la barrera Poissonnieres, alargado el cuello, dándole un vértigo al ver pasar, entre las dos rechonchas casillas del resguardo, el continuo oleaje de hombres, de animales y de carretas que descendía de las alturas de Montmartre de la Chapelle. Era aquello un pataleo de ganados, una muchedumbre que, detenida bruscamente, se extendía en pantanos sobre el arroyo, un desfile sin fin de obreros encaminándose al trabajo, con sus herramientas á la espalda y su pan debajo del brazo; y la baraunda se sumergía en París donde se anegaba, continuamente. Cuando Gervasia, entre toda esa multitud, creía reconocer á Lantier, inclinábase atrevida fuera de la ventana, á riesgo de caer; después apoyaba con mayor violencia su pañuelo contra los labios como para reprimir su dolor.

Una voz alegre y juvenil le obligó á abandonar la ventana.

—¿No está el patrón en casa, señora Lantier?

—No, señor Coupeau — respondió procurando sonreír.

El recién venido era un plomero que ocupaba en el piso alto del hotel, un cuarto de diez francos de alquiler. Llevaba su morral á la espalda. Viendo, al

bajar, la llave en la cerradura, había penetrado, como amigo, en la habitación.

—Ya lo sabéis—continuó;—trabajo ahí enfrente, en el Hospital... ¡hermoso mes de mayo! ¿verdad? Pica... pica fuerte esta mañana.

Y contemplaba el rostro de Gervasia, que el llanto enrojeciera. Cuando vió que la cama estaba sin deshacer, meneó la cabeza; después, llegóse junto al lecho de los niños que continuaban dormidos con su rosada faz de querubines, y bajando la voz:

—¡Vaya! el patrón no se porta bien, por lo visto... No os desconsoléis, señora Lantier. La política le ocupa mucho: el otro día, cuando se votó en favor de Eugenio Sue, buen sujeto, según dicen, estaba hecho un loco. Tal vez haya pasado la noche en compañía de amigos hablando mal de ese crápula de Bonaparte.

—No, no—murmuró Gervasia haciendo un esfuerzo;—no es lo que pensáis. De sobra sé dónde está Lantier... También tenemos nosotras nuestras desazones, como todo el mundo. ¡Dios mío!...

Coupeau guiñó un ojo demostrando que no se dejaba engañar por aquel embuste. Y partió, después de haberse ofrecido á subir la leche, si Gervasio no quería salir. Era Gervasia una buena y hermosa mujer, que podía con toda seguridad contar con él, el día en que se encontrase apurada. Cuando se hubo alejado, volvió ella á asomarse á la ventana.

En la barrera continuaba el patear de los ganados, en el frío de la mañana. Distinguíanse los cerrajeros por sus mandiles azules; los albañiles por sus chaquetas blancas, y los pintores por sus gabanes debajo de los cuales aparecían largas blusas.

Esta muchedumbre, de lejos, presentaba un aspecto confuso, un matiz neutro, donde dominaban el azul descolorido y el gris sucio. De vez en cuando, deteníase un obrero, encendía su apagada pipa mientras que á su lado pasaban otros, sin dirigir una sonrisa ni una palabra á su compañero: todos con las mejillas terrosas, la faz dirigida hacia Paris que, uno á uno, los devoraba por la anchurosa boca del arrabal Poissonnières. A la puerta de los dos taberneros que en aquel momento abrían sus establecimientos, algunos afloja-

ban el paso; y antes de entrar, parábanse en el extremo de la acera, dirigiendo miradas oblicuas á Paris con los brazos flojos, predisuestos ya á un día de holganza. Una vez ante los mostradores, ofrecíanse los grupos rondas, olvidándose de sí propios, en pie, llenando las salas, escupiendo, tosiendo, aclarándose el gáznate á fuerza de copas.

Gervasia atisbaba, á izquierda de la calle, la taberna del tío Colombe, donde creía haber visto á Lantier, cuando una mujer regordeta, con la cabeza descubierta y puesto el delantal, la interpeló desde mitad del arroyo.

—¡No estáis poco madrugadora, señora Lantier!

Gervasia se inclinó.

—¡Calla!... ¿sois vos, señora Boche?... ¡Ah! ¡Tengo tanto que hacer hoy!

—Sí, ¿verdad? Y además, las cosas no se hacen por sí solas.

Y entablóse una conversación desde la ventana al arroyo. Era la señora Boche portera de la casa cuyos bajos ocupaba el restaurant del «Veau a deux têtes». A menudo Gervasia había esperado á Lantier en la portera para no sentarse sola á la mesa en compañía de todos los hombres que solían comer á su lado. La portera refirió que iba á dos pasos de allí, á la calle de la Charbonnière, para encontrar todavía en la cama á un empleado, de quien su marido no podía cobrar el arreglo de una levita. Después habló de uno de sus inquilinos que, la víspera, había entrado en su cuarto con una mujer, y que no dejaron dormir á los vecinos hasta las tres de la madrugada. Y, á la vez que charlaba, analizaba el rostro de la joven, con curiosidad aguda; diríase que al iniciar su conversación, sólo la indujera el deseo de «saber».

—¡Qué! ¿Todavía está acostado el señor Lantier?—preguntó bruscamente.

—Sí, aún duerme—contestó Gervasia, ruborizándose á su pesar.

La señora Boche vió que las lágrimas comenzaban á bañar los ojos de la joven; y satisfecha, sin duda, alejábbase tratando á los hombres de maldecidos haraganes, cuando volvió á desandar unos pasos, gritando:

—¿Pensáis ir al lavadero esta mañana?... Tengo que lavar algunos trapos; os guardaré sitio á mi lado y luego, cual movida por súbita compasión:

—¡Pobrecilla! ¡cuánto mejor haríais no estando en la ventana! Vais á coger algún dolor... Estáis amaratada.

Gervasia se aferró todavía á la ventana durante dos horas mortales, hasta las ocho. Ya estaban abiertas las tiendas. Había cesado el oleaje de blusas descendiendo de las alturas; únicamente algunos rezagados franqueaban la barrera á grandes zancadas. En las tabernas los perezosos, en pie, continuaban bebiendo; tosiendo, escupiendo. A los obreros habían subseguido las obreras, las bruñidoras, las modistas, las floristas, arrebujándose en sus delgadas vestiduras, trotando á lo largo de los bulevares exteriores; caminaban en grupos de tres ó cuatro, charlaban vivamente, sembrando á su alrededor alegres sonrisas y relucientes miradas; de vez en cuando, alguna, sola, delgada, pálida, seguía la muralla del resguardo, evitando los montones de basura. Después, pasaron los empleados, soplando los dedos, comiéndose su panecillo de un sueldo sin detener el paso; jóvenes unos enflaquecidos, con los pantalones cortos por demás, entornados los ojos y nublados todavía por el sueño; viejos otros arrastrando los pies al andar, verdosa la faz, desgastada por luengas horas de oficina, consultando su reloj para concertar su paso con el tiempo de que disponían aún. Y los bulevares habían recobrado su pacífico aspecto matinal; los rentistas de la vecindad paseábanse al sol; las madres, sin peinar, sucios sus vestidos, mecían en sus brazos á sus rorros, cuyos pañales iban cambiando á medida que lo requerían; mientras que un tropel de chiquillos, con los mocos colgando, á medio vestir, golpeábanse, arrastrábanse por el suelo entre chillidos, risas y llantos. Entonces creyó ahogarse, presa de un vértigo de angustia, próxima á desesperar; parecía que todo había concluido, que el fin del mundo era llegado y Lantier no volvería. Su vago mirar erraba desde los antiguos mataderos ennegrecidos por sus matanzas y su hediondez, hasta el hospital nuevo, pálido, que mostraba, á través de los hue-

cos todavía abiertos de sus ventanas, las desnudas cuerdas donde la muerte debía residir más adelante. Enfrente de ella, por detrás de la muralla del resguardo, el cielo brillante, la salida del sol que se agrandaba por cima del despertar enorme de París, la deslumbraba.

Sentada estaba en una silla, colgantes sus brazos, sin llorar ya, cuando Lantier entró tranquilamente.

—¡Eres tú! ¡eres tú!—exclamó intentando arrojarse á su cuello.

—Sí; soy yo ¿y qué?—repuso él.—¿Vas á empezar con tus necedades, tal vez?

Y la apartó de sí. Después, con un gesto de mal humor, lanzó al vuelo su sombrero de fieltro negro sobre la cómoda. Era un mozo de veintiseis años, bajito, muy moreno, de linda presencia, pequeño bigote, el cual siempre estaba retorciendo con un movimiento maquinal de la mano. Vestía blusa de obrero sobre una vieja levita manchada, abotonada, y al hablar se le notaba un marcadisimo acento provenzal.

Gervasia, aplomada en su silla, quejábase dulcemente, con cortas frases.

—No he podido pegar los ojos... Creí que te habían dado un mal golpe... ¿Dónde has ido? ¿dónde has pasado la noche?... ¡Dios mío!... No vuelvas á hacerlo... Me volvería loca... Di, Augusto, ¿dónde has ido?

—¡Donde tenía que hacer, pardiez!—contestó él encogiéndose de hombros.—A las ocho estaba en la Glaciere, en casa de ese amigo que debe montar una fábrica de sombreros. Se me pasó el tiempo. Entonces he preferido acostarme... Además, ya tú sabes que no gusto que me espíen. ¡Déjame en paz!

La joven volvió á sollozar. Las voces, los bruscos movimientos de Lantier, que removía las sillas, acababan de despertar á los niños. Incorporáronse éstos, semidesnudos, desenredando sus cabellos con sus manecitas; y oyendo llorar á su madre, exhalaron gritos terribles, llorando ellos también con sus apenas entreabiertos ojos.

—¡Ya tenemos música!—gritó furioso Lantier.—Os advierto que si esto sigue, vuelvo á tomar soleta; ¡y

esta vez para siempre! ¿No queréis callaros? ¡Buenas noches! ¡me vuelvo al sitio de donde he venido!

Había tomado ya su sombrero de encima de la cómoda. Pero Gervasia se abalanzó, balbuceando:

—¡No, no!

Y sofocó las lágrimas de los niños á fuerza de caricias. Besaba sus cabellos y los volvía á arropar, prodigándoles tiernas palabras. Calmados los niños, en seguida, sonriéndose, reclinados sobre la almohada, se entretenían en pellizcarse. Entre tanto, el padre, sin ni siquiera quitarse las botas, habíase tendido sobre la cama muerto de fatiga, marmórea la faz por una noche pasada de fatiga, marmórea la faz por una noche pasada de fatiga, marmórea la faz por una completamente abiertos, recorría la habitación.

—¡Qué limpio está esto!—murmuró.

Y luego, después de haber contemplado un instante á Gervasia, añadió malignamente:

—¿No te lavas ya la cara?

Gervasia sólo tenía veintidós años; era alta, un poco delgada, con rasgos delicados, aunque ajados ya por las rudezas de la vida. Despeinada, en chancas, tirando bajo su camiseta blanca donde los muebles dejaran algo de su polvq y de su grasa, parecía envejecida en diez años por las horas de angustia y de lágrimas que acababa de pasar. La pregunta de Lantier, la sacó de su actitud miedosa y resignada.

—Eres injusto—dijo animándose.—Bien sabes que hago cuanto puedo. No es culpa mía si hemos venido á parar á este sitio... Quisiera ver qué harías tú, con los dos chicos en una habitación donde ni siquiera hay un mal hornillo para calentar el agua... Más hubiera valido, cuando llegamos á París, en vez de comernos tu dinero, establecernos desde luego, como me ofreciste.

—¡Dime!—gritó Lantier,—¿no me has ayudado tú á comerlo? y ¿ahora se te ocurre echármelo en cara? Mas Gervasia, aparentó no oírle, y continuó:

—En fin, un poco de ánimo, todavía podemos salir del atolladero... Anoche he hablado con la señora Faconnier, la lavandera de la calle Neuve; dice que el lunes empezará á darme trabajo. Si tú consigues colocarte en casa de tu amigo, en la Glaciere, nos ponemos

á flote antes de seis meses, el tiempo necesario para equiparnos y alquilar un rincón en cualquier parte, donde nos hallemos en nuestra casa... ¡Oh! será preciso trabajar, trabajar...

Lantier se volvió de cara á la pared, con aire de aburrimiento. Entonces Gervasia, exasperada:

—Sí, sí; ya sé que no te morirás trabajando. La ambición te domina; quisieras vestir á lo señorito y pasear mujerzuelas vestidas de seda ¿verdad? Ya no me encuentras de tu gusto, después de haberme obligado á llevar todas mis ropas al Monte de Piedad... ¡Vaya, Augusto! no quería hablarte de ello todavía; habria tenido paciencia: sé dónde has pasado la noche: te he visto entrar en el «Gran Balcón» con esa arrastrada Adela. ¡Ah! ¡qué bien las eliges! ¡á fe que la tal es limpia! razón tiene dándose aires de princesa. Todos los parroquianos del restaurant se han acostado con ella.

De un salto lanzóse Lantier al suelo. Sus ojos habían adquirido un tinte negro en su verdosa faz. En este hombrecillo la cólera anunciaba tempestad.

—¡Sí, sí; con todos los del restaurant!—repitió Gervasia.—La señora Boche va á ponerlas en la calle, á ella y á la desvergonzada de su hermana, porque siempre tienen en la escalera una cola de hombres.

Lantier alzó los puños; después, resistiendo á la necesidad de pegarle, la cogió de los brazos, la sacudió violentamente, tirándola sobre la cama de los niños que empezaron de nuevo á vociferar. Y volvió á tenderse tartamudeando, con la expresión feroz del hombre que toma una resolución, ante la cual todavía vacilaba:

—No sabes lo que has hecho, Gervasia... Ya te arrepentirás.

Durante un breve rato los niños sollozaron. Su madre, encorvada á orilla de la cama, los estrechaba en un mismo abrazo, y repetía esta frase, una y veinte veces, con monótono acento:

—¡Ah! ¡si no estuviérais aquí vosotros, pobres hijos míos!... ¡si no estuviérais aquí!... ¡si no estuviérais aquí!

Tranquilamente tendido, fijos los ojos en el jirón

de desteñida colgadura, Lantier no la escuchaba, preocupado en una idea fija. Así pasó cerca de una hora, sin ceder al sueño, á pesar de la fatiga que sobre sus párpados pesaba. Cuando se volvió, apoyándose sobre el codo, pintadas en su faz la dureza y la resolución, Gervasia concluía de arreglar el cuarto. Hacía la cama de los niños, á los cuales acababa de levantar y vestir. La vió dar una escobada y limpiar los muebles; y sin embargo, la habitación continuaba negra, lamentable, con su techo ahumado, su papel despegado por la humedad, sus tres sillas y su cómoda desvencijadas, donde la grasa se aferraba y exhibía cual mofándose de la limpieza.

Luego, en tanto que Gervasia se lavaba la cara, después de haber alisado sus cabellos ante un espejillo, redondo, colgado de la falleba, que le servía para afeitarse, examinaba Lantier sus brazos desnudos, su cuello también desnudo, todas las desnudeces que la joven mostraba, cual si en su espíritu se estableciesen comparaciones. Hizo con los labios una mueca de desdén. Gervasia cojeaba de la pierna derecha; mas no se le notaba sino los días de gran faena, cuando se abandonaba, molidas las caderas. Aquella mañana, destrozada por la mala noche, arrastraba la pierna, y se apoyaba en la pared para andar.

Reinaba el silencio, ni una palabra se había vuelto á cruzar entre ellos. El, parecía esperar. Ella, royendo su dolor, esforzándose en aparentar un aire indiferente, se daba prisa. Notando que hacía un lío con la ropa sucia echada en un rincón, detrás de la maleta, despegó por fin los labios él, preguntando:

—¿Qué estás buscando?... ¿A dónde vas?

Gervasia no respondió en seguida. Luego, cuando él reiteró su pregunta, furiosamente, decidióse:

—¿No lo ves acaso?... Voy á lavar todo esto... Los chicos no pueden vivir entre cazcarría...

Dejóla recoger dos ó tres pañuelos. Y al cabo de un nuevo silencio, añadió:

—¿Tienes dinero?

Bruscamente Gervasia incorporóse, mirándole fijamente, sin soltar las camisas sucias de los chicos que tenía en la mano.

—¡Dinero! ¿de dónde quieres que lo haya robado? Ya sabes que anteayer me dieron tres francos del empeño de mi falda negra. Desde entonces hemos almorzado dos veces. ¡Y no se gasta poco en la tocinería!... No, sin duda; no tengo dinero. No tengo más que cuatro sueldos para el lavadero... No lo gano yo como ciertas mujeres...

Lantier no se paró en esta alusión; había bajado de la cama, y revistaba los pocos guñapos que pendían de la pared. Por fin, descolgó el pantalón y el chal, abrió la cómoda, añadió al paquete dos chambras y una camisa de mujer; después, echando el lío sobre los brazos de Gervasia:

—Toma, lleva eso al «quitamanchas».

—¿Quieres que lleve también los niños allí?—preguntó la joven.—¡Ah! ¡si prestaran algo por las criaturas, no sería poca ganga!

Y sin embargo, se dirigió hacia el Monte de Piedad. De regreso, á la media hora, puso una moneda de cinco francos sobre la chimenea, reuniendo la papeleta con las demás entre los dos candeleros.

—He ahí lo que me han dado. Yo pedía seis francos, mas no ha habido medio de lograrlo. ¡Oh! no se arruinarán... ¡Y siempre se encuentra aquello lleno de gente!

No cogió Lantier inmediatamente la moneda. Hubiera preferido que la hubiese cambiado en sueldos Gervasia, para dejarle algo. Decidióse, empero, á meterse en el bolsillo del chaleco, al advertir, en la cómoda, un trozo de resto de jamón, envuelto en un papel, y una rebanada de pan.

—No he ido á casa de la lechera, porque le debemos la cuenta de ocho días—continuó Gervasia.—Pero pronto estaré de vuelta, tú bajarás á comprar pan y unas cuantas chuletas empanadas, durante mi ausencia, y luego almorzaremos... Tráete también un litro de vino.

Lantier no replicó. Parecía restablecerse la paz. La joven completaba el lío de ropa sucia. Mas cuando quiso coger las camisas y los calcetines de Lantier del fondo de la maleta, le ordenó éste que lo dejara.

—¡Deja mi ropa! ¿oyes? ¡no lo quiero!

—¿Qué es lo que no quieres?—preguntóle ella incorporándose.—¿Creo que no pensarás volverte á poner estas porquerías? hay que lavarlas.

Y mientras hablaba, examinábale, inquieta, encontrando en su rostro de lindo mozo la misma dureza; cual si nada, en lo sucesivo, debiese doblegarse. El se enfadó, le arrancó de las manos la ropa, arrojándola en el baúl.

—¡Rayos de Dios! ¡obedéceme de una vez! ¡cuando te digo que no quiero!

—Pero ¿por qué?—repuso ella, palideciendo, herida de una sospecha terrible...—En este momento no necesitas tus camisas, no has de salir... ¿qué te importa, pues, que me las lleve?

Vaciló Lantier un momento, molestado por las ardientes miradas que en él fijaba Gervasia.

—¿Por qué? ¿por qué?—tartamudeó...—¡Pardiez! para que vayas diciendo por todas partes que me mantienes, que me lavas, que recoses mi ropa. ¡Pues bien! ¡eso me fastidia! Cuida de tus cosas, que yo cuidaré de las mías... Las lavanderas no trabajan para los perros.

Gervasia suplicó, negó haberse quejado vez alguna; mas él cerró brutalmente el baúl, sentóse encima y le gritó: ¡No! en la faz. ¡Era muy dueño de lo que le pertenecía! Después, para escapar á las miradas con que le perseguía la joven, volvió á tenderse en la cama, diciendo que tenía sueño, y que no le devanase más los sesos. Esta vez, en efecto, pareció dormirse.

Permaneció indecisa un momento Gervasia. Tentaciones dábanle de pegar un puntapié al lío de ropa, sentarse y coser. La respiración regular de Lantier, acabó por tranquilizarla. Cogió la bola de añil y el trozo de jabón, restos de su anterior jabonadura, y acercándose á los niños que tranquilamente jugaban con viejos tapones, junto á la ventana, les besó, diciéndoles en voz baja:

—Que seáis buenos, no hagáis ruido. Papá duerme.

Cuando salió de la habitación, las dulces risas de Claudio y de Esteban, resonaban solas en el gran silencio, bajo el negro techo. Eran las diez. Un rayo de sol penetraba por la entreabierta ventana.

Llegada al bufevar, torció Gervasia hacia la izquierda, y siguió la calle Neuve de la Goutte d'Or. Al pasar por delante de la tienda de la señora Fauconnier, saludó con una ligera inclinación de cabeza. El lavadero estaba situado hacia la mitad de la calle, en el sitio en que el empedrado comenzaba á ascender. Encima de un edificio chato, mostraban sus redondeces grises; tres enormes depósitos de agua, cilindros de zinc fuertemente claveteados; mientras que, á espaldas, elevábase el secadero, un segundo piso muy alto, cerrado por todos lados con persianas de delgadas hojas, á través de las cuales pasaba libremente el aire, y que permitían ver la ropa que estaba secándose tendida sobre alambres. A derecha de los depósitos, la estrecha chimenea de la máquina de vapor, lanzaba, con ruido y regular aliento, bocanadas de humo blanco. Gervasia, sin remangarse las enaguas, como mujer acostumbrada á andar entre charcos, penetró por la puerta que estaba casi obstruída con vasijas de legía. Conocía ya á la dueña del lavadero, una mujercita delicada, de ojos enfermizos, sentada en un gabinete cerrado con vidrieras, teniendo ante sí los libros de registro, barras de jabón sobre unos vasares, bolas de añil en frascos, y libras de carbonato de sosa en paquetes. Y, al pasar, pidióle su papeleta y su cepillo, que le había encargado le guardara cuando su anterior lavado. Después, tomó su número de orden, y entró.

Era un inmenso cobertizo, de techo plano, con vigas aparentes, sostenido por columnas de hierro fundido, y cerrado por anchas ventanas claras. Una luz neblinosa pasaba á través del vapor caliente de la colada, suspendido como lechosa niebla. De ciertos lados ascendían humos, extendiéndose, anegando los fondos con un azulado velo. Llovía allí una humedad pesada, sobrecargada de olor jabonoso; y de vez en cuando dominaban soplos más fuertes de legía. A lo largo de las baterías, á los lados del paso central, había filas de mujeres, desnudos los brazos hasta las espaldas, desnudo el cuello, remangadas las enaguas, mostrando medias de color y zapatos gruesos y atados. Golpeaban furiosamente, reían, volviéndose para lanzar una palabra en aquella batahola, inclinábanse hacia el

fondo de sus vasijas, cochinas, brutales, desmádejadas, empapadas como por un chaparrón, enrojecidas y humeantes sus carnes. En torno de ellas, por debajo de ellas, corría un gran arroyo; los cubos de agua caliente volteados y vaciados de un golpe, los grifos de agua fría abiertos manando desde lo alto, las salpicaduras de las paletas, el gotear de las ropas aclaradas formaban pantanos donde pateaban, trocándose en riachuelos que se deslizaban sobre los ladrillos colocados en declive. Y en medio de los gritos, de los golpes cadenciosos, del ruido murmurante de lluvia, de aquel clamor de tempestad apagándose bajo el mojado techo, la máquina de vapor, a la derecha, blanqueada por un leve rocío, jadeaba y roncaba sin cesar, con la danzadora trepidación de un volante que parecía regular la enormidad de aquel alboroto.

Gervasia, entre tanto, seguía despacio el paso central, dirigiendo miradas á derecha y á izquierda. Llevaba su lío colgado del brazo, alta la cabeza, cojeando mucho más en el vaivén de las lavanderas que la codeaban.

—¡Eh! ¡por aquí, hija mía!—gritó la gruesa voz de la señora Boche.

Después, cuando la joven se reunió á ella, colocándose á su izquierda, la portera, que restregaba furiosamente un calcetín, empezó á charlar con cortas frases, sin dejar su tarea:

—Poneos ahí, os he reservado vuestro sitio... ¡oh! no tardaré en estar lista, Boche apenas ensucia su ropa... ¿y vos? tampoco tenéis gran faena ¿eh? No es grande vuestro lío. Antes de medio día habremos concluido, y podremos irnos á almorzar... Antes daba yo mi ropa á una lavandera de la calle Poulet; pero me lo destrozaba todo con su cloro y sus cepillos... Así todo queda en casa... No hay más gasto que el jabón... Esas camisas deberíais haberlas echado en la colada... Los chiquillos, ¡a fel diríase que tienen hollín en el trasero.

Gervasia deshacía su lío, extendía las camisas de niños; y como la señora Boche le aconsejase que tomara un cubo de legía, respondióle;

—¡Oh! no, bastará el agua caliente... ya estoy acostumbrada á ello.

Había entresacado la ropa, poniendo á un lado las prendas de color. Luego, después de haber llenado su vasija con cuatro cubos de agua fría, tomados del grifo, que detrás de ella estaba, sumergió el montón de ropa blanca; y levantando sus faldas, recogiólas entre sus muslos, se metió en un cajón colocado á sus pies y que le llegaba hasta el vientre.

—¿Con que estáis acostumbrada, eh?—repetía la señora Boche.—Erais lavandera en vuestro pueblo ¿verdad, hija mía?

Gervasia, remangadas sus mangas, mostrando sus hermosos brazos de rubia, jóvenes todavía, apenas sonrosados en los codos, comenzaba á restregar su ropa. Acababa de extender una camisa sobre la angosta tabla de la batería, roída y blanqueada por el roce del agua; frotábala con jabón, la volvía, la frotaba del lado opuesto. Antes de contestar, empuñó su paleta, púsose á golpear, gritando sus frases y acentuándolas con golpes rudos y cadenciosos.

—Sí, sí, lavandera... A los diez años... Hace ya doce... ¡bamos al río... Olía mejor que aquí... Había un rinconcito debajo de los árboles, con el agua clara corriente... ¿en Plassans, sabéis?... ¿No conocéis Plassans?... cerca de Marsella.

—¡Qué barbaridad!—exclamó la señora Boche, admirada de la rudeza de los golpes de paleta;—¡vaya una hembra! ¡con sus bracitos de señora sería capaz de aplastar el hierro!

La conversación continuó en alta voz. A veces la portera se veía obligada á inclinarse para oír mejor. ¡Toda la ropa blanca fué paleteada, y de firme! Gervasia la sumergió de nuevo en la cuba, y la sacó pieza por pieza para jabonarla una segunda vez y cepillarla. Con una mano, sujetaba la ropa sobre una tabla; con la otra, armada del cepillo, sacaba una espuma sucia que caía formando chorros de baba. Entonces, al leve ruido del cepillar, reuniéronse y hablaron con mayor intimidad.

—No, no estamos casados—decía Gervasia.—No lo oculto, Lantier no es tan bueno que inspire á una

deseos de ser su mujer... ¡Si no hubiese de por medio los niños!... Yo tenía catorce años, y él diez y ocho, cuando di á luz el primero. El otro nació cuatro años después... La cosa sucedió, como sucede siempre, ya sabéis. Yo no era dichosa en mi casa: por un sí, por un no, papá Macquart me atizaba un puntapié en los riñones. En tales casos, á fe mía, se le ocurre á cualquiera distraerse fuera de casa. Nos hubiéramos casado; mas, no sé por qué, nuestros padres no quisieron.

Y sacudió sus manos, amoratadas bajo la espuma blanca.

—¡No es poco cruda el agua de París!—dijo.

La señora Boche lavaba actualmente despacio. Deteniase, haciendo que durara el jabonado, para permanecer allí, á fin de conocer aquella historia, que desde hacía quince días torturaba su curiosidad. En su gruesa faz resaltaba su boca entreabierta; sus ojos salientes, relucían. Pensaba, con la satisfacción de haber adivinado.

—Esto es; la muchacha habla demasiado. Están de perros.

Y luego, en alta voz:

—Conque ¿no se porta bien?

—¡No me habléis de eso!—repuso Gervasia. —En Plassans era muy bueno para mí: pero desde que vinimos á París no puedo hacer carrera de él... Habéis de saber que su madre murió el año pasado, dejándole poca cosa, unos mil setecientos francos. El quería venir á París. Yo, cansada de los mojicones y puntapiés de papá Macquart, consentí en partir con él; y vinimos con los dos chicos. Habíamos resuelto que yo me estableciera de lavandera y él se dedicaría á su oficio de sombrerero. Así hubiéramos sido felices... Pero, ¡qué queréis! Lantier es un ambicioso, un derrochador, un hombre que sólo piensa en divertirse. ¡En una palabra, no vale gran cosa!... Nos apeamos en el hotel Montmartre, calle Montmartre. Y empezaron comilonas, coches, teatro, un reloj para él, un vestido de seda para mí; pues no tiene mal corazón, cuando tiene dinero. Ya lo comprendéis, ¡la mar! de tal manera que á los dos meses estábamos en seco. Entonces vinimos á vi-

vir al hotel Boncoeur, y desde entonces ha empezado esta bendita vida...

Interrumpióse, sintiendo de improviso comprimida su garganta, reteniendo sus lágrimas. Había acabado de cepillar su ropa.

—Vamos á buscar agua caliente—murmuró.

Pero sumamente contrariada la señora Boche por esta interrupción en las confidencias, llamó al mozo del lavadero que acertaba á pasar:

—Oye, Carlitos, ten la bondad de traer un cubo de agua caliente á la señora, que tiene prisa.

El mozo cogió el cubo y lo trajo lleno. Gervasia pagó el sueldo que costaba. Vertió el agua caliente en la pila y jabonó la ropa por última vez, con las manos, inclinándose por encima de la tabla, en medio de un vapor que suspendía hilillos de humo gris de sus rubios cabellos.

—Tomad; ahí tenéis cristales de sosa—dijo amablemente la portera.

Y vertió en la pila de Gervasia los restos de un saquillo de carbonato de sosa que había llevado. Ofrecióle también agua de legía, mas la joven rehusó; aquello era bueno para las manchas de grasa y las manchas de vino.

—Presumo que es algo calaverilla—continuó la señora Boche, aludiendo á Lantier, sin nombrarlo.

Gervasia, doblada por los riñones, hundidas y crispadas las manos en la ropa, limitóse á mover la cabeza.

—Sí, sí—prosiguió la otra;—he observado muchas cosillas...

Mas detúvose, ante el brusco movimiento de Gervasia que se había enderezado, totalmente pálida y mirándola de hito en hito.

—¡Oh! no, ¡no sé nada!... Creo que le gusta bromear, pero nada más... Así es que, con las dos muchachas que viven en mi casa, Adela y Virginia, ya las conocéis, se chancea, y no pasa de ahí, estoy segura.

La joven, erguida ante ella, bañado su rostro en sudor, chorreando agua sus brazos, continuaba mirándola con la vista fija y profunda. Entonces la portera

se formalizó, propinándose un puñetazo en el pecho, dando palabra de honor. Y gritaba:

—¡Que no sé nada!... ¡cuando os lo aseguro!...

Después, calmándose, añadió con voz melosa, como si hablase con una persona á quien no conviene decirle la verdad:

—Por mi parte, encuentro franqueza en su mirada... ¡Se casará con vos, hija mía, os lo aseguro!...

Gervasia enjugóse la frente con su mojada mano. Después sacó del agua otra pieza de ropa, moviendo de nuevo la cabeza. Por un momento guardaron silencio las dos. En torno suyo el lavadero habíase apaciguado. Daban las once. La mitad de las lavanderas, sentada una pierna sobre el borde de sus pilas, con una botella de vino destapada á sus pies, comían salchichas que llevaban metidas en un pan. Sólo las mujeres de su casa que habían ido á lavar sus pequeños lios de ropa, dábanse prisa, mirando de vez en cuando el reloj colocado encima del escritorio. Todavía se dejaban oír algunos golpes de paleta, aislados, mezclados con risas y conversaciones que se confundían con un ruido glotón de mandíbulas; y en tanto la máquina de vapor, continuaba su faena, sin tregua ni descanso, parecía alzar la voz, vibrante, roncante, llenando la inmensa sala. Mas ni una sola de aquellas mujeres la escuchaba; era como la respiración del lavadero, un ardiente hálito que amasaba bajo las vigas del techo el eterno vapor que flotaba. El calor hacíase intolerable; por las elevadas ventanas penetraban rayos de sol, hacia la izquierda, encendiendo los humeantes vapores con opalinas sábanas, de color gris rosa y azul pálido. Y, como algunas se quejaban, el mozo Carlos iba de una á otra ventana, corriendo las cortinas de gruesa lona; después, pasó al otro lado, el lado de la sombra y abrió las celosías. Aplaudíanle, aclamábanle, al unísono de una jovialidad formidable. Muy en breve hasta las más rezagadas paletas enmudecieron. Las lavanderas, con la boca llena, no hacían más que gesticular con las navajas abiertas que tenían en su mano. A tal extremo llegaba el silencio, que se oía regularmente, de uno á otro extremo del lavadero, el rozar

de la pala del fogonero al coger el carbón de piedra y arrojarlo en el hornillo de la máquina.

Entre tanto Gervasia lavaba su ropa de color en el agua caliente, impregnada de jabón, que había conservado. Cuando hubo concluido, aproximó un banquillo, en el que apiló todas las piezas, que chorreando formaban en el suelo azulados charcos. Y empezó á aclarar la ropa. Detrás de ella, el grifo de agua fría manaba sobre un ancho artesón fijó en el suelo; y atravesado por dos listones de madera destinados á sostener la ropa. Por encima, á mayor altura, había otros dos listones, donde la ropa acababa de escurrir el agua.

—Vaya, parece que ya dais al cabo, afortunadamente—dijo la señora Boche.—Me quedo para ayudaros á retorcer la ropa.

—¡Oh! no vale la pena, os lo agradezco—respondió la joven, que amasaba con sus puños y chapuzaba las piezas de color en el agua clara.—Si hubiese alguna sábana, no digo que no.

Sin embargo, fué preciso aceptar el auxilio de la portera. Las dos retorcian, cogiendo cada una por un extremo, una falda de lanilla de color castaño mal teñida, que dejaba rezumar un agua amarilla, cuando la señora Boche exclamó:

—¡Toma! ¡ahí está Virginia la buena moza! ¿qué vendrá á lavar aquí, con sus cuatro guñapos metidos en un pañuelo?

Gervasia levantó vivamente la cabeza. Virginia era una muchacha de su edad, más alta que ella, morena; linda á pesar de su rostro algo largo. Vestía una bata negra muy usada, con volantes; lucía en el cuello una cinta encarnada: iba peinada con esmero, llevando el moño recogido en una redecilla azul. Detúvose un momento en mitad de la avenida central, y contrayendo los párpados, como quien busca algo; y luego, vislumbrando á Gervasia, fué á pasar por junto á ella, erguida, insolente, balanceando sus caderas é instalándose en la misma fila á cinco pilas de distancia.

—¡Vaya un capricho!—continuaba la señora Boche, bajando la voz.—Nunca ha jabonado un par de mangas... ¡ah! ¡os aseguro que es una valiente holgazana!

¡una costurera que ni siquiera recóse sus botinās! ¡Lo mismo que su hermana, la bruñidora, esa bribona de Adela que, de tres días, deja de ir dos al taller! Ni se les conoce padre ni madre, ni se sabe de qué viven, y si una quisiera hablar... ¿Qué es lo que está restregando? ¡ah! ¿una falda? ¡no deja de ser repugnante la tal falda, y á fe que debe haber presenciado cosas limpias!

Evidentemente la señora Boche quería halagar á Gervasia. La verdad era que tomaba á menudo café con Adela y Virginia, cuando estas chicas tenían dinero. Gervasia no respondía, llena de despecho, calenturientas las manos. Acababa de disolver el añil, en una vasija montada sobre un trípode. Empapaba en él sus piezas de ropa blanca, las agitaba un instante en el fondo del agua teñida, cuyo reflejo adquiría un punto de laca; y, después de haberlas retorcido ligeramente, las alineaba sobre las barras colocadas en alto. Durante esa faena, afectaba volver la espalda á Virginia. Pero no dejaba de oír sus burlas, ni de sentir el peso de sus oblicuas miradas. Parecía que Virginia sólo había ido al lavadero para provocarla. Un momento, habiéndose vuelto Gervasia hacia ella, las dos se miraron fijamente.

—¡Dejadla! —murmuró la señora Boche;— supongo que no iréis á tiraros del pelo... ¡Cuando os digo que no hay nada, que no es ella!

En este momento, y mientras la joven colgaba la última pieza de ropa, oyéronse risas á la puerta del lavadero.

—¡Son dos rorros que preguntan por su mamá!— gritó Carlos.

Todas las mujeres volvieron la cabeza. Gervasia reconoció á Claudio y Esteban. Estos, al percibirla, corrieron hacia ella, por medio de los charcos, golpeando las losas con los tacones de sus zapatos desatados. Claudio, el mayor, llevaba de la mano á su hermanito. á su paso las lavanderas dirigíanles algunas frases cariñosas, viéndoles un tanto asustados, aunque sonrientes. Y se detuvieron ante su madre, sin soltarse, alzando sus rubias cabezas.

—¿Os envía papá?—preguntó Gervasia.

Y al inclinarse para atar los cordones de los zapatos de Esteban vió, en un dedo de Claudio, la llave de su habitación, con su número de chapa de cobre.

—¿Cómo? ¿me traes la llave?—exclamó sorprendida.—¿Por qué?

El niño, al ver la llave que había olvidado en su dedo, pareció recordar y gritó con su voz clara:

—Papá se ha marchado.

—¿Habrá ido á comprar el almuerzo, y os ha dicho que vengáis á buscarme aquí?

Claudio miró á su hermano, dudó, no sabiendo qué decir. Por último añadió de corrido:

—Papá se ha marchado... Ha saltado de la cama, ha puesto todas sus cosas en el baúl, ha bajado el baúl á un coche... se ha marchado.

Gervasia, que se hallaba agachada, incorporóse lentamente, con el rostro blanco, llevándose las manos á sus mejillas y á sus sienes, como si presintiese que su cabeza iba á estallar. Y sólo pudo encontrar una palabra, que repitió veinte veces en el mismo tono:

—¡Ah! ¡Dios mío!... ¡ah! ¡Dios mío!... ¡ah! ¡Dios mío!...

En tanto, la señora Boche interrogaba á su vez al niño, enardecida por encontrarse en presencia de tal suceso.

—Veamos, hijo mío, es menester contarlo todo. ¿Ha sido papá quien ha cerrado la puerta y os ha dicho que traigáis la llave, verdad?

Y bajando la voz, al oído de Claudio:

—¿Había una señora en el coche?

El niño se turbó de nuevo, y volvió á espetar su historia con aire de satisfacción.

—Ha saltado de la cama... ha puesto todas sus cosas en el baúl... se ha marchado...

Y, viendo que la señora Boche le soltaba, llamó á su hermanito junto al grifo, empezando los dos á divertirse haciendo correr el agua.

Gervasia no podía llorar. Se ahogaba, apoyados los riñones contra la pila y el rostro entre las manos. Ligeros estremecimientos la sacudían. Por momentos, lanzaba un largo suspiro, hundiéndose más y más los puños en los ojos como para anonadarse en lo negro

de su abandono. Parecía haber caído en el fondo de un tenebroso pozo.

—¡Eh, hija mía, qué demonio!—murmuraba la señora Boche.

—¡Si supierais! ¡si supierais!—dijo por fin Gervasia en voz baja.—Me ha enviado esta mañana á empeñar mi chal y mis camisas al Monte de Piedad para pagar ese coche...

Y lloró. El recuerdo de su excursión al Monte de Piedad, precisando un hecho de aquella mañana, le había arrancado los sollozos que se estrangulaban en su garganta.

Aquella excursión era una cosa abominable; causaba el mayor dolor de su desesperación. Las lágrimas corrían sobre su barba, mojada ya al contacto de sus manos, y ni siquiera pensaba en tomar su pañuelo.

—¡Sed razonable! ¡callaos! ¡os están mirando!—repetía la señora Boche.—¡Es posible darse tanta desazón por un hombre!... ¿sin duda le amabais todavía? ¡pobrecilla! Hace un momento echabais pestes contra él. Y ahora lloráis reventándoos el corazón... ¡Dios mío! ¡qué necias somos!

Después, mostróse maternal.

—¡Una muchacha tan linda como vos!... Ya se os puede contar todo ¿verdad?... ¡Pues bien! ¿os acordáis? cuando he pasado por debajo de vuestra ventana, sospechaba... Figuraos que esta noche pasada y cuando Adela entró en casa oí los pasos de un hombre mezclados con los suyos. Entonces quise enterarme y miré á la escalera. El individuo estaba ya en el piso segundo, pero, sin embargo, reconocí perfectamente la blusa del señor Lantier. Boche, que estaba en acecho; esta mañana le ha visto bajar tranquilamente... Era con Adela ¿lo entendéis? Virginia tiene actualmente un señor á cuya casa va dos veces por semana. Sólo que la cosa no es muy limpia, que digamos, por cuanto las dos no tienen más que un cuarto y una alcoba y no sé dónde se habrá acostado Virginia.

Interrumpiése un momento, se volvió y repuso con su gruesa voz sofocada:

—Se está riendo al verlos llorar esa... mal corazón. Pondría mi mano en el fuego que ese lavado es un

pretexto. Habrá dejado á los dos en casa y ha venido aquí para ver la cara que pondriais y contárselo después.

Gervasia separó las manos de su rostro y miró. Al ver delante de ella á Virginia que, en medio de tres ó cuatro mujeres hablaba bajo y la miraba á la cara, apoderóse de ella una cólera loca. Con los brazos echados adelante, buscando en el suelo alguna cosa, volviéndose sobre sí misma, temblorosos sus miembros todos, anduvo algunos pasos, encontró un cubo lleno de agua, lo cogió con ambas manos y lo vació en el aire.

—¡Qué «camello!» (1)—exclamó Virginia, dando un salto atrás, mas no sin librar sus botinas del chaparrón.

Entre tanto, las lavanderas, revolucionadas desde hacía un rato por las lágrimas de la joven, empujábanse unas á otras para ver la batalla. Algunas, concluido su último bocado de pan, subieron sobre las pilas. Otras acudieron, llenas de jabón sus manos. Formóse corro.

—¡Qué «camello!»—repetió Virginia;—¿qué le habrá dado á esa rabiosa?

Gervasia, parada, trémula su barba y convulso el rostro, no respondía, ignorando aún el calor parisiense. La otra prosiguió:

—¡Vaya una señora! una provinciana que á los doce años servía de jergón á los soldados y se dejó una pierna en su pueblo... que se le cayó podrida...

Circuló una risotada. Virginia, viendo su éxito, aproximóse dos pasos más, irguiendo su elevada estatura y gritando en voz más alta:

—¡Ea! ¡adelanta un poco y verás cómo te compongo! ¿Sabes? ¡aquí no has de venir á fastidiarnos!... ¿por ventura conozco yo á ese «pulpo?» Si me hubiese mojado, de veras que le remango las sayas; ya lo hu-

(1) En caló: *ramera*. Dícese también *camello de Egipto*, *camello de dos jorobas*, lo cual parece aludir á la exhibición de ciertas formas. Este epíteto, según algunos, data de la campaña de Egipto, en la cual los soldados franceses, profundos analogistas, admiraron con sorpresa la docilidad con que el camello se acostaba para recibir su carga. (N. del T. tomada de Larchey).

hierais visto... váya, que diga lo que yo la he dicho... di, mala roja ¿qué te he hecho?

—Basta de charla...—tartamudeó Gervasia.—Demasiado lo sabéis... Han visto á mi marido anoche... Y, callaos, porque os estrangulo, de seguro.

—¡Su marido! ¡ah! ¡no tiene poca gracia!... ¡El marido de la señora! ¡como si pudieran tenerse maridos con ese desgarrón!... No es culpa mía si te ha dejado... ¿Pensarás que te lo he robado? que me registren... ¿Quieres que te lo diga? le estabas envenenando; era demasiado buen mozo para ti. ¿Llevaba al menos un collar?... ¿quién ha encontrado el marido de la señora?... se le dará una gratificación...

Y las risotadas volvieron á circular. Gervasia, con voz casi baja, contentábase con murmurar:

—Demasiado lo sabéis, demasiado lo sabéis... Es vuestra hermana, á la que de seguro estrangularé...

—Sí, ve á rozarte con mi hermana—repuso Virginia figoneándose.—¡Ah! ¿conque mi hermana? Es muy posible; mi hermana tiene el «chic» que á ti te falta... Pero ¿á mí qué me importa eso? ¿no podrá una lavar tranquilamente su ropa? Déjame en paz ¿oyes? porque basta y sobra ya.

Y después de dar cinco ó seis paletadas á la ropa que lavaba, volvió á la carga, embriagada por las injurias, fuera de sí. Calló un momento y comenzó así tres veces:

—¡Pues bien! sí, es mi hermana. ¿Estás contenta?... Los dos se adoran... ¡Si les hubieses visto besuquearse!... Y él te ha dejado con tus bastardos ¡lindos mojigangas con la cara llena de costras! Uno de ellos es hijo de un gendarme ¿verdad? y á otros tres los has hecho reventar porque no querías pagar exceso de equipaje... Tu Lantier nos lo ha contado. ¡Ah! ¡qué lindas cosas dice de ti! ¡ya estaba harto de tu osamenta!

—¡Puerca! ¡puerca! ¡puerca!—aulló Gervasia fuera de sí presa de un temblor furioso.

Se volvió, buscando alguna cosa por el suelo y no encontrando más que una cubeta, la agarró por el pie y arrojó el agua de añil al rostro de Virginia.

—¡Mala rocin! ¡me ha estropeado la bata!—exclamó

ésta, sintiendo mojado su hombro y viendo su mano teñida de azul.—Espérate ¡so inmundicia!

A su vez, cogió un cubo y lo vertió sobre la joven. Empeñóse entonces una batalla formidable. Una y otra corrían á lo largo de las pilas, agarrando los cubos llenos y volviendo al sitio para arrojárselos á la cabeza. Y á cada diluvio acompañaba una explosión de voces. La misma Gervasia contestaba ya á los insultos.

—¡Toma, suciedad!... Ese ya lo tienes encima; te calmará el trasero.

—¡Ah! ¡desollada! ¡Ten, para tu grasa; límpiame una vez en la vida!

—Sí, sí, voy á quitarte la sal, rancio abadejo.

—¡Allá va otro!... Enjúgale los dientes, hazte el tocado para tu «carrera» de esta noche, en la esquina de la calle de Belhomme.

Acabaron por llenar los cubos en los grifos. Y en tanto que se llenaban, continuaban sus denuestos. Los primeros cubos, mal lanzados, apenas las tocaban. Pero iban adiestrándose. Virginia fué la primera que recibió uno en plena cara; el agua, penetrando por su cuello, corrió por su espalda y su pecho, y rezumó por debajo de la ropa. No repuesta todavía del aturdimiento, sorprendióla un segundo diluvio, de lado, abofeteándole la oreja derecha y empapando su moño, que se deshizo como una guita. Gervasia recibió el primer agua va en las piernas; un cubo le inundó los zapatos, mojándola hasta los muslos; otros dos la empaparon hasta las caderas. Muy en breve ya no fué posible apreciar los chapuzones. Una y otra chorreaban de la cabeza á los pies, con los corpiños pegados á las espaldas y las faldas á los muslos, adelgazadas, tiesas, tiritando, escurriendo agua por todas partes, como un paraguas durante un chaparrón.

—¡No tienen por dónde agarrarse!—dijo la voz ronca de una lavandera.

El lavadero se divertía en grande. Las mironas habían retrocedido para no recibir las salpicaduras. Los aplausos, los chistes iban creciendo en medio del ruido de esclusa de los cubos vaciados al aire. Por el suelo corrían mares, donde las contendientes pateaban en-

charcadas hasta los tobillos. A todo esto Virginia, ideando una traición agarró un cubo de legía hirviendo, que una de sus vecinas había pedido y lo arrojó. Sonó un grito. Creyóse que Gervasia estaba escaldada. Mas ésta sólo tenía ligeramente abrasado el pie izquierdo, y reuniendo todas sus fuerzas, exasperada por el dolor y sin llenarlo de agua esta vez, arrojó un cubo á las piernas de Virginia, que cayó al suelo.

Todas las lavanderas hablaban á la vez.

—¡Le ha roto una pata!

—¿No ha querido la otra cocerla?

—¡Tiene razón la rubia, pues al fin y al cabo le han quitado su hombre!

La señora Boche levantaba los brazos hacia el cielo, lanzando exclamaciones. Por prudencia, habíase guardado entre dos pilas; y los niños Claudio y Esteban, llorando, sofocados, asustados, se agarraban de su falda, gritando sin cesar: ¡Mamá! ¡mamá! grito que se quebraba en sus sollozos. Cuando vió á Virginia en el suelo, corrió hacia Gervasia y tirándola de las sayas, repetía:

—¡Vaya, idos! sed razonable... ¡Tengó la sangre revuelta, palabra! Nunca se ha visto una carnicería semejante.

Mas retrocedió, volviendo á refugiarse con los chicos, entre las pilas. Virginia acababa de abalanzarse al cuello de Gervasia, comprimiéndoselo, intentando estrangularla. Esta, entonces, de una violenta sacudida, se desprendió, agarrándola al paso el moño, como si intentase arrancarla la cabeza. Comenzó de nuevo la batalla, muda, sin un grito, sin una injuria. No se agarraban por el cuerpo; se atacaban á la cara, con las manos abiertas y engarfiadas, pellizcando, arañando lo que cogían. La cinta encarnada y la redecilla azul de la morena, fueron arrancadas; su corpiño roto por el cuello, dejó en descubierto su piel, todo un hombro, mientras que la rubia, medio desnuda, arrancada una manga de su chambra sin saber cómo, tenía un rasgón en la camisa que descubría los pliegues de su cintura. Pedazos de tela volaban. La primera en verter sangre fué Gervasia, por tres largos arañazos que bajaban de la boca á la barba; y para defender

sus ojos, los cerraba á cada nuevo golpe por temor á que la dejara tuerta. Virginia no sangraba todavía. Gervasia tomaba por blanco sus orejas, rabiando porque no podía agarrarlas; por fin se apoderó de uno de los pendientes, una perilla de cristal amarillo, tiró de él, rasgó la oreja y empezó á manar sangre.

—¡Que se matan! ¡separad á esas pellejas!—clamaron varias voces.

Las lavanderas habíanse aproximado. Formábanse dos bandos; unas azuzaban á las dos contendientes como pudieran hacerlo con un par de perros en riña; las otras, más nerviosas, temblando, volvían la cabeza; estaban saciadas: de seguro el espectáculo las pondría malas. Y poco faltó para que se entablara una batalla general; tratábanse unas á otras de «mal corazón», de «inútiles»; erguíanse los brazos desnudos; oyéronse tres bofetadas.

En el interin la señora Boche buscaba al mozo del lavadero.

—¡Carlos! ¡Carlos!... ¿dónde demonio estará?

Y le encontró en primera fila, mirando, cruzados los brazos. Era un gran mocetón, de enorme cuello. Reía, saboreaba la vista de las carnes que las dos mujeres exhibían. La rubia era regordeta como una codorniz, Chistoso fuera, si su camisa llegaba á rasgarse.

—¡Toma!—murmuró guiñando un ojo,—¡tiene una peca en el sobaco!

—¡Cómo! ¿estáis ahí?—gritó la señora Boche al avisarle,—¡ayudadnos á separarlas! ¡ya podriais separarlas vos solo!

—¿Yo solo? ¡mil gracias! ¡si he de ser yo quien las separe!—dijo el mozo con la mayor tranquilidad.—Para que me arañen un ojo como el otro día ¿verdad? No estoy aquí para eso, tendría demasiada faena... ¡No temáis! una pequeña sangría les es muy útil, eso las pondrá más tiernas.

La portera habló entonces de ir á buscar á los municipales. Mas á ello se opuso formalmente la dueña del lavadero, la joven delicada, de ojos enfermizos. Y repitió varias veces:

—No, no, no lo quiero; eso compromete el establecimiento.

La lucha proseguía en el suelo. Bruscamente, Virginia se enderezó sobre las rodillas. Acababa de alcanzar una paleta y la blandía, y con voz alterada, rugía:

—¡Espera un momento, zorra! ¡prepara tu ropa sucia!

Gervasia, con viveza, alargó la mano, tomó igualmente una paleta y la mantuvo elevada como una maza. También era ronca su voz.

—¡Ah! ¿quieres una gran legía?... ¡Dame tu piel, para hacer con ella rodillas!

Por un momento permanecieron así, arrodilladas, amenazándose. Los cabellos sobre la cara, resollando, llenas de barro, entumecidas, acechábanse, esperando, cobrando alientos. Gervasia dió el primer golpe; su paleta rozó la espalda de Virginia. Y se inclinó á un lado para evitar la paleta de ésta, que la alcanzó en la cadera. Entonces, animadas, se paletearon como las lavanderas paletean su ropa; ruda, cadenciosamente. Cuando se alcanzaban, el golpe amortiguábase, semejante su ruido al de una palmada en el agua.

En torno de ellas las lavanderas ya no reían, algunas habíanse marchado, diciendo que aquello les removía el estómago; las otras, las que permanecían, alargaban el pescuezo, brillando en sus ojos un relucir de crueldad, y aseguraban que las combatientes eran mozas de temple. La señora Boche se había llevado á un extremo del lavadero á Claudio y á Esteban, y allí dejaban oír el ruido de sus sollozos confundido con el de los choques sonoros de las dos paletas.

Bruscamente Gervasia lanzó un aullido. Virginia acababa de darle un paletazo con toda su fuerza sobre el brazo desnudo, por encima del codo; una mancha roja apareció y la carne se entumeció en seguida. Entonces, su exasperación aumentó. Parecía que quería aplastar á la otra.

—¡Basta! ¡basta!—gritaron las lavanderas.

Tan feroz aparecía el rostro de Gervasia, que ninguna osó acercarse. Decuplicadas sus fuerzas, agarró á Virginia por la cintura, la obligó á encogerse, le pegó la cara contra el suelo, las caderas en alto; y á pesar

de las sacudidas, le remangó completamente las faldas. Debajo, había unos pantalones. Gervasia introdujo la mano por la abertura, la rasgó, y lo dejó en descubierto todo, los muslos desnudos, las nalgas desnudas. Luego, alzando la paleta, comenzó á paletearla, como en otros tiempos lo hacía en Plassans, á orillas del Vivonne, cuando su patrona estaba encargada de lavar la ropa de la guarnición. La madera mullía las carnes con un ruido húmedo. A cada golpe surgía una cinta roja en la blanca piel.

—¡Oh! ¡oh!—murmuraba el mozo Carlos, admirado, abriendo extraordinariamente los ojos.

De nuevo habían circulado risas. Mas en breve el grito: ¡Basta! ¡basta! volvió á oírse. Gervasia ni entendía, ni se cansaba. Contemplaba su tarea, inclinada; preocupándose de no dejar sitio ileso. Quería ver toda aquella piel aporreada, y cubierta de confusión hablaba, poseída de una alegría feroz, recordando una canción de lavandera:

—¡Pam! ¡pam! Margot va al lavadero... ¡pam! ¡pam! y á golpes de paleta... ¡pam! ¡pam! lavará su corazón... ¡pam! ¡pam! lavará su corazón... ¡pam! ¡pam!... que negro está de dolor...

Y añadía:

—Este para ti, este para tú hermana; este para Lantier... Cuando les veas, dales este... ¡Atención! ¡que vuelvo á empezar!... Este para Lantier, este para tu hermana; este para ti... ¡pam! ¡pam!... Margot va al lavadero... ¡pam! ¡pam!... y á golpes de paleta...

Preciso fué arrancarle á Virginia de las manos. La gran morena, bañada en llanto, la faz roja, confusa; recogió su ropa y se puso en salvo: estaba vencida. Entre tanto Gervasia arreglaba la manga de su chambera y se ataba las sayas. El dolor que sentía en el brazo la obligó á suplicar á la señora Boche que le colocase su ropa sobre el hombro. La portera refería la batalla, detallaba sus emociones, y pretendía registrar el cuerpo, para ver.

—Tal vez tenéis alguna cosa rota... He oído un golpe...

Mas la joven quería marcharse. No contestaba á los enternecimientos, á la ovación ruidosa de las lavan-

deras que la rodeaban, erguidas en sus tarimas. Cuando tuvo la carga al hombro, dirigióse á la puerta donde la aguardaban sus dos hijos.

—Son dos horas, debéis dos sueldos—le dijo deteniéndola la dueña del lavadero, reinstalada ya en su gabinete de vidrieras.

—¿Por qué dos sueldos? Gervasia no atinaba que le pedían el precio del sitio que ocupara. Después, dió los dos sueldos. Y, cojeando fuertemente al peso de la ropa mojada que sobre el hombro sostenía, chorreando, acardenalado el codo, sangrando su mejilla, se alejó, arrastrando con sus brazos desnudos á Esteban y á Claudio, quienes trotaban á su lado, agitados todavía, y bañados sus rostros en llanto.

A sus espaldas el lavadero dejaba oír nuevamente su ruido de gigantesca presa. Las lavanderas habían acabado de comer su pan y de beber su vino, y golpeaban con más fuerza; encendidos y alegros sus semblantes por el recuerdo de la encarnizada zurra que acababan de presenciar. A lo largo de las pilas volvía á agitarse aquel furor de brazos, aquellos perfiles angulosos de muñecos rotos por la cintura, combados de espaldas, doblados violentamente sobre sus goznes. Las conversaciones continuaban de un extremo á otro de las avenidas. Las voces, las risas, las palabras obscenas se perdían en el gran gorgoteo de agua. Los grifos escupían, los cubos vertían rociadas, y por debajo de las baterías corría un verdadero río. La faena de la tarde consistía en apilar la ropa á paletazos. En la inmensa sala, los vapores adquirían un tinte rubio, agujereados únicamente por discos de sol; balas de oro que penetraban á través de los rasgones de las cortinas. Respirábase el asfixiamiento tibio de los olores de jabón. De repente llenóse aquel cobertizo de una niebla blanca; la enorme cubierta del colador donde hervía la legía, subía mecánicamente á lo largo de un eje central provisto de su cadena; y el gran agujero de cobre, en el fondo de su mampostería de ladrillos, exhalaba torbellinos de vapor, de sabor azucarado de potasa. Entre tanto, á un lado, funcionaban las secadoras; paquetes de ropa, prensados por cilindros de fundición, exprimían el agua contenida, bajo

la presión de las vueltas de una rueda de la máquina jadeante, humeante y sacudiendo más rudamente el lavadero con la tarea incesante de sus brazos de acero.

Cuando Gervasia llegó al patio del Boncoeur, llenáronse nuevamente sus ojos de lágrimas. Era aquel un patio negro, angosto, con un arroyo al pie de la tapia; para las aguas sucias; y el hedor que allí respiraba le traía á la memoria los quince días pasados en el hotel con Lantier, quince días de miserias y de disputas cuyo recuerdo, en aquel momento, era para ella un cruel pesar. Parecíale entrar en su abandono.

Arriba, la habitación estaba desmantelada; penetrando en ella el sol por la abierta ventana. Aquel sol, aquella sábana de polvillo de oro oscilante, hacían lamentables el techo negro y las paredes viudas del papel que las ornara. No se veía allí más que un pequeño fichú de mujer, colgado de un clavo de la chimenea y torcido como una cuerda. La cama de los chicos, corrida á mitad de la habitación, dejaba en descubierto la cómoda, cuyos abiertos cajones mostraban sus flancos vacíos. Lantier se había lavado, y había acabado la pomada, dos sueldos de pomada envuelta en un naípe; el agua sucia de lavarse las manos llenaba la jofaina. Y nada se le había olvidado: el rincón ocupado hasta entonces por la maleta le parecía á Gervasia un inmenso agujero. Ni siquiera encontró su espejito redondo, colgado de la falleba. Entonces, asaltada de un presentimiento, dirigió la vista á la chimenea; Lantier se había llevado las papeletas de empeño; el paquetito de rosa pálido no estaba ya allí, entre los candeleros de zinc descabalados.

Colgó su ropa en el respaldo de una silla y permaneció de pie, volviéndose, examinando los muebles, presa de un estupor tal, que hasta el llanto se había secado en sus ojos. Quedábale un sueldo de los cuatro que se reservara para el lavadero. Después, llegando á su oído las risas de Esteban y Claudio, que estaban en la ventana, consolados ya, se acercó á ellos, cogió sus cabezas entre sus brazos, y se olvidó de todo por un momento, contemplando aquella calzada gris donde por la mañana había visto despertar al pueblo obrero; á ese trabajador gigante de París. Actualmente, calci-

nado el arroyo por el movimiento del día, encendía una reverberación ardiente encima de la villa y detrás de la muralla del resguardo. Y en aquel arroyo, en aquella atmósfera de hornillo, la arrojaban sola con sus niños. De una mirada abarcó los bulevares exteriores, á derecha, á izquierda, deteniéndola en los dos opuestos extremos, presa de un espanto profundo, como si en adelante, su vida hubiese de circunscribirse allí, entre un matadero y un hospital.

II

Tres semanas después, á eso de las once y media de la mañana, un día de hermoso sol, Gervasia y Coupeau, el plomero, hallábanse juntos tomando una ciruela en aguardiente en la taberna del tío Colombe. Coupeau, que estaba fumando un cigarrillo en la acera, la había obligado á entrar, al verla que volvía de llevar la ropa, y su gran cesto cuadrado de planchadora estaba en el suelo, junto á ella, detrás de la mesita de zinc.

Encontrábase la taberna del tío Colombe en la esquina de la calle de Poissonnieres del bulevar Rochechouart. La muestra contenía, en letras largas y azules, la sola palabra «Destilación», de un extremo á otro. En la puerta y en dos medios barriles había dos ramas de laurel llenas de polvo. El enorme mostrador, con sus filas de copas, su fuente y sus medidas de estaño, ostentábase al lado izquierdo de la tienda; y el vasto salón estaba ornado en derredor por grandes toneles pintados de amarillo claro, relucientes de barniz y con los aros y espitas de cobre singularmente lustrosos. Encima, sobre vasares, veíanse botellas de licor, bocales de frutas, frascos de toda especie en buen orden, que ocultaban las paredes y reflejaban en el espejo sito detrás del mostrador sus colores vivos, verde manzana, oro pálido y laca suave. Empero la curiosidad de la casa hallábase, en el fondo, al lado opuesto de una valla de encina, en un patio cubierto de cristales; era el aparato de destilar que los parroquianos contemplaban cuando funcionaba, alambiques de largo cuello, serpentines hundiéndose debajo del sug-

lo; cocina del diablo ante la cual venían á extasiarse los obreros dados á la bebida.

En aquella hora, la del almuerzo, la taberna estaba desocupada. El tío Colombe, tipo rechoncho, de cuarenta años, con su chaleco de mangas, despachaba á una muchacha de unos diez años, que le pedía cuatro sueldos de aguardiente en una taza. Una sábana de sol penetraba por la puerta, calentando el suelo siempre humedecido por el escupir de los fumadores. Y del mostrador, de los barriles, de toda la sala, subía un olor licoroso, un vapor de alcohol que parecía espesar y obscurecer el volátil polvillo del sol.

Entre tanto Coupeau liaba un nuevo cigarrillo. Vestía muy limpio, con una americana y una gorrilla de tela azul, y reía, mostrando sus blancos dientes. Tenía la mandíbula inferior saliente, la nariz ligeramente achatada, sus ojos, de color castaño, eran hermosos, y el conjunto de su faz recordaba la expresión de un perro alegre y bonachón. Su espesa y abundante cabellera, naturalmente rizada, manteníase crespada. Su cutis conservaba la frescura de sus veinte años. En frente de él, Gervasia, vestida de orleans negro, con la cabeza descubierta, acababa de comer una ciruela que tenía cogida por el rabo con el extremo de sus dedos. Hallábase cerca de la puerta, en la primera de las cuatro mesas puestas en fila á lo largo de los barriles, en frente del mostrador.

Cuando el plomero hubo encendido el cigarro, apoyóse de codos en la mesa, adelantó la cara y contempló un instante, en silencio, á la joven, cuyo lindo rostro de rubia tenía aquel día una transparencia lechosa de fina porcelana. Después, aludiendo á un hecho conocido de ambos solamente, y discutido ya, preguntó sencillamente, á media voz:

—¿Conque no? ¿Decís que no?

—Positivamente, no, señor Coupeau—respondió tranquilamente y sonriendo Gervasia.—No creo que sigáis hablando de eso.—Me habéis prometido ser más razonable... Si tal hubiese sabido, habría rehusado vuestra invitación.

Coupeau no volvió á chistar; continuó contemplándola de cerca, con una ternura atrevida é insinuante;

nado el arroyo por el movimiento del día, encendía una reverberación ardiente encima de la villa y detrás de la muralla del resguardo. Y en aquel arroyo, en aquella atmósfera de hornillo, la arrojaban sola con sus niños. De una mirada abarcó los bulevares exteriores, á derecha, á izquierda, deteniéndola en los dos opuestos extremos, presa de un espanto profundo, como si en adelante, su vida hubiese de circunscribirse allí, entre un matadero y un hospital.

II

Tres semanas después, á eso de las once y media de la mañana, un día de hermoso sol, Gervasia y Coupeau, el plomero, hallábanse juntos tomando una ciruela en aguardiente en la taberna del tío Colombe. Coupeau, que estaba fumando un cigarrillo en la acera, la había obligado á entrar, al verla que volvía de llevar la ropa, y su gran cesto cuadrado de planchadora estaba en el suelo, junto á ella, detrás de la mesita de zinc.

Encontrábase la taberna del tío Colombe en la esquina de la calle de Poissonnieres del bulevar Rochechouart. La muestra contenía, en letras largas y azules, la sola palabra «Destilación», de un extremo á otro. En la puerta y en dos medios barriles había dos ramas de laurel llenas de polvo. El enorme mostrador, con sus filas de copas, su fuente y sus medidas de estaño, ostentábase al lado izquierdo de la tienda; y el vasto salón estaba ornado en derredor por grandes toneles pintados de amarillo claro, relucientes de barniz y con los aros y espitas de cobre singularmente lustrosos. Encima, sobre vasares, veíanse botellas de licor, bocales de frutas, frascos de toda especie en buen orden, que ocultaban las paredes y reflejaban en el espejo sito detrás del mostrador sus colores vivos, verde manzana, oro pálido y laca suave. Empero la curiosidad de la casa hallábase, en el fondo, al lado opuesto de una valla de encina, en un patio cubierto de cristales; era el aparato de destilar que los parroquianos contemplaban cuando funcionaba, alambiques de largo cuello, serpentines hundiéndose debajo del sug-

lo; cocina del diablo ante la cual venían á extasiarse los obreros dados á la bebida.

En aquella hora, la del almuerzo, la taberna estaba desocupada. El tío Colombe, tipo rechoncho, de cuarenta años, con su chaleco de mangas, despachaba á una muchacha de unos diez años, que le pedía cuatro sueldos de aguardiente en una taza. Una sábana de sol penetraba por la puerta, calentando el suelo siempre humedecido por el escupir de los fumadores. Y del mostrador, de los barriles, de toda la sala, subía un olor licoroso, un vapor de alcohol que parecía espesar y obscurecer el volátil polvillo del sol.

Entre tanto Coupeau liaba un nuevo cigarrillo. Vestía muy limpio, con una americana y una gorrilla de tela azul, y reía, mostrando sus blancos dientes. Tenía la mandíbula inferior saliente, la nariz ligeramente achatada, sus ojos, de color castaño, eran hermosos, y el conjunto de su faz recordaba la expresión de un perro alegre y bonachón. Su espesa y abundante cabellera, naturalmente rizada, manteníase crespada. Su cutis conservaba la frescura de sus veinte años. En frente de él, Gervasia, vestida de orleans negro, con la cabeza descubierta, acababa de comer una ciruela que tenía cogida por el rabo con el extremo de sus dedos. Hallábase cerca de la puerta, en la primera de las cuatro mesas puestas en fila á lo largo de los barriles, en frente del mostrador.

Cuando el plomero hubo encendido el cigarro, apoyóse de codos en la mesa, adelantó la cara y contempló un instante, en silencio, á la joven, cuyo lindo rostro de rubia tenía aquel día una transparencia lechosa de fina porcelana. Después, aludiendo á un hecho conocido de ambos solamente, y discutido ya, preguntó sencillamente, á media voz:

—¿Conque no? ¿Decís que no?

—Positivamente, no, señor Coupeau—respondió tranquilamente y sonriendo Gervasia.—No creo que sigáis hablando de eso.—Me habéis prometido ser más razonable... Si tal hubiese sabido, habría rehusado vuestra invitación.

Coupeau no volvió á chistar; continuó contemplándola de cerca, con una ternura atrevida é insinuante;

apasionado sobre todo por las comisuras de los labios de la joven, lindos ángulos sonrosados, algo húmedos, que permitían ver el vivo rojo de su boca cuando sonreía. Gervasia, á pesar de esto, no retrocedía; permanecía plácida y afectuosa. Al cabo de un momento añadió:

—De seguro no pensáis en ello. Yo soy ya vieja; tengo un hijo de ocho años... ¿Qué haríamos los dos juntos?

—¡Pardiez!—murmuró Coupeau guiñando un ojo;= ¡lo que hacen los demás!

La joven hizo una muestra de disgusto.

—¡Ah! ¿creéis que acaso sea eso siempre divertido? Bien se ve que no habéis vivido en familia... No, señor Coupeau, en cosas más graves he de pensar. ¡La broma no conduce á nada, sabedlo! ¡Tengo en casa dos bocas que llenar, y á fe que tragan! ¿Cómo queréis que críe á mis hijos si me entretengo en tonterías?... Y además, mi desventura ha sido para mí una buena lección. Los hombres, ahora, ya no me preocupan. No volverán á pescarme en mucho tiempo.

La joven se expresaba sin cólera, con gran cordura; fríamente, cual si ocupándose de algún asunto del trabajo tratara de demostrar que no podía almidonar un fichú. Veíase que aquella era una resolución tomada después de maduras reflexiones.

Coupeau, entre tanto, repetía:

—Mucha pena me dais... mucha...

—Sí, bien lo veo—repuso la joven,—y lo siento por vos, señor Coupeau... no os ofendáis. Si estuviese yo de humor para bromas, ¡Dios mío! primero sería con vos que con otro cualquiera. Parecéis un buen muchacho, sois simpático. Viviríamos juntos, ¿verdad? y tiraríamos tan adelante como pudiésemos? No me las echo de princesa ni digo que eso no hubiera podido suceder... Pero ¿á qué charlar de ello, si de tal cosa no tengo gana? Desde hace quince días estoy ocupada en casa de la señora Franconnier. Los chicos van á la escuela. Trabajo; estoy contenta... ¡qué demonche! lo mejor es continuar así.

Y se inclinó para coger su cesto.

—Me estáis haciendo charlar y la patrona me es-

pera... Ya encontraréis á otra ¡vaya! señor Coupeau, á otra más bonita que yo, y que no tenga que cargaros con dos muñecos.

Coupeau miraba el reloj, encuadrado en el espejo. Obligóla á sentarse, exclamando:

—¡No os marchéis aún! son las once y treinta y cinco... todavía tengo veinticinco minutos á mi disposición... No temáis que vaya á hacer tonterías; la mesa está de por medio... ¿Es decir, que me detestáis hasta el punto de no querer ni siquiera conversar un rato conmigo?

Dejó la joven otra vez su cesto, para no disgustarle y prosiguieron hablando como buenos amigos. Gervasia había comido antes de ir á lavar su ropa: Coupeau aquel día se había dado prisa en tragar su sopa y su cocido para venir á acecharla al paso. Gervasia, á la vez que contestaba complaciente, contemplaba por las vidrieras, entre los bocales de frutas en aguardiente; el movimiento de la calle, donde la hora del almuerzo amontonaba un vaivén extraordinario. En las dos aceras y en el angosto laberinto de casas, bullía un apresuramiento de pasos, de brazos columpiándose, un codo sin fin. Los rezagados, los obreros retenidos por el trabajo, con la faz hurafia por el hambre, atravesaban el arroyo á grandes zancadas, entraban en la panadería de enfrente, para salir luego, con una libra de pan en la mano y encaminarse á tres puertas más arriba, al «Veau á deux têtes», á comer un puchero de seis sueldos. Al lado de la panadería había una verdulera que vendía patatas fritas y almejas con perejil; un desfile continuo de obreras, vestidas con amplios delantales, llevaban cucuruchos de patatas y almejas en tazas; otras, lindas muchachas, con la cabeza descubierta y aire delicado, compraban manojos de rábanos. Cuando Gervasia se inclinaba veía también una tienda de tocino, llena de gente de donde salían muchachas llevando en la mano y envueltos en papeles grasientos, una chuleta empanada, unas salchichas y un trozo de morcilla caliente. Entre tanto, á lo largo de la calle, pringada de un lodo negruzco, aun en el buen tiempo, por el incesante pataleo de los transeúntes, veíanse algunos obreros saliendo ya de los bode-

30841

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

gones y bajando en grupos, bromeando, golpeándoles los muslos sus colgantes manos, repletos de comida, tranquilos y cachazudos en medio de los empujones de aquella baraunda.

A la puerta de la taberna se había formado un grupo.

—Vaya, Bibi la Grillade—preguntó una voz ronca;—¿pagas una ronda de «vitriolo?» (1)

Entraron cinco obreros y permanecieron en pie.

—¡Ea! ¡ladrón de tío Colombe!—repuso la voz.—Ya sabéis, del añejo, y no en cáscaras de nuez, sino en verdaderos vasos.

El tío Colombe, apacible, servía. Llegó otro grupo de tres obreros. Poco á poco las blusas se aglomeraban en el ángulo de la acera, estacionándose allí un momento y acabando por introducirse en la tienda, por entre las dos ramas de laurel grises de polvo.

—¡Qué necio sois! ¡no pensáis más que en porquerías!—decía Gervasia á Coupeau.—¿Quién duda que le amaba?... pero, después de la manera tan asquerosa como me ha abandonado...

Hablaban de Lantier, Gervasia no había vuelto á verle; pensaba que vivía con la hermana de Virginia, en la Glaciere, en casa de aquel amigo que debía montar una fábrica de sombreros. Por lo demás, no se preocupaba en ir en su busca. Su partida le había ocasionado, en un principio, vivo pesar; hasta le dieron tentaciones de arrojarse al agua; pero, actualmente, la reflexión había entrado, y con ella se encontraba mejor de lo que creyera. Quizás viviendo con Lantier no le hubiera sido posible criar á sus hijos, pues era un derrochador. Si se le ocurriese venir á dar un beso á Claudio y á Esteban, no le cerraría la puerta; pero eso sí, en cuanto á ella, antes la harían pedazos que permitirle que la tocara ni con la yema de los dedos. Y todo esto lo decía resuelta, con su plan de vida bien meditado, mientras Coupeau, que no perdía el deseo de poseerla, bromeaba, haciendo girar la conversación sobre suciedades y preguntándole acerca de Lantier cosas sumamente descocadas, tan jovial-

(1) Aguardiente.—Alusión á sus efectos corrosivos sobre estómagos acohizados.

mente y enseñándole unos dientes tan blancos, que la joven no pensaba en defenderse.

—¡Vos erais la que le pegabais, ea!—dijo al fin, ¡oh! ¡sois muy mala! ¡zurráis al mundo enterol

Gervasia le interrumpió con una risotada, recordando que había zurrado de lo lindo á la grandullona Virginia. Aquel día hubiera estrangulado de buena gana á cualquiera. Y empezó á reir más fuerte porque Coupeau le refería que, desconsolada Virginia por haberlo enseñado todo, acababa de mudarse á otro barrio. El rostro de Gervasia, sin embargo, conservaba una dulzura infantil, y enseñando sus regordetas manos decía que no era capaz de hacer daño á una mosca, y si conocía lo que son golpes, era por haberlos recibido en grande durante su vida. Entonces habló de los primeros tiempos de su juventud en Plassans. No era lo que se llama una corrida; los hombres la fastidiaban; cuando Lantier la conoció, á los catorce años, agradóle aquello, porque él se llamaba su marido y ella creía que jugaban á matrimonios. Su único defecto, según ella aseguraba, era el ser demasiado sensible, amar á todo el mundo, apasionarse por personas que luego le daban mil desazones. Así, pues, cuando amaba á un hombre, no pensaba en la bagatela, anhelando únicamente vivir siempre juntos y muy felices. Y como quiera que Coupeau se sonreía y le hablaba de sus dos hijos, que de seguro no los había empujado al calor de las almohadas, dióle la joven algunos papirotazos en los dedos, añadiendo que, ciertamente, debería estar cortada con el mismo patrón que las demás mujeres. Sólo que era un error el creer á las mujeres pensando siempre en aquello, cuando, en realidad, el cuidado de la casa, el continuo trágico del interior, las derrengaba, haciendo que al acostarse estuvieran demasiado fatigadas para no dormirse en seguida. Por lo demás, ella se parecía á su madre, gran trabajadora, muerta de fatiga, y que había servido de bestia de carga á papá Macquart durante más de veinte años. Verdad es que ella era delgada, en tanto que su madre tenía unas espaldas capaces de derribar las puertas al paso; mas esto no le impedía parecerse á ella en su furor de encariñarse con las gentes. Hasta

la ligera cojera que padecía la había heredado de su pobre madre, á quien papá Macquart destrozaba á golpes.

Más de cien veces la infeliz le había referido las escenas nocturnas en que su padre, regresando borracho á casa, se portaba con una galantería tan brutal, que la descoyuntaba; y seguramente su concepción databa de una de aquellas noches, con su pierna en regazo.

—¡Oh! eso no es nada, apenas se nota—dijo Coupeau, por cortesía.

Gervasia meneó la barba; de sopra le constaba que se veía; á los cuarenta años caminaría encorvada. Después, con dulzura y sonriendo:

—¡Vaya un gusto el vuestro! ¡enamoraros de una coja!

Entonces él, siempre apoyados los codos en la mesa, adelantó más la cara, y la requetó con más intencionalidad frases, como para embriagarla. Pero ella decía siempre no con la cabeza, sin dejarse tentar, aun cuando apasionada por aquella voz mimosa. Y escuchaba, dirigiendo la vista á la calle, pareciendo interesarse de nuevo en el espectáculo de aquella multitud. En tanto, en las tiendas ya vacías, estaban dando una escobada; la verdulera retiraba su última sartenada de patatas fritas, mientras que el tocinero ponía en buen orden los platos esparcidos de su mostrador.

Grupos de obreros salían de todos los figones; mocetones barbudos se empujaban á pescozones, jugando como pilluelos, golpeando el suelo con sus gruesos zapatos claveteados, arañando la acera en un resbalón; otros, con las manos en el fondo de sus bolsillos, fumaban con aire reposado, mirando al sol, parpadeando. Era una invasión de las aceras, de la calzada, de los arroyos; una oleada perezosa fluyendo de las puertas abiertas, detenida á veces por los coches formando un rastro de blusas, de americanas y de gabanes viejos, pálido y desteñido bajo la sábana de rubia luz que penetraba á lo largo de la calle. A lo lejos sonaban las campanas de una fábrica; mas los obreros no se apresuraban, encendían sus pipas, y arqueadas las espaldas, después de haberse llamado unos á otros

desde una a otra taberna, se decidían á emprender el camino del taller, arrastrando los pies. Gervasia seguía con la vista á tres obreros, uno alto y dos pequeños, que volvían la cabeza cada diez pasos y al fin concluyeron bajando la calle, encaminándose en derechura á la taberna del tío Colombe.

—¡Vaya!—murmuró la joven,—¡tres que de seguro crían pelos en la palma de la mano!

—Toma—exclamó Coupeau,—al mayor le conozco; es Mess-Bottes, un camarada.

La taberna estaba llena de gente. Hablaban fuerte, con gritos que desgarraban el grasiento murmullo de las ronqueras. De vez en cuando un puñetazo dado en el mostrador hacía saltar los vasos. Todos ellos de pie, cruzadas las manos sobre el vientre ó echadas atrás, formaban los bebedores pequeños grupos, apretados unos contra otros; algunos, arrimados á los barriles, esperaban su turno, que tal vez tardaría un cuarto de hora, para pedir su ronda al tío Colombe.

—¡Calla! ¡el aristócrata de Codet Cassis!—gritó Mess-Bottes dando una fuerte palmada en el hombro de Coupeau.—¡Un señorito que fuma papel y lleva camisa limpia...! ¡y que sin duda quiere «aplantar» á su «dama» ofreciéndole una «golosina!»

—¡Vaya, no me fastidiéis!—contestó Coupeau vivamente contrariado.

Pero el otro continuaba en fisga.

—¡Basta! ¡estamos al cabo, muchacho! ¡no digas más!

Y volvió la espalda; después de haber bizado terriblemente, mirando á Gervasia. Esta retrocedió un tanto asustada. El humo de las pipas, el fuerte olor que se exhalaba de todos aquellos hombres impregnaban el aire cargado de alcohol, y aquello la ahogaba, produciéndole una ligera tos.

—¡Oh! ¡qué feo es beber!—dijo á media voz.

Y contó que en otro tiempo bebía anisete en Plasans con su madre, pero que un día por poco se muere; y desde entonces no podía ver los licores.

—Ved—añadió mostrando su copa,—me he comido la ciruela; pero dejaré la salsa porque me haría daño. Coupeau, por su parte, tampoco comprendía que pu-

diesen beberse vasos llenos de aguardiente. Una cuela acá, otra acullá, eso no era malo. ¡En cuanto al «vitriolo», á la absenta y á las demás cochinas, abur! no eran necesarias. En vano sus camaradas se mofaban de él; aguardábales en la puerta, cuando los borrachones entraban en la «mina de pimienta» (1). Papá Coupeau, que era plomero como él, se había estrellado la cabeza contra el arroyo de la calle Coquenard cayendo, un día de borrasca, desde el alero del número 25; y este recuerdo, en la familia, les hacía á todos prudentes. En cuanto á él, siempre que pasaba por la calle Coquenard y veía aquel funesto sitio, antes hubiera bebido el agua del arroyo que una copa gratis en la taberna. Y concluyó con esta frase:

—En nuestro oficio es preciso tener las piernas muy sólidas.

Gervasia había vuelto á coger su cesto. Mas no por ello se levantaba; manteníalo apoyado en sus rodillas, con la mirada indecisa, pensativa, como si las palabras del joven obrero despertasen en ella recuerdos lejanos de existencia. Y dijo lentamente, sin transición aparente:

—¡Dios mío! ¡yo no soy ambiciosa, ni pido mucho!... Mi ideal sería trabajar tranquila, tener siempre un pedazo de pan que llevar á la boca, contar con un rincón algo limpio para dormir; una cama, una mesa, un par de sillas, nada más... ¡Ah! también quisiera educar á mis hijos, hacer de ellos buenos hombres, si posible fuese... Otro ideal hay aún, y es que no me pegasen si me decidía á vivir en familia; no, no me agradaría que me pegasen... A esto se reduce toda mi ambición.

La joven buscaba, interrogaba sus deseos, y no encontraba mayores aspiraciones. Sin embargo, después de un momento de vacilaciones, añadió:

—Sí, también se puede al fin tener el deseo de morir una en su propia cama... Yo, después de una vida de fatiga, moriría gustosa en mi cama y en mi casa.

Y se levantó. Coupeau, que aprobaba sus deseos, estaba ya de pie, inquieto por la hora que era. Mas

(1) Las tabernas son minas de pimienta ó botes de pimienta (N. del T. tomada de: *Le Sublime* de Poulot.)

no salieron en seguida; Gervasia tuvo curiosidad de ir á mirar, en el fondo, detrás de la valla de encina; el gran alambique de cobre, que funcionaba bajo los claros cristales del patio; y el plomero, que la había seguido, le explicó cómo marchaba aquello, indicándole con el dedo las diferentes piezas del aparato y mostrando la enorme retorta de donde caía un chorro límpido de alcohol. El alambique con sus recipientes de forma extraña, con sus tubos enroscados sin fin; ofrecía un aspecto sombrío; ni el más leve humo salía de él; apenas si se oía un respirar interior, un ronquido subterráneo; diríase que era una tarea nocturna desempeñada en pleno día, por un trabajador hurano, potente y mudo.

Entre tanto Mess-Bottes, acompañado de sus dos compinches, había venido á apoyarse de codos contra la valla, esperando á que quedase libre un ángulo del mostrador, con una risita de polea mal untada, meneando la cabeza, tiernos sus ojos y fijos sobre la máquina de emborrachar. ¡Rayo de Dios! ¡y qué bonita era! En aquel barrigón de cobre había lo suficiente para tener el gazzate en remojo ocho días. Por su parte, hubiera deseado que le soldaran el extremo del serpentín entre los dientes, para sentirse llenar de alcohol todavía caliente, y que le bajase hasta los talones, siempre, siempre como un arroyuelo. ¡Vaya! así no hubiera tenido que molestarse; aquello reemplazaría ventajosamente los dedales en que les servía de beber ese rocín de tío Colombel! Y los compinches se reían, diciendo que ese animal de Mess-Bottes tenía la lengua bien afilada. El alambique, sordamente, sin una llama, sin un tono alegre en los reflejos apagados de sus cobres, continuaba, dejaba fluir su sudor de alcohol, semejante á un manantial lento y terco que á la larga debiese invadir la sala, desbordarse á los bulevares exteriores, é inundar el inmenso antro de París. Entonces Gervasia, presa de un estremecimiento, retrocedió; y procuraba sonreír, murmurando:

—¡Vaya una tontería! pues ¿no me da frío esa máquina?... La bebida me da frío...

Luego, volviendo á la idea de una dicha perfecta que acariciaba:

—¡Ea! ¿no es verdad? ¿cuánto más no valdría trabajar, comer pan, tener un rincón propio, educar á los hijos, morir en su lecho?...

—Y no ser zurrada—añadió jovialmente Coupeau.— Pero yo no os zurraría, si quisieseis, señora Gervasia... No hay miedo de ello ¡nunca bebo; y os amo demasiado!... Veamos ¿será esta noche? nos calentaremos los piecitos...

Había bajado la voz, y le hablaba al cuello, mientras ella se abría camino con su cesto, por en medio de los concurrentes. Pero todavía contestó que no, con la cabeza, repetidas veces. Sin embargo, se volvía, sonriéndole, pareciendo muy contenta al saber que Coupeau no bebía. De seguro le habría dicho que sí, á no haberse jurado á sí misma que no volvería á juntarse con ningún hombre. Por fin, alcanzaron la puerta y salieron. A sus espaldas la taberna continuaba llena, soplando hasta la calle el ruido de las voces roncadas y el olor licoroso de las rondas de vitriolo. Oíase á Mess-Bottes tratando de pillo al tío Colombe, acusándole de no haber llenado su vaso sino hasta la mitad. Y afirmaba que él era un buen republicano, un hombre excelente, aficionado al trabajo. Pero ¡bah! ya podía fastidiarse su patrón, que en cuanto á hoy no volvería á la jaula; estaba de flema. Y proponía á sus compinches ir al «Petit bonhomme qui tousse», otra mina de pimienta, de la barrera Saint-Denis, donde se bebía «chien» (1), perro puro.

—¡Aquí se respira!—dijo Gervasia al verse en la acera.—¡Vaya! adiós y gracias, señor Coupeau... Voy de prisa...

Iba á seguir el boulevard. Mas Coupeau le había tomado una mano, que no soltaba, repitiendo:

—Dad la vuelta conmigo; pasaremos por la calle de la Goutte d'Or, eso no os retardará gran cosa... He

(1) *Chien, Sacré Chien*.—Aguardiente tan malo, como fuerte. Decían y todavía se dice duro como perro, para designar, ya un líquido que raspe el gaxnate al pasar, ya una vianda rebelde á la masticación. No es, pues, de extrañar que el aguardiente ultra fuerte haya sido designado con el nombre de *Sacré chien* y de *chien* por abreviación.—(N. del T. tomada de *Rigod*.)

de ir á casa de mi hermana antes de volver á la obra... Nos haremos compañía.

La joven acabó por aceptar, y subieron lentamente la calle des Poissonnières, uno al lado del otro, sin darse el brazo. Coupeau le hablaba de su familia.

La madre, mamá Coupeau, antigua chalequera, se ocupaba actualmente en servicios domésticos, á causa de la vista que se le iba perdiendo. Había cumplido sus sesenta y dos el 3 del mes anterior. El era el menor de la familia. Una de sus hermanas, la señora Lerat, viuda, de treinta y seis años, era florista y vivía en la calle des Moines, en Batignolles. La otra, de treinta años de edad, había casado con un constructor de cadenas, el cazurro Lorilleux. A su casa iba precisamente, calle de la Goutte d'Or, en el gran caserón de la izquierda. Por las noches comía con ellos, lo cual constituía una economía para los tres. Ahora iba á avisarles que no le esperasen, porque estaba convidado á cenar por un amigo.

Gervasia, que le escuchaba, interrumpióle bruscamente para preguntarle:

—¿Conque os llamáis Cadet Cassis, señor Coupeau?

—¡Oh!—respondió éste,—es un apodo que me han dado los compañeros, porque generalmente tomo grosella, cuando me obligan á entrar en la taberna... Tanto da llamarse Cadet Cassis como Mess-Bottes, ¿verdad?

—Seguramente, y no es feo apodo Cadet Cassis—declaró la joven.

Y le interrogó sobre su trabajo. Actualmente trabajaba en el hospital nuevo detrás de la muralla del resguardo. ¡Oh! no faltaba tarea, y estaba en la seguridad de que no acabaría en todo el año. Pues ¡no había metros de canales que poner!

—Sabed—le dijo,—que cuando estoy allí arriba, veo el hotel Boncoeur... Ayer, cuando salisteis á la ventana, os hice señas con los brazos; pero no me visteis.

Habían andado ya un centenar de pasos en la calle de la Goutte d'Or, cuando Coupeau se detuvo alzando los ojos y diciendo:

—Ved aquí la casa... Yo nací un poco más arriba,

L'Assommoir—Tomo I—4

en el 22. ¡Pero esta casa no es una chica mole de obra! ¡es grande como el interior de un cuartell...

Gervasia levantaba la cabeza, examinaba la fachada. Sobre el nivel de la calle, la casa alzaba cinco pisos, cada uno de los cuales alineaba en fila quince ventanas, cuyas persianas negras, de hojas rotas, daban un aspecto ruinoso al inmenso lienzo de pared. Cuatro tiendas ocupaban los bajos; á derecha de la puerta, un bodegón grasiento; á izquierda un carbonero, un mercero y una vendedora de paraguas. La casa parecía tanto más colosal, cuanto que surgía entre dos pequeños edificios bajos, mezquinos, pegados á ella; cuadrada, parecida á una mole de argamasa groseramente amasada, pudriéndose y desmenuzándose á efecto de la lluvia, perfilaba sobre un claro cielo, por encima de los tejados vecinos, su enorme cubo, sus flancos no blanqueados, de color de barro, ofreciendo la interminable desnudez de fachada de cárcel, cuyas filas de adarajas semejaban mandíbulas caducas hostezando en el vacío. La atención de Gervasia fijábase sobre todo en la puerta, un inmenso portalón redondo, que se elevaba hasta el segundo piso, y daba paso á un profundo zaguán, á cuyo extremo veíase la pálida claridad de un gran patio. Por el centro de ese zaguán, empedrado como la calle, corría un arroyuelo arrastrando un agua de color de rosa claro.

—Entrad—dijo Coupeau,—que no os van á comer.

Gervasia prefería esperarle en la calle. Sin embargo, no pudo menos de penetrar en el zaguán hasta el cuarto del portero, que se encontraba á mano derecha. Y una vez allí, en el umbral, alzó de nuevo los ojos. En el interior, cuatro fachadas regulares de seis pisos cerraban el vasto cuadrado del patio. Eran unos muros grises, carcomidos por una lepra amarillenta, surcados de rebabas por el gotear del tejado, que subían desde el suelo hasta la techumbre sin una moldura siquiera; únicamente los tubos de desagüe se acodaban en cada piso, donde las bocas abiertas de las cañerías imprimían la mancha de su oxidada fundición. Las ventanas, sin persianas, mostraban vidrios desnudos, de color verdoso de agua sucia. Algunas, abiertas, ostentaban colgados colchones de tela de cuadros azules, to-

mando el aire; ante otras, sobre cuerdas tendidas, se-
cábase la ropa, toda la leña de un matrimonio, las
camisas del marido, las chambras de la mujer, los
pantalones de los chiquillos; una de las ventanas del
tercer piso exhibía un pañal de niño, lleno de porquería.
De arriba abajo las habitaciones, demasiado pequeñas,
parecía como que reventasen hacia afuera, mostrando
por todas las hendiduras indicios de su miseria.

En la planta baja, y al servicio de cada fachada, había una puerta alta y angosta, sin marco, abierta en plena argamasa, la cual daba paso á un vestíbulo agrietado, en cuyo fondo alzábanse en espiral los pedá-
ños lodosos de una escalera con baranda de hierro; contábanse así hasta cuatro de ellas, indicadas por las cuatro primeras letras del alfabeto, pintadas en la tapia.

Los bajos estaban ocupados por inmensos talleres, cerrados por vidrieras ennegrecidas por el polvo; la fragua de un cerrajero despedía su viva llama; no lejos de éste, oíanse los golpes del cepillo de un carpintero, y contiguo á la portería, un laboratorio de tintorero soltaba á borbotones aquel arroyo de agua de color rosa claro que corría á lo largo del zaguán. Salpicado por charcos de agua teñida, virutas y residuos de carbón, sembrado de hierba en su perímetro, entre las junturas de las piedras, recibía el patio una claridad cruda, partida en dos por la línea en donde se detenía el sol. En la sombra, alrededor de la fuente cuyo grifo mantenía una continua humedad, tres polluelos picoteaban, buscando con sus patas llenas de barro, gusanos de tierra.

Y Gervasia paseaba lentamente su mirada, bajando la del piso sexto hasta el patio, y volvía á alzarla, sorprendida ante aquella enormidad, pareciéndole encontrarse en el centro de un órgano viviente, en el corazón de una ciudad, interesándose por la casa, como si se hallase enfrente de una persona gigante.

—¿Pregunta la señora por alguien?—gritó la portera, curiosa, apareciendo á la puerta de su cuarto.

La joven contestó que aguardaba á una persona; y se dirigió hacia la calle, mas viendo que Coupeau tardaba, volvió á entrar, como atraída, y se puso á

mírar nuevamente el interior. No le parecía fea la casa. Entre los pingajos colgados de las ventanas, destacábanse alegres algunos sonrientes matices, un alelí en flor en un tiesto, una jaula de canarios de donde se exhalaban graciosos gorjeos y algunos espejillos de afeitarse reflejando en el fondo de la sombra brillos de estrellas redondas. En el piso bajo un carpintero cantaba acompañado por los silbidos regulares de su garlopa, mientras que, en el taller de cerrajería, el cadencioso golpeteo de los martillos en el yunque producía un son de argentino repique.

Además, en casi todas las abiertas ventanas, sobre el fondo de la miseria entrevista, veíanse niños de rostros risueños, aunque sucios, y mujeres que cosían, inclinados sobre la labor sus tranquilos perfumes. Era el reanudar de la tarea después del almuerzo.

Las habitaciones de los hombres, que trabajaban fuera, estaban vacías y la casa había recobrado aquella gran paz interrumpida únicamente por el ruido de los talleres, por el cantar de una copla, siempre la misma, repetida horas enteras. Solamente encontraba algo húmedo el patio; si hubiese vivido allí, seguramente habría preferido Gervasia una habitación en el fondo, donde daba el sol.

Adelantando cinco ó seis pasos más hacia el interior, aspiró ese olor soso de las viviendas pobres, un olor de polvo antiguo, de suciedad rancia; pero, como quiera que al tal olor le dominaba el acre de las aguas del tinte, encontraba que aquello olía menos mal que en el hotel Boncoeur. Y elegía de antemano su ventana, una ventana en el ángulo de la izquierda, donde rebasaba una pequeña caja, plantada de judías de España, cuyos delgados tallos comenzaban á enroscarse en derredor de una red de bramante.

—Os he hecho esperar mucho, ¿eh?—dijo Coupeau, cuya voz oyó de improviso Gervasia junto á ella.—Es toda una historia, cuando no como con ellos, tanto más cuanto que hoy mi hermana había comprado ternera.

Y al ver que la joven se había sorprendido á su repentina llegada, continuó, paseando á su vez sus miradas por el interior del patio.

—¿Contemplabais la casa? Siempre está alquilada de arriba á abajo. Lo menos tiene trescientos inquilinos... Si yo tuviese muebles, hubiera alquilado un cuartito... Se estaría bien aquí, ¿verdad?

—Sí, muy bien—murmuró Gervasia.—En Plassans no tenía tanta gente nuestra calle... Ved qué bonita está aquella ventana, en el quinto piso, con sus judías.

Entonces él, siempre tardo, volvió á preguntarle si quería. Tan luego como poseyesen una cama, se vendrían á vivir allí. Mas ella se alejaba, apresurándose á salir del zaguán, y rogándole que no volviese á empezar con sus tonterías. Antes se hundiría la casa, que accediese ella á acostarse bajo la misma sábana que él. Sin embargo, Coupeau, al separarse de ella ante el taller de la señora Fauconnier, pudo retener un instante en su mano la de la joven, que se la abandonaba como á un buen amigo.

Por espacio de un mes, continuaron las buenas relaciones de la joven con el obrero plomero. Esté la encontraba singularmente animosa cuando la veía matarse trabajando, cuidar de sus hijos, y emplear parte de sus noches en tareas de costura. Mujeres, no faltaban, eso sí, sucias, novilleras; pero ¡por vida! lo que es ella no se les parecía en nada y tomaba la existencia muy por lo serio! Entonces Gervasia se reía, defendiéndose modestamente. Por desgracia, no siempre había sido tan cuerda. Y aludía á su primer parto á los catorce años, deplorando los litros de anisete bebidos con su madre en otro tiempo. Era una equivocación el suponerle una voluntad enérgica; muy al contrario, era muy débil y se dejaba empujar á donde la arrastraban, por temor de disgustar á alguien. Su sueño dorado consistía en vivir entre gente honrada, porque, decía, las malas compañías eran como un golpe de maza, que tal como éste aplasta un cráneo, así aplastaban á una mujer en un decir Jesús. Dábale escalofríos el pensar en el porvenir, y comparábase con un sueldo arrojado al aire y cayendo de cara ó cruz, según los azares del empedrado. Todo cuanto había visto ya, los malos ejemplos exhibidos ante sus inocentes ojos de niña, servíanle de severa lección.

Pero Coupeau se aplicaba á distraerla de sus negras ideas, y procuraba animarla, pellizcándole las caderas; y ella le rechazaba, dándole fuertes manotadas; en tanto que él, riéndose, aseguraba que aunque parecía una mujercita débil, no era fácil asaltar. De alegre carácter, él, no se preocupaba del porvenir. ¡Tras un día vienen otros, pardiez! No había de faltar un rincón donde meterse, ni un bocado que comer. El barrio le parecía limpio, prescindiendo de una buena mitad de los borrachos de que debería desembarazarse el arroyo. Coupeau tenía buen fondo, su conversación era á veces muy sensata; algo coquetón, llevaba la raya cuidadosamente abierta á un lado de su cabeza. lindas corbatas y zapatos de charol los domingos. A todo ello unía destreza y una audacia de mono, una tunantería chancera de obrero parisiense, llena de chispa y que se hacía simpática al brotar de sus labios todavía jóvenes.

Los dos habían acabado por prestarse un sin fin de servicios, en el hotel Boncoeur. Coupeau iba por la leche, desempeñaba sus comisiones, llevaba sus paquetes de ropa; á menudo, por la noche, regresando del trabajo antes que la joven, sacaba á paseo á los chicos, por el bulevar exterior. Gervasia, en buena compensación, subía al angosto cuartito donde dormía Coupeau, en el sotabanco, y repasaba su ropa, le ponía botones en los chalecos y remendaba sus blusas. Establecíase entre ambos una gran familiaridad. La joven no se aburría oyéndole cantar las coplas que aprendiera tomadas de la continua jerigonza de los arrabales de París, para ella desconocida completamente. El, al incesante roce de las faldas de Gervasia, enardecíase más y más. ¡Estaba cazado y de firme! Aquello acabó por serle violento. Continuaba risueño, pero con el estómago tan oprimido, que ya no le hacía gracia. Sus pretensiones proseguían, y cada vez que encontraba á la joven le preguntaba: «¿Para cuándo?» Ya sabía esta lo que tales palabras significaban; y le prometía la cosa para la semana de los cuatro jueves. Entonces él, tratando de impacientarla, se presentaba en su habitación con las chanclas en la mano, cual si se mudase de cuarto. Y ella se reía, pasando perfec-

tamente el día, sin ruborizarse á pesar de las alusiones picarescas que de continuo le dirigía. Con tal que no se propasara, tolerábaselo todo. Un día, sin embargo, se enfadó porque, empeñado él en darle un beso, le arrancó algunos cabellos.

A fines del mes de junio perdió su alegría Coupeau. Poníase grave. Gervasia, inquieta por ciertas miradas, se parapetaba durante la noche. Luego, al cabo de unos hociocos que duraron desde el domingo al martes; el obrero fué á llamar á la puerta de la joven, de noche, á las once. No quería ella abrir; mas al escuchar su acento tan dulce, tan tembloroso, acabó por retirar la cómoda que tenía colocada tras la puerta. Cuando entró, creyóle enfermo, tan pálido estaba y tan enrojecidos sus ojos. Y él permanecía en pie, tartamudeando, meneando la cabeza. No, no estaba enfermo. Hacia dos horas que estaba llorando, arriba, en su cuarto; lloraba como un niño, mordiendo su almohada, para que no le oyeran los vecinos. Con aquella iban tres noches sin poder pegar los ojos. Imposible que esto continuara así.

—Oídme, señora Gervasia—dijo con la garganta oprimida, á punto de soltar de nuevo el llanto;—es preciso acabar de una vez ¿verdad? Vamos á casarnos; estoy resuelto, decidido.

Altamente sorprendida quedó Gervasia, y con grave acento:

—¡Oh! señor Coupeau—murmuró,—¿qué vais á conseguir con eso? Nunca os he pedido tal cosa, ya lo sabéis... Vuestras proposiciones no me convenían... ¡Oh! lo que ahora me proponéis es demasiado serio... no; no... Reflexionadlo bien, os lo ruego.

Mas él continuaba moviendo la cabeza en ademán de resolución inquebrantable. Todo lo tenía reflexionado. Había bajado porque necesitaba pasar por una buena noche. ¡De seguro que no le dejaría ella volverse á su cuarto llorando! Desde que le hubiese dado el sí, no la molestaría más, y podría acostarse tranquila. Su sólo deseo consistía en oírla pronunciar el sí. Ya hablarían al siguiente día.

—Tened por cierto que no diré que sí—repuso Gervasia.—No quiera que, más adelante, me acuséis de

Haberós impulsado á hacer una tontería... En verdad, señor Coupeau, que hacéis mal en ser tan terco. Vos mismo ignoráis lo que por mí sentís. Si dejaseis de verme ocho días, apuesto á que se os pasaría eso. Los hombres, á menudo, se casan por una noche, la primera, y después las noches se suceden unas á otras; los días prolongan la vida entera, y entonces se arrepentirían de lo lindo... Sentaos un momento ¡vaya! y hablaremos un instante.

Entonces, y hasta la una de la mañana, en el cuarto semiobsuro, á la humeante claridad de una vela que se olvidaron de despabilar, discutieron sobre su matrimonio, en voz baja, para no despertar á los niños que dormían tranquilos con las cabecitas sobre la misma almohada. Y Gervasia aludía continuamente á ellos, enseñándole á Coupeau; ¡vaya un engorroso dote, el que le aportaba; cargarle con dos chiquillos! Después, avergonzabase por él. ¿Qué diría el barrio? Habíanla conocido con su amante, sabían su historia; no era cosa muy decente que los vieses casarse á los dos meses apenas. A tan poderosas razones, contestaba Coupeau encogiéndose de hombros. ¿Qué le importaba el barrio! El no metía su nariz en los asuntos ajenos; hubiera temido sacarla demasiado sucia. ¡Pues bien, sí! ¿que había tenido relaciones con Lantier antes de casarse? Y ¿qué mal había en ello? Gervasia no era mujer de mala vida, no llevaría hombres á su casa, como otras tantas y aun de las más ricas. Por lo que á los chicos atañería, irían creciendo, y se les educaría; ¡pardiez! Jamás encontraría él una mujer tan animosa, tan buena, dotada de tantas cualidades... Por otra parte, más aún: ya hubiera podido ella ser más corrida, fea, holgazana, repugnante y tener una caterva de chiquillos cazcarrientos, todo ello le habría importado un comino: la quería.

—Sí, os quiero—repetía, dándose puñetazos en la rodilla con un continuo martilleo.—¿Lo oís? os quiero... ¿me parece que no hay nada que replicar á esto?

Gervasia poco á poco se enternecía. Apoderábase de ella una cobardía de corazón y de sentidos, en medio de aquel deseo brutal que la envolvía. Ya no aventuraba más que objeciones tímidas, con las manos aban-

donadas sobre las baldas y la faz inundada de dulzura. Desde afuera, por la entreabierta ventana, la hermosa noche de junio enviaba sus cálidos soplos, que asustaban á la vela, cuya larga mecha rojiza se carbonizaba; en el gran silencio del barrio dormido, oíanse solamente los sollozos infantiles de un borracho, tendido de espaldas, en mitad del bulevar, en tanto que, muy lejos, en el fondo de algún restaurant, un violín ejecutaba un rigodón picaresco en alguna boda retrasada, una musiquilla cristalina, clara y delgada como una frase armónica. Coupeau, viendo á la joven sin argumentos que oponer, silenciosa y vagamente ri-sueña, había cogido sus manos y las atraía hacia sí. Gervasia se encontraba en una de esas horas de abandono de que tanto desconfiaba, seducida, demasiado conmovida para negar algo y disgustar á alguien. Mas el plomero no comprendió que la joven se le entregaba; contentóse con apretarle las manos fuertemente para tomar posesión de ella y ambos exhalaban un suspiro, en aquella presión, en que se satisfacía un poco de su ternura.

—Decís que sí ¿verdad?—preguntó Coupeau.

—¡Vaya un empeño!—murmuró ella.—¿Lo queréis? pues bien, sí... ¡Dios mío! tal vez con ello cometamos una gran locura.

El se había levantado, y abrazándola por la cintura imprimióle un rudo beso en el rostro, al azar. Y al advertir el ruido que aquella caricia producía, fué el primero en inquietarse, mirando á Claudio y á Esteban, caminando á paso de lobo, y bajando la voz:

—¡Chist!... seamos prudentes—dijo,—no vayan á despertarse los rorros... Hasta mañana.

Y subió á su cuarto. Gervasia, temblorosa, permaneció cerca de una hora sentada junto á su cama, sin pensar en desnudarse. Estaba conmovida; encontraba á Coupeau muy honrado, pues por un momento creyó que la cosa concluiría acostándose con ella. En tanto el borracho, debajo de la ventana, exhalaba quejidos más roncós, cual de bestia extraviada. Y á lo lejos, había enmudecido el violín del picaresco rigodón.

Los días siguientes, empeñóse Coupeau en decir á Gervasia á que subiera una noche á casa de su her-

mana, calle de la Goutte d'Or. Mas la joven, tímida de sobra, mostraba gran espanto al pensar en visitar á los Lorilleux. Comprendia perfectamente que el plomero tenia cierto miedo á este matrimonio. A la verdad él no dependia de su hermana, que ni siquiera era la mayor. Mamá Coupeau daría su consentimiento con mucho gusto, pues nunca contrariaba á su hijo. Sólo que, en su familia, sabian que los Lorilleux ganaban hasta diez francos al día y esto les daba cierta autoridad. Coupeau no se hubiera atrevido á casarse sin que ante todo hubiesen aceptado á su mujer.

—Les he hablado de vos; conocen nuestros proyectos—decíale á Gervasia.—¡Dios mío! ¡qué niña sois! Venid esta noche... quedáis enterada ¿verdad? Encontraréis á mi hermana un poco tiesa; Lorilleux no siempre se muestra afable. En el fondo, están muy contrariados, porque si me caso, ya no comeré con ellos, y esto aumentará su gasto. Mas no importa; no por ellos darán con la puerta en las narices. Hacedlo por mí, toda vez que es absolutamente necesario.

Estas palabras asustaban más y más á Gervasia. Sin embargo un sábado por la noche accedió. Vino Coupeau á buscarla á las ocho y media. Le esperaba ya vestida con un traje negro, un chal de palmas amarillas estampadas en muselina de lana y un gorrito adornado con puntillas. Hacía seis semanas que ahorra y en este tiempo había economizado los siete francos del chal y los dos y medio de la gorrita; el vestido era una vieja bata limpia y reformada.

—Os esperan—le dijo Coupeau, mientras daban la vuelta por la calle de Poissonnieres.—¡Oh! Ya empiezan á acostumbrarse á la idea de verme casado. Esta noche, parecen estar de buen humor... Y además, si no habéis visto nunca hacer cadenas de oro, os agrada verlo. Precisamente tienen un encargo de mucha prisa para el lunes.

—¿Tienen oro en su casa?—preguntó Gervasia.

—¡Ya lo creo! lo hay en las paredes, en el suelo, en todas partes.

En tanto habían franqueado el umbral de la puerta en arco y atravesado el patio. Los Lorilleux vivían en el piso sexto, escalera B. Coupeau la advirtió riendo

que se agarrase bien de la barandilla y que no la soltara. Alzó la joven la vista y entornó los párpados percibiendo la alta torre hueca de la caja de la escalera, iluminada por tres mecheros de gas, colocado cada uno de dos en dos pisos; el último de arriba, parecía una estrella vacilante en un cielo oscuro, al par que los otros dos despedían extensas claridades, extrañamente cortadas, á lo largo de la interminable espiral de los escalones.

—¡Hola!—dijo el plomero llegando á la meseta del primer piso;—¡qué bien huele á sopa de cebolla! De seguro han comido sopa de cebolla por aquí.

En efecto, la escalera B, gris, sucia, con su barandilla y sus peldaños grasientos y sus paredes descascaradas dejando ver la argamasa, olía violentamente á cocina. En cada meseta veíanse profundos corredores donde se oía la algarabía de las voces y del abrir las puertas pintadas de amarillo y ennegrecidas junto á la cerradura por la grasa de las manos: y al ras de las ventanas exhalaba el canalón una humedad fétida, cuya hediondez se mezclaba con el acre olor de la cebolla cocida. Desde el patio hasta el piso sexto oíanse los ruidos de los platos, del lavar los cazos, y el raspar de las cucharas rascando el fondo de las cacerolas para limpiarlas.

En el piso primero, por la rendija de una puerta entreabierta, en la que se leía en grandes letras las palabras «Dibujante», percibió Gervasia á dos hombres sentados á una mesa cubierta con hule, charlando furiosamente, envueltos en el humo de sus pipas. El segundo piso y el tercero, más tranquilo, sólo dejaban oír por los resquicios de sus puertas, el cadencioso columpio de una cuna, el ahogado llanto de un niño, la gruesa voz de una mujer resonando con un sordo murmullo de agua corriente, sin poderse distinguir sus palabras. Gervasia leyó en cartelones clavados en las puertas los nombres de «Señora Gaudron, cardadora», y algo más lejos: «Señor Madinier, taller de cartonero».

En el cuarto piso se pegaban; oíase un pataleo que hacía retemblar el suelo, ruido de muebles al caer, y una espantosa baraunda de votos y de golpes, lo cual no impedía á los vecinos de enfrente jugar muy tran-

quillos á las cartas, con su puerta abierta, para que entrase el aire. Al llegar al quinto piso, apenas podía Gervasia respirar, pues no tenía costumbre de subir tantas escaleras; aquella pared que iba siempre dando vueltas, aquella multitud de habitaciones que á su vista iban desfilando la mareaban. Una familia obstruía la meseta; el padre lavaba los platos en un barreño, colocado cerca del canalón, en tanto que la madre, arriada á la barandilla, limpiaba al rorro antes de acostarle. Coupeau, entre tanto, animaba á la joven. Ya llegaban. Y cuando estuvo en el sexto piso, volvió la cabeza hacia ella sonriendo como para ayudarla. Gervasia, erguida la cabeza, procuraba indagar de qué punto salía un hilo de voz, que venía oyendo desde el primer escalón, voz clara y aguda que dominaba los demás ruidos.

Era una viejecita del sotabanco que cantaba á la vez que vestía muñecas de trece sueldos. Vió también, aprovechando el momento en que una mocetona entraba con un cubo, en un cuarto vecino, una cama sin hacer y tendido en ella un hombre en mangas de camisa, en espera, revolcándose, y fija en el techo la mirada; y sobre la puerta, ya cerrada, una tarjeta de visita rezaba en caracteres manuscritos: «Señorita Clemencia, planchadora».

Terminada por fin la ascensión, molidas las piernas, ahogada su respiración, tuvo curiosidad de inclinarse por encima de la barandilla; actualmente el mechero de gas del piso bajo se le apareció como una estrella; en el fondo del angosto pozo de los seis pisos; y los olores y la vida inmensa y ruidosa de la casa llegaban hasta ella en un solo hálito, azotando con soplo caloroso su rostro inquieto, que se aventuraba allí como en el borde de un abismo.

—¡Aún no hemos llegado!—dijo Coupeau.—¡Oh! ¡es todo un viaje!

Había tomado, hacia la izquierda, por un largo corredor. Torció dos veces, la primera todavía á izquierda, y la segunda á derecha. El corredor se prolongaba siempre, se bifurcaba, angostándose, agrietado, decrepito, iluminado á largos trechos por mezuquinos mecheros de gas; y las puertas uniformes, en fila como

puertas de prisión ó de convento, continuaban mostrando, abiertas casi todas de par en par, un interior de miseria y de trabajo, que la caliginosa noche de invierno llenaba de rojiza niebla. Por fin llegaron á un extremo del corredor completamente oscuro.

—Ya estamos—repuso el plomero.—¡Atención! apoyaos en la pared; hay tres escalones.

Y Gervasia dió unos diez pasos, prudentemente en la obscuridad. Tropezó y contó los tres escalones. En tanto, en el fondo del pasillo Coupeau acababa de empujar una puerta, sin llamar previamente. Una viva claridad irradió en el pasillo. Entraron.

Era una pieza estrangulada, una especie de intestino, que parecía formar la prolongación del pasillo. Una cortina de lana desteñida, y levantada en aquel momento por un bramante, cortaba el intestino en dos mitades. El primer compartimento contenía una cama adosada bajo un ángulo del abuhardillado techo, una sartén de hierro, caliente todavía desde la comida, dos sillas, una mesa y un armario, cuya cornisa había sido preciso aserrar para poderlo colocar entre la cama y la puerta. En la segunda división estaba instalado el taller; en el fondo, una estrecha fragua, con su fuelle; á la derecha un tornillo sujeto á la pared debajo de un estante donde se veían herramientas; á izquierda junto á la ventana, un banco pequeño, atestado de pinzas, tijeras, sierras microscópicas, grasientas y muy sucias.

—¡Somos nosotros!—gritó Coupeau adelantando hasta la cortina de lana.

Más nadie contestó en seguida. Gervasia, emocionada en alto grado, conmovida sobre todo por la idea de que iba á entrar en una habitación llena de oro, permanecía detrás del obrero, balbuciente, aventurando solamente inclinaciones de cabeza para saludar. La viva claridad de una lámpara que ardía sobre el banco y el candente foco de la fragua contribuían á aumentar su turbación. Al fin consiguió ver á la señora Lorilleux, pequeña, roja, bastante fuerte, tirando con todo el vigor de sus brazos cortos, con auxilio de unas gruesas tenazas, de un hilo de metal negro, que hacía pasar por los agujeros de una hilera sujeta al tornillo. Delante

del banco, Lorilleux, de pequeña estatura también, aunque más delgado de hombros, trabajaba, auxiliado por la punta de sus pinzas y con la viveza del mono, en una labor tan menuda, que se perdía entre sus nudosos dedos. El marido fué el primero en levantar la cabeza; una cabeza pobre de pelo, de faz amarillenta, cual de cera vieja, larga y enfermiza.

—¡Ah! ¿sois vosotros? ¡bueno!—murmuró.—Ya sabéis que estamos muy de prisa... No entréis en el taller, que nos estorbariais. Quedaos en el cuarto.

Y volvió á su tarea minuciosa, con el rostro vuelto hacia el verdoso reflejo de un globo de agua, á través del cual la lámpara proyectaba sobre su labor un círculo de viva luz.

—¡Coge las sillás!—gritó á su vez la señora Lorilleux.—Es esta señora ¿verdad? ¡Muy bien, muy bien!

Había arrollado el hilo; llevólo á la fragua y allí, activando la combustión con el gran fuelle de madera, lo puso á recocer, antes de pasarlo por los últimos agujeros de la hilera.

Coupeau adelantó las sillás, é hizo sentar á Gervasia junto á la cortina. Tan estrecha era la habitación, que no pudo sentarse á su lado. Situóse detrás de ella, inclinándose á cada momento sobre su cuello para darle explicaciones acerca del trabajo. La joven, cortada por la extraña acogida de los Lorilleux y violenta por las miradas oblicuas que le dirigían, tenía un zumbido de oídos que le impedía oír. Encontraba á la Lorilleux más vieja de lo que correspondía á sus treinta años, de aire áspero, sucia, con sus cabellos de rabo de vaca, desgñados sobre su entreabierta chambra. El marido, que sólo contaba un año más, le parecía un viejo, con sus delgados y malignos labios, en mangas de camisa y con los pies desnudos metidos en pantuflos descalcañados. Y lo que sobre todo la consternaba era la exigüidad del taller, las paredes sucias, el hierro oxidado de los útiles, toda aquella porquería hacinada allí como en un puesto de traperos. Hacía un calor sofocante. Gruesas gotas de sudor bañaban el verdoso semblante de Lorilleux, en tanto que su mujer se decidía á quitarse la chambra, dejando los brazos desnudos y la camisa se pegaba á sus caídos pechos,

—¿Y el oro?—preguntó Gervasia á media voz.

Sus miradas inquietas registraban los rincones, buscando, entre toda aquella cazcarría, el resplandor que había soñado.

Coupeau se echó á reír.

—¿El oro?—dijo,—¡miradlo, aquí, allí... y á vuestros pies!

E indicaba sucesivamente el hilo adelgazado que su hermana trabajaba, y otro paquete de hilo parecido á un rollo de alambre, colgado de la pared, junto al tornillo; después, poniéndose á gatas, recogió del suelo, de entre el serrín que cubría el piso del taller, un trozo de hilo, un cabo semejante á la punta de una aguja oxidada. Gervasia dudaba. ¡Aquello no era oro; un metal negruzco, despreciable como el hierro! Para convencerla, fuéle preciso á Coupeau morder el cabo que cogiera y enseñarle la reluciente huella que en él dejaron sus dientes. Y volvía á reanudar sus explicaciones; los patronos suministraban el oro en hilo, en liga; los obreros lo pasaban primeramente por la hilera para obtenerlo del diámetro necesario, cuidando de recocerlo cinco ó seis veces durante la operación; á fin de que no se quebrara. ¡Oh! ¡aquello requería buenos puños y mucha costumbre! Su hermana impedía al marido que se ocupase en la hilera, porque tosía. En cuanto á ella, ¡qué brazos! Coupeau le había visto tirar hilos de oro tan delgados como un cabello.

En tanto Lorilleux, presa de un ataque de tos, se doblaba sobre su taburete. En medio del acceso, habló, diciendo con voz sofocada, y siempre sin mirar á Gervasia, como si hablase consigo mismo:

—Yo hago la columna.

Coupeau obligó á Gervasia á levantarse, diciéndole que se acercase, que lo vería mejor. Accedió el cadenista con un gruñido. Arrollaba el hilo preparado por su mujer en torno de un mandril, ó sea una barrita de acero muy delgada. Después pasó ligeramente la sierra á lo largo del mandril y cortó el hilo, cada una de cuyas vueltas formó una malla. Después las soldó. Las mallas colocábalas sobre un gran pedazo de carbón vegetal. Mojábalas luego con una gota de borax, que tomaba del fondo de un vaso roto, que tenía á su

lado, y rápidamente las enrójecía á la lámpara, á la llama horizontal del soplete. Cuando tuvo un centenar de mallas, volvió á su tarea minuciosa apoyado en la clavija que el roce de sus manos había pulimentado. Doblada la malla con las pinzas, la sujetaba por un lado, la introducía en la malla superior colocada ya en su sitio, y todo ello con una regularidad continua, sucediéndose mallas á otras mallas tan rápidamente, que la cadena iba prolongándose poco á poco á la vista de Gervasia, sin que ésta tuviese tiempo de seguir la marcha y comprenderla.

—Eso es la columna—dijo Coupeau.—Hay la «Cadena», el «Presidiario», la «Barbada», la «Soga». Pero eso es la «Columna», Lorilleux no hace otra cosa que «Columnas».

Esto produjo en el artífice una mueca de satisfacción. Y, sin dejar de engarzar las mallas, movibles entre sus negras uñas, exclamó:

—¡Oye, Cadet Cassis!... Esta mañana hacía un cálculo... Comencé á trabajar á los doce años ¿verdad? ¡pues bien! ¿sabes tú qué tira de «Columna» llevo hecha hasta hoy?

Y al decir esto, levantaba su pálida faz, guiñando sus enrojecidos párpados.

—Ocho mil metros ¿lo oyes? ¡Dos leguas! ¿qué tal? ¡una tira de columna de dos leguas! Con ella hay para arrollar el pescuezo de todas las mujeres del barrio. Y, como ves, la tira va prolongándose. Espero que, con el tiempo, llegará de París á Versalles.

Gervasia había vuelto á sentarse, desilusionada, encontrando muy feo todo aquello. Sonrió, sin embargo, por agrandar á los Lorilleux. Lo que sobre todo la cargaba era el silencio que se guardaba tocante á su casamiento, á ese asunto tan importante para ella y el solo objeto que allí la había llevado. Los Lorilleux continuaban tratándole como una curiosa impertinente conducida allí por Coupeau. Por fin entablóse una conversación, versando únicamente sobre los inquilinos de la casa. La señora Lorilleux preguntó á su hermano si no había oído, al subir, cómo se zurraban los vecinos del piso cuarto. Esos Benard, se aporreaban todos los días; el marido regresaba borracho como un cerdo;

la mujer, no más recomendable que él, lo acogía con asquerosos improperios. Después, hablaron del dibujante del primer piso, el tunante de Baudequin, trapalón acribillado de deudas, fumando siempre, y siempre alborotando con sus camaradas. El taller de cartonero del señor Madinier, no se sostenía más que sobre un pie: el día antes el patrón había tenido que despedir á dos oficiales; nada extraño sería que diese la voltereta, pues todo cuanto ganaba se lo comía, y á sus hijos los llevaba con el trasero al aire. La señora Gaudron cardaba especialisimamente sus colchones; de nuevo se hallaba en cinta, cosa que á su edad, ya empezaba á no ser muy limpia. El propietario acababa de despedir á los Coquet, del quinto piso; debían ya tres trimestres; además, se emperraban en encender su fogón en la meseta, á pesar de que el sábado anterior, á no ser por la señorita Remajou, la vieja del sexto piso, que salía á entregar sus muñecas y bajaba á tiempo para evitarlo, el niño Linguerlot se hubiera abrasado vivo. En cuanto á la señorita Clemencia, la planchadora, vivía como le daba la gana, pero no había nada que decir de ella; adoraba á los animales, tenía un corazón de oro. ¡Ah! ¡lástima que una joven de tan buenas prendas se enredase con todos los hombres! De seguro el día menos pensado la encontrarían paseando la acera.

—Toma, ahí va una—dijo Lorilleux á su mujer, dándole la tira de cadena, en la que trabajaba desde que concluyó de almorzar.—Puedes enderezarla.

Y añadió, con la insistencia de un hombre que no renuncia fácilmente á un chiste:

—Van cuatro pies y medio más... esto me aproxima á Versalles.

Entre tanto, la señora Lorilleux, después de haberla puesto á recocer, enderezaba la columna, pasándola por la hilera de ajuste. Metióla luego en una pequeña cacerola de cobre de largo mango, llena de agua segunda y la limpió al fuego de la fragua. Gervasia, invitada de nuevo por Coupeau, vióse obligada á seguir con la vista esta última operación. La cadena, una

vez limpia, volvióse de color rojo obscuro. Estaba lista, en disposición de entregarla.

—Se entregan en blanco—continuó explicando el plomero.—Las bruñidoras son las encargadas de frotarlas con un paño.

Pero Gervasia sentíase sin fuerzas para más. El calor, aumentando gradualmente, la sofocaba. La puerta la dejaba cerrada, porque la menor corriente de aire constipaba á Lorilleux. Entonces, viendo que ni por asomo se hablaba de su matrimonio, quiso marcharse y tiró suavemente de la blusa á Coupeau. Este la comprendió. También él, por su parte, empezaba á sentirse perplejo y ofendido de tal afectación de silencio.

—Vaya, nosotros nos vamos—dijo.—Os dejaremos trabajar.

Y anduvo un momento, y esperó aguardando una palabra, una alusión cualquiera. Por último decidióse á abordar él mismo la cuestión.

—Ya lo sabéis, contamos con vosotros; Lorilleux será testigo de mi mujer.

Alzó el cadenista la cabeza, fingiendo sorprenderse, sonriendo físgón, en tanto que su mujer, soltando la hilera, se plantó en mitad del taller.

—¿Conque va de veras?—murmuró Lorilleux.—Con ese demonche de Cadet Cassis no sabe uno si ha de hablar en serio ó en broma.

—¡Ya! la señora es la novia—dijo á su vez la mujer, mirando fijamente á Gervasia.—¡Dios mío! Nosotros no podemos aconsejaros en este asunto... No deja de ser idea rara la de casaros; pero, en fin, si á los dos os conviene... así no podréis echar la culpa á ninguno sino á vosotros si no sale bien... Y á fe que no sale bien á menudo, no, frecuentemente no sale bien...

Y arrastrando la voz al decir estas últimas palabras, movía la cabeza, considerando desde la cabeza á los pies á la joven, cual si hubiese querido desnudarla para verle los granitos de la piel. Seguramente debió encontrarla mejor de lo que esperaba.

—Mi hermano es libre de obrar á su gusto—continuó con acento menos áspero.—Verdad es que la familia hubiera deseado tal vez... suelen hacerse pro-

yectos... Pero las cosas toman giros tan raros... Por mi parte no voy á oponerme. Aunque nos hubiese presentado la última entre las últimas, le habría dicho: Cásate con ella y déjame en paz... Sin embargo, no le iba muy mal, aquí, con nosotros... Está grueso, lo cual prueba que no ayuna... Y siempre tenía su sopa caliente y á punto... Oye, Lorilleux, ¿no opinas que la señora tiene cierto parecido con Teresa, ya sabes, aquella mujer que murió ahí enfrente, del pecho?

—Sí, se da cierto aire—respondió el cadenista.

—¿Y tenéis dos hijos, señora? ¡Ah! eso le he dicho á mi hermano: No comprendo como te casas con una mujer que tiene dos hijos... No os enojéis si me intereso por él; es natural... Además, vuestro aspecto no indica gran robustez... ¿Verdad, Lorilleux, que la señora no parece muy robusta?

—No, no es robusta.

No hablaron de su pierna. Mas Gervasia comprendió por sus miradas oblicuas y por el movimiento de sus labios, que se ocupaban de ella. La joven permanecía ante ellos en pie, aprisionada en su delgado mantón de palmas amarillas, contestando con monosílabos, como si se hallara en presencia de un juez. Viendo Coupeau sus torturas, acabó por exclamar:

—Vaya, ¿tenéis algo más que decir? Lo que hasta ahora habéis dicho y nada, todo es una misma cosa. La boda tendrá efecto el 29 de julio. He echado mis cálculos con el almanaque. ¿Quedamos convenidos? ¿estáis conforme?

—¡Oh! nosotros siempre estamos conformes—dijo su hermana.—No teníais necesidad de consultarnos... Por mi parte no me opondré á que Lorilleux sea testigo... quiero vivir en paz.

Gervasia, con la cabeza baja y no sabiendo ya en qué ocuparse, había metido la punta del pie en uno de los montones de serrín de que el taller estaba sembrado; después, temiendo haber descompuesto algo al retirarlo, habíase inclinado tentando con la mano. Lorilleux acercó la lámpara bruscamente y la examinó los dedos con desconfianza.

—Hay que andarse con cuidado—dijo;—los pedaci-

tos de oro se pegan á los zapatos y uno se los lleva sin apercibirse de ello.

Diríase que se trataba de una obra magna. Los patronos no perdonaban ni un milígramo de merma. Y enseñó la pata de liebre, con la cual barria las partículas de oro que quedaban sobre la clavija y la piel que ponía sobre sus rodillas para recibir las. Barríase cuidadosamente el taller dos veces por semana: guardaban la basura, la quemaban y tamizaban sus cenizas, entre las cuales se encontraba algunos meses hasta por valor de veinticinco á treinta francos en oro.

La señora Lorilleux no apartaba la vista de los zapatos de Gervasia.

—No se incomodará por esto la señora,—murmuró con amable sonrisa;—pero puede mirar la suela de sus zapatos.

Y Gervasia, roja de vergüenza, alzó los pies é hizo ver que no llevaba nada en las suelas.

Coupeau había abierto la puerta, gritando:—¡Buenas noches!—con acento brusco, y llamó á Gervasia desde el corredor. Esta, entonces, salió á su vez, después de haber balbuceado un cumplido; esperaba que volverían á verse y que se entenderían como buenos amigos. Pero los Lorilleux habían vuelto ya á emprender su faena, en el fondo del negro agujero del taller, donde la pequeña fragua relucía como el último trozo de carbón blanquea en un horno que se apaga. La mujer, con una punta de la camisa caída sobre la espalda y enrojecida la piel por el reflejo del brasero, tiraba un nuevo hilo, y á cada esfuerzo hinchábase su cuello cuyos músculos se arrollaban parecidos á cuerdas. El marido, encorvado bajo la verde luz del globo de agua, principiaba una tira de cadena, doblaba la malla con las pinzas, la sujetaba por un lado, la introducía en la malla superior, y así continuaba mecánicamente sin perder su gesto para enjugarse el sudor del rostro.

Al desembocar Gervasia del corredor á la meseta del sexto piso, no pudo menos que decir, con los ojos anegados en llanto:

—Poca felicidad augurá esto.

Coupeau sacudió furioso la cabeza. Ya le pagaría el mal rato Lorilleux. ¡Vaya un miserable! ¡atreverse á suponer que se le iban á llevar tres granos de su polvillo de oro! Todo aquello obedecía á avaricia pura. Pues qué ¿se figuraba su hermana que no se caería nunca para economizarle cuatro sueldos en su puchero? De todos modos, la cosa se realizaría el 29 de julio. ¡Maldito lo que le importaban sus parientes!

Gervasia, empero, mientras bajaba la escalera, sentía acongojado el corazón, asediándola un necio pavor que la obligaba á mirar con inquietud las sombras agigantadas de la barandilla. A la sazón la escalera dormía, desierta, iluminada únicamente por el mechero del segundo piso, cuya llama achicada despedía en el fondo de aquel pozo de tinieblas, la gota de claridad de una lamparilla. Tras de las cerradas puertas, oíase el más profundo silencio, el aplastado sueño de los obreros acostados al levantarse de la mesa. Con todo, exhalábase una risa suave de la habitación de la planchadora, mientras que un hilo de luz atravesaba por la cerradura de la puerta de la señorita Remanjou, la cual continuaba cortando, al leve ruido de sus tijeras, los vestidos de gasa de las muñecas de trece sueldos. En el piso bajo, en la habitación de la señora Gaudron, seguía llorando un niño. Y los canalones despedían un hedor más penetrante en medio de aquella paz grande, negra y muda.

Después, ya en el patio y mientras Coupeau gritaba al portero que abriese la puerta, Gervasia volvió la cabeza, mirando una vez más la casa. Parecíale más grande, bajo el cielo sin luna. Sus fachadas grises, cual si estuviesen limpias de su lepra y estucadas de sombra, extendíanse, subían; y las encontraba más desnudas, más chatas, faltándoles los pingajos que durante el día se secaban al sol. Las ventanas cerradas dormían. Algunas, esparcidas, vivamente iluminadas, presentaban el efecto de ojos abiertos, pareciendo como si ciertos lados miraran bizco. Encima de cada vestíbulo, de abajo á arriba, en fila, las vidrieras de las seis mesetas, blanqueadas por un pálido resplandor, trazaban una angosta torre de luz. El destello de una lámpara, surgiendo del taller del cartonero del segundo

piso, formaba un surco amarillo sobre el empedrado del patio, agujereando las tinieblas que anegaban los talleres de la planta baja. Y del fondo de estas tinieblas, en el húmedo rincón, sonoras, en medio del silencio, iban cayendo una á una las gotas de agua del mal cerrado grifo de la fuente. Entonces parecióle á Gervasia que la casa pesaba sobre ella, aplastándola, helándole las espaldas. Era otro efecto de su necio pavor, una niñería de la que se rió en seguida.

—¡Cuidado!—gritó Coupeau.

Y efectivamente, para salir, hubo de saltar por encima de un gran charco que habían formado las aguas del tinte.

Aquel día el pantano era azul, de un azul profundo de cielo de verano, en que los reflejos de la lamparilla del portero encendían estrellas.

III

Gervasia no quería que se festejara su boda. ¿A qué gastar dinero? Además, estaba aún algo avergonzada y le parecía inútil hacer gala de su matrimonio ante todo el barrio. Mas Coupeau no se conformaba con ello; decía que no podían casarse así como así, sin comer un bocado en reunión. ¡A él maldito lo que el barrio le importaba! En resumidas cuentas, tratábase de una cosa muy sencilla; un paseito después de medio día, esperando la hora de ir á torcer el cuello á un conejo, en el primer fonducho que les saliese al paso. Por supuesto, nada de música á los postres, ni siquiera un clarinete para sacudir el trasero de las señoras. Nada; unos trinquis tan sólo, antes de que cada mochuelo se fuese á su olivo.

El plomero, bromeando, riendo, decidió á la joven, después de jurarle que no habría algazara. Por su parte, no quitaría la vista de los vasos á fin de impedir las «insoluciones». Entonces organizó un escote á cien sueldos por barba en casa de Augusto, en el «Moulin d'argent», boulevard de la Chapelle; un tabernerillo barato, que tenía un baile en el fondo de

su trastienda, bajo las tres acacias del patio. Allá, en el primer piso, se acomodarían perfectamente.

Durante diez días estuvo reclutando convidados en casa de su hermana, calle de la Goutte d'Or; el señor Madinier, la señorita Remanjour, la señora Gaudron y su marido.

Hasta consiguió que Gervasia aceptara á dos camaradas suyos, Bibi la Grillade y Mess-Bottes; verdad es que Mess-Bottes empinaba el codo, pero tenía un apetito tan chusco, que siempre se le invitaba á todos los escotes, con el sólo objeto de ver la cara que ponía el fondista viendo á aquel tragón despachar sus doce libras de pan en un santiamén. La joven, por su parte, ofreció llevar á su patrona la señora Fauconnier y á los Boche, muy buenas gentes. Contados todos, serian quince á la mesa, lo cual era suficiente. Cuando se reúne demasiada gente, siempre acaban disputando.

A todo esto, como Coupeau se encontraba sin un sueldo, y, sin pretender echárselas de grande, quería portarse como persona decente, pidió prestados cincuenta francos á su patrón. Con ellos compró en primer lugar el anillo de boda, un anillo de oro de doce francos, que Lorilleux le proporcionó á precio de fábrica por nueve.

Después fué á que le tomaran medida para una levita, un pantalón y un chaleco, un sastre de la calle Myrrha, á quien entregó á cuenta solamente veinticinco francos; sus zapatos de charol y su sombrero todavía podían pasar. Separando los diez francos de su escote y el de Gervasia, pues los chicos no pagaban, quedáronle justos seis francos, coste de una misa en el altar de los pobres. En verdad que no gustaba de los cuervos, y partiale el corazón dar sus seis francos á unos glotones que no tenían menester de ellos para tener remojados los gazaletes. Pero un matrimonio sin misa, por más que se diga, no es un matrimonio.

El mismo fué á la iglesia á regatear el precio, y durante una hora se las hubo con un cura viejo y pequeño, de sotana sucia y ladrón como una frutera. Tentaciones tuvo de darle algunos pescozones. Después, en befa, preguntóle si no habría por casualidad, en su tienda, alguna misa de lance, no muy deteriorada.

piso, formaba un surco amarillo sobre el empedrado del patio, agujereando las tinieblas que anegaban los talleres de la planta baja. Y del fondo de estas tinieblas, en el húmedo rincón, sonoras, en medio del silencio, iban cayendo una á una las gotas de agua del mal cerrado grifo de la fuente. Entonces parecióle á Gervasia que la casa pesaba sobre ella, aplastándola, helándole las espaldas. Era otro efecto de su necio pavor, una niñería de la que se rió en seguida.

—¡Cuidado!—gritó Coupeau.

Y efectivamente, para salir, hubo de saltar por encima de un gran charco que habían formado las aguas del tinte.

Aquel día el pantano era azul, de un azul profundo de cielo de verano, en que los reflejos de la lamparilla del portero encendían estrellas.

III

Gervasia no quería que se festejara su boda. ¿A qué gastar dinero? Además, estaba aún algo avergonzada y le parecía inútil hacer gala de su matrimonio ante todo el barrio. Mas Coupeau no se conformaba con ello; decía que no podían casarse así como así, sin comer un bocado en reunión. ¡A él maldito lo que el barrio le importaba! En resumidas cuentas, tratábase de una cosa muy sencilla; un paseito después de medio día, esperando la hora de ir á torcer el cuello á un conejo, en el primer fonducho que les saliese al paso. Por supuesto, nada de música á los postres, ni siquiera un clarinete para sacudir el trasero de las señoras. Nada; unos trinquis tan sólo, antes de que cada mochuelo se fuese á su olivo.

El plomero, bromeando, riendo, decidió á la joven, después de jurarle que no habría algazara. Por su parte, no quitaría la vista de los vasos á fin de impedir las «insoluciones». Entonces organizó un escote á cien sueldos por barba en casa de Augusto, en el «Moulin d'argent», boulevard de la Chapelle; un tabernerillo barato, que tenía un baile en el fondo de

su trastienda, bajo las tres acacias del patio. Allá, en el primer piso, se acomodarían perfectamente.

Durante diez días estuvo reclutando convidados en casa de su hermana, calle de la Goutte d'Or; el señor Madinier, la señorita Remanjour, la señora Gaudron y su marido.

Hasta consiguió que Gervasia aceptara á dos camaradas suyos, Bibi la Grillade y Mess-Bottes; verdad es que Mess-Bottes empinaba el codo, pero tenía un apetito tan chusco, que siempre se le invitaba á todos los escotes, con el sólo objeto de ver la cara que ponía el fondista viendo á aquel tragón despachar sus doce libras de pan en un santiamén. La joven, por su parte, ofreció llevar á su patrona la señora Fauconnier y á los Boche, muy buenas gentes. Contados todos, serian quince á la mesa, lo cual era suficiente. Cuando se reúne demasiada gente, siempre acaban disputando.

A todo esto, como Coupeau se encontraba sin un sueldo, y, sin pretender echárselas de grande, quería portarse como persona decente, pidió prestados cincuenta francos á su patrón. Con ellos compró en primer lugar el anillo de boda, un anillo de oro de doce francos, que Lorilleux le proporcionó á precio de fábrica por nueve.

Después fué á que le tomaran medida para una levita, un pantalón y un chaleco, un sastre de la calle Myrrha, á quien entregó á cuenta solamente veinticinco francos; sus zapatos de charol y su sombrero todavía podían pasar. Separando los diez francos de su escote y el de Gervasia, pues los chicos no pagaban, quedáronle justos seis francos, coste de una misa en el altar de los pobres. En verdad que no gustaba de los cuervos, y partiale el corazón dar sus seis francos á unos glotones que no tenían menester de ellos para tener remojados los gaznates. Pero un matrimonio sin misa, por más que se diga, no es un matrimonio.

El mismo fué á la iglesia á regatear el precio, y durante una hora se las hubo con un cura viejo y pequeño, de sotana sucia y ladrón como una frutera. Tentaciones tuvo de darle algunos pescozones. Después, en befa, preguntóle si no habría por casualidad, en su tienda, alguna misa de lance, no muy deteriorada.

con la que pudiera contentarse una pareja acomodada. El viejo y pequeño cura, gruñendo que Dios no tendría placer alguno en bendecir su unión, acabó por ofrecerle su misa á cinco francos. Al fin, siempre eran veinte sueldos economizados. Quedábanle, pues, veinte sueldos.

Gervasia, por su parte, tenía empeño en presentarse convenientemente. Desde que la boda quedó concertada, arreglóse de manera que, trabajando algunas horas más por las noches, logró ahorrar treinta francos. Tenía grandes deseos de una manteleta de seda, marcada en trece francos, en la calle del Faubourg-Poissonniere. Compróla, y después tomó por diez francos al marido de una lavandera que había muerto en casa de la señora Fauconnier, un vestido de lana azul, que arregló completamente á su medida. Con los siete francos restantes compró un par de guantes de algodón, una rosa para su gorro y zapatos para su hijo mayor, Claudio. Afortunadamente los chicos tenían blusas presentables. Cuatro noches pasó en blanco, limpiándolo todo y repasando hasta los más insignificantes puntos de sus medias y de sus camisas.

Por fin, el viernes por la noche, víspera del gran día, Gervasia y Coupeau, al volver del trabajo, todavía tuvieron que andar atareados hasta las once. Después, y antes de acostarse cada cual en su cuarto, pasaron una hora juntos en la habitación de la joven, muy contentos de haber llegado al cabo de tanto tragin. A pesar de su resolución de no hacer caso del barrio, habían concluido por tomar el asunto á pecho y por deslomarse. Cuando se dieron las buenas noches, dormíanse en pie, lo cual no les impidió exhalar un gran suspiro de satisfacción. Ahora, todo estaba corriente. Coupeau tenía por testigos al señor Madinier y á Bibi la Grillade; Gervasia contaba con Lorilleux y con Boche. Debían encaminarse tranquilamente á la alcaldía y á la iglesia, los seis solos, sin llevar tras de sí una larga cola de cortejo. Las dos hermanas del novio habían declarado que se quedarían en casa, toda vez que para nada se necesitaba su presencia. Mas como mamá Coupeau dijera, llorando, que mejor que quedarse prefería adelantarse á ellos é ir á ocultarse en

un rincón para verlos, la ofrecieron llevarla en su compañía. La cita general era á la una en el «Moulin d'argent». Desde allí irían á hacer apetito á la llanura de Saint-Denis en ferrocarril, y volverían á pata por la carretera. La partida se preparaba perfectamente, y si bien no se trataba de un banquete opíparo, en cambio había broma, lo cual era una compensación.

El sábado por la mañana Coupeau, mientras se vestía, vióse asaltado de gran inquietud al considerar que sólo disponía de una moneda de veinte sueldos. Acababa de ocurrírsele que, por cortesía, le tocaba ofrecer un vaso de vino y una lonja de jamón á los testigos, esperando la hora de comer. Además, podían sobrevenir gastos imprevistos. Decididamente veinte sueldos no bastaban para tanto. Entonces, y después de haberse encargado de llevar á Claudio y á Esteban á casa de la señora Boche, que debía acompañarlos por la tarde á la hora de comer, corrió á la calle de la Goutte d'Or y subió resueltamente á pedir prestados diez francos á Lorilleux. En verdad, este paso se le atragantaba, previendo la mueca que haría su cuñado. Este gruñó, sonrió perversamente como un mal avechucho y acabó por prestar las dos monedas de cien sueldos. Y al mismo tiempo oyó Coupeau la voz de su hermana que decía entre dientes: «bien, empieza bien»

El casamiento en la alcaldía debía celebrarse á las diez y media. Hacía un día hermoso; un sol ardiente asaba las calles. Para no llamar la atención, los novios, la mamá y los cuatro testigos se separaron en dos grupos. En el primero, iba Gervasia del brazo de Lorilleux y tras de ella el señor Madinier, dando el suyo á mamá Coupeau; á veinte pasos seguían Coupeau, Boche y Bibi-la Grillade. Estos iban de levita negra, arqueados los hombros y colgantes los brazos. Boche llevaba pantalón amarillo; Bibi-la Grillade, abotonado hasta el cuello, sin chaleco, dejaba sobresalir únicamente una punta de corbata, torcida como un cordel. Sólo el señor Madinier iba de frac, un gran frac de faldón cuadrado; y los transeúntes deteníanse para ver pasar á este señor, acompañando á la gorda mamá

Coupeau, la cual llevaba un chal verde y una gorra negra con cintas rojas. Gervasia, llena de dulzura, alegre, con su vestido de color azul oscuro, comprimidas sus espaldas bajo su angosta manteleta, escuchaba complaciente las fisgas de Lorilleux, que se perdía en el fondo de un inmenso paletó saco, á pesar de lo caluroso de la estación; y de vez en cuando, al doblar una esquina, volvía un poco la cabeza, dirigiendo una sonrisa á Coupeau, á quien su traje nuevo, reluciente, al sol, embarazaba de lo lindo.

A pesar de que andaban muy despacio, llegaron á la alcaldía media hora antes de la señalada. Y como el alcalde á su vez se retrasó, no les llegó el turno hasta las once. Esperáronlo sentados, en un ángulo de la sala, contemplando el elevado techo y la severidad de las paredes, hablando en voz baja y echando atrás las sillas por exceso de cortesía, cada vez que acertaba á pasar un escribiente. Sin embargo, á media voz, trataban al alcalde de haragán; de seguro que estaba en casa de su rubia á que le diese unas friegas, ó tal vez se había engullido su faja.

Empero, cuando el magistrado apareció, levantáronse respetuosamente. Se les dijo que volvieran á sentarse, y presenciaron tres casamientos; tres bodas burguesas, con novias vestidas de blanco, jovencitas de pelo rizado, señoritas con cinturones de color de rosa, y cortejos interminables de caballeros y señoras rayando en los treinta y un años y de aire distinguido. Después, cuando les llegó el turno, en poco estuvo que no les casaran.

Bibi-la Grillade había desaparecido. Salió Boche á buscarle y lo encontró en la plaza fumando una pipa. ¡Vaya unos lindos loros los de aquella jaula; burlarse de las gentes porque no llevaban guantes color de manteca fresca! Y las formalidades, la lectura del Código, preguntas de cajón y firma de los documentos se despacharon con tal precipitación, que unos á otros se miraban creyéndose estafados de una buena mitad de las ceremonias. Gervasia, aturdida y llena de emociones, apoyaba su pañuelo sobre los labios. Mamá Coupeau lloraba á lágrima viva.

Todos se habían inclinado sobre el registro dibujado

junto sus nombres en grandes letras cojeantes, á excepción del novio que, no sabiendo escribir, limitóse á trazar una cruz. Dió cada uno cuatro sueldos para los pobres. Cuando el escribiente entregó el certificado de casamiento á Coupeau, éste, advertido con el codo por Gervasia, se decidió á desprenderse de cinco sueldos más.

No era corto el trayecto desde la alcaldía á la iglesia. En el camino, los hombres tomaron un vaso de cerveza, y mamá Coupeau y Gervasia, grosella con agua. Y tuvieron que recorrer una calle larga, donde el sol caía de lleno, sin que hubiera ni un hilo de sombra. El sacristán, que les esperaba en medio de la iglesia vacía, les empujó hacia una pequeña capilla; preguntándoles furioso si era para burlarse de la religión por lo que se habían retrasado tanto. Acudió un cura á grandes zancadas, huraño el aspecto, y el rostro pálido por el hambre, precediéndole un monaguillo, trotando, y con sobrepelliz sucia. Despachó su misa comiéndose las frases latinas, volviéndose, bajándose, extendiendo los brazos apresuradamente y dirigiendo oblicuas miradas á los novios y á los testigos. Los recién casados, delante del altar, sumamente perplejos, no sabiendo cuándo debían arrodillarse, levantarse ó sentarse, esperaban á que una seña del monaguillo se lo indicara. Los testigos, para acertarlo, permanecían constantemente en pie, en tanto que mamá Coupeau, asaltada nuevamente por el llanto, derramaba gruesas lágrimas sobre el libro de rezo que había pedido prestado á una vecina.

A todo esto dieron las doce, y concluida la última misa, empezaban á oírse los pasos de los sacristanes y el ruido de las sillas colocadas en sus sitios. Seguramente estaban preparando el altar mayor para alguna solemnidad, pues sonaban los martillazos de los obreros que clavaban los tapices. Y, en el fondo de aquella capilla escondida, entre el polvo levantado por un escobazo que acababa de dar el sacristán, el cura de huraño aspecto paseaba vivamente sus secas manos sobre las cabezas inclinadas de Gervasia y Coupeau, pareciendo como si les enlazase en medio de

una mudanza de muebles y durante una ausencia del buen Dios, entre dos misas formales.

Cuando novios y testigos hubieron puesto de nuevo su firma en un registro de la sacristía, y se encontraron en pleno sol, en el pórtico de la iglesia, permanecieron allí aturdidos, jadeantes, por la precipitación con que les habían despachado.

—¡Por fin!—dijo Coupeau con risa forzada.

Y se balanceaba, dando á entender que no le había hecho gracia el asunto. Sin embargo, añadió:

—Al menos, la cosa no es pesada... En cuatro movimientos os despachan... Lo mismo que los dentistas; no os dan tiempo de decir: uf... os casan sin dolor.

—Sí, sí, bonito trabajo—murmuró Lorilleux con su fisonomía sonreír.—Esto se concluye en cinco minutos y pues dura toda la vida... ¡Ah! ¡pobre Cadet Cassis, ya no hay remedio!

Y los cuatro testigos aplicaron unas cuantas palmadas á las espaldas del plomero, que se encogía de hombros. Entre tanto, Gervasia, sonriente, aunque húmedos sus ojos, abrazaba á mamá Coupeau, y contestaba á las entrecortadas frases de la anciana:

—No temáis, haré lo posibles... Si sale mal no será culpa mía; no, de seguro, pues son muchos los deseos que tengo de vivir tranquila... En fin, ya está hecho, ¿verdad? A él y á mí corresponde ahora entendernos y poner cada cual lo que pueda de su parte.

En seguida, encamináronse en derechura al «Moulin d'Argents». Coupeau daba el brazo á su mujer. Andaban deprisa, riendo, como disparados, doscientos pasos delante de los otros, sin ver las casas, ni los transeúntes, ni los coches. Los ruidos ensordecedores del faubourg, eran, para sus oídos, lejanas campanadas.

Cuando llegaron á la taberna, pidió Coupeau dos litros de vino, pan y lonjas de jamón, que les sirvieron en el gabinete cerrado con vidrieras, del piso bajo, sin platos ni mantel, puesto que sólo se trataba de remojar la boca. Después, viendo que Boche y Bibi-la-Grillade daban muestras de un apetito formal, pidió otro litro de vino y un trozo de queso de Brie. Mamá Coupeau no tenía hambre, estaba demasiado sofocada

para comer. Gervasia, que se moría de sed, bebía grandes vasos de agua teñida con unas gotas de vino.

—Eso es cuenta mía—dijo Coupeau dirigiéndose inmediatamente al mostrador, donde pagó cuatro francos y cinco sueldos.

En tanto, dió la una, y comenzaron á llegar los convidados. La señora Fauconnier, que era una mujer gruesa, bella todavía, compareció la primera; llevaba un vestido de lienzo crudo, con ramos estampados, una corbata color de rosa y un gorro recargado de flores. Llegaron luego juntos la señorita Remanjou, alfeñicada en su eterno vestido negro, que al parecer ni para acostarse se quitaba, y el matrimonio Gaudron; semejante el marido á un pesado fardo, haciendo crujir su chaqueta oscura al menor gesto, y la mujer, enorme, exhibiendo su panza de embarazada y cuya rotundidad aumentaba con su falda de color violeta vivo. Coupeau dijo que no había que esperar á Mes Bottes, pues éste debía salirles al encuentro en la lanura Saint-Denis.

—¡Hola!—exclamó, al entrar, la señora Lerat,—¡bonito chubasco se nos viene encima! ¡y lo que nos vamos á divertir!

Y llamó á los concurrentes á la puerta de la taberna para que viesan las nubes y la tempestad negra como la tinta que subía rápidamente al sur de París.

La señora Lerat, hermana mayor de Coupeau, era una mujer alta, seca, masculina, gangosa, é iba enjaretada en un ancho vestido de color de pulga, cuyos largos flecos le daban el aspecto de una perra flaca saliendo del agua. Jugaba con su sombrilla, como si fuese un bastón. Después de dar un beso á Gervasia, añadió:

—No podéis formaros una idea... parece que le den á una un bofetón en mitad de la calle... diríase que le echan á una fuego en la cara.

Todos declararon entonces que habían presentido la tempestad hacía largo rato. Cuando salieron de la iglesia el señor Madinier vió perfectamente lo que se preparaba. Lorilleux decía que sus callos le habían impedido dormir desde las tres de la madrugada. Además,

eso no podía acabar de otro modo, pues con él iban ya tres días de calor inaguantable.

—¡Bah! tal vez despeje—repetía Coupeau, de pie en la puerta, interrogando al cielo con inquieta mirada.—No esperamos más que á mi hermana; en cuanto llegue podemos echar á andar.

En efecto, la señora Lorilleux se retrasaba; la señora Lerat había pasado á su casa, para acompañarla; mas habiéndola encontrado poniéndose el corsé, habían acabado por disputar. Y la viuda flaca añadió al oído de su hermano:

—La he dejado plantada. ¡Está de un humor, que ya... ya verás qué geta!

Y la boda hubo de armarse de paciencia un cuarto de hora más, paseándose por la taberna, codeándose, empujándose con los hombres que entraban á echar una copa en el mostrador.

De vez en cuando Boche, ó la señora Fauconnier ó Bibi-la Grillade se separaban del grupo, y salían á la orilla de la acera dirigiendo una mirada al cielo. Mas no llevaba trazas de despejar; obscurecía y algunas ráfagas de viento, barriendo el suelo, levantaban pequeños torbellinos de blanco polvo. Al primer trueno, santiguóse la señorita Remanjou. Todas las miradas fijábanse ansiosas en el reloj que había encima del espejo; eran las dos menos veinte.

—¡Allá va!—gritó Coupeau—¡los ángeles ya lloran!

Una ráfaga de lluvia regó la calle; las mujeres huían agarrándose el vestido con ambas manos. En mitad de este primer chaparrón llegó por fin la señora Lorilleux, jadeando, furibunda, querellándose en el dintel contra su paraguas que no quería cerrarse.

—¿Se ha visto nunca cosa igual?—tartamudeaba.—Precisamente me ha pillado en la puerta... Tentaciones he tenido de volverme á casa y desnudarme... Y muy bien que hubiera hecho... ¡Ah! ¡divertida está la boda! Ya lo decía yo: que lo aplacen para el sábado próximo... Y llueve porque no han querido hacerme caso. ¡Mejor que mejor! ¡que reviente el cielo!

Coupeau intentó calmarla; pero ella le envió al diablo. No sería él quien le pagara otro traje si se le estropeaba el puesto. Llevaba un vestido de seda ne-

gra, dentro del cual se ahogaba; el cuerpo, demasiado estrecho, tiraba de los ojales, mortificándole las espaldas; la falda cortada en forma de vaina, le comprimía tan fuertemente los muslos, que se veía obligada á andar á pasitos. Sin embargo, las señoras de la boda la contemplaban mordiéndose los labios, admiradas de su tocado.

Ni siquiera aparentó ver á Gervasia, que estaba sentada junto á mamá Coupeau. Llamó á Lorilleux y le pidió el pañuelo; y luego, yéndose á un ángulo de la tienda se puso á limpiar cuidadosamente y una á una las gotas de lluvia que cayeran sobre la seda.

En tanto, el chubasco había cesado repentinamente. La obscuridad aumentaba, parecía que era de noche, noche livida atravesada por grandes relámpagos. Bibi-la Grillade repetía riendo, que de seguro iban á llover curas. Entonces la tempestad estalló con extremada violencia. Por espacio de media hora cayó agua á cántaros, roncando el trueno sin cesar. Los hombres de pie ante la puerta, contemplaban el velo gris del aguacero, los crecientes arroyos que corrían y el polvillo del agua volante surgiendo del cabrilleo de los charcos. Las mujeres se habían sentado, asustadas y tapándose los ojos con las manos. Nadie hablaba ya; todos tenían la garganta oprimida. Un chiste que aventuró Boche sobre el trueno diciendo que San Pedro estornudaba arriba, á nadie hizo reír. Empero, cuando el trueno mitigó sus detonaciones, perdiéndose en lontananza, la reunión comenzó á impacientarse, enojándose contra la tempestad, echando votos y amenazando con el puño á las nubes. A la sazón una lluvia fina, interminable, caía de un cielo de color de ceniza.

—Son las dos dadas—gritó la señora Lorilleux.—¡No creo que nos hayamos de quedar á dormir aquí!

Proponiendo la señorita Remanjou salir al campo á pesar de todo y aunque debiesen detenerse en el foso de las fortificaciones, opusieronse todos; buenos estarían los caminos, ni siquiera podrían sentarse sobre la hierba; además, aquello no parecía haber concluido y en el momento menos pensado podía sobrevenir un nuevo chaparrón. Coupeau, que seguía con la vista

á un obrero empapado de agua el cual andaba tranquilamente recibiendo la lluvia, murmuró:

—Si ese animal de Mes-Bottes nos está esperando camino de Saint-Denis, de seguro que no cogerá una insolación.

Esta ocurrencia hizo reír; pero el malhumor crecía por grados. La cosa se hacía cargante. Preciso era decidir algo. No habían de estar mirando unos á otros al blanco de los ojos hasta la hora de comer. Entonces, durante un cuarto de hora, en vista de la terquedad del aguacero, pusieron en tortura la imaginación. Bibi-la Grillade proponía jugar á las cartas; Boche, de temperamento retozón y cazurro, sabía un jueguito muy cuco, el juego del confesor; la señora Gaudron habló de ir á comer torta con cebollas, á la calzada Glig-nancourt; la señora Lerat hubiera deseado que se contaran cuentos; Gaudron no se aburría; encontrábase muy bien allí; lo único que proponía era sentarse á la mesa en seguida. Y á cada nueva proposición, discutíase y enfadábanse unos con otros; aquello era tonto, y los que lo presenciasen de seguro bostezarian y los tomarían por papanatas. Después, como quiera que Lorilleux, queriendo encajar su baza, proponía una cosa sencillísima: un paseo por los bulevares exteriores hasta el cementerio del Pere-Lachaise, donde podrían entrar, si tenían tiempo, á ver la tumba de Abelardo y Eloísa, la señora Lorilleux, no pudiendo contenerse por más tiempo, estalló. Largarse; esto era lo que haría ella. Pues qué ¿así se hacía burla de la gente? ¿Se había vestido, se había remojado, sólo para encerrarse en una taberna? No, no; ya tenía bastante de boda; prefería marcharse á su casa. Coupeau y Lorilleux tuvieron que colocarse entre ella y la puerta. Y ella repetía:

—¡Quitaos de ahí! cuando os digo que me voy!

Su marido logró calmarla. Coupeau se acercó á Gervasia, que, siempre tranquila en su rincón, conversaba con su suegra y la señora Fauconnier.

—Pero ¡vos no proponéis nada!—dijole sin atreverse aún á tutearla.

—¡Oh! todo lo que queráis—respondió riendo.—No soy difícil de contentar. Que salgamos, que no salgamos,

nos, lo mismo me da. Me encuentro perfectamente, no deseo más.

Y en efecto, su semblante brillaba con apacible gozo. Desde que llegaron los invitados, hablaba con todos en voz baja, conmovida, sosegadamente y sin mezclarse en las disputas. Durante la tempestad, había permanecido con los ojos fijos, mirando los relámpagos, como previendo sucesos graves en lontananza, para el porvenir, en aquellos bruscos fulgores.

El señor Madinier todavía no había propuesto nada. Apoyado en el mostrador, desabrochado el frac, y conservando su gravedad de patrón, escupía á menudo, y hacía girar en sus órbitas sus abultados ojos.

—¡Pardiez!—dijo,—¿y si fuéramos al Museo?...

Y acaricióse la barba, consultando á la reunión con un guiñar de ojos.

—Allí hay antigüedades, estampas, cuadros, la mar de cosas. Es muy instructivo... Posible es que aún no lo hayáis visto... ¡Oh! es muy digno de visitarse, aunque sea una sola vez.

Los concurrentes se miraron unos á otros, como consultándose. No, Gervasia no conocía aquello; ni tampoco la señora Fauconnier, ni Boche, ni los demás. Coupeau tenía un leve recuerdo de haber ido un domingo, pero no se atrevía á jurarlo. Vacilaban, no obstante, cuando la señora Lorilleux, en quien la importancia del señor Madinier producía una profunda impresión, encontró la proposición muy «comme il faut», muy conveniente. Ya que se había perdido el día y estaban vestidos de fiesta, ¡qué mejor que visitar alguna cosa instructiva! Todo el mundo aprobó. Entonces, como quiera que continuaba lloviznando, pidieronle prestados al tabernero paraguas, quien se los proporcionó viejos, azules, verdes, castaños, olvidados allí por los clientes, y emprendieron la ruta hacia el Museo.

Torcieron á la derecha, bajando á París por el arrabal de Saint-Denis. Coupeau y Gervasia iban nuevamente á la cabeza, corriendo, adelantándose á los demás. El señor Madinier daba actualmente el brazo á la señora Lorilleux; mamá Coupeau había quedado en la taberna, á causa de sus piernas.

L'Assommoir.—Tomo I—6

Seguían después el señor Lorilleux y la señora Lerat, Boche y la señora Fauconnier, Bibi-la Grillade y la señorita Remanjou, y finalmente los esposos Gaudron.

Eran, en junto, doce personas, lo cual formaba una linda cola en la acera.

—¡Oh! nosotros nada tenemos que ver en el asunto explicaba la señora Lorilleux al señor Madinier.—No sabemos de dónde la ha sacado, ó, mejor dicho, lo sabemos de sobras; pero no nos está bien el decirlo ¿verdad?... Mi marido ha tenido que comprar el anillo de boda. Y esta mañana, al saltar de la cama, ha sido preciso prestarles diez francos, sin lo cual no hubiesen podido hacer nada... ¡Una novia que ni siquiera lleva un pariente á su boda! Dice que tiene en París una hermana salchichera. Pues ¿por qué no la ha invitado?

Y se interrumpió, para designar con el dedo á Gervasia, á la que el declive de la acera obligaba á cojear marcadamente.

—¡Miradla! ¿está eso bien? ¡Oh! ¡qué «banban»!

Y esta palabra «banban» circuló entre los concurrentes.

Lorilleux, mofándose, decía que era preciso llamarla así. Mas la señora Fauconnier tomó la defensa de Gervasia; hacían mal en burlarse de ella, pues era limpia como la plata, y en cuanto á trabajar, cuando le convenía, nadie le llevaba la palma. Le señora Lerat, siempre pródiga de alusiones picarescas, calificaba la pierna de la joven de «birlo de amor»; y añadía que á muchos hombres les agradaba aquello; sin querer dar mayores explicaciones.

La boda, desembocando del arrabal Saint-Denis, atravesó el bulevar. Detúvose un momento ante el oleaje de coches; luego aventuróse sobre la calzada, transformada por la tempestad en un pantano de líquido barro.

La lluvia arreciaba, la boda acababa de abrir los paraguas; y cobijándose bajo sus lamentables copas, las mujeres remangábanse el vestido; el desfile se extendía en el fango, ocupando de una á otra acera.

Dos pilluelos gritaron «¡que bailen!»; los transeuntes

agrupáronse; los tenderos se asomaban á través de los cristales de sus aparadores.

En medio de aquel hervidero de la multitud, sobre los fondos grises y húmedos de aquel bulevar, las parejas aquellas andando en procesión imprimían violentas manchas; el vestido azul de Gervasia, el traje de flores estampadas de la señora Fauconnier, y el pantalón amarillo de canario de Boche; una tiesura de gentes vestidas de domingo daba un aire carnavalesco á la levita de Coupeau y al frac cuadrado del señor Madinier; en tanto que la bella «toilette» de la señora Lorilleux, los flecos de la señora Lerat y las enaguas rizadas de la señorita Remanjou, formaban una mezcla de modas, arrastrando en fila el abigarramiento que constituye el lujo de los pobres.

Pero lo que más risa daba eran los sombreros de los hombres; esos sombreros guardados en conserva, deslucidos por la obscuridad del armario, de formas cómicas, ya altos, ya obesos, rematando en punta, con alas extraordinarias, remangadas, planas, ó demasiado anchas ó por demás angostas.

Y todavía aumentaban las sonrisas, cuando al final, para cerrar el espectáculo, la señora Gaudron, la cardadora, aparecía con su vestido color de violeta vivo, con su panza de embarazada, que llevaba enormemente echada adelante. Sin embargo, no por ello apresuraba la boda su marcha, inocente, feliz al verse objeto de la pública atención, y recreándose con las pullas que le dirigían.

—¡Hola! ¡ahí va la novia!—exclamó uno de los pilluelos, señalando la señora Gaudron:—¡qué desgracia! ¡Ah! ¡valiente hueso se ha tragado!

Todos, al oír esto, echáronse á reír. Bibi-la Grillade, volviéndose, dijo que el granuja había dado en el blanco. La cardadora, riendo más fuerte que los otros, se exhibía, aquello nada tenía de ofensivo, al contrario; más de una señora al pasar junto á ella la miraba de reojo y de buena gana hubiera deseado encontrarse en aquel estado.

Tomaron por la calle de Clery, siguiendo luego la de Mail. Llegados á la plaza des Victoires detuviéronse un momento. Habíasele desatado á la novia el cordón

de su zapato izquierdo, y mientras lo anudaba, al pie de la estatua de Luis XIV, el cortejo hizo corro á su alrededor, esperándola y bromeando con alusión al arranque de pantorrilla que se le veía. Por fin, después de haber bajado la calle Croix des Petis Champs, llegaron al Louvre.

El señor Madinier, cortésmente, pidió que le permitiesen guiar á la comitiva.

Aquello era muy grande, y podían extraviarse; él conocía ya los buenos sitios, por haber ido frecuentemente al Museo con un artista, mozo muy inteligente, al que una gran fábrica de cartón compraba dibujos, para adornar con ellos las cajas. En la planta baja, al penetrar la boda en el Museo asirio, sintieron un pequeño escalofrío. ¡Caramba! la verdad es que no hacía calor; la sala aquella era muy á propósito para bodega. Y lentamente, las parejas avanzaban, erguida la cabeza y parpadeando, entre los colosos de piedra, los dioses de mármol negro, mudos en su rigidez hierática, las bestias monstruosas, mitad gatos y mitad mujeres, con rostros de muertas, delgadas las narices y abultados los labios. Encontraban aquello feísimo. En la actualidad se trabaja mucho mejor la piedra. Una inscripción en caracteres fenicios les dejó estupefactos. No era posible que persona alguna, ni en tiempo alguno, hubiese leído semejante charada. A todo esto el señor Madinier, que se hallaba ya en el primer descanso de la escalera con la señora Lorilleux, les llamaba á grandes gritos, que resonaban bajo las bóvedas.

—Venid acá. Eso no vale nada... El primer piso es lo que hay que ver.

La severa desnudez de la escalera les hizo recobrar la gravedad. Su emoción redobló á la vista de un ujier que, con chaleco encarnado y librea galoneada de oro, parecía esperarles en el descanso. No sin respeto, pues, y andando con el mayor silencio posible, penetraron en la galería francesa.

Entonces, sin detenerse, deslumbrados sus ojos por el oro de los marcos, siguieron la serie de salas, mirando al pasar los cuadros, demasiado numerosos para poderlos ver bien. Una hora hubiera sido menester

pararse ante cada uno, para hacerse cargo. ¡Cuántos cuadros, santo Dios! aquello no se acababa nunca. Y ¡cuánto dinero no debía valer! Después, llegados al extremo, detúvolos bruscamente el señor Madinier ante el «Naufragio de la Medusa» y les explicó el asunto.

Todos ellos estáticos, inmóviles, permanecían callados; cuando emprendieron de nuevo su marcha, resumió Boche la impresión general, diciendo: ¡nos ha aplastado!

En la galería de Apolo, lo que más maravilló á la comitiva fué el suelo, un pavimento lustroso, claro como un espejo, donde se reflejaban los pies de los bancos. La señorita Remanjou cerraba los ojos porque se le figuraba andar sobre agua. A la señora Gaudron encargábanla á gritos que sentara bien los pies, á causa de su estado. Quería el señor Madinier que fijasen su atención en las molduras y pinturas del techo; pero esto les fatigaba el cuello y además no distinguían nada. Entonces, y antes de entrar en el salón cuadrado, indicóles con un gesto una ventana, diciendo:

—Desde ese balcón, Carlos IX hizo fuego sobre el pueblo.

Entre tanto, vigilaba la cola del cortejo. Con un ademán, mandó hacer alto, en mitad del salón cuadrado. Allí no había más que obras maestras, murmuraba en voz baja y como si estuviesen en una iglesia. Dieron la vuelta al salón. Gervasia preguntó el asunto de las «Bodas de Caná»; era una estupidez no escribir en los cuadros los asuntos que representaban.

Coupeau se detuvo ante la «Gioconda», á la que encontraba cierto parecido con una de sus tías. Boche y Bibí-la Grillade sonreían, mostrando con el rabo del ojo las mujeres desnudas; sobre todo lo que mayor sensación les causó fueron los muslos de una Venus. Y en un extremo, la pareja Gaudron, el marido con la boca abierta y la mujer con las manos sobre el vientre, permanecían admirados, enternecidos, alhelados, contemplando la «Virgen» de Murillo.

Terminada la vuelta al salón, quiso el señor Madinier que lo recorriesen de nuevo; la cosa valía la pena. Ocupábase mucho de la señora Lorilleux, á causa de su vestido de seda; y cada vez que ésta le

dirigía una pregunta, contestaba gravemente, con gran aplomo.

Llamándole la atención la «Querida» del Ticiano; cuya cabellera rubia amarillenta encontraba algo parecida á la suya propia, dijole el señor Madinier que aquel era el retrato de la bella Ferronniere, una de las queridas de Enrique IV, acerca de la cual se había presentado un drama en el «Ambigú».

Después, lanzóse la boda á la larga galería donde se encuentran las escuelas italiana y flamenca. Todavía cuadros, siempre cuadros, santos, hombres y mujeres con figuras que no acertaban á comprender, paisajes oscuros, animales que habían adquirido un matiz amarillento, una turbamulta de gente y de cosas cuya violenta aglomeración de colores comenzaba á ocasionarles un fuerte dolor de cabeza.

El señor Madinier ya no hablaba; conducía lentamente al cortejo, que le seguía en orden, con el cuello torcido y los ojos mirando en alto. Ante su ignorancia pasmada, desfilaban siglos enteros de arte, la delicada aridez de las escuelas primitivas, los esplendores venecianos y la vida exuberante y rica en luz de los holandeses. Pero lo que más les interesaba, era ver á los copistas con sus caballetes instalados en medio de la gente y pintando con la mayor «sans façon»; una señora vieja, subida sobre una gran escalera: paseando un pincel de estucar por el suave cielo de un inmenso lienzo, les sorprendió extraordinariamente.

En tanto habíase esparcido paulatinamente la noticia de que una boda estaba visitando el Louvre, los pintores acudían con la risa en los labios; sentábanse los curiosos de antemano en los bancos, para asistir cómodamente al desfile, mientras que los guardas, morfiéndose los labios, procuraban reprimir algún chiste. Y la boda, fatigada ya, perdiendo su gravedad, arrastraba sus zapatos claveteados, taconeaba sobre el sonoro pavimento, con el patalear de un rebaño desbandado, soltado en mitad de la desnuda y silenciosa limpieza de aquellas salas.

El señor Madinier permanecía callado, preparando una sorpresa. Encaminóse en derechura á la «cámaras» de Rubens. Y allí, sin despegar los labios,

á enseñar el lienzo con una mirada significativa. Cuando las señoras se fijaron en el asunto, lanzaron leves gritos y después volvieron la cabeza, hechas una grana. Mas los hombres las retenían, bromeando y buscando los detalles obscenos.

—¡Mirad eso!—decía Boche;—eso sí que vale dinero. Allí hay uno que desembucha; y aquel otro está regando la hierba. ¿Y aquel de más allá? ¡oh! ¡aquell...! ¡vaya qué limpios son por acá!

—Vámonos—dijo el señor Madinier, encantado de su triunfo.—Ya no hay nada que ver por este lado.

La boda volvió sobre sus pasos y atravesó de nuevo el salón cuadrado y la galería de Apolo. La señora Lerat y la señorita Remanjon se quejaban, declarando que sus piernas ya no podían con ellas.

Pero el cartonero tenía empeño en enseñar á Lorieux las joyas antiguas, las cuales se encontraban allí cerca, en el fondo de un saloncito, á donde era capaz de ir con los ojos vendados. Sin embargo, desorientóse extraviando á la boda á lo largo de siete ú ocho salas desiertas, frías, ornadas únicamente de armarios severos cerrados con cristales donde se alineaban en cantidad innumerable vasijas rotas y figurillas feísimas. Todos tiritaban de frío y se aburrían de lo lindo. Después, buscando una puerta, fueron á pasar á la sección de dibujos. Aquello fué una nueva excursión inmensa; los dibujos no tenían fin, los salones sucedíanse unos á otros, sin nada que les llamase la atención, con hojas de papel garrapateadas, colocadas en cuadros y colgadas de las paredes. El señor Madinier, perdida la brújula, y no queriendo confesar que se había extraviado, enfiló por una escalera y les hizo subir un piso. Actualmente la boda bogaba en pleno museo de marina, entre un sinnúmero de modelos de instrumentos y cañones, planos en relieve, y navíos como juguetes. Al cuarto de hora de marcha encontraron otra escalera; bajaron por ella y se hallaron de nuevo en la sección de dibujos. Entonces, desesperados, comenzaron á vagar al azar por los salones, siempre en fila, siguiendo al señor Madinier quien se enjugaba el sudor de la frente, fuera de sí, furioso contra la administración á la que acusaba de haber cambiado

de sitio las puertas. Los guardas y los visitantes, llenos de admiración, los miraban pasar, y en menos de veinte minutos vióseles de nuevo en el salón cuadrado, en la galería francesa, á lo largo de los armarios donde duermen los dioscecillos de Oriente. Diríase que estaban condenados á no poder salir nunca de allí. Molidas las piernas, presa del mayor desaliento, metían un barullo enorme, dejando rezagada en su marcha la panza de la señora Gaudron.

—¡Se va á cerrar! ¡se va á cerrar!—gritaron las potentes voces de los guardas.

Poco faltó para que se quedaran allí encerrados. Menester fué que un guardia se pusiera á la cabeza de la comitiva y los guiase hasta la puerta. Por fin, cuando después de recogidos sus paraguas en el guardarropa, se vieron en el patio del Louvre, exhalóse de todos los pechos un suspiro de satisfacción. El señor Madinier recobraba su serenidad; consistía su equivocación en no haberse dirigido á la izquierda; ahora recordaba perfectamente que en dicho lado estaban las joyas. Por lo demás, la comitiva fingía estar muy satisfecha de haber visto aquello.

Daban las cuatro. Aún faltaban dos horas para comer. Resolvieron dar una vuelta, á fin de matar el tiempo. Las señoras fatigadísimas, hubieran preferido sentarse; mas como ninguno invitaba á tomar algo, pusieron en marcha, siguiendo los muelles. Allí sobrevino un nuevo chaparrón, tan fuerte que, á pesar de los paraguas, quedaron empapados todos en un momento. La señora Lorilleux oprimido el corazón á cada gota que mojaba su vestido, propuso que se refugiaran bajo los arcos del Pont Royal, añadiendo, que si no la seguían, se iba sola. Y el cortejo se dirigió á los arcos; allí se estaba bien; ¡de veras podía calificarse aquella idea de excelente! Las señoras extendieron sus pañuelos en el suelo y se sentaron con las rodillas separadas, arrancando con ambas manos los tallos de hierba que nacía entre las piedras y viendo correr el agua sucia, como si se encontrasen en el campo; los hombres se entretenían en dar grandes voces para despertar el eco del arco; Boche y Bibi-la Grillade, uno tras otro, injuriaban al vacío, lanzándole á todo

pulmón: ¡Cochino! y reían á mandíbula batiente cuando el eco les devolvía el vocablo; después, roncós de tanto gritar, cogieron unos cantitos planos y se divertían haciéndolos rebotar sobre el agua. El chaparrón había cesado; pero se encontraban tan bien allí, que ya no pensaban en marcharse.

El Sena arrastraba capas de inmundicia, tapones viejos y desperdicios de legumbres, un montón de porquerías que un torbellino retenía un momento, en el agua inquieta, oscurecida por la sombra de la bóveda del arco; en tanto que, por encima del puente pasaba el rodar de los omnibus y de los coches, la baranda de París, del que sólo percibían los tejados á derecha y á izquierda, como desde el fondo de un pozo.

La señorita Remanjou suspiraba; si hubiese habido allí ramaje, aquello, decía, le hubiera recordado un rincón del Marne donde iba de paseo, por el año 1817, con un joven al cual lloraba todavía.

En tanto el señor Madinier dió la señal de partir. Atravesaron el jardín de las Tullerías, por enmedio de una población de niños cuyos aros y globillos descompusieron la ordenada marcha de las parejas. Llegados á la plaza de Vendome, pusieronse á contemplar la columna y el señor Madinier pensó hacer un obsequio á las señoras invitándolas á subir á ella para ver París desde su altura. Encontróse su oferta muy graciosa. Sí, sí, era preciso subir, pues que á más de procurarles un buen rato, no carecía la ascensión de interés para algunos de ellos que siempre habían pisado por donde las vacas andan.

—¿Si creerán que la Banban se arriesgará á meterse ahí con su birlo?—murmuraba la señora Lorilleux.

—Por mi parte, subiré con mucho gusto—decía la señora Lerat,—pero á condición de que no venga ningún hombre detrás de mí. Y la boda subió. En la angosta espiral de la escalera ascendían los doce en fila, tropezando con los desgastados peldaños y apoyándose contra las paredes.

Después, cuando la obscuridad se hizo completa, aquello fué un concierto de carcajadas. Las señoras lanzaban ligeros gritos, diciendo que los hombres les hacían cosquillas, y las pellizcaban las piernas. ¡Mas

eran muy necias en contarlo! en casos tales debe creerse que son los ratones los que hacen todo aquello. Por otra parte, la cosa no traía consecuencias, puesto que ellos sabían detenerse donde la honestidad lo exige. Ocurriósele á Boche un chiste que todo el cortejo repitió. Llamaban á la señora Gaudron, como si se hubiese quedado en mitad del camino, preguntándole si su panza podía pasar. ¡Figuraos! si se hubiera quedado atascada allí, sin poder subir ni bajar, habría obstruido el agujero, y no hubieran sabido nunca cómo salir de allí. Refanse de aquella panza de embarazada con una jovialidad tan estrepitosa, que hacía retremblar la columna. En seguida, Boche, lanzado ya, declaró que uno se hacía viejo en aquel cañón de chimenea; ¡cómo! ¿que no debía acabar nunca aquello? ¿se dirigían tal vez hacia el cielo? y al mismo tiempo procuraba asustar á las señoras, diciendo que la columna se movía. En tanto Coupeau callaba; iba detrás de Gervasia, abrazando su talle, y sintiéndola abandonarse por grados. Y cuando de repente salieron á la luz se disponía precisamente á besarla en el cuello.

—¡Vaya! ¡qué poco decentes y comedidos sois!— dijo la señora Lorilleux con aire escandalizado.

Bibi-la Grillade fingió estar furioso, repitiendo entre dientes:

—¡Habéis hecho un ruido!... Ni siquiera he podido contar los escalones.

Entre tanto el señor Madinier, que se hallaba ya en la plataforma, enseñaba los monumentos. La señora Fauconnier y la señorita Remanjou no quisieron salir de la escalera; la idea sola de ver la calle desde tal altura les daba vértigo; limitábanse á aventurar alguna mirada por la puertecilla. La señora Lerat, más animosa, daba la vuelta á la estrecha azotea, apoyándose contra el bronce de la cúpula. Sin embargo, no dejaba de causar una gran emoción el pensar que hubiera bastado pasar una pierna para dar una espantosa voltereta. ¡Qué caída, gran Dios! los hombres, algo pálidos, miraban la plaza. Parecía que estaban suspendidos en el aire, aislados de todo; decididamente aquello daba frío á los intestinos. El señor Madinier les recomendaba que levantasen la vista y la dirigiesen ade-

lante y muy lejos, lo cual evitaba el vértigo. Y continuaba señalándoles con el dedo los Inválidos y el Panteón, Notre Dame, la torre Saint Jaques y el cerro de Montmartre. A la señora Lorilleux se le ocurrió preguntar si se percibía desde allí el bulevar de la Chapelle y la taberna donde iban á comer, el «Moulin d'argent». Entonces, durante diez minutos, estuvieron buscando y hasta disputando; cada uno veía la taberna en un punto diferente.

París, en torno de ellos, extendía su inmensidad gris; sus perspectivas azuladas, sus profundos valles, donde surgía un oleaje de tejados; toda la orilla derecha estaba en la sombra bajo el inmenso girón de una nube de color cobrizo, y de uno de los lados de ésta, franqueada de oro, deslizábase un amplio rayo de sol iluminando los millares de cristales de la orilla izquierda con un chisporroteo de estrellas y destacando en luz aquel lado de la villa sobre un cielo puro, lavado por la tempestad.

—No valía la pena de subir para acabar disputando— dijo Boche, furioso, volviendo á tomar la escalera.

La boda bajó, muda, mohina, sin más ruido que el de los zapatos al pisar los escalones. Al llegar abajo quiso el señor Madinier pagar. Mas opúsose Coupeau, anticipándose á entregar en mano del guarda veinticuatro sueldos, dos por cabeza. Eran cerca de las cinco y media; no quedaba más que el tiempo preciso para llegar. Emprendieron, pues, el camino por los bulevares y el arrabal Poissonniere. Sin embargo, Coupeau, opinando que el paseo no podía concluir de aquel modo, llevó la comitiva á una taberna y les ofreció un vermouth.

La comida estaba encargada para las seis. Ya hacía veinte minutos que esperaban á la boda en el «Moulin d'Argent». La señora Boche, que había confiado la portería á una de sus inquilinas, estaba de conversación con mamá Coupeau, en el salón del primer piso, y frente á la mesa ya dispuesta; y los dos chicuelos, Claudio y Esteban, á quienes llevara consigo, jugaban correteando por debajo de la mesa, y á través de un completo desorden de sillas. Cuando Gervasia, al entrar, percibió á sus hijos, á los que no había visto

en todo el día, sentólos sobre sus rodillas, y les llenó de caricias y besos.

—¿Han sido buenos?—preguntó á la señora Boche. —A lo menos no os habrán hecho rabiarse mucho, ¿eh?

Y al referirle la señora Boche las graciosas ocurrencias de aquellos mocuoselos, desde el medio día, volvió á cogerlos de nuevo, estrechándolos contra su pecho, en un arrebató de ternura.

—Divertido será eso para Coupeau—decía la señora Lorilleux á los demás invitados, en el fondo del salón.

Gervasia conservaba la misma risueña tranquilidad de la mañana. Sin embargo, desde el paseo, poníase triste por momentos, mirando á su marido y á los Lorilleux con semblante pensativo y preocupado. Encontraba á Coupeau cobarde ante su hermana. El día anterior le había oído gritar y jurar que les metería en vereda, á esas lenguas de víbora, si le faltaban al respeto. Pero, en presencia de ellos, bien lo veía Gervasia, parecía un perro manso, acechando sus palabras, y haciéndose de miel cuando los creía enojados. Y esto sencillamente, inquietaba á la joven pensando en el porvenir.

En tanto esperaban á Mes-Bottes que aún no había comparecido.

—¡Ea! ¡qué demonche!—exclamó Coupeau, —sentémonos á la mesa. Al momento le veréis llegar, tiene una nariz de galgo, y huele de lejos las tajadas... ¡No estará poco divertido si todavía nos aguarda de plantón en el camino de Saint Denis!

Entonces, el cortejo, con gran algazara, sentóse á la mesa, al compás del ruidoso mover de las sillas. Gervasia estaba entre Lorilleux y el señor Madinier, y Coupeau entre las señoras Fauconnier y Lorilleux.

Los demás convidados se instalaron á su gusto, porque sabido es que cuando se designan oficialmente los puestos, acábase, comunmente disputando. Boche se deslizó junto á la señora Lerat. Bibi-la Grillade tuvo por vecinas á la señorita Remanjou y á la señora Gaudron. En cuanto á la señora Boche y á mamá Coupeau, sentadas en un extremo, encargáronse de los

niños, de pedirles la comida, y de darles de beber, pero, sobre todo poco vino.

—¿No hay quien diga el «Benedicite?»—preguntó Boche, mientras que las señoras remangaban sus vestidos bajo las servilletas, para no mancharse.

La señora Lorilleux no gustaba de aquellas bromas. Y la sopa de fideos, casi fría, fué despachada en un momento, al son de chupetear las cucharadas. Dos mozos servían á la mesa, vestidos con grasientas chaquetas y delantales de dudosa blancura. Por las cuatro ventanas abiertas y á través de las acacias del patio, penetraba la claridad del ocaso de un día de tempestad, despejado y cálido todavía. El reflejo de los árboles en aquel húmedo rincón, daba un colorido verdoso á la ahumada sala, haciendo danzar la silueta de las hojas por encima del mantel, impregnado de un ligero olor de moho. Había dos espejos, llenos de cagadas de mosca, uno en cada extremo, los cuales reflejaban hasta lo infinito la mesa cubierta con la vajija común amarillenta, donde la suciedad de las aguas del fregadero hallábase incrustada en negros surcos, procedentes del roce de los cuchillos. Desde el fondo, cada vez que un mozo subía de la cocina, la puerta, al abrirse, insuflaba un fuerte olor de bodrio.

—No hablemos todos á la vez—dijo Boche viendo que todos se callaban inclinándose con las narices sobre el plato.

Y bebían el primer vaso de vino, siguiendo con la vista dos pasteles de ternera que los mozos acababan de servir, cuando apareció Mes-Bottes.

—¡Hola! ¡valientes bribones sois!—gritó.—Tres horas he estado gastando mis zapatos en la carretera de Saint-Denis, hasta el punto de que un gendarme me ha pedido la cédula... ¡Hacer tales cochinas á un amigo! por lo menos debíais mandarme un coche con un recadero. ¡Qué no! Bromitas á un lado, os declaro que la cosa pasa de chanza... Y entre tanto la lluvia era tan fuerte, que hasta se me han llenado de agua los bolsillos... De seguro que podrían encontrarse en ellos sardinas.

Todos los presentes reían hasta descoyuntarse. Ese animal de Mes-Bottes estaba chispo; lo menos tenía

ya en su cuerpo un par de litros, tomados con la sana intención de neutralizar todo aquel jarabe de ranas que la tempestad había escupido sobre sus remos.

—¡Ea! ¡conde de Gigot Fin!—dijo Coupeau,—ve á sentarte allá abajo, al lado de la señora Gaudron! Ya ves que se te esperaba.

¡Oh! aquel incidente no le preocupaba; pronto alcanzaría á los demás; repitió tres veces la sopa, enormes platos de fideos, en los que remojaba gigantescas rebanadas de pan. Después, cuando se decentaron los pasteles, atrájose la admiración de los convidados todos. ¡Cómo engullía! Los mozos, asustados, hacían la cadena para pasarle el pan, que cortado en delgadas rebanadas, se tragaba de un bocado. Acabó por incomodarse; quería tener á su lado un pan entero. El tabernero, algo inquieto, apareció por un momento en el salón. Los concurrentes, que preveían su presencia, volvieron á soltar la rienda á la más franca hilaridad. ¡Aquello sí que le desbarataba su cuenta al bodeguero! ¡En verdad que el tal Mes-Bottes era un demonio! Un día se había comido doce huevos duros, y se había bebido doce vasos de vino al tiempo que sonaban las doce campanadas de medio día. No había muchos que fuesen capaces de igualarle. Y la señorita Remanjou, enternecida, contemplaba el masticar de Mes-Bottes, en tanto que el señor Madinier, buscando una frase para expresar su casi respetuoso asombro, declaró que aquella capacidad era extraordinaria.

Hubo un momento de silencio. Acababa de servir un mozo un guiso de conejo, en una ancha fuente, hueca como una ensaladera. Coupeau, bromista ya por sí, exclamó:

—Di, muchacho: ¿es de tejado ese conejo?... Todavía maúlla.

En efecto, un ligero maullido, perfectamente imitado, parecía salir del plato. Era Coupeau que producía aquel ruido con la garganta, sin mover los labios; gracia especial que poseía, de éxito seguro, y en virtud de la cual, jamás comía fuera de su casa sin encargarse que sirviesen aquel guisado. Las señoras se tapaban la cara con sus servilletas, porque reían demasiado.

La señora Fauconnier pidió la cabeza; no le gustaba nada más que la cabeza. La señorita Remanjou se moría por las mantecas. Y al decir Boche, que por su parte prefería las cebolletas cuando estaban en sazón, mordióse los labios la señora Lerat murmurando:

—Ya adivino por qué lo dice.

La señora Lerat estaba seca como un espárrago, hacía la vida de obrera enclaustrada, no había visto la nariz de un hombre en su casa, desde que enviudó, y sin embargo, mostraba una preocupación continua por la obscenidad, una manía de palabras de doble sentido y de alusiones picarescas, pero tan embozadas, que ella sola las entendía. Boche, inclinándose, le suplicó que le diese al oído una explicación de sus palabras, á la cual repuso ella:

—Sin duda, las cebolletas... Me parece que ya basta...

Pero la conversación tomaba un giro formal. Cada cual hablaba de su oficio. El señor Madinier exaltaba á los cartoneros; había entre ellos verdaderos artistas, y citó algunas cajas de aguinaldos, cuyos modelos conocía, y aseguró que eran maravillas de lujo. A esto reía Lorilleux; cifraba gran vanidad en trabajar el oro, del cual creía ver los reflejos en sus manos y en su persona toda. Por último, decía que los joyeros, antaño, llevaban espada, y al efecto, citaba, sin saber por qué, á Bernardo Palissy. Coupeau, por su parte, describía una veleta, obra maestra hecha por uno de sus camaradas; componíase de una columna, de un haz, de un cesto de frutas y de una bandera, y todo ello, perfectamente imitado con sólo pedazos de zinc cortados y soldados. La señora Lerat explicaba á Bibi-la Grillade, de qué manera se hacía un rabo de rosa, haciendo girar el mango de su cuchillo entre sus nudosos dedos.

Y en tanto las voces aumentaban, se cruzaban, surgiendo á veces de aquel ruido, la de la señora Fauconnier quejándose de una de sus obreras, una mocosa de aprendiz que el día anterior le había quemado unas sábanas.

—Por más que digáis—gritó Lorilleux pegando un puñetazo en la mesa,—el oro siempre es oro.

Y en medio del silencio causado por tan palmaria verdad, oíase sólo la atiplada voz de la señorita Remanjou, diciendo:

—Entonces, les remango la falda y las coso por dentro... Les clavo un alfiler en la cabeza para sujetarles la cofia... y concluido esto, se venden por trece sueldos.

Explicaba sus muñecas á Mes-Bottes, cuyas mandíbulas, lentamente, trabajaban cual ruedas de molino. Este no le escuchaba; movía la cabeza y vigilaba á los mozos para no dejar que se llevaran los platos sin haberlos él rebañado previamente. Habiendo comido ya un fricandó en salsa y judías verdes, sirvióse el asado: dos pollos flacos, yacientes sobre un lecho de berros, mustios y resecaos por el horno.

Por la parte exterior de la sala, el sol moría sobre las elevadas ramas de las acacias. En el interior, el reflejo verdoso se espesaba gracias á la pesada atmósfera desprendida de la mesa, manchada de vino y atestada por la desordenada aglomeración de los cubiertos. Y, á lo largo de la pared, los platos sucios y las botellas vacías, hacinadas allí por los mozos, parecían las sobras barridas y vaciadas del mantel. Hacía mucho calor. Los hombres se quitaron las levitas y continuaron comiendo en mangas de camisa.

—Señora Boche, os ruego que no les hartéis demasiado—dijo Gervasia, que hablaba poco, vigilando desde lejos á Claudio y á Esteban.

Y se levantó, yéndose á echar una ojeada, de pie, detrás de las sillas de los chicuelos. Los niños eran capaces de estar comiendo un día entero y sin rehusar un bocado. Ella misma les sirvió por su mano un poco de pechuga. Pero mamá Coupeau dijo que bien podía, por una vez, permitírseles tomar una indigestión. La señora Boche, en voz baja, regañó á su marido, porque pellizcaba las rodillas de la señora Lerat. ¡Oh! el tal Boche era un matalas-callando; empinaba demasiado, su mujer había visto cómo desaparecía su mano por debajo la mesa. Si volvía á hacerlo ¡gran Dios! era capaz de estrellarle una botella en la cabeza.

En el silencio, el señor Madinier hablaba de política:

—Su ley del 13 de mayo, es abominable... Actualmente son precisos dos años de domicilio fijo. Tres millones de ciudadanos han sido excluidos de las listas electorales... Me han dicho que Bonaparte está en el fondo muy disgustado, porque ama al pueblo, y de ello tiene dadas pruebas.

El era republicano; pero admiraba al príncipe, recordando á su tío; un hombre como aquel no se volvería á ver. Bibi-la Grillade se enfadó; había trabajado en el Eliseo y había visto al tal Bonaparte en frente de él, como veía en aquel momento á Mes-Bottes; ¡pues bien! ese hocico de presidente le parecía un rocín. Decían que iba á dar una vuelta hacia la parte de Lyon; valiente fortuna sería que se descalabrara en un barranco. Y como la discusión tomaba un carácter inconveniente, hubo de intervenir Coupeau:

—¡No sois poco inocentes ocupándoos de política! ¡vaya una farsa, la política! ¿existe eso para nosotros? Que pongan lo que quieran, un rey, un emperador, cualquier cosa; eso no me impedirá ganar mis cinco francos, comer y dormir ¿verdad?... ¡Cosa más necia!

Lorilleux movía la cabeza; había nacido el mismo día que el conde de Chambord, el 29 de septiembre de 1820. Esta coincidencia le preocupaba mucho, haciéndole acariciar un vago ensueño, en el que establecía una conexión entre la vuelta á Francia de aquel rey y su fortuna personal. No decía precisamente lo que esperaba; mas daba á entender que en tal caso algo de extraordinariamente agradable había de sucederle. Así, pues, cuando sentía algún deseo demasiado difícil de realizar, lo aplazaba para más tarde «cuando volviese el rey.»

—Además—dijo,—una tarde vi al conde de Chambord...

Todas las miradas se dirigieron hacia él. Perfectamente. Un hombre grueso... con gabán... muy buen sujeto al parecer. Hallábame yo en casa de Peignot, un amigo que vende muebles en la Grande-Rue de la Chapelle... El conde de Chambord había

dejado olvidado allí el día antes un paraguas, y entró, diciendo con la mayor sencillez:

—«¿Tendréis la bondad de darme mi paraguas?»

¡Dios mío! sí, era él, el mismo; Pequignot me lo aseguró bajo palabra de honor.

Ninguno de los convidados manifestó la más ligera duda. Estaban ya en los postres. Los mozos desocupaban la mesa con gran ruido de vajilla. Y la señora Lorilleux, que hasta entonces había estado muy comedida, soltó un: ¡qué gorrino! porque uno de los mozos, al retirar un plato, le había vertido algo líquido en el cuello. De seguro, estaba manchado el vestido de seda. El señor Madinier hubo de mirarle la espalda; mas no había nada, se lo juraba. En tanto, en mitad del mantel, exhibíase una fuente ensaladera de huevos moles, flanqueados por dos platos de queso; y otros dos de frutas. Los huevos, demasiado cocidas sus claras, nadaban sobre la amarilla crema, excitando el asombro general; no esperaban aquello, y lo consideraron delicadísimo. Mes-Bottes no cesaba de tragar. Había pedido otro pan entero. Concluyó con las dos clases de queso; y viendo que aún quedaba crema, pidió la fuente, y empezó á echar en el fondo grandes rebanadas de pan, como si estuviera haciendo sopas.

—Verdaderamente es muy notable el señor—dijo el señor Madinier presa de nueva admiración.

Levantáronse los hombres para ir á tomar sus pipas, y se agruparon un momento detrás de Mes-Bottes dándole palmadas en los hombros y preguntándole si iba encontrándose mejor. Bibi-la Grillade le levantó con su silla, ¡rayo de Dios! el animal pesaba doble que antes. Coupeau, decía, bromeando, que su camarada se preparaba á comer, y que ahora empezaría á engullir pan toda la noche. Azorados los mozos, desaparecieron. Boche, que hacía un instante había bajado; volvió á subir describiendo la cara que ponía el tabernero allí abajo; que estaba pálido detrás de su mostrador, y que su mujer consternada acababa de enviar á ver si las panaderías estaban abiertas; hasta el gato de la casa tenía aspecto desconsolado. En verdad, aquello era chistosísimo y valía el dinero de la

comida; no era posible festín alguno sin ese trágalo todo de Mes-Bottes. Y los hombres, encendidas sus pipas, contemplábanle con envidiosas miradas, porque, en fin, para comer de aquel modo, es preciso estar muy bien organizado.

—No quisiera tener el encargo de alimentaros—dijo la señora Gaudron;—no tal, ¡Dios me libre!

—Vaya, comadrecita, no hay que mofarse de la gente—respondió Mes-Bottes dirigiendo una mirada oblicua á la panza de su vecina. Parece que debéis haber tragado algo más que yo.

Aplaudieron todos, dándoles bravos; bien repicada había estado la broma. Era ya noche completa; tres mecheros de gas brillaban en la sala, esparciendo grandes claridades turbias, á través de la humareda de las pipas. Los mozos, después de haber servido el café y el coñac, acababan de retirar la última mano de platos sucios. En el patio, bajo las tres acacias, comenzaba el baile, al son de un cornetín y de dos violines que producían un gran estrépito, mezclado con risas de mujer algo roncas, en la sofocante noche.

—¡Hay que hacer un «botafuego!»—exclama Mes Bottes;—dos litros de «rasca pechos» (1), ¡mucho limón y poco azúcar!

Mas Coupeau, observando la inquietud pintada en el rostro de Gervasia, levantóse declarando que no se bebería nada más. Habíanse despachado veinticinco litros, á litro y medio por cabeza, contando á los niños como personas mayores, y ya era aquello muy bastante. Acababan de comer un bocado juntos, como buenos amigos y sin pretensiones, porque se estimaban unos á otros y deseaban celebrar tranquilamente una fiesta de familia. Todo había marchado bien hasta entonces, estaban alegres, y no era del caso actualmente emborracharse como unas bestias, si se quería guardar respeto á las señoras. En una palabra, y como final, habíanse reunido para echar un brindis á la salud de los cónyuges, y no para alumbrarse. Este discursillo, espetado con acento de convicción por el plomero, que se llevaba la mano al pecho al final de cada frase, obtuvo la calurosa aprobación de Lorilleux

(1) Aguardiente.

y del señor Madinier. Pero los otros, Boche, Gaudron, Bibi-la Grillade y sobre todo Mes-Bottes, bastante achispados ya, mofáronse, y con lengua trabada decían que tenían una sed de mil diablos y que era preciso calmarla con algo.

—Los que tienen sed, tienen sed, y los que no, no la tienen—observó Mes-Bottes.—De consiguiente, vamos á encargár el botafuego... A nadie se obliga aquí; los aristócratas pueden pedir agua azucarada.

Y como el plomero comenzaba de nuevo su sermón, el otro, que se había puesto en pie, se dió una palmada en la nalga, exclamando:

—¡Mira, bésame aquí... ¡Eh? ¡mozo! ¡dos litros del añejo!

Entonces Coupeau dijo que no se oponía; mas que para evitar disputas ulteriores se ajustaría la cuenta inmediatamente. Las personas bien educadas no tenían necesidad de pagar por los borrachos. Y justamente Mes-Bottes, después de registrar largo rato sus bolsillos, no encontró más que tres francos y siete sueldos. ¿Por qué le habían hecho estar de plantón en la llanura de Saint-Denis? No había de dejarse inundar, y para evitarlo, descabalara la moneda de cien sueldos. No era, pues, suya la culpa. Por último, dió tres francos, reservándose los siete sueldos para el tabaco del día siguiente. Coupeau, furioso, de seguro le pega, á no tirarle de la levita Gervasia azorada, suplicante. Decidióse á pedir dos francos más á Lorilleux, quien, después de negarse, acabó por prestárselos ocultándose de su mujer, la cual, ciertamente, no lo hubiese consentido.

Entre tanto, el señor Madinier había cogido un plato en el que las señoras Lerat y Fauconnier y la señorita Remanjou, depositaron, las primeras y discretamente, su moneda de cien sueldos. En seguida, los sus cuentas. Eran quince; sumaban, pues, setenta y cinco francos. Cuando se hubo reunido esta cantidad en el plato, cada hombre añadió cinco sueldos de propina para los mozos. Un cuarto de hora de laboriosos cálculos fué menester para ajustarlo todo á completa satisfacción.

Pero cuando el señor Madinier, que quería enten-

derse con el tabernero, le hubo entregado la suma recaudada, quedaron todos estupefactos al oírle decir, sonriendo, que aquello ascendía á más, pues que había suplementos. Y siendo acogida la palabra «suplementos» con exclamaciones furibundas, dió su detalle: veinticinco litros en lugar de veinte, número convenido de antemano: los huevos moles que había añadido viéndolo la escasez de los postres; y finalmente, una botella de ron, servida junto con el café, de la cual, algunos habían bebido lo que quisieron. Trabóse entonces una formidable querrela. Coupeau, llamado á dar explicaciones, negaba el dicho del tabernero: él nunca hablara de veinte litros; en cuanto á los huevos moles, formaban parte de los postres, tanto peor si el patrón los había añadido por su sólo gusto; quedaba la botella de ron, una aña gaza, una manera de aumentar la cuenta poniendo sobre la mesa licores que nadie había pedido.

—Estaba en la bandeja del café... ¡Dejadnos en paz! Llevaos vuestro dinero, y que nos parta un rayo si volvemos á poner los pies en vuestra barraca!

—Faltan seis francos—repetía el tabernero.—Dadme mis seis francos... ¡y tened en cuenta que no reclamo los tres panes de ese señor!

Todos, agrupados junto á él le rodeaban con una rabia de gestos y un gáñido de voces que la cólera sofocaba. Las mujeres, sobre todo, abandonando su reserva, negábanse á añadir ni siquiera un céntimo. ¡Gracioso estaba aquello! ¡vaya una linda boda! La señorita Remanjou juraba que no volverían á atraparla en otra comida semejante. La señora Fauconnier había comido muy mal; en su casa, y por cuarenta sueldos, hubiera tenido un plato para chuparse los dedos. La señora Gaudron quejábanse amargamente de que la hubiesen colocado en el peor sitio de la mesa al lado de Mes-Bottes que no guardó con ella atención ninguna. Finalmente, esas partidas acababan siempre mal. Cuando se quería que hubiese gente en una boda, se convidaba á las personas; ¡pardiez! Y Gervasia, refugiada junto á mamá Coupeau, cerca de una de las ventanas, nada decía, avergonzada, comprendiendo que todas aquellas recriminaciones se dirigían contra ella.

El señor Madinier concluyó por bajar con el tabernero.

Oyóseles discutir. Luego, pasada media hora, volvió á subir el cartonero; había zanjado la cuestión dando tres francos.

Pero los concurrentes continuaron incomodados, insistiendo sin cesar sobre la cuestión de los suplementos. Y la zambra se acrecentó con un acto de vigor de la señora Boche, que, vigilando constantemente á su marido, le vió en un rincón pellizcando el talle á la señora Lerat, y bruscamente le lanzó una botella que fué á estrellarse en la pared.

—Bien se ve que vuestro marido es sastre—dijo la viuda mordeándose los labios, con malicia.—Es una notabilidad para hacer corpiños... Sin embargo, buenos puntapiés le he largado por debajo de la mesa.

La fiesta se había agitado. El disgusto iba creciendo. El señor Madinier propuso cantar, mas Bibi-la-Grillade, que tenía buena voz, acababa de eclipsarse, y la señorita Remanjou, que estaba apoyada de codos en una ventana, le vió en el patio, debajo de las acacias, bailando con una mocetona sin gorro ni pañuelo en la cabeza.

El cornetín y los dos violines tocaban el «Marchand de montard», un rigodón cuya «pastourelle» (1) se acompañaba con las palmas de las manos.

Entonces hubo un desfile completo en la sala del festín. Mes-Bottes y la pareja Gaudron bajaron, no tardando en seguirles Boche.

Desde las ventanas veíase á las parejas dando vueltas, á través de las hojas, á las que los farolillos colgados de las ramas prestaban un color verde subido, parecido al de las decoraciones de un teatro.

La noche dormía sin un soplo, aletargada por el gran calor.

En la sala habíase empeñado una discusión formal entre Lorilleux y el señor Madinier, mientras que las señoras, no sabiendo cómo desahogar su cólera, exa-

(1) Sabido es que la *quadrille*, que conserva el nombre de su autor *Rigaudon*, se divide en cinco partes, cada una de las cuales lleva un nombre alusivo á las «figuras» de que se componía. *Pantalón* es el nombre de la primera; el de la segunda *Élé*; *Poule* el de la tercera; *Pastourelle* el de la cuarta, y el de la quinta *Final*. (N. del T.)

minaban sus vestidos, buscando si les había caído alguna mancha.

Los flecos de la señora Lerat debían haberse empapado de café. La bata de la señora Fauconnier estaba llena de salsa. El chal verde de mamá Coupeau, que cayera al suelo desde una silla, acababan de hallarlo en un rincón, estrujado y pisoteado.

Pero quien de ningún modo encontraba desahogo á su cólera era la señora Lorilleux. Tenía una mancha en la espalda; por más que la jurasen que no, la sentía. Y acabó inclinándose delante de un espejo, para mirarla.

—¿No lo decía yo?—gritó.—La salsa del pollo. El mozo pagará el vestido, aunque sea preciso llevarle á los tribunales... ¡Ah! ¡completo día ha sido éste!... ¡Mucho mejor hubiera hecho en acostarme! Me voy, inmediatamente... ¡Cargada estoy ya de su maldita boda!

Y partió furiosa, haciendo retemblar la escalera á los golpes de sus tacones.

Lorilleux corrió tras ella; pero todo lo que pudo obtener fué que esperaría cinco minutos en la acera para marcharse juntos. Debieron irse después de la lluvia, como tuvo intención. Ya la pagaría Coupeau aquel día.

Cuando el plomero supo que estaba tan irritada, consternóse profundamente; y Gervasia, á fin de evitar desazones, accedió á marcharse en seguida á casa.

Despidiéronse con precipitación. El señor Madinier se encargó de acompañar á mamá Coupeau. La señora Boche, por aquella primera noche de bodas, debía llevarse á dormir á su casa á Claudio y á Esteban; su madre podía estar tranquila; los niños dormían sobre unas sillas amodorrados por una penosa digestión de huevos moles.

Por último, los recién casados se marchaban con Lorilleux, dejando á todos los demás en la taberna, cuando se empeñó una batalla en el baile entre algunos concurrentes á la boda y otros extraños; Boche y Mes-Bottes, que habían abrazado á una señora, no querían devolverla á dos militares que la acompañaban, y amenazaban arremeter contra todos los

presentes, en medio del furioso estrépito del cornetín y de los dos violines tocando la polka de «las perlas».

Eran cerca de las once. En el bulevar de la Chapelle y en todo el barrio de la Goutte d'Or, la paga de la quincena que caía aquel sábado, producía una bahola enorme de borracheras.

La señora Lorilleux aguardaba, á veinte pasos del «Moulin d'Argent», de pie junto á un farol.

Tomó del brazo á Lorilleux y empezó á andar sin ver la cabeza, con paso tan ligero, que Gervasia y Coupeau se sofocaban para seguirles.

De vez en cuando se bajaban para hacer sitio á algún borracho tendido allí cuan largo era.

Lorilleux se volvió, deseando arreglar las cosas algún tanto.

—Os acompañaremos hasta vuestra puerta—dijo.

Mas la señora Lorilleux, alzando la voz, encontraba chusco aquello de pasar la noche en el infecto tabuco del hotel Boncoeur. ¿No les hubiera valido más aplazar el casamiento, ahorrar cuatro sueldos y comprar unos muebles para poder decir desde la primera noche, que entran en su casa? ¡Ah! ¡qué bien que iban á estar, bajo las tejas, hacinados los dos en un cuartucho de diez francos, donde ni siquiera había aire para respirar.

—He dejado mi cuarto; no viviremos arriba—objetó Coupeau tímidamente.—Nos quedamos en el cuarto de Gervasia, que es mayor.

La señora Lorilleux cediendo á un arrebató, volvióse bruscamente:

—¡Otra te pego!—exclamó.—¡Conque vas á dormir en el cuarto de la Banbán!

Gervasia se puso pálida. Este epíteto, que recibía en plena faz por vez primera, le causó el efecto de una bofetada. Y luego, comprendía perfectamente la exclamación de su cuñada: el cuarto de la Banbán era el cuarto donde había vivido un mes con Lantier, donde todavía se arrastraban los girones de su aperrada vida. Coupeau no lo entendió; solamente le hizo daño el mote.

—Haces mal bautizando á los demás—respondió con mal humor.—¿No sabes que á ti, en el barrio, te lla-

man «Cola de vaca», á causa de tu moño? No te hace gracia ese ¿verdad?... ¿Por qué no hemos de quedarnos con el cuarto del primer piso? Esta noche no duermen allí los muchachos y estaremos perfectamente.

La señora Lorilleux nada añadió, encerrándose en su dignidad horriblemente ajada al oírse llamar «Cola de vaca».

Coupeau, para consolar á Gervasia, la estrechaba dulcemente el brazo; y hasta logró alegrarla diciéndola que empezaban á constituir familia con la suma de siete sueldos por capital, tres monedas de dos sueldos y otra de un sueldo, las cuales hacía sonar en el fondo del bolsillo de su pantalón.

Llegados al hotel Boncoeur, despidiéronse con aire mohino. Y en el momento en que Coupeau empujaba á las dos mujeres una contra otra para que se abrazasen, tratándolas de necias, un borracho, que parecía querer pasar á la derecha, sufriendo un brusco vaivén á la izquierda, se interpuso entre ellas.

—¡Toma! ¡es el tío Bazouge!—dijoo Lorilleux.—Por lo visto habrá empinado bien.

Azorada Gervasia, refugióse contra la puerta del hotel. El tío Bazouge, sepulturero, de unos cincuenta años de edad, llevaba el pantalón negro manchado de barro, la negra capa abrochada sobre el hombro y su sombrero de cuero negro abollado, aplastado en algún tumbo.

—No temáis, no es malo—continuaba Lorilleux.— Es un vecino; ocupa el tercer cuarto del corredor, antes de llegar al nuestro... ¡Buena se armaría si su administración le viese en tal estado!

Entre tanto al tío Bazouge le ofuscaba el terror de la joven.

—Y bien ¿qué hay de particular?—tartamudeó.—A nadie nos comemos en nuestro oficio... Yo valgo tanto como otro cualquiera, hija mía... ¡Verdad es que he echado un trago!... Cuando el trabajo es productivo, hay que dar sebo á las ruedas. Ni vos ni ninguno de los que os acompañan hubierais bajado el caballero particular de seiscientas libras que hemos llevado entre dos desde el piso cuarto hasta la calle, y esto sin

la menor fractura... A mí me agrada la gente alegre.

Pero Gervasia se incrustaba cada vez más en el ángulo de la puerta, presa de un deseo de llorar tan grande, que destruyó el apacible gozo que había experimentado durante el día. No pensaba en abrazar á su cuñada y suplicaba á Coupeau que alejase de allí aquel borracho. Entonces Bazouge, tambaleándose, hizo un gesto de filosófico desdén.

—Esto os impedirá que algún día paséis por mis manos, niña mía... y os daréis por muy contenta si pasáis... Si, mujeres conozco, y no pocas, que dirían: «mil gracias» si nos las llevásemos...

Y como quiera que los Lorilleux se decidían á llevarse con ellos, volvióse, y balbuceó una postrera frase entre dos hipos:

—Cuando uno se muere... sabedlo bien... cuando uno se muere, es para mucho tiempo.

IV

Transcurrieron cuatro años de penoso trabajo. En el barrio, Gervasia y Coupeau eran considerados como un buen matrimonio, vivían retirados, sin querellas, y sólo se permitían dar un paseito los domingos hacia Saint-Ouen. La mujer trabajaba doce horas al día en casa de la señora Fauconnier, y encontraba tiempo además para mantener su habitación limpia como una plata y arreglar la comida á toda su gente, mañana y tarde. El marido no se emborrachaba, traía á casa la paga de sus quincenas y fumaba una pipa en la ventana antes de acostarse, tomando el fresco. Se les citaba como modelos. Y en atención á que ganaban entre los dos cerca de nueve francos al día, calculábase que debían juntar bastantes ahorrillos.

Pero, al principio sobre todo, fuéles preciso trabajar de lo lindo para juntar un cabo con otro. Su boda les había producido una deuda de doscientos francos. Además, no se hallaban á su gusto en el hotel Boncoeur; encontrábanlo repugnante y mal frecuentado, y anhelaban poder vivir en su casa, con muebles propios, que cuidarían mucho.

Veinte veces calcularon la cantidad que la realización de su sueño importaría; necesitaban, en números redondos, trescientos cincuenta francos, si querían des-

de un principio tener donde guardar sus vestidos, y una cácerola y una sartén á mano para cuando de ello hubiesen menester. Desesperaban de ahorrar una suma tan crecida en menos de dos años, cuando la fortuna les dirigió una sonrisa; un anciano, señor de Plassans, les pidió á Claudio, el mayor de los chicos, para ponerle en el colegio del pueblo; rasgo generoso de un hombre original, aficionado á cuadros, á quien había llamado vivamente la atención un álbum de dibujos perfilados antaño por el muchacho. Claudio les costaba ya los ojos de la cara. Cuando no tuvieron á su cargo más que á Esteban, el menor, ahorraron los trescientos cincuenta francos en siete meses y medio.

El día en que compraron sus muebles en una prendería de la calle de Belhomme, dieron, antes de volver á casa, un paseo por los bulevares exteriores, henchido de inmenso gozo el corazón. Tenían una cama, una mesita de noche, una cómoda con tablero de mármol, un armario, una mesa redonda con su tapete de hule y seis sillas, todo de caoba, sin contar los colchones, la ropa blanca y los utensilios de cocina casi nuevos. Este paso era para ellos como una entrada definitiva y formal en la vida, algo que, haciéndoles propietarios, les daba cierta importancia entre las gentes acomodadas del barrio.

Desde hacía dos meses, preocupábales la elección de una nueva habitación. Al principio querían tomar cuarto en la casa grande de la calle de la Goutte d'Or; mas ninguno había vacante, y hubieron de renunciar á su antiguo ensueño. A decir verdad, no lo sintió en el fondo Gervasia; la vecindad de los Lorilleux, puerta á puerta, la espantaba mucho.

Pusiéronse, pues, á buscar por otro lado. Coupeau, muy acertadamente, tenía empeño en no alejarse de la tienda de la señora Fauconnier á fin de que Gervasia pudiese estar de un salto en su casa, siempre que fuese necesario. Y por último hallaron una proporción, un cuarto muy capaz, con gabinete y cocina, calle Neuve de la Goutte d'Or, casi enfrente de la planchadora.

Era una casita de un solo piso, de escalera angosta, en lo alto de la cual sólo había dos cuartos, uno á

la menor fractura... A mí me agrada la gente alegre.

Pero Gervasia se incrustaba cada vez más en el ángulo de la puerta, presa de un deseo de llorar tan grande, que destruyó el apacible gozo que había experimentado durante el día. No pensaba en abrazar á su cuñada y suplicaba á Coupeau que alejase de allí aquel borracho. Entonces Bazouge, tambaleándose, hizo un gesto de filosófico desdén.

—Esto os impedirá que algún día paséis por mis manos, niña mía... y os daréis por muy contenta si pasáis... Si, mujeres conozco, y no pocas, que dirían: «mil gracias» si nos las llevásemos...

Y como quiera que los Lorilleux se decidían á llevarsele con ellos, volvióse, y balbuceó una postrera frase entre dos hipos:

—Cuando uno se muere... sabedlo bien... cuando uno se muere, es para mucho tiempo.

IV

Transcurrieron cuatro años de penoso trabajo. En el barrio, Gervasia y Coupeau eran considerados como un buen matrimonio, vivían retirados, sin querellas, y sólo se permitían dar un paseito los domingos hacia Saint-Ouen. La mujer trabajaba doce horas al día en casa de la señora Fauconnier, y encontraba tiempo además para mantener su habitación limpia como una plata y arreglar la comida á toda su gente, mañana y tarde. El marido no se emborrachaba, traía á casa la paga de sus quincenas y fumaba una pipa en la ventana antes de acostarse, tomando el fresco. Se les citaba como modelos. Y en atención á que ganaban entre los dos cerca de nueve francos al día, calculábase que debían juntar bastantes ahorrillos.

Pero, al principio sobre todo, fuéles preciso trabajar de lo lindo para juntar un cabo con otro. Su boda les había producido una deuda de doscientos francos. Además, no se hallaban á su gusto en el hotel Boncoeur; encontrábanlo repugnante y mal frecuentado, y anhelaban poder vivir en su casa, con muebles propios, que cuidarían mucho.

Veinte veces calcularon la cantidad que la realización de su sueño importaría; necesitaban, en números redondos, trescientos cincuenta francos, si querían des-

de un principio tener donde guardar sus vestidos, y una cácerola y una sartén á mano para cuando de ello hubiesen menester. Desesperaban de ahorrar una suma tan crecida en menos de dos años, cuando la fortuna les dirigió una sonrisa; un anciano, señor de Plassans, les pidió á Claudio, el mayor de los chicos, para ponerle en el colegio del pueblo; rasgo generoso de un hombre original, aficionado á cuadros, á quien había llamado vivamente la atención un álbum de dibujos perfilados antaño por el muchacho. Claudio les costaba ya los ojos de la cara. Cuando no tuvieron á su cargo más que á Esteban, el menor, ahorraron los trescientos cincuenta francos en siete meses y medio.

El día en que compraron sus muebles en una prendería de la calle de Belhomme, dieron, antes de volver á casa, un paseo por los bulevares exteriores, henchido de inmenso gozo el corazón. Tenían una cama, una mesita de noche, una cómoda con tablero de mármol, un armario, una mesa redonda con su tapete de hule y seis sillas, todo de caoba, sin contar los colchones, la ropa blanca y los utensilios de cocina casi nuevos. Este paso era para ellos como una entrada definitiva y formal en la vida, algo que, haciéndoles propietarios, les daba cierta importancia entre las gentes acomodadas del barrio.

Desde hacía dos meses, preocupábalas la elección de una nueva habitación. Al principio querían tomar cuarto en la casa grande de la calle de la Goutte d'Or; mas ninguno había vacante, y hubieron de renunciar á su antiguo ensueño. A decir verdad, no lo sintió en el fondo Gervasia; la vecindad de los Lorilleux, puerta á puerta, la espantaba mucho.

Pusiéronse, pues, á buscar por otro lado. Coupeau, muy acertadamente, tenía empeño en no alejarse de la tienda de la señora Fauconnier á fin de que Gervasia pudiese estar de un salto en su casa, siempre que fuese necesario. Y por último hallaron una proporción, un cuarto muy capaz, con gabinete y cocina, calle Neuve de la Goutte d'Or, casi enfrente de la planchadora.

Era una casita de un solo piso, de escalera angosta, en lo alto de la cual sólo había dos cuartos, uno á

derecha y otro á izquierda; la planta baja estaba habitada por un alquilador de coches, cuyo material ocupaba los cobertizos de un extenso patio en toda la longitud de la calle. La joven, encantada, creíase de nuevo en el pueblo; sin vecinas, sin chismes que temer; un rincón de tranquilidad que le recordaba una calleja de Plassans, detrás de los baluartes; y para colmo de satisfacción, podía ver su ventana, desde su mesa de trabajo, sin soltar las planchas, con sólo alargar el cuello.

La mudanza tuvo lugar á principios de abril. Hallábase entonces Gervasia en cinta de ocho meses. Pero mostraba mucho ánimo, decía riendo que su hijo la ayudaba á trabajar y que sentía, en su interior, cómo sus manitas la empujaban y la daban fuerzas. No se chingaba poco con Coupeau los días en que éste quería hacerla acostar para que reposase un tanto. Ya se acostaría cuando llegasen los fuertes dolores. Siempre sería demasiado pronto, por cuanto ahora, con una boca más, iba á ser necesario apretar el hombro. Y ella fué la que fregó el cuarto, antes de ayudar á su marido á colocar los muebles en su sitio. Tenía por ellos una especie de culto, los limpiaba con cuidados maternos, partiéndosele el corazón al ver en ellos el menor arañazo. Deteniase, petrificada, como si se hubiese golpeado á sí misma si al barrer les tropezaba. Deliraba sobre todo por la cómoda, la encontraba hermosa, sólida y de aspecto formal. Un deseo, del que no se atrevía á hablar, era el tener un reloj para colocarlo en el centro del tablero de mármol, donde hubiera producido un efecto magnífico. A no ser por el niño próximo á nacer hubiérase arriesgado quizás á comprar su anhelado reloj.

Así, pues, aplazábalo para más adelante, exhalando un suspiro.

El matrimonio vivió algún tiempo encantado en su nueva habitación. La cama de Esteban ocupaba el gabinete, donde todavía podía colocarse una cuna. La cocina era grande como la palma de la mano y muy oscura; pero dejando abierta su puerta se veía lo bastante; además, Gervasia no había de guisar para treinta personas; bastaba con que tuviese sitio para

hacer su cocido. La sala constituía su orgullo. Desde por la mañana, corrían las cortinas de la alcoba, unas cortinas de percal blanco, y la habitación se encontraba transformada en comedor, con su mesa en el centro, y el armario y la cómoda uno enfrente de la otra. Como la chimenea consumía hasta quince sueldos de carbón de piedra por día, habíala tapiado, y durante los fríos rigurosos se calentaban con una estufa de hierro fundido que sólo consumía por valor de siete sueldos.

Además, Coupeau había adornado las paredes lo mejor que pudo, prometiéndose nuevos embellecimientos: un mariscal de Francia, caracoleando con su bastón en la mano, entre un cañón y un montón de balas; hacía las veces de espejo; encima de la cómoda, alineábanse en dos filas las fotografías de la familia, á derecha y á izquierda de una pillita de agua bendita de porcelana dorada, donde se ponían los fósforos, y sobre la cornisa del armario un busto de Pascal enfrente de un busto de Beranger, uno grave, sonriente el otro, cerca del cuclillo cuyo tic tac parecían escuchar. Era, en verdad, una hermosa sala.

—¿A que no adivináis qué alquiler pagamos?—preguntaba Gervasia á cada nueva visita.

Y cuando se equivocaban en más, triunfaba, exclamando entusiasmada de encontrarse tan bien instalada por tan poco dinero.

—¡Ciento cincuenta francos! Ni un céntimo más. ¿Qué tal? ¡Es regalado!

La calle Neuve de la Goutte d'Or entraba por mucho en su alegría. Gervasia vivía en ella, yendo sin cesar de su casa á la de la señora Fauconnier. Coupeau, ahora, bajaba por las noches á fumar su pipa en el umbral de la puerta. La calle, sin aceras, mal empedrada, formaba cuesta. En lo alto, y hacia la calle de la Goutte d'Or, había tiendas sombrías, con vidrieras sucias, zapateros, toneleros, un depósito de comestibles lóbrego, un tabernero en quiebra, cuyas puertas cerradas desde algunas semanas cubríanse de carteles.

Al otro extremo, hacia París, ocultaban el cielo grandes casas de cuatro pisos, ocupadas sus plantas bajas

por tiendas de planchadoras próximas unas á otras en montón: únicamente la portada de un peluquero, pintada de verde y llena de frascos de diferentes colores, alegraba aquel rincón de sombra con el vivo reflejo de sus bacías siempre limpiísimas.

Mas la verdadera alegría de la calle se encontraba en el centro, sitio en que las edificaciones, más raras y más bajas, dejaban penetrar el aire y el sol. Los cobertizos del alquilador de coches, el establecimiento vecino donde se fabricaba el agua de Seltz, el lavadero, en frente, ensanchaban un vasto espacio libre, silencioso; en el que parecían aumentar aún el recogimiento, las voces apagadas de las lavanderas y la respiración regular de la máquina de vapor. Profundas hondonadas y callejas que se perdían entre negras paredes, daban á este sitio el aspecto de una aldea. Y Coupeau, distraído por los raros transeuntes que saltaban por encima del arroyo continuo de las aguas jabonosas, decía recordar un país á donde había ido á la edad de cinco años en compañía de una de sus tías. A Gervasia dábale grande alegría un árbol plantado en un patio, á izquierda de su ventana, una acacia con una sola rama y cuyo escaso verdor bastaba para hacer el encanto de toda la calle.

La joven dió á luz el último día de abril. Los dolores la sorprendieron por la tarde, á las cuatro, mientras planchaba un par de cortinas en la tienda de la señora Fauconnier.

No quiso irse á casa de seguida, y permaneció allí retorciéndose sobre una silla y planchando un poco cuando se calmaban los dolores; el trabajo aquel urgía y tenía empeño en acabarlo; además, tal vez aquello no sería más que un cólico, y no valía la pena de contemplarse por un dolor de tripas. Pero al disponerse á planchar unas camisas de hombre, púsose muy pálida. Tuvo que salir, pues, del obrador y atravesar la calle encorvada completamente, y agarrándose á las paredes. Ofrecióse una obrera á acompañarla; mas ella se negó, suplicándole únicamente que pasase á avisar á la comadrona allí cerca, calle de la Charbonniere.

Animábase á sí propia la joven diciéndose que «no

se quemaba la casa», que aquello duraría toda la noche, de seguro. Eso no había de impedirle preparar la comida de Coupeau; después, vería de echarse un momento en la cama, sin desnudarse siquiera. Pero en la escalera, sobrevinole una crisis tal, que hubo de sentarse en un escalón, apretando ambos puños contra su boca para no gritar, pues le hubiera dado gran vergüenza que la hubiesen visto hombres en aquel estado, si por casualidad subía alguno. Calmado el dolor, pudo abrir su puerta, algo aliviada y pensando decididamente que aún no había llegado la hora.

Había pensado hacer aquella noche un guiso de carnero con el magro de unas chuletas. Todo marchaba todavía bien, mientras mondó las patatas; y había puesto ya la carne de las chuletas en una sartén, cuando reaparecieron los sudores y los dolores cólicos. Dió una vuelta á la carne, pateando ante el fogón, con los ojos anegados en lágrimas.

El que ella pariese—decía—no era motivo para dejar sin comida á Coupeau. Por fin, el guisado coció á fuego lento. La joven volvió á la sala, creyendo tener tiempo para poner un cubierto en la mesa. Pero tuvo que dejar en seguida la botella del vino, y sin fuerzas ya para llegar á la cama, cayó y parió en el suelo, sobre una estera. Cuando llegó la comadrona; un cuarto de hora después, la ayudó á salir del apuro en el mismo sitio.

El plomero continuaba trabajando en el hospital.

El plomero continuaba trabajando en el hospital. Gervasia no quiso que fuesen á molestarle. Cuando llegó, á las siete, encontró á su mujer acostada, bien arropada y reposando, muy pálido el semblante, sobre la almohada. El recién nacido lloraba, envuelto en un mantón, á los pies de su madre.

—¡Ah! ¡pobrecita mujer mía!—exclamó Coupeau besándola.—Y yo que bromeaba aún no hace una hora, mientras que tú gritabas y padecías. ¡Pero, dime; tú no te apuras; sueltas eso en menos tiempo del que se necesita para estornudar!

Sonrió Gervasia débilmente, murmurando:

—Es una niña.

—¡Me alegro!—repuso el plomero, bromeando para

animarla.—¡Precisamente había encargado yo una niña! y ¡héteme ya servido! ¿Es decir, que tú haces lo que yo quiero?

Y tomando en brazos á la niña, continuó:

—¡Dejáos mirar un poco, señorita Souillon! ¡Estáis muy negrita; pero no temáis; ya os pondréis blanca! Sobre todo, que seáis juiciosa, que no os hagáis la rebelde, y que procuréis ser buena como papá y mamá.

Gervasia, muy seria, contemplaba á su hija con los ojos muy abiertos, algo velados por la tristeza. Movi6 la cabeza; hubiera querido un niño, porque los niños se desenmarañan siempre y no corren tantos peligros en este París.

La comadrona hubo de arrancar á la niña de manos de Coupeau. Prohibió además á Gervasia que hablara, y añadió que no convenía que se metiese tanto ruido al lado de una parida. Entonces Coupeau dijo que se había de avisar á mamá Coupeau y á los Lorilleux; pero como se estaba muriendo de hambre, quería comer antes. Gran disgusto fué para su mujer el verle servirse á sí mismo; correr á la cocina á buscar el guisado, comer en un plato sopero, y no encontrar el pan.

A pesar de la prohibición lamentábase y daba vueltas debajo de la ropa, diciendo que había sido una desgracia no poder poner la mesa, ya que el dolor la había derribado en el suelo como un garrotazo. Su marido no la perdonaría el que se estuviese tan repantigada, mientras él comía tan mal. ¿Estaban bastante cocidas las patatas, al menos? Ni siquiera se acordaba de si las había echado sal.

—¿Os callaréis?—gritó la comadrona.

—¡Difícilillo es que la impedáis impacientarse!—dijo Coupeau con la boca llena.—Si no estuviésemos aquí, apuestó á que se levantaba de la cama para partirme el pan... ¡Estate quieta, tonta! De lo contrario necesitarás lo menos quince días para restablecerte... Está muy bueno tu guisado. La señora comerá conmigo, ¿verdad?

La comadrona rehusó el convite, pero aceptó un vaso de vino porque se había asustado, según decía, al encontrar á la pobre mujer con la niña sobre la este-

ra. Coupeau salió por último para anunciar la novedad á la familia. A la media hora volvió con toda la gente; mamá Coupeau, los Lorilleux y la señora Lerat, que estaba casualmente en casa de estos últimos. Los Lorilleux, al ver la prosperidad de la nueva familia, habíanse amabilizado singularmente; elogiaban exageradamente á Gervasia, no sin dejar escapar algunos gestos restrictivos, movimientos de cabeza y guiños, como para aplazar su juicio definitivo. Finalmente sabían lo que sabían; sólo que no querían marchar contra la opinión de todo el barrio.

—¡Te traigo á toda la pandilla!—gritó Coupeau.—Se han empeñado en verte... No abras el pico, que lo tienes prohibido. Ellos no harán más que mirarte, tranquilamente, y sin por ello enojarse, ¿verdad? ¡Entre tanto, voy á hacerles el café, y de amigo!

Dicho esto se fué á la cocina. Mamá Coupeau, después de haber dado un beso á Gervasia, admirábase del volumen de la niña. Las otras dos mujeres habían aplicado también sonoros besos en las mejillas de la parida. Y las tres, de pie ante la cama, comentaban, entre exclamaciones, los detalles de los partos, comparándolos con la extracción de una muela, y nada más.

La señora Lerat examinaba á la recién nacida por todas partes; declarando que estaba muy bien formada y añadiendo, con intención, que sería una buena moza; y como le encontrase algo puntiaguda la cabeza, empezó á moldeársela suavemente, á pesar de sus lloros; para redondearla.

La señora Lorilleux le arrancó la niña, enfadada; bastaba para dar todos los vicios á una criatura el manosearla así teniendo el cráneo tan blando. Después, buscó á quién se parecía. Por poco se arma una disputa. Lorilleux, que alargaba el cuello por entre las mujeres, decía que la niña no había sacado nada de Coupeau; lo más, algo de la nariz, y gracias. Era el vivo retrato de su madre, con otros ojos; de seguro, estos ojos no venían de la familia.

A todo esto Coupeau no reaparecía. Oíanlo, en la cocina, luchar con el hornillo y la cafetera. Gervasia se quemaba la sangre; no era ocupación para un hom-

bre hacer el café. Y le gritaba cómo debía manejarse, sin atender los enérgicos «psit!» de la comadrona.

—¡Arriba con el café!—exclamó Coupeau saliendo con la cafetera en la mano.—¡No ha estado poco fastidiosa!... Vamos á beber esto en vasos, ¿verdad? porque las tazas se han quedado en la tienda.

Tomaron asiento alrededor de la mesa y el plomero quiso servir por sí mismo el café. Olfía muy bien, no era de achicorias. La comadrona, después de haber bebido á sorbos su vaso, se marchó; la cosa andaba bien, ya no se la necesitaba, pero si por la noche ocurría novedad, la avisarían.

Todavía bajaba por la escalera, suando la señora Lorilleux la trató de borracha y de inútil, que se ponía cuatro terrones de azúcar en el café, que se hacía dar quince francos para que una mujer pariese sola. Pero Coupeau salió en su defensa; de muy buena gana daba los quince francos; al fin y al cabo esas mujeres pasaban su juventud estudiando; razón tenía, pues, para hacerse pagar caro. Después Lorilleux disputó con la señora Lerat; él pretendía que para tener un hijo varón era preciso poner la cabecera de la cama en dirección al Norte; mientras que ella, encogiéndose de hombros, trataba todo eso de niñerías, dando otra receta que consistía en ocultar debajo del colchón, sin que lo supiera la mujer, un puñado de ortigas verdes, cogidas al sol.

Habían arrimado la mesa á los pies de la cama.

Hasta las diez, Gervasia, acometida poco á poco de una fatiga inmensa, permaneció risueña y como embotada, con la cabeza inclinada sobre la almohada; veía y oía, pero no tenía fuerzas para hacer un gesto, ni pronunciar una palabra; parecía como si estuviese muerta, con una muerte muy dulce, desde cuyo fondo era dichosa con ver vivir á los demás. De vez en cuando surgía un vagido de la niña en medio de voces fuertes y de reflexiones interminables sobre un asesinato cometido la víspera en la calle del Bon Puits, en el otro extremo de la Chapelle.

Llegada la hora de marcharse, hablaron del bautizo. Los Lorilleux habían aceptado ser los padrinos; en sus adentros renegaban; sin embargo, si no se les

hubiera ofrecido esta distinción, habrían hecho muy triste figura. Coupeau no comprendía la necesidad de bautizar á la niña; de seguro que esto no la dotaría de diez mil libras de renta, y además, podía coger un constipado. Cuanto menos tratos con curas, tanto mejor. Pero mamá Coupeau le llamaba hereje. Los Lorilleux, sin ir á comerse el buen Dios en las iglesias, preciábanse de religiosos.

—Será el domingo, si queréis—dijo el cadernista.

Y habiendo dado su aprobación Gervasia con un signo de cabeza, todos la besaron, encargándole que se cuidase mucho. Despidiéronse también de la pequeña, inclinándose cada cual encima de aquel cuerpecito tiritante, prodigándole sonrisitas y frases de cariño, como si hubiese podido comprenderlas. Y la llamaban Naná, variación mimosa de Ana, nombre de su madrina.

—Buenas noches, Naná... Adiós, Naná; que seas buena...

Cuando se hubieron marchado, arrimó Coupeau su silla junto al lecho y acabó su pipa, teniendo entre las suyas las manos de Gervasia. Fumaba lentamente, soltando frases entre dos bocanadas de humo, sumamente conmovido.

—¡Vaya! ¡mujercita mía! ¿te habrán mareado? Ya comprenderás que no he podido impedir que viniesen. Y al fin y al cabo, eso da una prueba de su amistad... Pero ¿verdad que estamos mejor solos? Yo tenía necesidad de estarlo contigo. ¡Cuán larga me ha parecido la noche! ¡pobre gallinita mía! ¡también ha tenido pupa! Cuando esos renacuajos vienen al mundo, no saben el daño que hacen. Verdaderamente, debéis sufrir como si os abriesen los riñones. ¿Dónde está la pupa? quiero besarla.

Habíale deslizado suavemente por debajo de la espalda una de sus grandes manos, y la traía hacia sí, besándole el vientre por encima de la sábana, poseído de un enternecimiento de hombre rudo ante aquella fecundidad todavía dolorida. Preguntábale si hacía daño; hubiera querido curarla con el aliento. Y Gervasia sentíase feliz y le juraba que no sufría ni pizca, pensando sólo en levantarse lo más pronto posible, pues en ade-

lante iba á ser necesario no cruzarse de brazos. Mas él la tranquilizaba. ¿No bastaba él para ganar el pan de la pequeña? Merecería que le trataran de haragán, si no trabajaba por la rapazuela. El mérito no consiste en hacer un hijo, sino en mantenerle.

Aquella noche Coupeau apenas durmió. Había cubierto la lumbre del hornillo. A cada hora tenía que levantarse para dar á la niña cucharadas de agua templada con azúcar. Esto no le impidió marchar por la mañana como de costumbre. Hasta aprovechó la hora del almuerzo para ir á la alcaldía á hacer su declaración.

Entre tanto, prevenida la señora Boche, había ido á pasar el día con Gervasia. Pero ésta al cabo de diez horas de profundo sueño, lamentábase, diciendo que estaba molida de permanecer tan largo tiempo en cama. De seguro enfermaría, si no la dejaban levantar.

Por la noche, al regresar Coupeau, refirióle sus tormentos, diciéndole que si bien tenía confianza en la señora Boche, no dejaba de ponerla fuera de sí el ver á una extraña instalarse en su habitación, abrir los cajones y andar en sus cosas.

Al día siguiente, al volver la portera de hacer un encargo, la encontró levantada, vestida, barriendo y ocupándose en hacer la comida para su marido. Y de ningún modo quiso volver á acostarse. ¿Se burlaban de ella, tal vez? Eso de parecer quebrantadas se deja para las señoras; las pobres no tienen tiempo para ello.

Tres días después del parto, planchaba ya enaguas en casa de la señora Fauconnier, con su brio acostumbrado y bañada en sudor por el gran calor del hornillo.

El sábado por la noche la señora Lorilleux llevó sus regalos de madrina: una gorrita de treinta y cinco sueldos y una falda de bautizo, rizada y adornada con una estrecha puntilla que compró por seis francos, porque estaba algo usada.

Al día siguiente, Lorilleux, en su cualidad de padrino, regaló á la parida seis libras de azúcar. Hacían las cosas en grande, hasta el punto en que, en la comida que tuvo lugar por la noche en casa de los Coupeau, no se presentaron con las manos vacías. El

marido llegó con una botella de vino lacrada en cada mano y la mujer con un gran flan comprado en una pastelería muy afamada de la calzada Clignancourt. Sólo que estas larguezas fueron pregonándolas los Lorilleux por todo el barrio, diciendo que habían gastado veinte francos. Gervasia, al saber sus alharacas, disgustóse mucho y ya no les agradeció sus obsequios.

En aquella comida de bautizo acabaron los Coupeau de relacionarse estrechamente con los vecinos del mismo piso. La otra habitación estaba ocupada por dos personas, madre é hijo, los Gouget, como así les llamaban. Hasta entonces habíansé saludado al encontrarse en la escalera ó en la calle, y nada más, los vecinos parecían un poco huraños. Pero habiéndole subido un cubo de agua la madre, al día siguiente del parto, juzgó del caso Gervasia invitarles á la comida, tanto más, cuanto que le eran simpáticos, y de ahí, naturalmente, nacieron las amistades.

Los Gouget eran del departamento del Norte. La madre remendaba blondas; el hijo, herrero de oficio, trabajaba en una fábrica de clavos. Hacía cinco años ya que vivían en la habitación de enfrente. La silenciosa paz de su existencia ocultaba un antiguo y hondo pesar; el padre de Gouget, un día de furiosa borrachera, en Lima, mató á un compañero con una barra de hierro y después se ahorcó con un pañuelo en la prisión.

La viuda y el hijo, trasladáronse á París después de tan tremendo lance; sentían pesar siempre sobre sus cabezas aquel drama y procuraban rescatarlo por una honradez estricta y una dulzura y valor inalterables. Hasta había en ellos una parte de orgullo, pues concluían por creerse mejores que los demás.

La señora Gouget, enlutada siempre, encuadrada su frente por una toca monacal, tenía un semblante pálido y tranquilo de matrona, como si la palidez de las blondas y el minucioso trabajo de sus dedos le hubiesen dado un reflejo de serenidad. Gouget era un coloso de veintitrés años, buen mozo, de rostro sonrosado, ojos azules y fuerza hercúlea. Sus compañeros de taller le llamaban Gueule d'or, á causa de su hermosa barba rubia.

Gervasia concibió desde luego viva amistad por ellos. Cuando entró por vez primera en su habitación, se quedó admirada al ver la limpieza que reinaba en ella. No había que criticar, y aun cuando se soprase en cualquier rincón, no se levantaría ni un átomo de polvo. El pavimento relucía lo mismo que un espejo.

La señora Gouget la hizo entrar en el cuarto de su hijo, para que lo viese. Era un cuarto bonito y blanco como la alcoba de una doncella, con su cama de hierro ornada de cortinas de muselina, una mesa, un lavabo, un pequeño armario para libros, y estampas por todas partes, figurillas recortadas, grabados iluminados sostenidos por cuatro clavos, retratos de varios personajes, cortados de los periódicos ilustrados.

La señora Gouget, sonriendo, decía que su hijo era un niño grande; por la noche, cuando la lectura le fatigaba, se entretenía mirando las estampas. Gervasia pasó cerca de una hora con su vecina, que se había vuelto á sentar ante su bastidor, junto á la ventana.

Llamábanle la atención los centenares de alfileres que sostenían la plantilla, dichosa con respirar el grato olor de limpieza de aquella habitación, donde la delicadeza de la labor de la señora Gouget invitaba al recogimiento.

Cuanto más se les frecuentaba, más excelentes se encontraba á los Gouget. De lo que su trabajo les producía ponían más de la cuarta parte cada quincena en la Caja de Ahorros.

En el barrio, todos les saludaban con cierto respeto, y todos hablaban de sus economías. A Gouget nunca le veían roto; siempre vestía blusas limpias, sin la más mínima mancha. Era muy fino, y hasta tímido, á pesar de sus anchas espaldas.

Las lavanderas del extremo de la calle se divertían viéndole bajar los ojos cuando pasaba por delante de sus tiendas.

No le agradaban sus palabrotas, pareciéndole repugnante que las mujeres manchasen constantemente sus labios con voces obscenas. Un día, sin embargo, regresó á casa algo chispo, y su madre, por toda reprimenda, puso ante sus ojos un retrato de su padre, una

mala miniaturá que guardaba piadosamente en la cómoda.

Desde aquella lección Gouget no volvió á beber más de lo necesario, sin por ello odiar el vino, porque el vino es necesario al obrero. Los domingos salía de paseo con su madre, á la que daba el brazo; comúnmente la llevaba hasta Vincennes, y algunas veces al teatro. Su madre era su única pasión, y aun hablaba con ella como cuando niño. Algo duro de mollera y embotadas sus carnes por el rudo trabajo del martillo, si bien su inteligencia era escasa, distinguíase en cambio por su mucha bondad.

Al principio Gervasia le estorbó mucho; mas á las pocas semanas acostumbróse á ella. Acechábala al pie de la escalera para subirle sus paquetes, y la trataba como hermana, con brusca familiaridad y cortando para ella grabados de los periódicos.

Empero, una mañana, habiendo abierto su puerta sin llamar, la encontró medio desnuda, lavándose el cuello; y, durante ocho días, ni siquiera se atrevió á mirarla la cara, de manera que acababa por hacer que ella se ruborizase también.

Cadet-Cassis decía con su calor parisiense que Gueule d'or era un animal. Una cosa es no beber, y no estar requebrando continuamente á las muchachas en la acera de la calle, y otra es ser hombre; de lo contrario valía más que se pusiese enaguas. Burlábase de él delante de Gervasia, acusándole de guiñar los ojos á todas las mujeres del barrio; y el gigante defendíase con calor de estas imputaciones.

Ello no les impedía á los dos obreros ser buenos amigos. Llamábanse uno á otro por la mañana, para ir juntos al trabajo, y á veces bebían un vaso de cerveza antes de regresar á casa. Desde la comida del bautizo tuteábanse, porque el tratarse de «vos» alarga las frases. A esto se limitaba su amistad, cuando Gueule d'or prestó á Cadet-Cassis un importante servicio, servicio de esos que no se olvidan en toda la vida.

Era el 2 de diciembre. El plomero tuvo la ocurrencia, por distraerse, de bajar á París á presenciar el motín; importábasele un comino de la República, de Bonaparte y de todo el terremoto, pero, eso sí, adoraba

BIBLIOTECA
"ALFONSO DE LOS"
1940. 1625 MONTERREY, MEXICO

la pólvora y encontraba muy abusos los tiros de fusil. A punto estaba de perecer en una barricada, cuando interponiéndose el herrero, que acertaba á encontrarse allí, consiguió escudarle con su cuerpo y ayudarle á escapar. Al subir por la calle del arrabal Poissonnière andaba Gouget de prisa, grave el semblante.

El sí que se ocupaba de política, era republicano, pero cuerdamente, en nombre de la justicia y de la felicidad general. Sin embargo, no había disparado un tiro. Y daba sus razones; el pueblo se cansaba de sacar de la lumbre las castañas para los burgueses; febrero y junio eran famosas lecciones; así, pues, en adelante, los arrabales dejarían que París se las arreglara como mejor lo entendiése.

Después, al llegar á la altura, calle des Poissonnières, volvió la cabeza, mirando la capital; allí continuaba el jaleo; algún día se arrepentiría el pueblo de haberse cruzado de brazos. Mas Coupeau se reía, llamando necios de remate á los asnos que arriesgaban su piel con el sólo objeto de conservar sus veinticinco francos á los malditos haraganes de la Cámara. Por la noche los Coupeau convidaron á los Gouget á comer, y á los postres. Cadet-Cassis y Gueule d'or abrazáronse estrechamente, jurándose amistad hasta la muerte.

Por espacio de tres años la vida de ambas familias transcurrió, á uno y otro lado del corredor, con la mayor tranquilidad. Gervasia había criado á su niña encontrando el medio de perder, á lo más, dos días de trabajo por semana. Hacíase una buena obrera de fino, y ganaba hasta tres francos. Así, pues, habíase decidido á poner á Esteban, que iba á cumplir los ocho años, en un colegio de la calle de Chartres, á razón de cinco francos al mes. El matrimonio, á pesar de la carga de los hijos, imponía todos los meses partidas de veinte y treinta francos en la Caja de Ahorros.

Quando sus ahorros llegaron á la suma de seiscientos francos, perdió la joven el sueño, asediada de un deseo ambicioso: quería establecerse por su cuenta, alquilar una tiendecita y tomar á su vez obreras. Todo lo tenía calculado. Al cabo de veinte años, si el trabajo

no mermaba, llegaría á tener una renta que se marcharían á comer tranquilamente á cualquier punto, en el campo. Sin embargo, no osaba arriesgarse. Para tener el tiempo de reflexionar, decía que andaba buscando una tienda conveniente.

El dinero no comía nada en la Caja de Ahorros; muy al contrario, allí se reproducía. En tres años sólo satisfizo uno de sus antojos; compró un reloj de sobre mesa; y aun este reloj, de palosanto, con columnas salomónicas y péndola de latón: lo tomó á condición de pagarlo en un año, por partidas de veinte sueldos cada lunes. Enfadábase cuando Coupeau decía que iba á darle cuerda; ella sola era la que quitaba el globo de cristal, y limpiaba las columnas con una especie de religioso culto, como si el mármol de su cómoda se hubiese transformado en una capilla. Debajo del globo del reloj, ocultaba la libreta de la Caja de Ahorros. Y á menudo, cuando soñaba en su tienda, pasábase largos ratos, estática, ante la esfera, contemplando fijamente el girar de las manecitas, cual si esperase algún minuto particular y solemne para tomar una resolución.

Los Coupeau salían casi todos los domingos á paseo con los Gouget. Eran alegres partidas, una fritada en Saint-Ouen ó un conejo en Vincennes, merendando en grata paz, bajo el emparrado de un figón. Los hombres bebían comedidamente y regresaban con la vista clara, dando el brazo á las mujeres. Por la noche, las dos familias hacían la cuenta, dividiéndose el gasto por mitad, sin que nunca diera margen á discusiones un sueldo más ó menos. Los Lorilleux envidiaban á los Gouget.

Parecíales muy chusco el ver á Cadet-Cassis y á la Banbán acompañarse con extraños, siendo así que tenían parientes. ¡Vaya! ¡pues! lo mismo se les importaba de su familia, que de una guinda. Desde que tenían ahorrados cuatro sueldos, hacíanse los orgullosos. La señora Lorilleux, muy ofendida de ver que se le escapaba su hermano, volvía á vomitar injurias contra Gervasia. La señora Lerat, al contrario, tomaba la defensa de la joven, contando en su favor cosas extraordinarias, tentativas de seducción por la noche, en

en bñlevar, tentativas de las que saltó leña; como heroína de drama, aplicando un par de bofetones á sus cobardes agresores.

Por su parte mamá Coupeau, cuya vista iba debilitándose cada día más, á la vez que su aptitud para el trabajo, esforzábese en que hicieran las paces y en estar bien con todos sus hijos, á fin de que no le faltara una moneda de cien sueldos cuando la hubiese menester.

El mismo día en que Naná cumplió los tres años, Coupeau, al regresar por la noche, encontró á Gervasia como trastornada. Negóse ésta á contestar á sus preguntas, diciendo que no tenía nada. Pero al ver su marido que ponía la mesa al revés y se quedaba abismada en profundas reflexiones con los platos en la mano, quiso obtener una explicación.

—¡Pues bien!—dijo ella al cabo de un rato,—la tienda del mercero de la calle de la Goutte d'Or está para alquilar... Acabo de verla, hace una hora, al ir á comprar hilo. Me ha dado un vuelco el corazón.

Era una tiendecita muy linda, situada precisamente en el gran caserón donde en otros tiempos pensaban habitar. Constaba de tienda, trastienda y dos cuartos, á derecha y á izquierda, en una palabra, lo que les convenía, piezas algo pequeñas, pero bien distribuidas. Sólo tenía un defecto; era cara: el propietario exigía quinientos francos de alquiler.

—¿Según eso, la has visto y preguntado el precio?—dijo Coupeau.

—¡Oh! ¡por curiosidad, nada más!—contestó ella, afectando un aire de indiferencia.—Cuando hay papeles, una entra á ver los cuartos, y esto á nada compromete... Pero esta es muy cara, decididamente. Y además, ¿quién sabe si no haría una necedad estableciéndome?

Con todo, después de comer, volvió á sacar á discusión la tienda del mercero. Hizo un croquis de su distribución en el margen de un periódico. Y, poco á poco, engolfábase, media las habitaciones, ordenaba las piezas como si se tratara de trasladar á ella los muebles al día siguiente. Entonces Coupeau la animó á alquilarla, viendo sus grandes deseos; seguro de que

no encontraría otra tan bonita por menos de quinientos francos; y además, ¡quién sabe si obtendrían alguna rebaja! Lo único que encontraba enojoso era ir á vivir á la misma casa de los Lorilleux, á quienes la joven no podía sufrir.

Pero ésta enfadóse, y dijo que no detestaba á nadie, y en el ardor de su deseo hasta llegó á defender á los Lorilleux, que no tenían mal fondo y con los cuales acabarían por hacer muy buenas migas. Y, cuando se hubieron acostado, dormía Coupeau ya haría rato, y aún continuaba ella echando cálculos para la distribución de sus muebles sin haberse decidido, no obstante, á alquilar la tienda.

A la mañana siguiente, después de haber salido Coupeau á su tarea, no pudo resistir Gervasia al deseo de levantar el fanal del reloj y consultar la libreta de la Caja de Ahorros. ¡Pensar que su tienda estaba allí, en aquellas hojas manchadas de sucios garabatos! Antes de ir á trabajar, consultó á la señora Gouget, la cual aprobó vivamente sus deseos de establecerse; con un marido como el suyo, buen muchacho no dado á la bebida, podía estar segura de llevar adelante su negocio, sin riesgos ni tropiezos.

Á la hora de almorzar subió á casa de los Lorilleux para saber su opinión; deseaba que no creyesen que se ocultaba de su familia. La señora Lorilleux quedó estupefacta. ¡Cómo! ¡la Banbán poner una tienda! Y, con el corazón destrozado, balbuceó algunas frases, aparentando satisfactoria sorpresa; indudablemente, la tienda era cómoda, y hacía muy bien en tomarla. No obstante, cuando se hubo repuesto del susto, ella y su marido hablaron de la humedad del patio y de la obscuridad de los cuartos bajos. ¡Oh! aquello era una mina de reumatismos. Pero en fin, si estaba decidida á alquilarla, de nada iban á servir sus observaciones.

Por la noche confesaba Gervasia francamente y sonriendo que habría caído enferma si la hubiesen prohibido tomar la tienda. Sin embargo, antes de decir: ¡ya está! quería que Coupeau la viese y procurase obtener una rebaja de alquiler.

—Pues bien, si te parece, iremos mañana—dijole su marido.—Pasarás á buscarme á las seis al trabajo,

calle de la Nation, y de regreso vendremos por la calle de la Goutte d'Or.

Ocupábase á la sazón Coupeau en concluir el techo de una casa nueva de tres pisos. Aquel día precisamente debia de colocar las últimas planchas de zinc, y como el tejado era casi llano, había instalado allí su banco de trabajo, una ancha tabla sobre dos caballetes. Un hermoso sol de mayo se estaba poniendo, dando un reflejo dorado á las chimeneas. Y allí arriba, bajo un cielo despejado, el obrero cortaba tranquilamente su zinc con las tijeras, inclinado sobre el banco, cual pudiera un sastre en su tienda cortar un par de pantalones. Junto á la tapia de la casa vecina, su ayudante, un rapaz de diez y siete años, endeble y rubio, mantenía el fuego del hornillo con auxilio de un enorme fuelle, cada uno de cuyos hálitos hacía brotar un chisporroteo de estrellas candentes.

—¡Eh! ¡Zidoro! ¡pon á calentar los soldadores!

El ayudante puso los soldadores en medio de las brasas que brillaban con color rosa pálido en la claridad del día.

Después, púsose á soplar. Coupeau tenía en la mano la última hoja de zinc que faltaba colocar al borde del tejado, junto al canalón; allí había una rápida pendiente, y debajo aparecía la anchurosa boca de la calle. El plomero que estaba allí como en su casa, con zapatos de orillo, se adelantó arrastrando los pies, y tarareando una coplilla de «¡Oh! les petits agneaux!» Llegado ante la boca del abismo, se deslizó un poco; apoyóse con una rodilla contra la mampostería de una chimenea y se quedó con la otra pierna colgando hacia la calle. Cuando se volvió para llamar al diablillo de Zidoro, agarrábase de un ángulo de la chimenea por aquello de que entre su cuerpo y la acera sólo mediaba el espacio.

—¡Maldito remolón! ¡ea! ¡dame los soldadores! ¡siempre estás mirando al aire, como si te hubiesen de caer alondras fritas en la boca!

Mas Zidoro no se daba prisa. Llamábale poderosamente la atención una gran columna de humo que subía del fondo de París, por la parte de Grenelle; tal vez sería un incendio. Sin embargo, se puso panza

abajo, y alargó los soldadores á Coupeau. Este, entonces, comenzó á soldar la plancha. Encogíase, alargábase, conservando siempre el equilibrio, sentado sobre un muslo, sostenido por la punta del pie ó retenido por un dedo. Tenía un aplomo maravilloso, un atrevimiento de mil diablos, natural, desafiando el peligro. Este y él eran buenos amigos. La calle era la que le tenía miedo á él, y como quiera que no soltaba su pipa, volvíase de vez en cuando, y escupía tranquilamente en la calle.

—¡Toma! ¡la señora Boche!...—exclamó de pronto.

—¿Eh? ¿señora Boche?

Acababa de divisar á la portera que atravesaba el arroyo. Alzó ésta la cabeza y le reconoció y entablóse una plática desde la acera al tejado. La portera tenía sus manos debajo del delantal, y la nariz mirando al cielo. Coupeau, en pie á la sazón y agarrado con el brazo izquierdo al tubo de la chimenea, se inclinaba hacia la calle.

—¿No habéis visto á mi mujer?—preguntó.

—No por cierto—contestó la portera;—¿anda por aquí?

—Ha de venir á buscarme... y ¿qué tal va de salud en casa?

—Muy bien: gracias. Yo soy la más enferma, y ya veis... Voy á la calzada Clignancourt á comprar un poco de carnero... El carnicero de cerca el Moulin Rouge, la vende á diez y seis sueldos no más...

Alzaron un poco la voz porque pasaba un coche por la calle de la Nation, ancha y desierta, en la cual sus gestos y exclamaciones sólo habían puesto en movimiento á una viejecilla que se asomara á la ventana; y esta viejecilla permanecía allí, apoyada en el alféizar, dándose la distracción de una mayúscula emoción contemplando al plomero, en el tejado de enfrente, y como si esperase verle caer de un momento á otro.

—¡Vaya! ¡buenas tardes!—gritó la señora Boche.—No quiero distraeros más tiempo.

Coupeau se volvió y cogió de nuevo los soldadores que le alargaba Zidoro. Pero, en el momento en que la portera se alejaba, percibió en la otra acera á Gervasia que llevaba á Naná de la mano. Levantaba ya

la cabeza la portera para advertir al plomero, cuando Gervasia le cerró la boca con un gesto enérgico. Y á media voz, á fin de no ser oída desde allí arriba, explicó su temor, tenía miedo de que presentándose de repente, se distrajesen su marido y cayese á la calle.

En cuatro años, sólo había ido una vez á buscarle al trabajo. Aquel día era la segunda vez. No podía ver con tranquilidad y sin que el corazón le diera un vuelco, á su marido suspendido entre cielo y tierra, y en sitios donde ni los gorriones se atrevían á posarse.

—Verdaderamente no es muy agradable ese espectáculo—murmuraba la señora Boche.—Mi marido es sastre, y por fortuna no tengo que pasar tales sustos por él.

—Si supieseis—añadió Gervasia:—al principio vivía yo siempre azorada desde la mañana hasta la noche; continuamente me lo representaba descalabrado y en una camilla... Ahora ya se han desvanecido algo mis temores. A todo se acostumbra una. Es necesario ganar el pan... Pero ¡vamos! es ese un pan bastante caro, puesto que á cada momento se arriesgan los huesos.

Y calló ocultando á Naná detrás de sus faldas, por temor de que la niña gritase. A pesar suyo, continuó mirando, llena de mortal palidez. Precisamente soldaba Coupeau en aquel momento el borde de una plancha, junto al canalón, y por más que se alargaba, no podía alcanzar á la extremidad.

Arriesgóse entonces, con esos movimientos pausados de los obreros, movimientos llenos de desembarazo y de aplomo. Hubo un momento en que, realmente, se encontró entre el cielo y la calle, sin agarrarse, tranquilo, preocupado en su tarea; y desde la acera, y bajo el soldador, paseado con mano experta, veíase serpentear la blanca llama de la soldadura. Gervasia, muda, constreñida por la angustia la garganta, juntó las manos, elevándolas con un gesto maquinal de súplica. Pero respiró ruidosamente, viendo que Coupeau volvía á subir al tejado, sin apresurarse, y tomándose el tiempo de escupir por última vez á la calle;

—¡Conque se me está espiando!—gritó alegremente al ver á Gervasia.—¿Se habrá callado como una tonta? ¿verdad, señora Boche? ¡sin quererme llamar!... Espera, todavía tengo tarea para diez minutos.

Faltábale colocar un capitel de chimenea, una friolera, casi nada. La planchadora y la portera continuaron en la acera, hablando del barrio y vigilando á Naná, para que no se diese un baño en el arroyo donde estaba empeñada en pescar pececillos; y continuamente volvían á levantar la vista hacia el tejado, sonriendo y moviendo la cabeza, como para indicar que no se impacientaban. En frente la viejecita continuaba en la ventana, mirando al obrero, esperando.

—¿Qué demonio estará acechando esa bruja?—dijo la señora Boche.—¡Vaya una momia!

En lo alto oían la robusta voz del plomero cantando: «Ah! ¡qu'il fait donc bon cueillir la fraise!» A la sazón, inclinado sobre su banco, cortaba el zinc como un artista consumado. Con una vuelta de compás trazó una línea y con unas tijeras encorvadas cortó un trozo en forma de ancho abanico: después, con el martillo, plegó este abanico á manera de cono puntiagudo. Zidoro se afanaba de nuevo soplando la lumbrera del hornillo.

El sol poníase detrás de la casa con un gran reflejo sonrosado, que palidecía por grados, tomando un matiz de lila claro. Y, en pleno sol, en aquella hora tranquila del día, las siluetas de los dos obreros, desmesuradamente aumentadas, destacábanse en el fondo límpido del aire, entre las oscuras líneas del banco y el extraño perfil del fuelle.

Cortado ya el capitel, lanzó Coupeau su acostumbrado grito de:

—¡Zidoro! ¡los soldados!

Mas Zidoro había desaparecido. El plomero echando votos, le buscó con la vista, y le llamó por el tragaluz del desván que estaba abierto. Percibióle por fin, en un tejado vecino á dos casas de distancia. El granuja paseaba, explorando los alrededores, con sus lacios cabellos rubios agitados por el viento y guiñando los ojos ante la inmensidad de París.

—¡Oye tú, haragán! ¿te figuras estar en el campo?

—gritó furioso Coupeau.—¿Eres como el señor Beranger, y compones versos tal vez?... ¡Eal ¡dame los soldados! ¿Habrás visto? ¡Callejear por los tejados! ¿por qué no te traes á tu novia, para cantarle amores?... ¿Me darás los soldados, maldito?

Y después, acabando la soldadura, le gritó á Gervasia:

—Ya estoy listo... Voy á bajar.

El tubo al cual debía adaptar el capítel se encontraba en medio del tejado. Gervasia, tranquilizada, continuaba sonriendo y siguiendo con la vista sus movimientos. Naná, muy alegre al ver á su padre, palmeaba, con sus manecitas, sentada en la acera para contemplar mejor el tejado.

—¡Papá! ¡papá!—gritaba con todas sus fuerzas; ¿no me miras?

Quiso el plomero inclinarse, pero se le fué un pie. Y entonces brusca, lentamente, como un gato que se enreda en sus patas, rodó, resbalando por la pendiente del tejado, sin poderse agarrar á ninguna parte.

—¡Dios mío!—exclamó con ahogada voz.

Y cayó. Su cuerpo describió una ligera curva, dando dos vueltas sobre sí mismo, y vino á estrellarse en mitad de la calle, produciendo el mismo ruido que un lío de ropa arrojada desde arriba.

Gervasia, alhelada, lanzó un grito desgarrador, y se quedó con las manos levantadas en alto. Acudieron al momento los transeúntes, formándose un compacto corro. La señora Boche, trastornada, flaqueándole las piernas, tomó en brazos á Naná, para taponarle los ojos, y que no viese el espectáculo. Y entre tanto, la viejecita de enfrente cerraba su ventana, tranquilamente y como satisfecha.

Por fin, cuatro hombres trasladaron á Coupeau á una farmacia en la esquina de la calle des Poissonniers; y allí permaneció cerca de una hora tendido, en medio de la tienda, sobre una manta, mientras iban á buscar una camilla al hospital Lariboisiere. Respiraba todavía; pero el farmacéutico meneaba la cabeza con ademán nada tranquilizador. Gervasia, en tanto, arrodillada en el suelo, sollozaba incesantemente, inundado el rostro de lágrimas, ciega, atontada. Con un movi-

miento maquinal adelantaba las manos y tocaba los miembros de su marido, suavemente. Refirábalas luego, mirando al farmacéutico que le había prohibido tocar, y volvía á empezar al cabo de algunos segundos, como si una fuerza interior le obligase á asegurarse de que aún estaba caliente y creyendo con ello aliviarlo. Cuando, por último, llegó la camilla, y se trató de llevarle al hospital, levantóse, diciendo con vehemencia:

—¡No, no, no quiero que vaya al hospital!... Vivimos aquí cerca, calle Neuve de la Goutte d'Or.

En vano le objetaban que la curación le costaría muy cara, llevándole á su casa. Ella repetía con terquedad:

—Calle Neuve de la Goutte d'Or, yo guiaré... ¿Qué os importa á vosotros? Tengo dinero... Es mi marido; ¿verdad? Pues que es mío, lo quiero.

No hubo más remedio que conducir al plomero á su casa. Cuando la camilla atravesó por entre la multitud agolpada á la puerta de la farmacia, las mujeres del barrio hablaban con interés de Gervasia: brava moza que, si bien cojeaba un poco, no podía negarse que tenía un buen corazón; de seguro salvaría á su marido, mientras que en el hospital los médicos expiden pasaporte para el otro mundo á los enfermos demasiado deteriorados, á fin de no darse la molestia de curarlos. La señora Boche, después de haberse llevado á Naná á su casa, había vuelto y refería el accidente con detalles interminables, temblando aún con la emoción.

—Iba yo á comprar carne; estaba allí; le he visto caer—repetía.—La culpa la ha tenido la niña; ha querido mirarla y ¡patratás! ¡Ah! ¡Dios de Dios! ¡no deseo ver caer á ningún otro!... y todavía he de ir por la carne.

Por espacio de ocho días vaciló Coupeau entre la muerte y la vida. La familia, los vecinos y todo el mundo esperaban verle espichar de un momento á otro. El médico, un médico muy caro que se hacía pagar cinco francos por visita, temía lesiones internas, y estas palabras asustaban mucho, y hacían que

se dijera en el barrio que el plomero tenía el corazón desprendido por la sacudida. Gervasia, pálida por las noches pasadas en vela, grave, resuelta, encogíase de hombros ante tal supuesto. Su marido tenía rota la pierna derecha, eso todo el mundo lo sabía: se la compondrían, y pare usted de contar.

En cuanto á lo del corazón desprendido, ya se lo pondría ella en su sitio, pues sabía cómo se pegan los corazones con cuidado, limpieza y sólido cariño. Y mostraba una convicción profunda, segura de que le curaría sólo con permanecer constantemente á su lado y tocarle con las manos en los accesos de calentura. Ni un minuto dudó de ello. Durante toda una semana viéronla de pie, hablando poco, abstraída en su terquedad de salvarle, y olvidando los niños, la casa, la villa entera. Al noveno día, cuando el médico dijo al fin que respondía de la vida del enfermo, cayó desplomada sobre una silla, molidas las piernas, quebrantado el espinazo y anegada en llanto. Aquella noche consintió en dormir un par de horas, posando la cabeza á los pies de la cama.

El accidente de Coupeau había sacado de sus casillas á toda la familia. Mamá Coupeau pasaba las noches con Gervasia, pero cada día á cosa de las nueve se quedaba dormida en su silla. Cada noche, al volver del trabajo, la señora Lerat daba un gran rodeo para acudir á enterarse del estado del enfermo. Los Lorilleux fueron al principio, dos ó tres veces por día, ofreciéndose á velarle y hasta llevaron un sillón para Gervasia.

No tardaron en suscitarse disputas sobre la manera de cuidar á los enfermos. La señora Lorilleux pretendía haber salvado á muchos en su vida y, de consiguiente, sabía como nadie lo que debía hacerse en tales casos. Acusaba también á la joven porque la empujaba y apartaba del lecho de su hermano. Razón tenía, de seguro, la Banbán en querer curar ella sola á Coupeau, pues, en resumidas cuentas, si ella no hubiese ido á distraerle á la calle de la Nation, no se hubiera caído él. Pero, de la manera como lo cuidaba, lo probable era que lo despacharía para el otro mundo.

Cuando vió á Coupeau fuera de peligro, cesó Gervasia de guardar su cama con tan celosa aspereza. Actualmente ya no podían matárselo, y así pues, dejaba que se le aproximasen las gentes, sin desconfianza. La familia se reunía en la alcoba. La convalecencia debía ser muy larga; unos cuatro meses, según parecer del médico. Entonces, durante largos sueños del plomero, los Lorilleux trataron de muy necia á Gervasia. ¿De qué le servía tener á su marido en casa? En el hospital se hubiera restablecido en la mitad de tiempo. Hasta llegó Lorilleux á decir que hubiera deseado estar enfermo, coger una pupa cualquiera, para que viese si vacilaría un minuto en entrar en Lariboisiere. Su mujer conocía á una señora que acababa de salir de allí. Pues bien, ¡cada día le habían servido pollo en el almuerzo y la comida!

Y los dos, por vigésima vez, hacían cálculos sobre lo que iban á costar á la familia los cuatro meses de convalecencia: ante todo, los días de trabajo perdidos, después el médico, las medicinas y más adelante el vino generoso y los succulentos bifteks. Si sólo gastaban los cuatro sueldos que tenían ahorrados, podían darse por muy contentos. Pero de creer era que contraerían deudas; mas, eso sí, que no contasen con la familia, que no era bastante rica para mantener un enfermo en casa. Tanto peor para la Banbán, ¿verdad? que podía hacer como las demás, que llevaban su marido al hospital. Pero ¡qué! ¡si era una orgullosa!

Cierta noche la señora Lorilleux tuvo la malignidad de preguntarle bruscamente:

—Y vuestra tienda, ¿cuándo la alquiláis?

—Sí—dijo con sorna Lorilleux;—todavía os está esperando el portero.

Gervasia se quedó avergonzada. Había olvidado por completo la tienda. Pero más le dolía el ver la perversa alegría de aquella gente al pensar que su sueño dorado se había convertido en humo. Desde aquella noche acecharon las ocasiones para burlarse de su esperanza desvanecida. Cuando se hablaba de algún proyecto irrealizable, lo aplazaban para el día que Gervasia fuese ama de un hermoso almacén con vistas á

la calle. Y, á espaldas suyas, las pullitas tomaban gigantesco vuelo. Gervasia no quería pensar mal de ellos; pero, en verdad, los Lorilleux parecían muy contentos de la desgracia de Coupeau, que impedía á la joven establecerse de planchadora en la calle de la Goutte d'Or.

Entonces, quiso tomar también la cosa á broma y demostrarles de cuán buen grado sacrificaba su dinero para la curación de su marido. Cada vez que sacaba delante de ellos la libreta de la Caja de Ahorros del fanal del reloj, decía alegremente:

—Voy á alquilar mi tienda.

No había querido retirar todo el dinero de una vez. Sacábalo por partidas de cien francos, para no tener en su cómoda un montón de monedas; además, esperaba vagamente un milagro, un restablecimiento brusco, que hiciese necesario retirar la cantidad total. Al volver de cada una de sus excursiones á la Caja de Ahorros, sumaba en un pedazo de papel el dinero que aún le quedaba, para claridad de sus cuentas.

Y por más que aumentase la brecha abierta en sus ahorros, proseguía tranquila y sonriente, llevando la cuenta de esta dispersión de sus economías. ¿No era bastante consuelo emplear tan bien aquel dinero y haberlo tenido á mano en el momento de su desgracia? Y, sin un pesar, con mano cuidadosa, volvía á guardar su libreta detrás del reloj, debajo del fanal.

Los Gouget mostráronse muy atentos con Gervasia durante la enfermedad de Coupeau. La madre se había puesto á su completa disposición, y no bajaba una vez la escalera sin antes preguntarle si necesitaba azúcar, manteca, sal, ofreciéndole siempre el primer caldo cuando por las noches hacía su cocido, y cuando la veía muy atareada, hasta se ocupaba de su cocina y echaba una mano al fregado de sus cacharros. Gouget, cada mañana tomaba los cubos de la joven ó iba á llenarlos á la fuente de la calle de Poissonnières, ahorrándole con ello dos sueldos; y, después de comer, cuando la familia no invadía la alcoba, hacían compañía á los Coupeau.

Durante dos horas, hasta las diez, el herrero fumaba su pipa, mirando á Gervasia dar vueltas alrededor del

enfermo. En toda la noche no decía diez palabras. Su caraza rubia, como hundida entre sus hombros de coloso, enternecía al verla verter en una taza una tisana y disolver el azúcar sin hacer el menor ruido con la cuchara. Cuando se acercaba al lecho y animaba á Coupeau con su dulce voz, experimentaba el herrero una violenta conmoción. Nunca había encontrado una mujer tan animosa. Hasta le gustaba su cojera, que aumentaba el mérito de sus fatigas en los larguísimo días de la enfermedad de su marido. Imposible le parecía que no se sentase ni un cuarto de hora para comer.

La joven iba incesantemente á la botica, metía la nariz en cosas no muy limpias y se daba un trabajo de mil diablos para mantener en buen orden aquella alcoba donde se hacía todo. Y á pesar de ello, ni la más mínima queja, siempre amable, hasta las noches en que se quedaba dormida en pie, con los ojos abiertos, de puro cansada. Y el herrero, en aquella atmósfera de abnegación, en aquella estancia saturada de medicinas, sentía crecer su cariño por Gervasia, viéndola amar y cuidar á Coupeau de todo corazón.

—¡Vaya! ¡camarada! ¡ya estás compuesto!—dijo un día al convaleciente.—¡Y no podía ser menos; tu mujer es un buen Dios!

El herrero estaba para casarse, ó más bien dicho, su madre quería casarle con una joven muy aceptable, encajera como ella. Para no disgustarla, decía su hijo que sí y hasta se había fijado la boda para los primeros días de octubre. El dinero necesario para poner casa dormía desde hacía largo tiempo en la Caja de Ahorros. Pero Gouget meneaba la cabeza cuando Gervasia le hablaba de este matrimonio y murmuraba con su lenta voz:

—Todas las mujeres no se os parecen, señora Coupeau. Si todas fuesen como vos, uno se casaría con diez.

Al cabo de dos meses pudo Coupeau empezar á levantarse. Reduciase su paseo á ir desde la cama á la ventana, apoyado en el brazo de Gervasia. Una vez allí, sentábase en el sillón de los Lorilleux, con la pierna extendida y descansando sobre un taburete,

Aquel bromista, que los días de heladas se burlaba de los que se rompían las piernas, estaba como avergonzado y confuso de su desgracia. Carecía de filosofía.

Había pasado los dos meses de cama echando tacos y reniegos y haciendo rabiar á cuantos le visitaban. Decía que el vivir tendido de espaldas, con un remo atado y tieso como un salchichón, no era vivir.

¡Ah! no se le borraría de la memoria el lecho de su alcoba; había en él una grieta, en un rincón, que hasta con los ojos cerrados dibujaría. Después, cuando empezó á instalarse en el sillón, comenzó otra cantinela. ¿Había de pasar mucho tiempo clavado en aquel sitio, cual si fuera una momia? La calle no era muy divertida, nadie pasaba por ella, y hedía á lejía á todas horas. No, en verdad; aquello le envejecía; daría gustoso diez años de vida únicamente por ver como iban las fortificaciones. Y reanudaba continuamente el hilo de sus acusaciones violentas contra el destino. No era justa su desgracia; aquel accidente no debía haberle sucedido á él, un buen obrero, nada holgazán, nada borracho. Eso debía reservarse para gentes de otra calaña.

—Papá Coupeau—decía—se descabló un día de chispa. No diré que lo mereciera, pero, en fin, la cosa tenía su explicación... Pero yo, yo estaba en ayunas, como Bautista, ni una gota de líquido en el cuerpo; y ¡cataplúm! el tumbo hache por haber querido volver la cabeza y dirigir una sonrisa á Naná. ¿No os parece lance demasiado fuerte? Si hay un Dios, ¡vaya qué manera tiene de arreglar las cosas! Jamás me fragaré esa pildora.

Y, cuando sus piernas recobraron las fuerzas, conservó sordo rencor contra el trabajo. Era un oficio desgraciado el pasar los días enteros andando como los gatos á lo largo de los canalones. «No son tan bestias los burgueses—añadía;—nos envían á la muerte demasiado cobardes para aventurarse sobre una escalera, instalándose sólidamente junto al hogar, importándoles un bledo la vida de los pobres.» Y hasta llegaba al extremo de decir que cada quisque debería de poner el zinc en el tejado de su casa. ¡Pardiez! eso era lo justo, y á eso vendremos á parar; y el que

no quiera mojarse, que se fabrique un techo. Después, lamentábase de no haber aprendido otro oficio, más agradable y menos expuesto, por ejemplo: el de ebanista. Y echaba esta nueva culpa á papá Coupeau; los padres tienen la estúpida costumbre de hacer que sus hijos aprendan á la fuerza el mismo oficio que ellos.

Por espacio de dos meses más, Coupeau anduvo con muletas. Comenzó por bajar hasta la calle, y fumar una pipa á la puerta. Después, logró llegar hasta el bulevar exterior, arrastrándose al sol y pasando horas enteras sentado en un banco.

Con este ejercicio renacía su alegría, y su endiablada facundia se aguzaba en sus prolongadas excursiones. Y saboreaba, con el placer de vivir, un goce extremado en no hacer nada, abandonados á sí mismos los miembros, y habituándose sus músculos á un dulce dormir; era como una lenta invasión de la pereza que se aprovechaba de su convalecencia para penetrar en su piel y aletargarle, haciéndole suaves cosquillas. Volvía á casa rejuvenecido, chocarrero, encontrando hermosa la vida y no sabiendo explicarse por qué no había de durar siempre así.

Quando pudo desprenderse de las muletas alargó más sus paseos y recorrió las canteras para visitar á sus compañeros. Permanecía cruzado de brazos delante de las casas en construcción, con sonrisitas y movimientos de cabeza; mofábase de los operarios y les enseñaba la pierna para demostrarles á dónde conducía el matarse á trabajar. Estas estaciones burlonas ante la tarea de los demás satisfacían su rencor contra el trabajo. Indudablemente volvería él á emprender sus interrumpidas faenas, pues no había otro remedio; pero eso sería lo más tarde posible. ¡Oh! ya le habían premiado su entusiasmo por el trabajo. Y además, ¡encontraba tan bueno aquello de no hacer nada!

Las tardes en que se aburría un poco, subía á casa de los Lorilleux. Estos le compadecían mucho y procuraban atraerle con toda clase de atenciones. En los primeros años de matrimonio, habíaseles escapado de las manos, gracias al influjo de Gervasia. Actualmente, recobraban ellos el suyo, haciéndole burla por miedo que le causaba su mujer, y tratándole de maricón,

Sin embargo, los Lorilleux obraban con sumá discreción, y celebraban exageradamente los méritos de la planchadora. Coupeau, aun cuando todavía sin reñir, juraba á su mujer que su hermana la adoraba, y le suplicaba que fuese menos áspera con ella.

La primera querrela doméstica que entre ellos surgió, tomó su origen de Esteban. El plomero había pasado la tarde en casa de los Lorilleux. De regreso, como la comida se retardase algo y los chicos gritaban diciendo que tenían hambre, se encolerizó de repente contra Esteban y le dió un par de bofetones. Y, durante una hora entera, estuvo refunfuñando: aquel mocoso no era suyo, y no sabía por qué le toleraba en su casa; el mejor día lo pondría de patitas en la calle. Hasta entonces había aceptado al niño sin ningún reparo.

A la mañana siguiente habló de su dignidad. Tres días después le mortificaba á puntapiés en el trasero, mañana y tarde, con insistencia tal, que cuando el chico le oía subir la escalera, corría á refugiarse en casa de los Gouget, donde la anciana encajera le reservaba un puesto en la mesa.

Largo tiempo hacía que Gervasia había empezado de nuevo. Ya no tenía la tarea de sacar y volver á poner el globo del reloj; todas las economías habíanse evaporado, y era menester trabajar de firme, trabajar para cuatro, pues cuatro eran las bocas que tenía que llenar.

Cuando alguno la compadecía, apresurábase á excusar á Coupeau. ¡El pobre! había padecido tanto, que no era extraño que se le hubiese agriado el carácter. Pero eso pasaría con el recobro completo de la salud.

Y si le daban á entender que Coupeau parecía totalmente restablecido y que podía volver al taller, exclamaba: ¡No, no es tiempo todavía! No quería verlo á tener en la cama. ¡Ya sabía ella perfectamente la opinión del médico! Y ella era quien impedía al plomero trabajar repitiéndole cada mañana que se tomase tiempo, que no se violentase. Hasta le metía de vez en cuando un franco en el bolsillo del chaleco.

Coupeau lo aceptaba como la cosa más natural del mundo; quejábase de toda especie de dolores para ha-

cerse mimar, de manera, que al cabo de seis meses, aún duraba su convalecencia.

Actualmente, los días en que iba á contemplar como los demás trabajaban, entraba de muy buena gana á beber una copa con los camaradas. A la verdad, no se pasa mal rato en la taberna; allí se bromea cinco minutos, y eso á nadie deshonra. Sólo los que se dan infulas se morirían de sed sin pasar la puerta. Razón tenía en otro tiempo cuando se burlaban de él, pues un vaso de vino jamás ha matado á un hombre.

Y dándose una palmada en el pecho, decía con orgullo que él no bebía más que vino; sólo vino, pero nunca aguardiente; el vino prolonga la existencia, no indispone el estómago, no emborracha. Sin embargo, más de una vez después de días enteros de holganza pasados de taller en taller y de taberna en taberna, concluyó por volver borracho á casa. Gervasia, en noches tales, veíase obligada á cerrar su puerta, pretextando tener una fuerte jaqueca, á fin de que los Gouget no oyesen las barbaridades de Coupeau.

Poco á poco fué perdiendo la joven su alegría. Mañana y tarde iba á la calle de la Goutte d'Or á dar un vistazo á la tienda que continuaba desalquilada; y ocultábase para hacerlo como si cometiese una niñada impropia de una persona mayor.

Aquella tienda volvía á marearla; por las noches, cuando apagaba la luz, soñaba con ella con los ojos abiertos, saboreando todo el encanto que proporciona un placer prohibido. Echaba de nuevo sus cálculos: doscientos cincuenta francos para el alquiler, ciento cincuenta francos de herramientas é instalación, y cien francos para vivir quince días; total, quinientos francos lo menos. Si no hablaba de ello en alta voz y continuamente, era para que no creyesen que se lamentaba de que sus ahorros se los hubiese llevado la enfermedad de Coupeau. A menudo, cuando iba á escapársele alguna palabra sobre el particular, poníase muy pálida, y retenía su frase con la confusión que produce un mal pensamiento. Actualmente, sería menester trabajar cuatro ó cinco años antes de ahorrar una tan considerable suma. Su desconsuelo mayor consistía en no poder establecerse desde luego; con ello

se bastaría para subvenir á las necesidades de la familia, sin contar con Coupeau, que disponía de meses enteros para volver á tomar gusto al trabajo. Así también creía ganar en tranquilidad, asegurando el porvenir, y desembarazándose de los temores secretos que la asediaban á veces cuando su marido volvía muy alegre contando y refiriendo alguna treta del animal Mes-Bottes, al que había convidado á beber un litro de vino.

Una noche, encontrándose Gervasia sola en su habitación, entró Gouget, y ella se retiró á pesar de esto, según tenía por costumbre. El coloso se había sentado y fumaba, contemplándola. Algo grave tenía que decir, sin duda; estaba pensativo y como madurando la idea sin encontrar forma conveniente para enunciarla. Finalmente, después de un gran silencio, decidióse, y quitándose la pipa de la boca, dijo de un tirón:

—Señora Gervasia, ¿queréis permitirme que os preste dinero?

Hallábase la joven inclinada sobre un cajón de la cómoda, buscando unos trapos. Incorporóse, encendida como una grana. Indudablemente debía haberla visto Gouget por la mañana extasiada ante la tienda, por espacio de diez minutos. El herrero sonreía con aire embarazado, como si hubiese hecho una proposición humillante. La joven rehusó con viveza; jamás aceptaría dinero sin saber cuándo podría volverlo. Por otra parte, tratábase de una cantidad bastante crecida. Y al verle mustio, consternado, acabó por exclamar:

—Pero ¿y vuestro matrimonio? ¡Yo no puedo aceptar el dinero destinado para vuestra boda!

—¡Oh! ¡no os dé cuidado eso!—respondió el gigante ruborizándose á su vez.—Ya no me caso. He cambiado de pensar... Mejor quiero prestaros ese dinero.

Entonces los dos bajaron la cabeza. Entre ellos existía una cosa muy dulce que no se atrevían á decirse. Y Gervasia aceptó. Gouget había prevenido ya á su madre. Atravesaron el corredor y fueron á verla en seguida. La encajera estaba seria, algo triste, con el rostro inclinado sobre su bastidor. No quería contrariar á su hijo, pero tampoco aprobaba el proyecto de

Gervasia, y dió sus razones: Coupeau se maleaba; Coupeau se le comería la tienda. Lo que de ningún modo perdonaba al plomero era que se hubiese negado á aprender á leer durante su convalecencia; su hijo se había ofrecido á enseñarle, pero Coupeau le había mandado á paseo, acusando á la ciencia de adelgazar á las gentes. Esto fué casi motivo de riña entre los dos obreros, y desde entonces cada uno iba por su lado. No obstante, la señora Gouget, viendo las miradas suplicantes de su hijo, mostróse muy afable con Gervasia. Convinose en que prestarían quinientos francos á los vecinos, quienes los reembolsarían por partidas mensuales de veinte francos.

—¡Oye, tú!—dijo Coupeau riendo, cuando supo lo del préstamo,—¡parece que el herrero te requiebra! En cuanto á eso poco cuidado me da; bien tranquilo estoy; ¡es un tipo tan ridículo!... Se le devolverá su dinero. Pero, si en vez de tratar con gente decente como nosotros, se las hubiera con holgazanes, ¡valiente chasco se llevaba!

Al día siguiente alquilaron los Coupeau la tienda. Gervasia no paró en todo el día corriendo desde la calle Neuve á la de la Goutte d'Or. Los del barrio, al verla pasar tan ligera y radiante de alegría hasta el punto de no cojear, decían que debía haberse dejado hacer una operación.

V

Casualmente los Boche, desde el vencimiento de abril, habían abandonado la calle de Poissonnieres y ocupaban la portería de la casa grande de la calle de la Goutte d'Or. ¡Coincidencia feliz! Uno de los temores de Gervasia, que había vivido con tanta tranquilidad, sin portero, en su tabuco de la calle Neuve, era la de caer bajo la férula de una bestia feroz, con quien tendría que chocar por un poco de agua vertida, ó por cerrar demasiado ruidosamente la puerta por la noche. ¡Son una canalla tan ruin los porteros! Empero, con los Boche, daría gusto. Eran conocidos de antiguo; de consiguiente, vivirían en buena inteligencia, como si dijéramos, en familia.

se bastaría para subvenir á las necesidades de la familia, sin contar con Coupeau, que disponía de meses enteros para volver á tomar gusto al trabajo. Así también creía ganar en tranquilidad, asegurando el porvenir, y desembarazándose de los temores secretos que la asediaban á veces cuando su marido volvía muy alegre contando y refiriendo alguna treta del animal Mes-Bottes, al que había convidado á beber un litro de vino.

Una noche, encontrándose Gervasia sola en su habitación, entró Gouget, y ella se retiró á pesar de esto, según tenía por costumbre. El coloso se había sentado y fumaba, contemplándola. Algo grave tenía que decir, sin duda; estaba pensativo y como madurando la idea sin encontrar forma conveniente para enunciarla. Finalmente, después de un gran silencio, decidióse, y quitándose la pipa de la boca, dijo de un tirón:

—Señora Gervasia, ¿queréis permitirme que os preste dinero?

Hallábase la joven inclinada sobre un cajón de la cómoda, buscando unos trapos. Incorporóse, encendida como una grana. Indudablemente debía haberla visto Gouget por la mañana extasiada ante la tienda, por espacio de diez minutos. El herrero sonreía con aire embarazado, como si hubiese hecho una proposición humillante. La joven rehusó con viveza; jamás aceptaría dinero sin saber cuándo podría volverlo. Por otra parte, tratábase de una cantidad bastante crecida. Y al verle mustio, consternado, acabó por exclamar:

—Pero ¿y vuestro matrimonio? ¡Yo no puedo aceptar el dinero destinado para vuestra boda!

—¡Oh! ¡no os dé cuidado eso!—respondió el gigante ruborizándose á su vez.—Ya no me caso. He cambiado de pensar... Mejor quiero prestaros ese dinero.

Entonces los dos bajaron la cabeza. Entre ellos existía una cosa muy dulce que no se atrevían á decirse. Y Gervasia aceptó. Gouget había prevenido ya á su madre. Atravesaron el corredor y fueron á verla en seguida. La encajera estaba seria, algo triste, con el rostro inclinado sobre su bastidor. No quería contrariar á su hijo, pero tampoco aprobaba el proyecto de

Gervasia, y dió sus razones: Coupeau se maleaba; Coupeau se le comería la tienda. Lo que de ningún modo perdonaba al plomero era que se hubiese negado á aprender á leer durante su convalecencia; su hijo se había ofrecido á enseñarle, pero Coupeau le había mandado á paseo, acusando á la ciencia de adelgazar á las gentes. Esto fué casi motivo de riña entre los dos obreros, y desde entonces cada uno iba por su lado. No obstante, la señora Gouget, viendo las miradas suplicantes de su hijo, mostróse muy afable con Gervasia. Convinóse en que prestarían quinientos francos á los vecinos, quienes los reembolsarían por partidas mensuales de veinte francos.

—¡Oye, tú!—dijo Coupeau riendo, cuando supo lo del préstamo,—¡parece que el herrero te requiebra! En cuanto á eso poco cuidado me da; bien tranquilo estoy; ¡es un tipo tan ridículo!... Se le devolverá su dinero. Pero, si en vez de tratar con gente decente como nosotros, se las hubiera con holgazanes, ¡valiente chasco se llevaba!

Al día siguiente alquilaron los Coupeau la tienda. Gervasia no paró en todo el día corriendo desde la calle Neuve á la de la Goutte d'Or. Los del barrio, al verla pasar tan ligera y radiante de alegría hasta el punto de no cojear, decían que debía haberse dejado hacer una operación.

V

Casualmente los Boche, desde el vencimiento de abril, habían abandonado la calle de Poissonnieres y ocupaban la portería de la casa grande de la calle de la Goutte d'Or. ¡Coincidencia feliz! Uno de los temores de Gervasia, que había vivido con tanta tranquilidad, sin portero, en su tabuco de la calle Neuve, era la de caer bajo la férula de una bestia feroz, con quien tendría que chocar por un poco de agua vertida, ó por cerrar demasiado ruidosamente la puerta por la noche. ¡Son una canalla tan ruin los porteros! Empero, con los Boche, daría gusto. Eran conocidos de antiguo; de consiguiente, vivirían en buena inteligencia, como si dijéramos, en familia.

El día del alquiler, cuando los Coupeau fueron á firmar el contrato, latía violentamente el corazón de Gervasia al atravesar los umbrales de la elevada puerta. Al fin iba á vivir en aquella casa, grande como un pueblecito, con sus interminables calles de escaleras y corredores.

Las fachadas grises con los pingajos puestos á secar en las ventanas, el patio oscuro de adoquines desencajados á manera de plaza pública, el ronquido de trabajo que salía de sus paredes causábanle una gran turbación, un gozo inmenso al verse tan próxima á satisfacer su ambición, y un vivo miedo de no poder medrar y de encontrarse aplastada en aquella enorme lucha contra el hambre, cuyo aliento llegaba á sus oídos.

Parecía acometer una empresa audaz, como si se arrojase en medio de una máquina en movimiento, mientras los martillos del cerrajero y los cepillos del ebanista golpeaban y silbaban en el fondo de los talleres de la planta baja. Aquel día las aguas de la tintorería que corrían por el zaguán, eran de color verde manzana muy claro. Saltó por encima de ellas, sonriendo; veía en este color un venturoso agüero.

La cita con el propietario era en la habitación misma de los Boche. El señor Marescot, fabricante de cuchillos de la calle de la Paix, había paseado en otro tiempo su carro de afilar por las calles. Actualmente se le consideraba archimillonario.

Era un hombre de cincuenta y cinco años, robusto, huesudo, condecorado, que ostentaba sus manazas de antiguo obrero, y uno de cuyos mayores goces era llevarse los cuchillos y tijeras de sus inquilinos para afilarlos él mismo por distracción. Tenía fama de campechano, pues se pasaba las horas en el cuarto de sus porteros, oculto en las sombras de la habitación, tomando las cuentas. Allí trataba todos sus asuntos.

Los Coupeau le encontraron sentado ante la graciosa mesa de la señora Boche enterándose de que la costurera del segundo piso de la escalera A, se había negado á pagar, soltando una frase poco limpia. Después, cuando se hubo firmado el contrato, dió un apretón de manos al plomero. Apreciaba mucho á los

obreros. En sus primeros tiempos había pasado no pocos apuros. Pero el trabajo triunfaba de todo, y después de haber contado los doscientos cincuenta francos del primer semestre, sumergióslos en su profundo bolsillo, refirió su vida y enseñó su condecoración.

Gervasia, entre tanto, permanecía algo cortada al ver la actitud de los Boche, quienes fingían no conocerla; siempre alrededor del propietario, doblados por el espinazo, acechando sus palabras y aprobándolas con movimientos de cabeza. La señora Boche salió precipitadamente, yendo á expulsar un grupo de muchachos que chapoteaban delante de la fuente, cuyo grifo, completamente abierto, inundaba el patio; y cuando volvió, tiesa y severa como una matrona, atravesando el patio y dirigiendo lentas miradas á todas las ventanas, como para cerciorarse del buen orden de la casa, contrajéronse levemente sus labios, signo de orgullo por la autoridad de que se hallaba investida al tener bajo su dominio trescientos inquilinos.

Boche hablaba de nuevo de la costurera del segundo piso; su opinión era que debía expulsársela, y calculaba los alquileres retrasados con la importancia de un intendente, cuya gestión se viese comprometida. Aprobó el señor Marescot la idea de la expulsión; pero quería esperar hasta la mitad del nuevo trimestre. Era duro arrojar á las gentes á la calle, tanto más cuanto que esto no reportaba utilidad alguna al propietario. Y Gervasia, con un ligero estremecimiento preguntábase si la echarían también á ella á la calle el día en que un contratiempo cualquiera la impidiese pagar.

La portería, ahumada y llena de muebles negros, tenía una humedad y un aspecto hediondo de bodegón; junto á la ventana, aflucía toda la luz sobre el banco del sastre, donde yacía una levita vieja para recomponer, en tanto que Paulina, la hija de los Roche, una niña bermeja, de cuatro años, sentada en el suelo, miraba concienzudamente cómo cocía un trozo de ternera, embebida y extasiada en el penetrante olor de cocina que se exhalaba de la cacerola.

El señor Marescot alargaba nuevamente su mano al plomero, cuando á éste se le ocurrió hablar de repa-

raciones, recordándole su promesa verbal de ocuparse de ello más adelante. Pero el propietario se enfadó, diciendo que á nada se había comprometido y además, que jamás de los jamases se harían reparaciones en una tienda. Sin embargo, consintió en visitarla, seguido de los Coupeau y de los Roche.

El mercerito se había ido llevándose todos sus estantes y mostradores; la tienda, completamente desnuda, mostraba su negro techo, sus agrietadas paredes, de las que colgaban girones de un antiguo papel amarillo. Y allí, en el vacío sonoro de la habitación, entablóse una discusión acalorada.

Pretendía el señor Marescot que era obligación de los comerciantes adornar sus establecimientos, porque —añadía,— á un comerciante puede antojársele tenerlos dorados, y no faltaba más que el propietario forrase de oro sus tiendas. Y á renglón seguido describió su propia instalación en la calle de la Paix, en la que había gastado más de veinte mil francos. Gervasia, con su terquedad de mujer, repetía un argumento que le parecía irrefutable; si se tratase de una habitación particular, la empapelarían ¿verdad? pues ¿por qué no considerar una tienda como una habitación particular? Ella no pedía más sino que se blanquease el techo y se empapelase de nuevo.

En tanto Roche permanecía impenetrable y digno; volvíase de uno á otro lado y miraba al techo sin decir esta boca es mía. En vano Coupeau le guiñaba el ojo; el portero aparentaba no querer abusar de su grande influjo sobre el propietario. Al fin concluyó por dejar aparecer un gesto, una leve sonrisilla acompañada de un movimiento de cabeza.

Precisamente en aquel momento el señor Marescot, exasperado, con aspecto abatido y abriendo sus diez dedos en un calambre de avaro á quien arrancan su oro, cedía á las instancias de Gervasia, ofreciéndole el blanqueo del techo y el empapelado, con la condición de que ésta pagase la mitad del papel. Y se largó en seguida, no queriendo oír hablar del asunto.

Cuando Roche se quedó solo con los Coupeau, empezó á darles palmadas en los hombros, con expansiva alegría.

¿Qué tal, qué les parecía? A no ser por él, jamás hubieran obtenido su empapelado, ni su blanqueo. ¿N habían observado cómo le consultaba el propietario con el rabo del ojo y cuán bruscamente acababa de decirse al verle sonreír? Luego, confidencialmente, les confesó que podía decirse que él era el verdadero dueño de la casa; que él decidía las expulsiones, alquilaba los cuartos si los inquilinos le agradaban y cobraba los alquileres, guardándolos quince días en el cajón de su cómoda.

Aquella noche los Coupeau, para demostrar su agradecimiento á los Roche, les enviaron dos litros de vino. Bien valía la cosa un regalo.

Desde el lunes siguiente, los obreros se fueron á la tienda. La compra del papel fué una gran dificultad. Gervasia quería un papel con flores azules, que diese claridad y alegría á las paredes. Roche se ofreció á acompañarla para que eligiese. Pero tenía órdenes formales del propietario; no debía extralimitarse de quince sueldos el rollo.

Una hora estuvieron en casa del almacenista, fijándose la lavandera en un papel persa muy bonito de diez y ocho sueldos, desesperada porque todos los demás le parecían horrorosos. Por último, el portero cedió, diciendo que él arreglaría la cosa, poniendo en cuenta un rollo más, si convenía. Y Gervasia, al volver á casa, compró unos pasteles para Paulina. No quería ser menos y quien la complacía estaba seguro de no perder en el cambio.

En cuatro días debía quedar lista la obra de la tienda. Y los trabajos duraron tres semanas. Al principio sólo se habló de lavar las pinturas; pero éstas, que en su origen habían sido de color heces de vino; estaban tan sucias y tan tristes, que Gervasia se decidió á retocar toda la fachada de azul claro con filetes amarillos. Entonces las reparaciones se eternizaron. Coupeau, que no siempre trabajaba, llegaba por la mañana para ver los progresos. Roche, dejando la levita ó los pantalones cuyos ojales remendaba, acudía por su parte á vigilar á los pintores. Y los dos, en pie, ante los operarios, cruzadas las manos atrás, fumando, escupiendo, pasaban el día analizando cada

pinclada. Un clavo que hubiesen de arrancar daba pie á reflexiones interminables y á profundísimas abstracciones. Los pintores, dos buenos chicos y unos pobres diablos, bajaban á cada rato de sus escaleras, plantándose también en medio de la tienda, mezclándose en las discusiones, moviendo la cabeza horas enteras y contemplando su tarea comenzada. El techo quedó embadurnado con bastante rapidez. Pero las pinturas eran cuento de nunca acabar. No se secaban.

A eso de las nueve, los pintores aparecían con sus pucheros de color, los ponían en un rincón, daban un vistazo, desaparecían y ya no se les volvía á ver más. Se habían ido á almorzar, ó bien á dar la última mano á una bicoca, allí cerca, calle Myrrha. Otras veces Coupeau invitaba á toda la gente, Roche, los pintores y los camaradas que acertaban á pasar, á echar un trago; otra tarde perdida. A Gervasia se le quemaba la sangre. Al fin, bruscamente, en un par de días quedó todo terminado, las pinturas barnizadas, pegado el papel y las basuras echadas al carro. Los operarios lo habían recompuesto todo como jugando, silbando en sus escaleras y cantando hasta ensordecer el barrio.

La mudanza tuvo lugar inmediatamente. En los primeros días Gervasia experimentaba alegrías de niña, cuando cruzaba la calle de vuelta de un recado. Acortaba el paso, y sonreía á «su casa». De lejos, en medio de la negra fila de las otras fachadas, su tienda se le aparecía radiante, alegre; con su muestra azul claro, donde, en grandes letras amarillas se leía: «Planchadora de fino». En el escaparate, cerrado el fondo por cortinillas de muselina y cubierto de papel azul para que resaltase la blancura del lienzo, había de muestra camisas de hombre y gorros de mujer suspendidos por las cintas en alambres.

Y su tienda parecíale bonita, color de cielo. Más adentro continuaba también el color azul; el papel, que imitaba un persa Pompadour, representaba un emparrado por donde trepaban enredaderas; el banco de planchar, una inmensa mesa que llenaba las dos terceras partes de la tienda, estaba ornado con un gran fleco de cretona de ramos azulados para ocultar los

banquillos. Gervasia se sentaba en un taburete, exhalaba grandes suspiros de contento, dichosa con aquella elegante limpieza, y acariciaba con la vista sus planchas y demás enseres completamente nuevos.

Pero su primera mirada se dirigía siempre á la estufa de hierro fundido, donde podían calentarse á la vez diez planchas colocadas alrededor del hogar sobre placas oblicuas. De vez en cuando se arrodillaban ante la estufa, vigilando con continua ansiedad que su pequeña aprendiz no hiciese estallar torpemente la fundición, atestándola de demasiado cok.

La habitación interior era bastante cómoda. Los Coupeau dormían en la primera pieza, donde también se guisaba y se comía; en el fondo había una puerta que daba al interior de la casa. La cuna de Naná estaba en el cuarto de la derecha, un gran gabinete, que recibía luz por una ventanilla redonda situada cerca del techo. Esteban compartía el cuarto de la izquierda con la ropa sucia, de la que había enormes montones en el suelo.

La casa, sin embargo, tenía un inconveniente que los Coupeau no habían querido ver al principio, y era que las paredes destilaban humedad, y no se veía claro desde las tres de la tarde.

En el barrio la nueva tienda produjo una profunda emoción.

Acusaban á los Coupeau de que iban demasiado aprisa y de que se daban mayor importancia de la que les correspondía. En efecto; los quinientos francos de los Gouget los habían gastado en la instalación, sin guardar ni siquiera para vivir quince días, como se prometían al principio. La mañana en que Gervasia abrió por primera vez su portada, no tenía más que seis francos en su portamonedas. No se apuraba, sin embargo; los parroquianos afluían, y el negocio comenzaba bien.

Ocho días después, el sábado, antes de acostarse, permaneció dos horas echando cálculos en un pedazo de papel, y despertó á Coupeau, con el rostro radiante de alegría, para decirle que había cientos y miles que ganar si sabían ser prudentes.

—¡Magnífico!—clamaba la señora Lorilleux por toda la calle de la Goutte d'Or.—¡El imbécil de mi hermano ha perdido la chaveta!... Ya no le faltaba á la Banbán más que echarse á la vida airada; bien empleado le está ¿verdad?

Los Lorilleux estaban mortalmente enemistados con Gervasia. Al principio, durante las reparaciones de la tienda, por poco revientan de rabia; sólo al atisbar de lejos á los pintores, se pasaban á la otra acera y entraban en su casa apretando los dientes. Una tienda azul para aquella perdida ¡vamos! era cosa de desesperar á las gentes honradas. Así, pues, al segundo día, como la aprendiz vaciase con ímpetu en el arroyo una jofaina de almidón, casualmente en el momento en que la señora Lorilleux salía, alborotó ésta toda la calle, acusando á su cuñada de que la hacía insultar por sus obreras. Y quedó roto todo género de relaciones, no cambiándose más que miradas terribles cuando se encontraban.

—¡Sí, bonita vida!—repetía la señora Lorilleux.—¡Ya sabemos de dónde procede el dinero de su barracal! ¡Lo ha ganado con el herrero!... ¡Vaya otra familia distinguida! ¿No se cortó su padre el pescuezo para evitar este trabajo á la guillotina? ¡Qué sucia historia la de esa gentuza!

Y acusaba descaradamente á Gervasia, asegurando que se acostaba con Gouget. Y mentía, aun cuando juraba y perjuraba haberles sorprendido juntos, una noche, en uno de los bancos del bulevar exterior. La idea de estas relaciones, de los placeres que debía saborear su cuñada, la exasperaba más aún en su honestidad de mujer fea. Cada día salía de sus labios el grito de su corazón:

—Pero ¿qué demonios tendrá esa coja para hacerse amar? ¿hay alguien, por ventura, que me ame á mí?

Después todo se volvían interminables chismes con las vecinas. Les contaba toda la historia. Eso sí; el día del matrimonio la coja hubiera engañado á cualquiera. Pero á ella no la satisfizo del todo, pues tenía buen olfato y sabía cómo colchuiría aquello.

Más adelante se había mostrado la Banbán tan dulce; tan hipócrita, que ella y su marido, por considera-

ción á Coupeau, habían accedido á ser madrina y padrino de Naná, á pesar de que un bautizo como este salía caro. Ahora, decía, aun cuando la Banbán se estuviese muriendo y necesitase un vaso de agua, no sería ella, de seguro, quién se lo diera. No me vengan con insolentes, añadía, ni con picaronas, ni con desvergonzadas. En cuanto á Naná, siempre sería bien recibida por sus padrinos; la pobrecita no tenía la culpa de los crímenes de su madre. Por lo que toca á Coupeau, no necesitaba consejos; pero otro hombre, en su lugar, habría puesto á refrescar el trasero de su mujer en un cubo de agua, después de aplicarle un par de zapatazos; pero, en fin, esas eran cuentas suyas; lo que sólo se le exigía era que guardase respeto á la familia. ¡Santo Dios! ¡si Lorilleux la hubiese encontrado á ella, á su mujer, en flagrante delito! no hubieran pasado así las cosas; positivamente la habría hundido sus tijeras en el vientre.

Sin embargo, los Roche, jueces severos de las riñas de la casa, quitaban la razón á los Lorilleux; si bien eran gentes honradas, tranquilas, que trabajaban todo el santo día y que pagaban puntualmente sus alquileres, en cambio, en este punto, devorábales la envidia. Además, eran muy roñosos, ¡vaya! y tan avaros que ocultaban la botella, cuando alguien subía á verles; para no ofrecer un vaso de vino; en una palabra, unos sucios. Un día que Gervasia acababa de obsequiar á la Roche con un vaso de grosella á agua de Seltz, que bebían en la portería, pasó la señora Lorilleux, muy tiesa, y escupió con intención al cruzar por delante de la puerta. Desde entonces, cada sábado, cuando la señora Roche barría las escaleras y los corredores, dejaba las basuras ante la puerta de los Lorilleux.

—¡Pardiez!—gritaba la señora Lorilleux,—¡la Banbán los ceba á esos glotonos!... ¡Todos son unos!... Pero que se anden con tiento y no me fastidien; pues me quejaré al propietario... Ayer, sin ir más lejos, he visto al cazarro de Roche restregarse con las faldas de la señora Gaudrón. ¡Vaya una cochinería! ¡arri-marse así á una mujer de esa edad, que tiene media docena de hijos! ¡Es otra suciedad que añadir á sus

muchas suciedades! Voy á prevenir á la tía Roche para que arme un escándalo... ¡y será cosa de reír!

Mamá Coupeau visitaba siempre á las dos familias, dando la razón á cada una en particular, consiguiendo hacerse invitar frecuentemente á comer, y escuchando complaciente una noche á su hija y á su nuera. La señora Lerat, actualmente, no iba á casa de los Coupeau, porque había reñido con la Banbán á causa de un zuavo que acababa de cortar las narices á su querida con una navaja de afeitar; la Lerat excusaba al zuavo, diciendo, sin dar más razones, que la cuchillada era prueba de un exceso de cariño. Y además había exasperado las iras de la señora Lori-leux, asegurándole que la Banbán, hablando delante de quince ó veinte personas, la llamaba Cola de Vaca, sin pararse en pelillos. Y que los Roche y los vecinos ya no la designaban sino con este mote.

En medio de tantos chismes, Gervasia, tranquila y sonriente, en el umbral de su puerta, saludaba á sus amigos con afectuosos signos de cabeza. Complaciase en salir á la puerta de vez en cuando, aunque sólo fuese un minuto, para dirigir una sonrisa á la calle, con la satisfacción vanidosa del comerciante que posee un trozo de acera. La calle de Goutte d'Or la miraba como suya, y como suyos miraba también las calles adyacentes y el barrio entero. Cuando, en mangas de camisa, desnudos los brazos, revueltos sus rubios cabellos por el ardor del trabajo, alargaba la cabeza, echaba una ojeada á la izquierda y otra á la derecha, á los dos extremos, para abarcar en conjunto los transeúntes, las casas, el empedrado y el cielo. A la izquierda, la calle de Goutte d'Or se perdía á lo largo; tranquila, desierta, semejante á una calle de pueblo; donde cuchicheaban las mujeres á las puertas; á la derecha, á algunos pasos, estaba la calle de Poissonniers, con su baraúnda de coches y el continuo pataleo de la multitud que refluía y hacía de este extremo una encrucijada de batahola popular. Gervasia amaba la calle, los vaivenes de los camiones en los baches del grueso y desigual empedrado, los empujones de las gentes á lo largo de las angostas aceras interrumpidas á trozos por montones de guijarros; los

tres metros de arroyo, delante de su tienda; tomaban á sus ojos la enorme importancia de un ancho río; que hubiera deseado ver siempre limpio, un río extraño y viviente, cuya agua coloreaba la tintorería de la casa, con matices delicados, en mitad del negro barro.

Después se interesaba por las tiendas: una gran droguería con su escaparate de frutos secos, protegido por una red de espesas mallas; una lencería y fábrica de gorras para obreros, en la que, al menor soplo del viento, se balanceaban calzones y blusas azules, con las piernas colgando y los brazos en cruz.

Veía las esquinas de los mostradores de los frutos y de la tripicallera, y en ellos hermosos y mansos gatos ronroneando. Su vecina la señora Vigoroux, la carbonera, una mujercita obesa, de cara negra y ojos relucientes, le devolvía el saludo, y seguía bromeando y riendo con los hombres, apoyada en la portada, decorada con trozos de leña pintados sobre un fondo de color heces de vino, y que formaban un complicado dibujo de casa rústica.

Las señoras Codurge, madre é hija, vecinas también, que tenían tienda de paraguas, no salían fuera de su escaparate sombrío y de su puerta cerrada, ornada con dos pequeñas sombrillas de zinc cubiertas de una densa capa de vivo bermellón. Antes de volver adentro, Gervasia dirigía siempre una ojeada enfrente, á una gran pared blanca, sin una ventana siquiera, con una inmensa puerta cochera, por la cual se veían las llamaradas de una fragua colocada en un patio atestado de carretas y carricoches, con las varas hacia arriba. Sobre la pared leíase la palabra «Aléitar», escrita en grandes letras y rodeada de un abanico de herraduras.

Durante todo el día, golpeaban los martillos sobre el yunque, y millones de chispas iluminaban la pálida sombra del patio. Y al pie de aquella tapia, como en el fondo de un agujero, no más grande que un armario, entre una vendedora de hierro viejo y otra de patatas fritas, había un relojero, un señor de levita, de aspecto decente, que escudriñaba continuamente relojes, con herramientas muy cucas, ante un mostrador

donde dormían cosas delicadas debajo de vasos de cristal, en tanto que detrás de él, las péndolas de dos ó tres relojes de cuclillo oscilaban á la vez, en la miseria negra de la calle y al acompasado golpeteo de la herrería.

El barrio entero encontraba muy simpática á Gervasia. Verdad que se murmuraba contra ella; pero en cambio había unanimidad en reconocerle hermosos ojos, una boca como un piñón y dientes blanquísimos.

En una palabra, era una bonita rubia y hubiera podido figurar entre las más bellas, á no ser por la desgracia de su pierna. Tenía cumplidos sus veintiocho años, y había engordado. Sus finas facciones se empastaban, y sus gestos adquirían una calma placida.

Actualmente, había momentos en que permanecía abstraída en el borde de una silla, esperando á que se calentase su plancha, sonriendo vagamente y la faz inundada por gozosa beatitud. Volvía golosa, según opinión general; pero esto no se tenía por un feo vicio, todo lo contrario.

Cuando una gana con qué proporcionarse buenos bocados, ¿no es verdad que sería solemne tontería comer mondaduras de patatas? Y tanto más, cuanto que trabajaba siempre sin descanso, desviviéndose por sus parroquianos, pasando en claro sus noches, á puerta cerrada, cuando el trabajo urgía. Según decían en el barrio, tenía buena sombra; todo prosperaba en sus manos.

Planchaba para los inquilinos de la casa, el señor Madinier, la señorita Remanjou, los Boche; y hasta llegó á quitar á su antigua maestra, la señora Fauconnier, algunas parroquianas de París que vivían en la calle del arrabal Poissonnieres.

A la segunda quincena fué preciso tomár dos oficiales, la señora Putois y Clemencia; la joven que habitaba antes en el sexto piso de la casa, con las cuales reunía en su casa tres subordinadas, contando á Agustina, su pequeña aprendiz, bizca y fea como el trasero de un pobre.

Otras hubieran perdido, de seguro, la cabeza con esta fortuna.

Podía, pues, disculpársele que se refocilara un poco los huesos, después de haberse descrismado toda la semana. Por lo demás, necesitaba esto; pues indudablemente habría ido perdiendo su vigor y su energía; acabando por mirar á las camisas planchase por sí solas, si de vez en cuando no se hubiese zampado algún apetitoso bocado, cuyo deseo cosquilleaba su estómago.

Nunca se había mostrado Gervasia tan complaciente; era dulce como un cordero y buena como el pan; excepción hecha de la señora Lorilleux, á quien llamaba Cola de Vaca, para vengarse. A nadie odiaba y disculpaba á todo el mundo. En el voluptuoso abandono de su golosina, cuando había almorzado bien y tomado café, cedía á la necesidad de una indulgencia general. Su estribillo era: «Debemos perdonarnos unos á otros, ¿verdad? si no queremos vivir como salvajes.» Cuando le hablaban de su bondad, refase. ¡No hubiera faltado más sino que fuese mala! Y añadía que no tenía mérito en ser buena. ¿Por ventura no se habían realizado sus sueños? ¿qué le quedaba que ambicionar en la vida? Recordaba su ideal de otros tiempos; cuando se encontraba como si dijéramos en la calle; trabajar, comer pan, tener un rincón propio, criar á sus hijos, no ser zurrada y morir en su cama. Y ahora su ideal estaba realizado con creces; tenía cuanto deseaba, y más y mejor. Por lo que respecta á morir en su cama, decía bromeando, que contaba con ello, pero que esperaba fuese lo más tarde posible.

Gervasia era sobre todo amable con Coupeau; nunca una mala palabra, nunca una queja á espaldas de su marido. El plomero había concluido por volver al trabajo, y como su taller se encontraba entonces al otro extremo de París, dábale su mujer cada mañana cuarenta sueldos para su almuerzo, su copa y su tabaco. Sólo que de seis días, los dos deteníanse Coupeau en el camino, se bebía los cuarenta sueldos con un amigo y se volvía á almorzar á su casa, inventando cualquier conseja. Una vez, sin alejarse mucho, invitó á Mes-Bottes y á otros tres camaradas á un desayuno delicado: caracoles, asado y vino lacrado, en el «Capucin», barrera de la Chapelle; y, no bastando sus

cuarenta sueldos para el gasto, mandó un recado con la cuenta á su mujer participándole que estaba en rehenes. Gervasia reíase encogiéndose de hombros. ¿Qué mal había en que su marido se divirtiese un poco? A los hombres conviene dejarles algo suelta la rienda, si se desea tener paz en casa; de lo contrario, palabra tras palabra, no tarda en llegarse á los golpes. Era preciso hacerse cargo de todo. Coupeau se resentía aún de la pierna, y además se veía forzado, tenía que hacer como los demás para no pasar por un grosero. Por otra parte, la cosa no tenía consecuencias; si volvía algo chispo, se acostaba, y dos horas después, como si tal cosa.

En tanto llegaron los fuertes calores. Una tarde de junio, un sábado en que la tarea urgía, había Gervasia atestado de cok el hornillo, en que se calentaban diez planchas, al sonoro roncar del tubo. A estas horas caía el sol á plomo sobre la portada; la acera reflejaba una reverberación ardiente, cuyas ondulaciones se agitaban en el techo de la tienda, y estos rayos, azulados por el reflejo del papel de las anaquelarias y del escaparate, inundaban el mostrador de una claridad que cegaba, como polvo de sol finamente tamizado. Reinaba allí una temperatura capaz de reventar al más pintado. Aunque la puerta de la tienda estaba abierta, no se movía ni un sólo soplo de aire; las prendas puestas á secar, colgadas de alambres de latón humeaban y se ponían rígidas como virutas, en menos de tres cuartos de hora. Desde hacía algunos momentos, y bajo esa pesadez de horno, reinaba profundo silencio, interrumpido solamente por el ruido de los sordos golpes de las planchas, sofocados por la gruesa manta que tapizaba el mostrador.

—¡Pues, señor!—dijo Gervasia;—¡si nos derretiremos hoy! ¡de buena gana me quedaría sin camisa!

Estaba arrodillada ante una palangana, ocupada en almidonar la ropa. En enaguas, remangadas las mangas de su camisa, exhibía los brazos desnudos, el cuello desnudo, tan sonrosada, tan sudorosa, que los blondos mechoncitos de sus despeinados cabellos se pegaban á su piel. Con sumo cuidado humedecía en el agua lechosa, gorros, pecheras de camisas de hombre,

enaguas enteras y guarniciones de pantalones de mujer. Luego, arrollaba las prendas y las ponía en el fondo de un cesto cuadrado, después de meter las manos en un cubo de agua y sacudirlas sobre la parte no almidonada de las camisas y pantalones.

—Este cesto para vos, señora Putois—continuó.— Despacharéis pronto ¿verdad? eso se seca al momento, y habría que volver á mojarlo dentro de una hora.

La señora Putois, mujer de cuarenta y cinco años, flaca, bajita, planchaba sin verter ni una gota de sudor, aun cuando se hallaba abotonada en un viejo cuerpo de color castaña. Ni siquiera se había quitado su gorro, un gorro negro, adornado de cintas verdes, amarillentas por el uso. Permanecía rígida ante el mostrador; demasiado alto para ella, con los codos en el aire y manejando la plancha con gestos de muñeca rota. De repente exclamó:

—¡Eso, no, señorita Clemencia! volveos á poner la chambre. Ya sabéis que no me gustan las indecencias. Si os descuidáis un poco, se os ve todo. Ya hay dos hombres parados frente á la tienda.

La mocetona Clemencia la llamó bestia, entre dientes. Se estaba ahogando de calor, bien podía ponerse cómodamente; no todo el mundo tiene la piel de yesca. Además, ¿se le veía algo de particular? y levantaba los brazos, su poderoso seno de buena moza no cogía en su camisa, al mismo tiempo que sus hombros hacían saltar las mangas. Clemencia vivía demasiado deprisa; al día siguiente de una noche de trueno, no sentía el suelo bajo sus pies y se dormía sobre la tarea; empero á pesar de esto no se la despedía, por cuanto no había obrera que pudiese alabarse de planchar una camisa de hombre con tanto chic. Era una especialidad en las camisas de hombre.

—Esto es mío ¡vaya!—acabó por decir, dándose palmadas en el pecho;—á nadie muerde; ni hace daño á nadie.

—Clemencia, poneos vuestra chambre—dijo Gervasia.—Tiene razón la señora Putois; eso no está decente... Podría tomarse mi casa por lo que no es.

Entonces Clemencia se arregló la ropa refunfuñando. ¡Vaya unos escrúpulos! ¡como si los transeuntes

nó hubiesen visto nunca tetas! Y desfogó su cólera contra la aprendiz, la bisoja Agustina que planchaba á su lado medias y pañuelos, empujándole y dándole un codazo. Pero ésta, mohina, y con una malignidad cazorra de monstruo y de aguanta dolores, la escupió por detrás la falda del vestido, para vengarse.

Entre tanto Gervasia había empezado á planchar un gorro de la señora Roche, operación que quería hacer con el mayor cuidado, y había preparado almidón cocido, para ponerlo como nuevo. Pasaba suavemente por el fondo de la cofia la polonesa, pequeña plancha redonda por los dos cabos, cuando entró una mujer huesosa, salpicada la faz de manchas rojas y empapadas de agua las faldas; era una lavandera, que empleaba tres ayudantes en el lavadero de la Goutte d'Or.

—¡Llegáis demasiado pronto, señora Bijard!—exclamó Gervasia.—Os había dicho que esta noche... ¡No podíais estorbarme á peor hora!

Sin embargo, como la lavandera se lamentaba, temiendo no poder hacer la colada en el mismo día, se decidió á darle la ropa sucia en seguida. Entraron las dos á buscar los lios á la habitación de la izquierda, donde dormía Esteban, y salieron luego con enormes brazadas que amontonaron en el suelo, en el fondo de la tienda. Más de media hora duró el apartado. Gervasia hacía montones en torno suyo, juntando las camisas de hombre, de mujer, pañuelos, calcetines y trapos. Cuando pasaba entre sus manos una prenda de un nuevo parroquiano, la marcaba con una cruz de hilo rojo para distinguirla. Con el calor que hacía, exhalábase de toda aquella ropa sucia remolida, un hedor nauseabundo.

—¡Oh! ¡qué mal huele eso!—exclamó Clemencia tapándose las narices.

—¡Pardiez! si estuviese limpio, no nos lo darían—contestó tranquilamente Gervasia,—cada planta da su olor... Conque decíamos, catorce camisas de mujer ¿no es esto?... quince, diez y seis, diez y siete...

Y continuó contando en voz alta, sin manifestar asco alguno, acostumbrada como estaba á la suciedad; se pultaba sus brazos desnudos y sonrosados en las camisas amarillas por el uso, en los trapos rígidos por

la grasa de las aguas de fregar, en los calcetines carcomidos y podridos por el sudor. Sin embargo, el fuerte hedor que azotaba su faz inclinada sobre el montón de ropa, le daba cierto mareo. Habíase sentado en el borde de un taburete, completamente encorvada, alargando las manos á derecha y á izquierda, con ademanes pausados, cual si se embriagase con aquel olor humano, sonriendo vagamente y enfornando los ojos. Y parecía que sus primitivas perezas procedían de la asfixia producida por la ropa vieja que envenenara el aire alrededor de ella.

Precisamente, en el momento en que sacudía un pañal de niño, que no reconocía por lo meado que estaba, entró Coupeau.

—¡Pícaro sol!—tartamudeó,—¡vaya qué rayos envía! ¡parece que á uno le golpean la cabeza!

Y se agarró del mostrador para no caerse. Era la primera vez que pillaba una turca semejante. Hasta entonces sólo había venido algo chispa, mas no pasaba de ahí.

A la sazón, lucía un chichón sobre un ojo, una caricia amistosa recibida en una querella. Sus rizados cabellos, entre los que empezaban á platear algunas canas, debían haber barrido un rincón de un tabernucho, por cuanto llevaba pendiente de los pelos una telaraña, que caía sobre su nuca. Por lo demás, continuaba siendo el bromista de siempre, con las facciones algo alteradas y envejecidas, la mandíbula inferior más saliente; pero siempre buen muchacho, como decía él mismo, y la piel bastante suave todavía para dar envidia á una duquesa.

—Te explicaré—añadió dirigiéndose á Gervasia.—Ya conoces á Pied de Celeri, el de la pierna de palo; pues bien, antes de partir para su pueblo, ha querido convidarnos... ¡Oh! estábamos todos firmes, á no ser ese maldito sol... Por la calle la gente se pone enferma. ¡Palabra de honor! todo el mundo da vueltas...

Y notando que la mocetona Clemencia se reía de un exceso de jovialidad tan enorme que por poco más le ahoga. Y gritaba;

—¡Jal ¡jal ¡cuántos borrachos! ¡vaya unas fachas!... pero no es suya la culpa, sino del sol...

Todos reían en la tienda, hasta la señora Putois, que detestaba á los beodos. La bizca de Agustina careaba como una gallina al reirse, y abría desmesuradamente la boca, sofocándose. Sin embargo, Gervasia sospechaba que Coupeau no había regresado en derecha, sino que había pasado una hora en casa de los Lorilleux, los cuales le aconsejaban mal. Cuando él juró que no había tal, se rió á su vez, llena de indulgencia, sin ni siquiera reprocharle el haber perdido otro día de trabajo.

—¡Qué tonterías dice, Dios mío!—murmuró;—¿cómo pueden decirse barbaridades semejantes?

Y después, con acento maternal:

—Ve á acostarte ¿quieres? Ya ves que estamos muy ocupadas; aquí nos estorbas... Van treinta y dos pañuelos, señora Bijard, y otros dos, treinta y cuatro...

Pero Coupeau no tenía sueño. Quedóse en la tienda, columpiándose, como la péndola de un reloj, y sonriendo cazarmente con aire testarudo y revoltoso. Gervasia, que quería verse libre de la señora Bijard, llamó á Clemencia para que contase la ropa, mientras ella la apuntaba. Entonces, á cada pieza, la pica-ronaza soltaba una desvergüenza, una obscenidad; exhibía las porquerías de los clientes, las aventuras de las alcobas, y hacía chistes de obrador con referencia á todos los agujeros y á las manchas todas que pasaban por sus manos. Agustina hacía como quien no comprende, escuchando atenta como niña viciosa.

La señora Putois se mordía los labios, y opinaba que era estupidez decir cosas tales en presencia de Coupeau; un hombre no debe ver la ropa de la lavandera: es una de las operaciones que se hacen reservadas en casas decentes. En cuanto á Gervasia, preocupada en su tarea, no oía al parecer. A la vez que escribía, seguía con atenta mirada las piezas, para reconocerlas al pasar, y nunca se equivocaba en el nombre de sus propietarios, por el olor ó por el color. Esas servilletas pertenecían á los Gouget, cosa que saltaba á la vista, pues no habían servido para limpiar el ulo de las sartenes. Aquella funda de almohada era

seguramente de la Boche, como lo indicaba la pomada con que la señora Boche manchaba sus ropas todas.

No era tampoco menester acercar las narices á los chalecos de franela del señor Madinier para saber que eran suyos, pues como era tan grueso tenía con él sudor toda la lana. Gervasia sabía otras muchas particularidades, los secretos de limpieza de cada cual, los bajos de la vecina que atravesaba la calle con faldas de seda, el número de medias, de pañuelos, de camisas, que se ensuciaban por semana, la manera como algunos rasgaban ciertas prendas, siempre en un mismo sitio. Así, pues, tenía gran repuesto de anécdotas. Las camisas de la señorita Remanjou, por ejemplo; suministraban interminables comentarios; se desgastaban por arriba, de lo cual se deducía que debía tener los hombros en punta, y nunca estaban sucias aun cuando las hubiese llevado puestas quince días, lo cual probaba que á su edad ciertas mujeres son como un trozo de leño, del que sería difícilísimo extraer un jugo cualquiera. En resumen, á cada apartado que se hacía en la tienda, se desnudaba á todo el barrio de la Goutte d'Or.

—Esto es confitura—exclamó Clemencia, abriendo un nuevo envoltorio.

Gervasia, acometida bruscamente de una insuperable repugnancia, se echó hacia atrás.

—El lío de la señora Gaudron—dijo.—No quiero lavarle más su ropa; buscaré un pretexto. Y no es que yo sea más delicada que otra cualquiera, pues he manoseado ropa más repugnante que esa en el curso de mi vida; pero lo que es esa, francamente, no puedo. Me haría echar las tripas... ¿qué demonio hará esa mujer para poner su ropa en semejante estado?

Y rogó á Clemencia que se diera prisa. Mas la obrera continuaba sus comentarios, metiendo los dedos en los agujeros que encontraba, con alusiones sobre las piezas que enarbolaba como banderas de la cazcarria triunfante.

Mientras tanto los montones habían crecido en torno de Gervasia, la cual, siempre sentada en el borde del taburete, desaparecía entre las camisas y las enaguas; ante sí, hacínabanse las sábanas, los pantalones, los

manteles, un «totum revolutum» de suciedad; y ella en medio de aquella marea creciente, continuaba con sus brazos desnudos, su cuello desnudo, con sus mechones de blondo pelo, pegados á las sienes, más sonrosada y más decaecida.

Recobraba su aplomo, su sonrisa de ama atenta y cuidadosa, olvidando el lío de la señora Gaudron, no percibiendo ya su olor, y revolviendo con una mano los montones para cerciorarse de que no había ninguna equivocación. La bisoja Agustina, que se deleitaba echando paletadas de cok en el hornillo, acababa de atestarlo de tal modo que las placas de la fundición se habían enrojecido. Los rayos del sol caían oblicuos sobre la portada; la tienda parecía un horno. Entonces Coupeau, á quien tamaño calor embriagaba más y más, presa de repentina ternura, se adelantó hacia Gervasia, con los brazos abiertos, muy conmovido.

—Eres una gran mujer—tartamudeó,—deja que te dé un beso.

Peró sus pies se enredaron en las enaguas que obstruían el camino y por poco se cae.

—No seas fastidioso—dijo Gervasia sin enfadarse.—Estate quieto; ya hemos acabado.

Mas no: él quería darle un beso, lo necesitaba, porque la amaba mucho. Y balbuenteando, dió vuelta alrededor de las enaguas, tropezó en el montón de las camisas, y terco en su tarea, se le enredaron los pies y cayó de bruces en el montón de los trapos. Gervasia, que empezaba á impacientarse, le dió un empellón, gritando que iba á embrollarlo todo. Pero Clemencia y hasta la señora Putois le dijeron que hacía mal en rechazarlo. En resumidas cuentas ¿qué pretendía su marido? darle un beso. ¡Pues bien! Dejar que se le diera.

—¡No sois poco afortunada, señora Coupeau!—dijo la señora Bijard, cuyo horrachón de marido, que era cerrajero, la llenaba de golpes cada noche al retirarse.—¡Si el mío fuese así, cuando está chispo, no sería poca mi dicha!

Gervasia, calmada, se arrepentía ya de su arranque. Ayudó á Coupeau á levantarse. Después le presentó la mejilla, sonriendo. Pero el plomero, sin pre-

ocuparse de que había gente delante, la agarró por el sobaco.

—No es por hablar—murmuraba;—pero hiede como un desmoche tu ropa. Y, sin embargo, ya ves cómo te amo.

—Suelta, que me haces cosquillas—gritó Gervasia riéndose á más y mejor.—¡Qué animal eres! vaya ¡no seas tan bestia!

Coupeau la tenía agarrada fuertemente, y no la soltaba. La joven abandonábase, mareada por el ligero vértigo que le producía el montón de ropa sucia, sin repugnarle el aliento vinoso de Coupeau. Y el sonoro beso que cambiaron sus bocas en medio de las suciedades del oficio, era como una primera caída en el lento apoltronamiento de su vida.

Entre tanto la señora Bijard ataba la ropa en paquetes, y hablaba de su hija, una niña de dos años, llamada Eulalia, que tenía tanto juicio como una mujer, pues podía dejarla sola, sin que llorara nunca, ni jugase con los fósforos. Por fin, se llevó los lios uno por uno, encorvándose su talle bajo el peso, y jaspándose su faz de manchas moradas.

—Esto no puede resistirse, nos estamos asando—dijo Gervasia, secándose la cara, antes de reanudar su interrumpido planchado del gorro de la señora Roche.

Y se habló de dar algunos pescozones á Agustina; al observar que el hornillo estaba totalmente rojo. Las planchas también se enrojecían. ¡Si tendría la bizca algún demonio en el cuerpo! No podían dejarla de la vista sin que hiciera alguna de las suyas. Ahora, era preciso esperar un cuarto de hora para poder servirse de las planchas. Gervasia cubrió el fuego con dos paletadas de ceniza. Imaginó además, tender un par de sábanas en los alambres del techo, á manera de cortinas, á fin de amortiguar el sol. Con esto se pudo estar mejor en la tienda.

La temperatura continuaba siendo bastante tibia, parecía que uno se encontraba en una alcoba bañada de blanca claridad, encerrado como en su casa, lejos del mundo, aun cuando se oían, detrás de las cortinas, los pasos de la gente caminando con rapidez sobre la

acera; con la ventaja, además, de poder ponerse á su gusto. Clemencia se quitó la chambre.

Y como Coupeau continuase negándose á irse á dormir, se le permitió quedarse en la tienda; mas hubo de prometer que se estaría quieto en un rincón, pues la urgencia del trabajo requería no perder ni un minuto.

—¿Dónde habrá metido esa bribona mi polonesa? —murmuraba Gervasia, refiriéndose á Agustina.

A cada momento había de buscarse la planchita en cuestión, encontrándola en singulares escondrijos donde la aprendiz, según decían, la ocultaba por malicia. Gervasia acabó por fin el planchado del gorro de la señora Roche, cuyas puntillas había rizado, estirándolas con la mano y levantándolas con sólo movimiento de tenacillas. Era un gorro cuyo punto, muy adornado, se componía de estrechos recogidos que alternaban con entredoses bordados.

Reinó entonces un profundo silencio no oyéndose, por un momento, sino los sordos golpes de las planchas apagadas por las mantas. A entrambos lados de la mesa de planchar, el ama, las dos obreras y la aprendiz, en pie, se inclinaban, embebidas en su tarea, arqueadas las espaldas y moviéndose sus brazos con un continuo vaivén. Cada cual tenía á su derecha un ladrillo plano, calcinado por las planchas demasiado calientes. En medio de la mesa, y á la orilla de un hondo plato de agua clara, humedecíanse un trapo y una pequeña brocha.

Un ramo de lirios, colocado en un antiguo bocal que sirviera para guindas en aguardiente, implantaba allí un recuerdo de jardín real, abriendo sus anchas flores color de nieve. La señora Putois había decantado el cesto de ropa preparado por Gervasia: servilletas, pantalones, chambras, pares de mangas. Agustina no acababa nunca con sus medias y con sus trapos, alzando al aire la nariz, siguiendo con interés el vuelo de una mosca. Y la mocetona Clemencia se ocupaba en una camisa de hombre que, con las que llevaba planchadas desde la mañana, sumaban treinta y cinco.

—¡Siempre vino, nunca vitriolo!—exclamó de repente el plomero, movido por la necesidad de hacer esta

declaración.—El vitriolo me hace daño; ¡no quiero más!

Clemencia tomaba una plancha del hornillo con su agarradero de cuero forrado de hojalata, y la arrimaba al carrillo para cerciorarse de si estaba caliente. Restrególa después sobre el ladrillo, la limpió con un trapo que colgaba de su cintura y atacó su camisa trigésima quinta, empezando su tarea por los faldones y las mangas.

—¡Bah! señor Coupeau—dijo al cabo de un minuto;—una copita de aguardiente no es mala. A mí me da vigor. Además, cuanto más pronto espicha una, tanto mejor; ¡oh! no me forjo ilusiones, ¡ya sé que no he de llegar á vieja!

—¡No estáis poco cargante con vuestras ideas de entierro!—interrumpió la señora Putois, que no gustaba de conversaciones tristes.

Coupeau se había levantado con enfado, creyendo que le acusaban de haber bebido aguardiente. Juraba por su salud, por la de su mujer y por la de su hija; que no tenía una gota de aguardiente en el cuerpo. Y se aproximaba á Clemencia, echándole el aliento en la cara para que le oliese. Después, arrimando su nariz sobre las espaldas desnudas de la moza, púsose á reír socarronamente. Quería ver más. Clemencia, después de haber plegado la espalda de la camisa y dado un planchazo á cada lado, arremetía con los puños y el cuello. Mas como el plomero la empujaba, hizo una arruga y hubo de coger la brocha del borde del plato; para alisar el almidón.

—¡Señora!—exclamó;—¡decidle que me deje en paz!

—¡Vaya, suéltala!—dijo tranquilamente Gervasia.—

¿No ves que tenemos prisa?

¿Que tenían prisa! bueno ¿y qué? no era suya la culpa. El no hacía ningún mal. No tocaba; miraba no más. ¿No estaba permitido ya ver las cosas bonitas hechas por el buen Dios? La tunantona de Clemencia tenía muy buenos cuartos y podía enseñarse por dos sueldos y hasta dejarse palpar; de seguro que nadie se llamaría á engaño. La obrera, en tanto, ya no se defendía y se reía de sus rudos requiebros de hombre achispado. Y bromeaba con él. El hacía chistes sobre

Las camisas de hombre, diciéndole que siempre estaba con ellas y hasta que vivía dentro de ellas. ¡Ah! ¡Dios de Dios! ya lo creo que las conocía, y que sabía cómo estaban hechas.

¡Cuántas no habían pasado por sus manos, y á centenares, á miles! Todos los rubios y todos los morenos del barrio llevaban obra suya sobre su cuerpo. En tanto ella continuaba su tarea, riéndose á carcajadas, había hecho cinco grandes pliegues planos en la espalda, introduciendo la plancha por la abertura de la pechera; y después levantaba el faldón delantero y lo plegaba igualmente.

—¡Esta es la bandera!—exclamó riendo con más fuerza.

La bisoja Agustina soltó el trazo á la risa; tan chusca le pareció la alusión. Regañaron. ¡Una mocosa como ella no debía reír de palabras que no le atañía comprender! Clemencia le entregó su plancha; la aprendiz apuraba las planchas todas en sus paños y en sus medias, cuando no estaban bastante calientes para las piezas almidonadas. Empero, ésta la cogió con tan mala suerte, que se hizo una gran quemadura en la muñeca.

Y se echó á llorar, acusando á Clemencia de que lo había hecho adrede. La oficiala, que había ido á buscar una plancha muy caliente para la pechera de la camisa, la consoló al momento amenazándola con plancharle las orejas, si continuaba lloriqueando. Y en tanto, había colocado una franela debajo de la pechera y pasaba lentamente la plancha, dando tiempo al almidón de salir y secarse.

De esta suerte la tela tomaba una rigidez y un lustre de cartulina.

—¡Picarona!—exclamó Coupeau, que pateaba detrás de Clemencia con la terquedad propia de un borracho.

Y se empinaba sobre las puntas de los pies, riéndose con un reír de polea mal untada. Clemencia, apoyada fuertemente contra la mesa, con las muñecas vueltas, y los codos en alto y separados, doblaba el cuello de la camisa, no sin esfuerzos, y todas sus carnes desnudas se hinchaban, y sus hombros levanta-

ábanse con el lento movimiento de los músculos que palpitaban bajo la fina piel, y su seno se abultaba, húmedo de sudor, en la rosada sombra de su entreabierto camisa. Entonces el plomero alargó las manos, queriendo tocar.

—¡Señora, señora!—exclamó Clemencia;—¡haced que se esté quieto!... Si estás continúa, me marchó... No quiero que me insulten.

Acababa Gervasia de colocar el gorro de la señora Roche sobre una percha cubierta de lienzo y encañonaba minuciosamente las puntillas con las tenacillas. Alzó los ojos precisamente en el momento en que el plomero alargaba otra vez las manos, intentando meterlas bajo la camisa de Clemencia.

—Decididamente no estás en tu juicio—dijo con enojo y como si regañara á un chico empeñado en comer dulces sin pan.—Vas á ir á acostarte.

—Sí, id á acostaros, señor Coupeau, valdrá más—dijo la señora Putois.

—¡Bah!—tartamudeó el plomero sin cesar de reír.—¡No sois poco cargantes! ¿Qué? ¿no se puede gastar una broma? Las mujeres, las conozco al dedillo; jamás les he roto nada. Se le da un pellizco á una mujer, ¿no es verdad? pero no se pasa de ahí; se hace honor al bello sexo, y nada más. Y luego, cuando se enseña la mercancía, es para que uno elija ¿es cierto? ¿Por qué esta rubia enseña todo lo que tiene? No, eso no está bien...

Y volviéndose hacia Clemencia:

—Ya lo sabes, cierva mía, haces mal en mostrarte desdenosa... Si es porque hay gente delante...

Mas no pudo proseguir. Gervasia, sin violencia, le agarraba de una mano y con la otra le tapaba la boca. El forcejeó, como por broma, mientras que su mujer lo empujaba hacia el fondo de la tienda, en dirección á su cuarto. Apartó el plomero la mano que le tapaba la boca y dijo que consentía en acostarse, pero á condición de que la rubia viniese á calentarle los piecitos. Después se oyó que Gervasia le quitaba los zapatos, regañándole como una madre. Y cuando le quitó los pantalones, desternillábase el plomero de risa, abandonándose, tendido, revolcándose en pleno lecho,

y permeaba, diciendo que le hacía cosquillas. Finalmente, le arrojó con cuidado, como á un niño, preguntándole si se encontraba bien. Mas él, en vez de contestar, gritó á Clemencia:

—¡Ea! ¡cierva mía! ¡Ven acá, que te espero!

Cuando Gervasia volvió á la tienda, recibió la bisoja Agustina un bofetón de Clemencia, á causa de una plancha sucia encontrada por la señora Putois en el hornillo, quien, sin advertirlo, había ennegrecido una chimenea. Y como quiera que Clemencia, para excusarse de no haber limpiado su plancha, acusaba á Agustina y juraba y perjuraba que la plancha no era suya, á pesar de que aún conservaba por debajo una capa de almidón quemado, la aprendiz la había escupido el vestido, sin ocultarse, por delante, irritada de tamaña injuria. De ahí, pues, la bofetada en cuestión.

La bisoja reprimió sus lágrimas y limpió la plancha, raspándola y enjugándola luego, después de haberla frotado con un cabo de vela; pero cada vez que pasaba por detrás de Clemencia, hacía provisión de saliva y escupía, riéndose entre dientes, cuando el salivazo se escurría á lo largo del vestido.

Púsose de nuevo Gervasia á encañonar la puntilla del gorro. Y en medio del profundo silencio que se estableció, percibíase en el fondo de la trastienda la voz pastosa de Coupeau, que permanecía quieto, riéndose solo y soltando entrecortadas frases.

—¡Qué bestia es mi mujer! ¡hacerme acostar! ¡y en mitad del día, y sin tener sueño!

Mas, de repente, empezó á roncar. Entonces Gervasia exhaló un suspiro de satisfacción, dichosa al verle reposando, durmiendo su borrachera sobre dos buenos colchones. Y en medio del silencio, con voz lenta y continua, sin apartar los ojos de las tenacillas de encañonar, que manejaba con agilidad, decía:

—¿Qué queréis? No está en su juicio, y una no puede enfadarse. Aun cuando le hubiese pegado, no habríamos conseguido nada. Prefiero no contradecirle y acostarle; al menos, así se acaba de una vez, y yo quedo tranquila... Además, no es malo, me quiere mucho... Acabáis de verlo; se hubiera dejado hacer cuar-

tos para darme un beso... Necia fuera en quejarme de él, cuando hay tantos y tantos que, una vez bebidos, se van con otras mujeres... El viene siempre en derecha á casa. Verdad es que bromea con las oficialas; pero eso no trae consecuencias. Ya lo oís, Clemencia, no hay que ofenderse. Ya sabéis lo que es un hombre chispo; podría matar á su padre, á su madre, y después ni siquiera se acordaría... Yo le perdono de buen grado, pues lo que hace, lo hacen los demás, y aún peor.

Todas estas cosas las decía blandamente, sin pasión, acostumbrada ya á las salidas de Coupeau, justificando sus complacencias para con él; mas no viendo ya mal alguno en que pellizcara, en su casa, las caderas de las muchachas.

Cuando calló, reinó de nuevo el silencio, por nada interrumpido. La señora Putois, á cada pieza que cogía sacaba la cesta que estaba oculta debajo del tapete de cretona de la mesa, y después de plancharla levantaba sus cortos brazos y la colocaba en un aparador. Clemencia acababa de planchar la pechera de su trigésima quinta camisa de hombre. La tarea era grande; habíban calculado que sería menester velar hasta las once, y eso sin desperdiciar un minuto.

El taller en peso, actualmente, no teniendo distracción, trabajaba de firme y bien. Los desnudos brazos iban y venían, alegrando con sus rosados reflejos la blancura de las telas. Habíase llenado de nuevo el hornillo, y como el sol, penetrando á través de las tendidas sábanas, hería de plano el brasero, veíase subir el calor por sus rayos á manera de llama tenue cuyo estremecimiento conmovía el aire. La atmósfera se hacía tan sofocante, bajo las enaguas y los manteles puestos á secar en el techo, que la bisoja, exhausta de saliva, dejaba asomar la punta de la lengua por entre los labios.

Oliase á hierro fundido recalentado, á agua de almidón aceda, á chamusco de plantas, á hedor tibio de estufa donde las cuatro mujeres, con las espaldas al aire, añadían á la suma de olores el de sus moños y sus nuca empapadas, en tanto que el gran ramo de lirios se marchitaba en el agua verdosa de su bocal,

exhalando un perfume muy puro y muy penetrante. Y á intervalos, entre el ruido de las planchas y del hierro de atizar el hornillo, surgía un ronquido de Coupeau con la regularidad del tic tac enorme de un reloj que marcaba la ruda tarea del taller.

Al día siguiente á sus borracheras, sufría el plomero fuertes dolores de cabeza que hacían que tuviese todo el día el cabello lacio, mal sabor de boca y abotargada y torcida la faz. Levantábase tarde, á eso de las ocho, y empezaba á escupir, andaba por la tienda de un lado á otro, y como no se decidía á marcharse al taller, cata ahí otro día perdido. Durante la mañana quejábase de tener piernas de algodón, llamándose «animal» por beber así, puesto que los excesos le desquiciaban el organismo.

Peró ¿cómo evitarlo, rozándose con una porción de haraganes, de los que ni á tiros podía desprenderse? Que quieras, que no quieras, no había más remedio que trincar, empezando por poco y acabando por mucho.

Pues, ¡no señor! ya no le sucedería más; maldita la gracia que tendría el calzar las botas para el otro mundo, en la taberna, en la flor de su edad. Pero, después de almorzar, se acicalaba, lanzando un ¡hum! para probar que aún tenía buen pulmón, y comenzaba por negar la turca de la vispera, diciendo que sólo se había puesto un poco alegre.

Pocos podían apostárselas con él que, firme siempre y dotado de una fuerza de mil demonios, bebía cuanto se le antojaba sin pestañear. Y entonces, pasaba la tarde entera vagando por el barrio. Y cuando había fastidiado bastante á las oficialas, su mujer le daba veinte sueldos para desembarazarse de él. Marchábase, yendo á comprar tabaco á la «Petite Civette», calle des Poissonnieres, donde por regla general tomaba una guinda con aguardiente, si encontraba un amigo. Después, daba fin á la moneda de veinte sueldos en la taberna de Francisco, esquina de la calle de la Goutte d'Or, donde había un vinillo nuevo que hacía cosquillas en la garganta.

Era un tabernucho antiguo, una tienda lóbrega, baja de techo, sala ahumada, donde se vendía sopa. Y allí

permanecía hasta la noche, jugando copas al «torniquete». Francisco le fiaba, prometiendo formalmente no presentar la cuenta á su mujer. Era preciso ¿verdad? limpiarse un poco el gaznate, para desembarazarlo de las mucosidades de la vispera. Una copa saca otra copa.

Por lo demás, él, siempre buen muchacho, respetando el bello sexo, algo bromista, seguro de sí mismo, tomando una chispita á veces, pero con gracia, despreciando á esos hombres embrutecidos por el alcohol que nunca se ven libres de su borrachera. Y regresaba á su casa alegre y retozón como un jilguero.

—¿Ha venido por casualidad tu amante?—preguntaba en ocasiones á Gervasia, para hacerla rabiar.—Ya no se le ve por acá; será preciso que yo vaya á buscarle.

El amante á que aludía era Gouget. Este, en efecto, evitaba las visitas demasiado frecuentes, por temor de incomodar y dar que decir. Sin embargo, aprovechaba todos los pretextos posibles, llevaba la ropa y pasaba veinte veces por la acera. Había en la tienda un rinconcito, en el fondo, donde le gustaba pasar horas enteras, sentado sin moverse, fumando su pipa.

Por la noche, después de comer y una vez cada diez días, se atrevía, y se instalaba en su sitio; apenas decía una palabra, con la boca como cosida, fijos los ojos en Gervasia; y sólo se quitaba la pipa de los labios para reirse de cuanto ésta decía. Cuando el taller velaba los sábados, olvidábase del mundo entero, divirtiéndose, al parecer, más que si hubiese ido al teatro. A veces las oficialas planchaban hasta las tres de la mañana. Una lámpara colgaba del techo, de un alambre, reflejando su pantalla un círculo de inmensa claridad en el que las ropas tomaban blancos matices de nieve.

La aprendiz cerraba la portada; pero como las noches de junio son abrasadoras, dejaban abierta la puerta de la calle. Y á medida que pasaban las horas, las oficialas se aligeraban de ropa para estar más cómodas, exhibiendo finos cutis, dorados por la luz de la lámpara, especialmente Gervasia, que había engordado, con los hombros rubios y relucientes como una seda;

y con un pliegue de niña en el cuello, cuyo hoyuelo hubiera dibujado de memoria Gouget, que tan atento y tantas veces lo había contemplado.

Entonces sentíase acometido por el ardiente calor del hornillo y por el olor de las ropas humeantes bajo las planchas y se abandonaba á un leve sopor, semi-atontado, fijos sus ojos en aquellas mujeres atareadas, cuyos desnudos brazos no cesaban de moverse, y que pasaban la noche para endomingar á todo el barrio.

En torno de la tienda, las casas vecinas dormían, aumentando lentamente el gran silencio del sueño. Daban las doce; después la una; después las dos. Ya no pasaban coches, ni transeúntes; y entonces, en la desierta y obscura calle, la puerta abierta proyectaba un rayo de luz, parecido á una tira de lienzo amarilla tendida en el arroyo.

De vez en cuando se oían á lo lejos los pasos de un hombre que se aproximaba, el cual al pasar por el rayo de luz alargaba la cabeza, sorprendido por los golpes de las planchas, y se llevaba la rápida visión de aquellas oficiales despechugadas, en medio de una atmósfera rojiza.

Gouget, viendo á Gervasia preocupada por Esteban, y queriendo librarle de los puntapiés en el trasero que le aplicaba Coupeau, se lo había llevado para tirar del fuelle en su fábrica de clavos. El oficio de herrero, si bien no tenía nada de halagüeño en sí, á causa de la suciedad de la fragua y del fastidio de siempre golpear sobre los mismos pedazos de hierro, en cambio era un oficio lucrativo, en el que se ganaban diez y doce francos diarios.

El niño, que á la sazón tenía doce años, podría dedicarse á este oficio, si le agradaba. Y así Esteban había venido á ser un lazo más entre la planchadora y el herrero. Este llevaba y traía al niño y daba noticias de su buena conducta.

Todo el mundo decía á Gervasia que Gouget estaba encaprichado por ella. Y ella, que no lo ignoraba, se ruborizaba como una doncella, con una flor de pudor que matizaba sus mejillas con los vivos colores de una manzana. ¡Ah! ¡el pobrecillo! pensaba ella: ¡no es muy fastidioso! nunca la había hablado de aquello;

nunca se había permitido un gesto sucio, ni una palabra de doble sentido. Pocos se encontrarán de esta pasta. Y, sin querer convenir en ello, saboreaba gratísimo deleite en verse amada así, como una santa virgen.

Cuando le sucedía algún grave disgusto, pensaba en el herrero y esto la consolaba.

Cuando estaban solos, no se encontraban violentos; contemplábanse uno á otro, sonriéndose, cara á cara, sin contarse lo que sentían. Era una ternura razonable, sin pensar en cosas sucias, porque es mejor conservar la tranquilidad cuando, conservándola, puede uno ser feliz.

Al concluir el verano, Naná trastornó la casa toda. Tenía entonces seis años y despuntaba ya como una mala pécora. Su madre la llevaba cada mañana, para librarse de ella, á un pequeño colegio de la calle Ponceau, dirigido por la señorita Josse. Y allí, la rapazuela se entretenía en atar por detrás las faldas de sus compañeras; llenaba de ceniza la caja de rapé de la maestra y hasta ideaba travesuras menos limpias, que no podían contarse.

Dos veces la despidió la señorita Josse y otras dos volvió á tomarla, para no perder los seis francos de cada mes. Al salir de la clase, vengábase Naná de su encierro de todo el día, alborotando el zaguán y el patio á donde las oficiales, sordas con sus gritos, la enviaban á jugar.

Allí encontraba á Paulina, la hija de los Roche, y al hijo de la antigua patrona de Gervasia, Victor, papanatas de diez años, que gustaba de tunantear en compañía de las muchachas. La señora Fauconnier, que continuaba amiga de los Coupeau, mandaba allí su hijo.

Por lo demás, había en la casa un pululeo extraordinario de chiquillos, enjambres de muchachos que descendían brincando por las cuatro escaleras á todas horas, y asaltaban el patio como bandadas de alborotadores gorriones. La señora Gaudron, por sí sola, soltaba á nueve, entre rubios y morenos, mal peinados, con los mocos colgando, pantalones hasta los sobacos, caídas las medias sobre los zapatos y mostrando la

blanca piel debajo del craso barniz de suciedad. Otra vecina, vendedora de pan, que vivía en el quinto piso, daba suelta á siete más. De todos los cuartos salían en tropel. Y en aquel hervidero de renacuajos, de labios sonrosados, lavados cuando llovía, se veían unos altos y delgados como un bramante, otros gruesos, panzudos como hombres, otros pequeños, pequenuelos, que aún no sabían andar y se arrastraban á gatas cuando querían correr. Naná era la reina de todos aquellos sapos; allí hacía de señorita mandona con muchachas de doble edad que ella y sólo consentía en ceder algo de su autoridad á Paulina y á Víctor, confidentes íntimos que apoyaban sus voluntades. La traviesa rapaza proponía siempre jugar á papá y á mamá, desnudaba á los más pequeños para volverlos á vestir luego, quería registrar á los otros por todas partes, los manoseaba y ejercía un despotismo caprichoso de muchacha dada al vicio. Los juegos dirigidos por ella, eran de lo más endiablado que imaginarse pueda.

La bandada chapoteaba en las aguas del color del tinte saliendo de allí con las piernas teñidas de azul ó de rojo hasta las rodillas; después invadían el taller del cerrajero, donde cogían clavos y limaduras, y desde aquí iban á caer en medio de las virutas del ebanista, montones de virutas enormes, sobre las cuales rodaban mostrando sus traseros. El patio era suyo por completo, resonando con el ruido de sus zapatos al desbandarse, y con el penetrante grito de sus voces, que subían de punto cada vez que la bandada volvía á emprender su vuelo. Días había en que el patio no bastaba á contenerles, y entonces bajaban á los sótanos, volvían á subir, trepaban por las escaleras, enfilaban por un corredor, bajaban de nuevo, tomaban otra escalera, salían por otro corredor, y todo ello sin cansarse, durante horas enteras, vociferando siempre, y conmoviendo el caserón con su galopar de alimañas nocivas soltadas al fondo de todos los rincones.

—¡Son de la piel del diablo esos granujas!—gritaba la señora Roche.—Verdaderamente muy poco ha de tener la gente en qué ocuparse, para hacer tanto chiquillo... ¡Y todavía se quejan de que no tienen pan!

Roche decía que los hijos brotan de la miseria, co-

mo los hongos en el estercolero. La portera se pasaba el día gritando, y amenazándoles con la escoba. Acabó por cerrar la puerta de los sótanos, al saber por Paulina, á la que dió un par de cachetes, que Naná había ideado jugar «al médico» con ellas, en la obscuridad; la viciosa rapaza daba lavativas á sus compañeras, usando un palo á guisa de jeringa.

Una tarde tuvo lugar una escena escandalosa, la que no podía menos de acontecer. Ocurriósele á Naná un juego muy cuco. Había robado un zueco de la señora Roche que encontrara delante de la portera. Le ató un bramante y empezó á tirar de él como de un coche. Por su parte, Víctor concibió la idea de llenar el zueco de mondaduras de manzana. Formóse entonces un cortejo. Naná abría la marcha arrastrando el zueco. Paulina y Víctor iban á sus costados. Seguía después, en orden, la caterva de chiquillos, primero los grandes, y luego los pequeños, empujándose; cerraba la marcha un mocoso en camisa, alto como una bota, llevando en la cabeza una chichonera desfondada. Y la comitiva entonaba una salmodia triste, con exclamaciones de ¡oh! y de ¡ah! Naná había dicho que se jugara «al entierro»; las mondaduras de manzana eran «el muerto». Cuando hubieron dado la vuelta al patio volvieron á empezar. El juego aquel les gustaba.

—¿Qué demonche están haciendo?—murmuró la señora Roche saliendo de la portera, siempre llena de desconfianza y siempre en acecho.

Y cuando vió lo que era:

—¡Pero si es mi zueco!—gritó furiosa.—¡ah, canallas!

Y empezó á distribuir cachetes, abofeteó á Naná en las dos mejillas y aplicó un puntapié á Paulina, la pava que consentía que cogiesen un zueco de su madre. Precisamente en aquel momento estaba llenando Gervasia un cubo en la fuente. Y cuando vió á Naná con las narices chorreando sangre, y ahogándose en sollozos, estuvo á punto de saltar al moño de la portera. ¿Se pega á los niños como á los animales, por ventura? Preciso era no tener corazón, y ser la última entre las últimas.

Naturalmente, la señora Roche replicó. Cuando se tenía una gorrinería de hija como aquella, se la cerraba bajo llave. Por último, el mismo Roche en persona, apareció en el umbral de la portería, mandando á su mujer que se entrase y que no gastase tantas explicaciones con gentes marranas. Aquello fué una ruptura completa.

La verdad es que desde hacía un mes las buenas relaciones entre los Roche y los Coupeau andaban de capa caída. Gervasia, dádiosa por temperamento, les obsequiaba á cada rato, ya con litros de vino, ya con tazas de caldo, con naranjas, con porciones de pasteles. Una noche había llevado á la portería un poco de ensalada sobrante, lechuga y remolacha, sabiendo que la portera se moría por la ensalada. Pero á la mañana siguiente quedó como quien ve visiones al oír contar á la señorita Remanjon que la señora Roche había tirado la lechuga con aire desdenoso, en presencia de varios inquilinos, pretextando que ¡á Dios gracias! aún no se hallaba en el caso de comer las sobras de nadie. Y desde entonces Gervasia puso punto final á sus regalos, y ya no hubo vinos, ni tazas de caldo, ni naranjas, ni porciones de pastel, ni nada.

¡Era de ver la cara de los Roche! Parecía que los Coupeau les hacían un robo. Gervasia comprendía su falta, por cuanto, en resumidas cuentas, si no hubiese cometido la necedad de obsequiarles tanto, no se hubieran acostumbrado mal y habrían continuado siendo atentos y complacientes. Actualmente la portera hablaba de ella peor que de un ahorcado.

Llegado el vencimiento de octubre, estuvo chismografiando largo rato con el propietario señor Marescot, porque la planchadora, que despilfarraba su dinero en golosinas, se había retrasado un día en el pago; y el tal señor Marescot, no muy amable que digamos, entró en la tienda con el sombrero puesto y pidiendo su dinero, que se le entregó en seguida.

Naturalmente, los Roche habían hecho las paces con los Lorilleux, y actualmente con éstos bromeaban en la portería, en medio de las ternezas de la reconciliación. Decían que nunca se hubieran enturbiado sus amistades, á no haber intervenido aquella Lambán que

era capaz de hacer refir á las piedras. ¡Ah! ya la conocían ahora los Roche y comprendían cuánto debían haber sufrido los Lorilleux. Y cuando pasaba Gervasia por delante de la puerta, soltaban todos ellos una risotada general.

Sin embargo, un día subió Gervasia en casa de los Lorilleux. Tratábase de mamá Coupeau, que á la sazón tenía setenta y siete años y había perdido completamente la vista y con ella el uso de sus piernas. Acababa de renunciar, por fuerza, á su acomodo y estaba á punto de morir de hambre si no se la socorría. Gervasia encontraba vergonzoso que una mujer de esta edad, que tenía tres hijos, se viese así abandonada de todos. Y como Coupeau se negara á hablar con los Lorilleux, diciéndole á Gervasia que subiera si quería; hizolo así, poseída de viva indignación.

Ya arriba, entró sin llamar, como una bomba. Nada había cambiado desde aquella noche en que los Lorilleux la habían hecho, por la primera vez, una acogida tan poco afectuosa. La misma cortina de lana destendida separaba la alcoba del taller, habitación á manera de cañón de fusil y que parecía hecha para una anguila. En el fondo, Lorilleux, inclinado sobre su banco, eslabonaba una á una las mallas de un trozo de columna, mientras que la señora Lorilleux tiraba un hilo de oro de la hilera, en pie delante del tornillo. La pequeña fragua, con la luz del día daba una claridad rosada.

—Sí, ¡soy yo!—dijo Gervasia;—¿Os admirá mi visita porque estamos reñidos? Ya podéis pensar que ni vengo por mí, ni por vosotros, sino por mamá Coupeau... Sí, vengo á ver si toleraremos que aguarde un pedazo de pan de la caridad de los extraños.

—¡Vaya una entrada!—murmuró la señora Lorilleux;—¡se necesita descaro!

Y le volvió la espalda aplicándose de nuevo á su tarea y como si ignorase la presencia de su cuñada. Mas Lorilleux había levantado su pálido rostro, gritando:

—¿Qué es lo que decís?

Después, como había oído perfectamente, continuó;

—Todavía más lamentos ¿verdad? ¡No deja de ser

gracioso que mamá Coupeau vāya llorando miserias por todas partes! Sin embargo, anteayer comió aquí. Nosotros hacemos cuanto podemos. Y como no tenemos el Perú... Pero, por lo demás, ya que va á charlar á casa de otros, lo mejor que puede hacer será quedarse con ellos; no nos gustan los fisgones.

Y cogió de nuevo el cabo de cadena, volviendo la espalda á su vez y añadiendo como á pesar suyo:

—Cuando todos los demás den cien sueldos al mes, nosotros daremos cien sueldos.

Gervasia se había calmado, completamente fría al ver las fisonomías angulosas de los Lorilleux. Nunca había puesto los pies en su casa sin experimentar cierto malestar. Fijos los ojos en el suelo, mirando los montoncitos de serrín donde caían los desperdicios de oro, hablaba á la sazón con tranquilidad y decía que mamá Coupeau tenía tres hijos y que, dando cada uno cien sueldos, no se reunirían más que quince francos, lo que en verdad no bastaba para vivir; al menos era necesario triplicar la suma.

Pero Lorilleux ponía el grito en el cielo. ¿De dónde querían que robase quince francos al mes? ¡Vaya! Locos estaban de remate los que le creían rico porque había oro en su casa. Después comenzó á vomitar sapos y culebras contra su suegra; una mujer que no quería privarse de café por la mañana, ni mucho menos de sus copejas de aguardiente, y, en una palabra, tan exigente como pudiera serlo una persona acomodada. ¡Pardiez! á todo el mundo le gusta la buena vida, pero cuando no se ha sabido economizar un sueldo, no hay más que echarse un candado á la barriga.

Por otra parte, mamá Coupeau aún no había llegado al extremo de no poder trabajar; todavía veía lo bastante cuando se trataba de coger una buena tajada del fondo del plato, y, por fin, era una vieja marrullera, ganosa de perecear.

Por lo que á él toca, aún cuando le hubiesen sobrado los recursos, creería obrar pésimamente manteniendo á alguien en la holganza.

Sin embargo, Gervasia continuaba en tono conciliador, rebatiendo pacíficamente esos argumentos de mala ley.

Procuraba enternecer á los Lorilleux. Pero el marido acabó por no contestar palabra. Su mujer, actualmente, estaba delante de la fragua, ocupándose en limpiar un trozo de cadena en la cacerola de cobre de mango largo, llena de agua segunda. Permanecía siempre vuelta de espaldas, como si se encontrase á cien leguas de allí.

Y Gervasia seguía hablando, mirádoles absorberse en el trabajo, en mitad del negro polvillo del taller, el cuerpo encorvado, los vestidos remendados y graciosos, como embrutecidos á manera de viejas herramientas en su penosa tarea de máquina. Entonces, bruscamente, presa de un nuevo arranque de cólera, gritó:

—¡Está bien, guardad vuestro dinero!... Tomo á mi cargo á mamá Coupeau; ¿lo oís?... La otra noche recogí un gato; conque, bien puedo ahora recoger á vuestra madre. ¡Y os aseguro que no carecerá de nada; ni de su café ni de su copa!... ¡Dios mío! ¡qué familia de roñosos!

La señora Lorilleux, al oír esto, se volvió, y, blandiendo la cacerola, como si quisiese arrojar el agua al rostro de su cuñada, tartajeaba:

—¡Largaos al momento, ó no respondo de mí!... ¡Y no contéis con los cien sueldos, pues no daré ni un rábano! ¡no, ni un rábano! ¡vaya, vaya! ¡cien sueldos! ¡Mamá os serviría de criada! y vos os regordearíais con mis cien sueldos! Si va por vuestra casa, podéis decirle que aunque reviente no cuente de mi parte ni con un vaso de agua. ¡Ea! ¡largo de aquí! ¡despejad, que estorbáis!

—¡Qué monstruo de mujer!—exclamó Gervasia cerrando la puerta con violencia.

Desde el día siguiente llevó á su casa á mamá Coupeau y puso su cama en la alcoba grande donde dormía Naná y que recibía la luz por una ventana redonda que estaba cerca del techo. No fué larga la mudanza, porque mamá Coupeau, por todo mobiliario, tenía aquella cama, un viejo armario de nogal que colocaron en el gabinete de la ropa sucia, una mesa y dos sillas. Se vendió la mesa y se echaron nuevos asientos en las sillas, y la anciana, la noche misma de su instala-

ción, barrió, fregó los platos, procurando ser útil en algo, muy contenta de haber salido de apuros. Los Lorilleux rabiaban, tanto más cuanto que la señora Lerat acababa de hacer las paces con los Coupeau. Un día las dos hermanas, la florista y la cadenista, habiense arañado á causa de Gervasia; la primera se arriesgaba á aprobar la conducta de ésta para con su madre; después, terca que terca, al ver á su hermana exasperada, llegó á decir que encontraba magníficos los ojos de la planchadora, ojos en los que hasta podían encenderse yescas; y de ahí resultó que las dos, después de haberse abofeteado, habían jurado que no volverían á verse más.

Actualmente la señora Lerat pasaba las veladas en la tienda, donde gozaba en sus adentros con las desvergüenzas de la mocetona Clemencia.

Transcurrieron tres años y en este tiempo riñeron é hicieron las paces diferentes veces. A Gervasia se le importaba un bledo de los Lorilleux, de los Roche y todos los que no pensaban como ella. Si no estaban contentos—decía—podían irse á... paseo. Ella ganaba cuanto quería y esto era lo importante.

En el barrio habían acabado por tenerla en gran consideración, porque, en definitiva, no era fácil encontrar parroquianos como ella, tan buena y tan puntual en el pago, ni regatona, ni roñosa.

Tomaba el pan en la tienda de la señora Coudeloup; calle de Poissonnieres, la carne en la del grueso Carlos, carnicero de la calle Polonceau, y las especias en casa de Lehongre, calle de la Goutte d'Or, casi enfrente de su tienda. Francisco, el tabernero de la esquina, le llevaba el vino por cestos de cincuenta botellas. El vecino Vigoroux, cuya mujer debía tener moradas las nalgas de tantos pellizcos como le daban los hombres, le vendía su cok al mismo precio que la Compañía del gas. Y podía asegurarse que sus proveedores la servían á conciencia, pues sabían que haciéndolo así, salían con ella gananciosos. Por eso, cuando salía por el barrio en zapatillas y sin gorra en la cabeza, todos la saludaban; la calle era como si dijéramos su propia casa, y las contiguas venían á

ser como dependencias naturales de su habitación; siempre abierta al nivel de la acera.

Cuando tenía que hacer un recado, gustábale andar de un lado á otro, visitando á sus conocimientos. Los días en que no tenía tiempo para poner la comida al fuego, iba á comprar raciones, parlotando con el propietario y habituales concurrentes al restaurant que ocupaba la tienda del otro lado de la casa, una extensa sala con vidrieras, á través de cuya suciedad se percibía la pálida claridad del patio, allá en el fondo. O bien se detenía para charlar cargada de platos y vasos, delante de alguna ventana del piso bajo, en la tienda del zapatero remendón, donde se vislumbraba la cama sin hacer, un suelo lleno de harapos, de cunas estropeadas, y el barreño de la pez lleno de agua negra. Pero el vecino á quien más respetaba era el de enfrente, el relojero, el señor de levita, de aspecto aniñado, huroneando continuamente relojes con sus pequeñas herramientas, y á menudo atravesaba el patio para saludarle, extasiándose risueña al contemplar en aquella tienda, angosta como un armario, la alegría de los cuclillos cuyas péndolas se despachaban á su gusto, sonando la hora á contratiempo, todos á la vez.

VI

Una tarde de otoño, Gervasia al volver de entregar su ropa á una parroquiana en la calle des Portes Blanches, se encontró, sin advertirlo, en la calle des Poissonnieres, al declinar el día.

Había llovido aquella mañana, la temperatura era muy suave, exhalábase del suelo el característico olor de tierra mojada, y la planchadora, embarazada con un gran cesto, andaba algo sofocada, retardando el paso, entregada á cierta laxitud, subiendo la calle con la vaga preocupación de un deseo sensual, aumentado por la pereza. De buena gana se hubiera comido un buen plato.

En aquel momento, alzando los ojos, percibió la lámpara de la calle Marcadet y se le ocurrió de repente la

ción, barrió, fregó los platos, procurando ser útil en algo, muy contenta de haber salido de apuros. Los Lorilleux rabiaban, tanto más cuanto que la señora Lerat acababa de hacer las paces con los Coupeau. Un día las dos hermanas, la florista y la cadenista, habíanse arañado á causa de Gervasia; la primera se arriesgaba á aprobar la conducta de ésta para con su madre; después, terca que terca, al ver á su hermana exasperada, llegó á decir que encontraba magníficos los ojos de la planchadora, ojos en los que hasta podían encenderse yescas; y de ahí resultó que las dos, después de haberse abofeteado, habían jurado que no volverían á verse más.

Actualmente la señora Lerat pasaba las veladas en la tienda, donde gozaba en sus adentros con las desvergüenzas de la mocetona Clemencia.

Transcurrieron tres años y en este tiempo riñeron é hicieron las paces diferentes veces. A Gervasia se le importaba un bledo de los Lorilleux, de los Roche y todos los que no pensaban como ella. Si no estaban contentos—decía—podían irse á... paseo. Ella ganaba cuanto quería y esto era lo importante.

En el barrio habían acabado por tenerla en gran consideración, porque, en definitiva, no era fácil encontrar parroquianos como ella, tan buena y tan puntual en el pago, ni regatona, ni roñosa.

Tomaba el pan en la tienda de la señora Coudeloup; calle de Poissonnieres, la carne en la del grueso Carlos, carnicero de la calle Polonceau, y las especias en casa de Lehongre, calle de la Goutte d'Or, casi enfrente de su tienda. Francisco, el tabernero de la esquina, le llevaba el vino por cestos de cincuenta botellas. El vecino Vigoroux, cuya mujer debía tener moradas las nalgas de tantos pellizcos como le daban los hombres, le vendía su cok al mismo precio que la Compañía del gas. Y podía asegurarse que sus proveedores la servían á conciencia, pues sabían que haciéndolo así, salían con ella gananciosos. Por eso, cuando salía por el barrio en zapatillas y sin gorra en la cabeza, todos la saludaban; la calle era como si dijéramos su propia casa, y las contiguas venían á

ser como dependencias naturales de su habitación; siempre abierta al nivel de la acera.

Cuando tenía que hacer un recado, gustábale andar de un lado á otro, visitando á sus conocimientos. Los días en que no tenía tiempo para poner la comida al fuego, iba á comprar raciones, parlotando con el propietario y habituales concurrentes al restaurant que ocupaba la tienda del otro lado de la casa, una extensa sala con vidrieras, á través de cuya suciedad se percibía la pálida claridad del patio, allá en el fondo. O bien se detenía para charlar cargada de platos y vasos, delante de alguna ventana del piso bajo, en la tienda del zapatero remendón, donde se vislumbraba la cama sin hacer, un suelo lleno de harapos, de cunas estropeadas, y el barreño de la pez lleno de agua negra. Pero el vecino á quien más respetaba era el de enfrente, el relojero, el señor de levita, de aspecto aniñado, huroneando continuamente relojes con sus pequeñas herramientas, y á menudo atravesaba el patio para saludarle, extasiándose risueña al contemplar en aquella tienda, angosta como un armario, la alegría de los cuclillos cuyas péndolas se despachaban á su gusto, sonando la hora á contratiempo, todos á la vez.

VI

Una tarde de otoño, Gervasia al volver de entregar su ropa á una parroquiana en la calle des Portes Blanches, se encontró, sin advertirlo, en la calle des Poissonnieres, al declinar el día.

Había llovido aquella mañana, la temperatura era muy suave, exhalábase del suelo el característico olor de tierra mojada, y la planchadora, embarazada con un gran cesto, andaba algo sofocada, retardando el paso, entregada á cierta laxitud, subiendo la calle con la vaga preocupación de un deseo sensual, aumentado por la pereza. De buena gana se hubiera comido un buen plato.

En aquel momento, alzando los ojos, percibió la lámpara de la calle Marcadet y se le ocurrió de repente la

idea de ir á visitar á Gouget en su fragua. Más de veinte veces había dicho éste que se pasara por allí el día que tuviese curiosidad de ver trabajar el hierro. Y por no dar qué decir á los demás obreros, podía preguntar por Esteban, como si únicamente la hubiese llevado el deseo de ver á su hijo.

La fábrica de pernos y molduras debía encontrarse por allí, en aquel extremo de la calle de Marcadet, aun cuando no sabía exactamente dónde, tanto más cuanto que faltaban generalmente los números en la extensión de las construcciones intercaladas por solares. Era aquella una calle donde no habría vivido por todo el oro del mundo; calle ancha, sucia, ennegrecida por el polvillo del carbón de las fábricas próximas; con el empedrado desigual y baches convertidos en cenagosos charcos.

A cada lado había una larga fila de cobertizos, grandes talleres con techos de vidrio, de construcciones agrisadas y como sin concluir, mostrando sus ladrillos y sus armazones de madera, una especie de desbandada de paredes movedizas, cortadas á trechos por solares y flanqueadas de habitaciones oscuras y de bodegones de mal agüero.

Recordaba Gervasia únicamente que la fábrica estaba cerca de un almacén de trapos y hierro viejo, especie de cloaca abierta al nivel del suelo, donde, al decir de Gouget, dormían centenares de miles de francos en mercancías, y trató de orientarse en medio de la barahunda de las fábricas.

Delgados tubos de hierro que surgían de los techos exhalaban con violencia chorros de vapor; un taller de sierras mecánicas dejaba oír chirridos regulares, parecidos al brusco desgarrar de una pieza de tela; las fábricas de botones conmovían el suelo con el redoble y el tic-tac de sus máquinas. Y cuando, con la vista en dirección á Montmartre, indecisa, no sabía si debía adelantar ó retroceder, una ráfaga de viento abatió el humo de una elevada chimenea, apestando la calle; cerró la joven los ojos, casi asfixiada, y en aquel instante oyó un ruido cadencioso de martillos; estaba, sin saberlo, precisamente delante de la fábrica, y así

lo advirtió al observar el almacén de trapos que se encontraba al lado.

Sin embargo, todavía vaciló, no sabiendo por dónde entrar.

Una empalizada abierta señalaba un paso que parecía hundirse en medio de los cascotes de un taller de demoliciones.

Dos tablas atravesadas servían de puente para cruzar un lago de agua sucia que obstruía el camino.

Decidióse la joven á pasar por ellas, torció á izquierda y se encontró perdida en un extraño bosque de viejas carretas con las varas en alto, y de construcciones derruidas cuyos esqueletos de vigas permanecían en pie.

En el fondo, taladrando la obscuridad manchada con un resto de día, brillaba un fuego rojizo. Había cesado el martilleo. La joven se adelantaba con prudencia en dirección al resplandor, cuando acertó á pasar cerca de ella un obrero, ennegrecido el rostro por el carbón, barbas de chivo y de mirada oblicua y ojos pálidos.

—¿Haréis el favor de decirme—le preguntó,—si trabaja aquí un niño llamado Esteban, que es hijo mío?

—¡Esteban!... ¡Esteban!...—repetió el obrero contoneándose y con voz ronca;—no conozco á tal Esteban.

De su abierta boca exhalábase ese olor de alcohol de los barrios viejos, de aguardiente. Y como el encuentro de una mujer en aquel rincón empezaba á envalentonarle, retrocedió Gervasia, murmurando:

—¿No es aquí donde trabaja el señor Gouget?

—¡Ah! Gouget, ¡sí!—exclamó el obrero,—¡le conozco! Si venís á buscarle, dirigíos al fondo.

Y, volviéndose, gritó con voz que recordaba la del cobre cascado.

—¡Oye, Gueule d'or! ¡una señora pregunta por tí!

Mas el grito quedó ahogado por el golpeteo de los martillos. Gervasia se dirigió hasta el fondo, y llegando á la puerta, alargó el cuello. Era una especie de vasto salón, donde al principio no vió nada. La fragua, cual si estuviese muerta, sólo dejaba ver en un rincón un pálido resplandor que hacía mayor todavía la obscuridad de las tinieblas. Flotaban anchas sombras. Y por momentos pasaban densas masas negras por de-

lante de la llama tapando esa última mancha de claridad, hombres desmesuradamente agrandados, cuyos robustos miembros se adivinaban en el fondo. No osando Gervasia entrar, llamaba desde la puerta, á media voz:

—¡Señor Gouget! ¡señor Gouget!

De repente todo se iluminó. Al ronquido del fuelle había brotado un chorro de blanca llama. Apareció el cobertizo cerrado por tabiques de tablas, con agujeros groseramente tapiados y esquinas reforzadas con paredes de ladrillos. El polvillo flotante del carbón embadurnaba las paredes con un hollín gris. De las vigas colgaban gigantescas telarañas, como trapos puestos á secar, aumentadas de peso por años de amontonada suciedad.

En torno de las paredes, sobre tablas, sostenidos por clavos, ó en el suelo, por los rincones sombríos, destacábanse, en confusión, hierro viejo, utensilios rotos, herramientas enormes, con sus perfiles quebrados, blandos y duros. Y la blanca llama elevábase siempre, esplendente, iluminando como un rayo de sol el removido suelo, donde el acero pulido de cuatro yunques, empotrados en sus troncos, adquiría un reflejo de plata jaspeada de oro.

Entonces Gervasia distinguió á Gouget, delante de la fragua, por su hermosa barba rubia. Esteban daba movimiento al fuelle. Había además otros dos obreros. Mas la joven no vió sino á Gouget, y se adelantó, yendo á colocarse enfrente de él.

—¡Calle! ¡la señora Gervasia!—exclamó éste, radiante el rostro de alegría.—¡Qué grata sorpresa!

Pero, notando la extrañeza de sus compañeros, continuó, empujando á Esteban hacia su madre:

—Venís á ver al muchacho... Es muy juicioso, y empieza á tener buena muñeca.

—¡En verdad—dijo Gervasia, que no es muy fácil llegar hasta aquí... Me creía al fin del mundo...

Y refirió su viaje. Después, preguntó por qué no se conocía el nombre de Esteban en el taller. Gouget, riendo, le explicó que todo el mundo le llamaba Zou-zou, porque llevaba el pelo cortado al rape, como un

zúavo. Mientras hablaban, dejó Esteban de tirar del fuelle, y disminuyendo la llama de la fragua, trocábase en una rosada claridad que moría por grados en medio del sombrío cobertizo.

El herrero, conmovido, contemplaba á la joven, que se sonreía y aparecía más fresca con aquel resplandor. Mas, como nada se decían ya, anegados en las tinieblas, rompió el silencio Gouget, como si saliese de un sueño, diciendo:

—Si permitís, señora Gervasia, voy á terminar una tarea que estaba haciendo. Podéis permanecer aquí, pues no molestáis á nadie.

Gervasia quedóse. Esteban había cogido nuevamente la cuerda del fuelle. La fragua ardía, lanzando cohetes de chispas, tanto más cuanto que el muchacho, para demostrar á su madre que tenía muñeca, desencadenaba un soplo enorme de huracán. Gouget, en pie, vigilando una barra de hierro que se calentaba, esperaba con las tenazas en la mano.

La viva claridad le iluminaba violentamente, sin una sombra. Su camisa remangada en las mangas, abierta en el cuello, descubría sus brazos desnudos, su pecho desnudo, un rosado cutis de doncella tapizado por enortijados pelos rubios; y, algo hundida la cabeza entre sus gruesos hombros ricos en músculos, atento el rostro, fijos en la llama sus claros ojos, sin un pestaño, parecía un coloso en reposo, tranquilo en su fuerza. Cuando la barra estuvo al blanco, cogióla con las tenazas y la partió con el martillo sobre un yunque, en trozos regulares, cual si rompiese varillas de cristal, con ligerísimos golpes. Después, puso al fuego los pedazos, y volvió á sacarlos uno por uno, para modelarlos.

Forjaba pernos de seis caras. Para ello colocaba los trozos en una clavera, aplastaba la parte que formaba la cabeza, aplanaba las seis caras, y arrojaba los pernos concluidos, todavía rojos, cuyo vivo resplandor se extinguía poco á poco en el ennegrecido suelo; y todo ello con un martilleo continuo, balanceando con su mano derecha un martillo de cinco libras, acabando un detalle á cada golpe, y volviendo y trabajando el

hierro con tal destreza, que á la vez podía hablar y mirar á cualquiera sin cerrar el golpe. El yunque daba un sonido argentino.

Y el obrero, sin una gota de sudor, tranquilo, golpeaba con aire bonachón, sin hacer, al parecer, más esfuerzo que cuando se entretenía en su casa por las noches cortando estampas.

—¡Bah! estos son pernos pequeños, de veinte milímetros, decía para contestar á las preguntas de Gervasia. Pueden hacerse hasta trescientos en un día... Pero se necesita costumbre, porque el brazo se enmohece pronto.

Y preguntándole Gervasia si la muñeca no se adormecía al concluir el día, se echó á reír. ¿Acaso le tomaba por una señorita? Sus muñecas, á fuerza de rozarse con las herramientas durante quince años, se habían hecho de acero. Por lo demás, tenía razón la joven; un hombre que en su vida hubiese forjado un clavo ni un perno, y tuviese el capricho de jugar con su martillo de cinco libras ganaría á las dos horas un fuerte dolor de riñones; Aquel ejercicio que al principio parece nada, acaba á menudo, en pocos años, con los más fuertes mocetones. Mientras tanto, los demás obreros golpeaban también; todos á la vez. Sus grandes siluetas danzaban en la claridad, los relámpagos del hierro al salir de la fragua atravesaban las sombras negras; y al impulso de los martillos brotaban salpicaduras de chispas, irradiando como soles, al nivel de los yunques. Y Gervasia, atraída por aquel movimiento de la fragua, contenta, no pensaba en marcharse: y al dar un largo rodeo para acercarse á Esteban sin correr peligro de quemarse las manos, vió entrar al obrero sucio y barbudo, al que se había dirigido en el patio.

—¿Por lo visto, habéis encontrado á quien buscabais, señora?—dijo con un acento de borracho zumbón.—Ya lo sabes, Gueule d'or, yo he sido el que le he dado tus señas...

Llamábase este obrero Bec Salé, alias Boit-sans-soif, el valiente de los valientes, un trabajador de alta escuela, que humedecía su hierro con un litro de «re-

tuerce tripas» (1) al día. Había ido á echar una copa; porque no se sentía bastante «engrasado» para esperar á las seis.

Cuando supo que Zouzou se llamaba Esteban, encontró chusco el caso y se reía mostrando sus negros dientes. Después, reconoció á Gervasia. Casualmente la víspera había bebido un trago con Coupeau. De seguro que si le hablaban de Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, á Coupeau, diría: «valiente amigo». ¡Ah! ¡el animal de Coupeau! buen camarada, que pagaba las roudas antes de que le llegase su vez.

—Me alegro mucho de saber que sois su mujer—repetía;—bien merece tener una mujer guapa... ¿Verdad, Gueule d'or, que la señora es una real moza?

Y continuaba echándolas de galante, acercándose á la planchadora, la cual cogió su cesto y lo puso por delante para mantener al obrero á distancia. Contrariado Gouget y comprendiendo que su camarada se chingueaba, á causa de su amistad por Gervasia, le gritó:

—¡Oye tú, holgazán! ¿para cuándo dejas los cuarenta milímetros? ¿Te sientes con fuerzas ahora que tienes lleno el saco, maldito borrachón?

El herrero aludía á un pedido de pernos gruesos, que requerían hacerse entre dos obreros en el yunque.

—¡Para en seguida si quieres, niño grande!—respondió Bec-Salé, alias Boit-sans-soif.—¡Todavía te mamas el dedo y ya te las hechas de hombre! ¡Por guapo que seas, á otros más guapos me he comido yo!

—¡Ea, pues! vamos á verlo. ¡Acércate y adelante!

—¡Allá va!

Los dos desafiábanse, excitados por la presencia de Gervasia. Gouget puso en la fragua los pedazos de hierro cortados de antemano, y luego fijó en su yunque una clavera de grueso calibre. Su camarada tomó de la pared dos mazas de veinte libras, las dos «grandes gemelas» del taller, que los obreros llamaban Fine y Dédeje. Y continuaba sus fanfarronadas, diciendo que había forjado media gruesa de pernos para el

(1). Aguardiente común.

faro de Dunkerque, que eran unas joyas, dignas de figurar en un museo por su fina labor. ¡No, pardiez! él no temía la competencia, y antes de encontrar otro guapo como él, era necesario registrar todos los rincones de la capital.

—La señora juzgará—dijo volviéndose hacia la joven.

—¡Basta de charla!—exclamó Gouget.—Aprieta la muñeca, Zouzou, que esto se calienta, muchacho!

A esto Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, preguntó:

—¿Es decir, que golpearemos juntos?

—¡No tal, cada uno á su perno, valiente!

La proposición fué como chorro de agua fría, y el camarada, á pesar de su verbosidad, quedó sin saliva. Pernos de cuarenta milímetros, forjados por un solo hombre, era cosa nunca vista, tanto más cuanto que los tales pernos debían ser de cabeza redonda, tarea de extremada dificultad, una verdadera obra maestra. Los otros tres obreros del taller habían suspendido su trabajo para presenciar la lucha; uno de ellos, alto y flaco, apostaba un litro á que sería vencido Gouget.

En tanto, los dos herreros tomaron cada uno su martillo, á ojos cerrados, porque Fifine pesaba media libra más que Dédele. Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, tuvo la suerte de echar la mano sobre Dédele; la de Gueule d'or cayó sobre Fifine. Y, esperando á que el hierro se pusiese al blanco, el primero, volviendo á sus fanfarronadas, colocóse ante el yunque asestando tiernas miradas á la planchadora; poníase en guardia, golpeando el suelo con el pié como quien va á batirse, indicando la curva que debía describir Dédele á todo vuelo. ¡Ah! ¡rayo de Dios! ¡pullitas á él, cuando era capaz de hacer de la columna Vendome una torta!

—¡Ea, comienza!—dijo Gouget colocando en la clavera un pedazo de hierro del grueso de una muñeca de muchacha.

Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, se echó atrás, y puso en juego á Dédele, con ambas manos. Pequeño, seco, con sus barbas de chivo y sus ojos de lobo relucien-

tes bajo sus despeinadas greñas, doblábase á cada voleo del martillo, y saltaba como arrastrado por su empuje.

Era un energúmeno que se batía con su hierro, irritado al encontrarle tan duro, y exhalaba un gruñido de satisfacción cada vez que creía haber aplicado un golpe certero. Bien podía ser que el aguardiente debilitase los brazos de los demás; por su parte érale menester aguardiente en sus venas, en lugar de sangre; la copa que acababa de beber le calentaba el armazón como una caldera, y sentíase con una fuerza de máquina de vapor de mil diablos. Así, pues, el hierro le tenía miedo aquella tarde, y se ablandaba como la cera. ¡Y era de ver cómo volteaba, Dédele, ejecutando la gran cabriola, los pies al aire, cual pudiera la más hábil cancanista del Elysee-Montmartre al enseñar sus enaguas! Y era necesario no descuidarse, porque el hierro es tan tunante, que se enfria al momento, á fin de hacer la mamola al martillo.

En treinta golpes Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, habia modelado la cabeza de su perno. Pero resollaba, los ojos le saltaban de las órbitas, y se hallaba poseído de una furiosa cólera al oír que sus brazos crujían. Fuera de sí, entonces, danzando y echando tacos, descargó dos golpes más, como para vengarse de la fatiga. Y al sacar el perno del molde, apareció deformado, y llena de jorobas la cabeza.

—¡Ea! ¿qué tal?—exclamó, sin embargo, con su habitual jactancia, presentando su tarea á Gervasia.

—Yo no entiendo de eso—respondió la planchadora con aire reservado.

Bien veía, no obstante, en el perno los dos últimos talonazos de Dédele, y no cabía en sí de gozo, y se mordía los labios por no soltar la risa, puesto que actualmente todas las probabilidades estaban en favor de Gouget.

Tocábale el turno á Gueule d'or. Antes de empezar dirigió á la planchadora una mirada llena de confiada ternura. Después, sin apresurarse, tomó distancia y puso en juego su martillo, á grandes voleos regulares. Tenía el movimiento clásico, correcto, equilibrado, elás-

tico. Fífine, en sus manos, no danzaba un «chahüt» (1) tabernario, no mostraba los bajos; se levantaba y bajaba cadenciosamente, como dama aristocrática, de aire serio, dirigiendo un antiguo minué. Los talones de Fífine golpeaban al compás con gravedad; y hundíanse en el enrojecido hierro, sobre la cabeza del perno, con reflexión, aplastando primero el metal en el centro, y moldeándole luego por una serie de golpes de precisión rítmica.

De seguro no era aguardiente lo que Gueule d'or tenía en sus venas, sino sangre, sangre pura, sangre que latía poderosamente hasta en su martillo, y regulaba su tarea. ¡El coloso estaba magnífico trabajando! Recibía de lleno la gran llama de la fragua. Sus cabellos cortos, orlando ensortijados su frente, su bella barba rubia de anillos colgantes encendíanse, iluminando su rostro todo con hilos de oro. A ello añadíase un cuello grueso como una columna, blanco como cuello de niña, un pecho vasto, tan vasto que una mujer hubiera podido acostarse con él de través, y hombros y brazos esculpidos que parecían copiados de los de un gigante, en un museo.

Cuando tomaba ímpetu, veíanse hincharse sus músculos, montañas de carne rodando y endureciéndose bajo la piel; sus espaldas, su pecho, su cuello aumentaban de volumen; esparcía claridad en torno suyo, volvíase hermoso, omnipotente, como un buen Dios.

Veinte veces había abatido ya á Fífine, fijos sus ojos en el hierro, respirando á cada golpe, notándosele tan sólo dos gruesas gotas de sudor que brotaban de sus sienas. Llevaba la cuenta: veintuno, veintidós, veintitrés. Y Fífine continuaba tranquilamente sus reverencias de gran señora.

—¡Qué farsante!—murmuró burlándose Bec-Salé, alias Boit-sans-soif.

Y Gervasia, en frente de Gueule d'or, miraba con tierna sonrisa. ¡Dios mío! ¡qué necios son los hombres! ¿pues no golpeaban sobre los pernos para cortarla? Bien comprendía que se la disputaban á marti-

(1). *Chahut*, canción desenfrenado.

llazos, cual pudieran dos gallos rojos echándose las de valientes ante una gallina blanca.

Hay que inventar rarezas ¿verdad? y casos se dan en que el corazón tiene extrañas maneras de declararse. Sí, para ella era la tempestad de Fífine y Dédele sobre el yunque; para ella todo aquel hierro aplastado; para ella aquella fragua en movimiento, fulgurando incendios, lanzando torrentes de vivas chispas. Allí le forjaban un amor, disputándose la á quien forjaba más y mejor. Y, en verdad, esto la gustaba en el fondo, porque, al fin y al cabo, todas las mujeres gustan de homenajes.

Los martillazos de Gueule d'or, sobre todo, tenían eco en su corazón, y allí resonaban, como sobre el yunque, una música clara, acompañada por los fuertes latidos de su sangre. Parecerá necedad, pero lo cierto es que experimentaba una sensación como si le introdujesen en el corazón una cosa dura, la punta del perno.

En el crepúsculo, antes de entrar, había sentido, a lo largo de las húmedas aceras, un vago deseo, cierta necesidad de comer un buen plato; actualmente encontrábase satisfecha, como si la hubiesen alimentado los martillazos de Gueule d'or. ¡Oh! ya no dudaba de su victoria. A él le correspondía.

Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, era demasiado feo, y lo parecía más con su delantal y su chaquetón sucios; saltando como un mico escapado de la jaula. Y la joven esperaba, muy encarnada, feliz, sin embargo, con el mucho calor que allí hacía, saboreando inefables deleites al verse conmovida de pies á cabeza por los últimos voleos de Fífine.

Gouget seguía cantando:

—¡Y veintiocho!—exclamó al fin, dejando el martillo en el suelo.—¡Ya está, mirad!

La cabeza del perno aparecía pulimentada, sin una rebaba; era una verdadera obra de joyería, redonda como una bola de billar hecha con molde. Los obreros la miraron encogiendo la barba; no había más que pedir, sino arrodillarse ante él. Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, intentó soltar un chiste, pero se le trabó la lengua y acabó por volver á su yunque, con el rabo

entre piernas. En tanto, Gervasia habíase arrimado á Gouget, como para ver mejor.

Esteban había dejado el fuelle; la fragua se llenaba nuevamente de sombra, cual la puesta de un astro rojo, que de repente produjera obscura noche. Y el herrero y la planchadora experimentaban una vaga dulzura sintiendo que esta noche les rodeaba, en aquel cobertizo negro de hollín y de limaduras, del que se exhalaban olores de hierro oxidado; no hubieran creído hallarse más solos en el bosque de Vincennes, si se hubiesen dado una cita en el fondo de una enramada. El coloso tomó una de sus manos como si la hubiese conquistado.

Después, al hallarse fuera, no cambiaron ni una sola palabra. Al cabo de un rato, limitóse á decirle que hubiera podido llevarse á Esteban, si aún no faltase media hora de trabajo. Marchábase, por fin, la planchadora, cuando la volvió á llamar con objeto de detenerla algunos momentos más.

—Venid; aún no lo habéis visto todo... Y, en verdad, es muy curioso.

Condujola á la derecha, á otro cobertizo, donde su patrón instalaba toda una fabricación mecánica. Llegada al umbral vaciló Gervasia, presa de un miedo instintivo. La vasta sala, conmovida por las máquinas, temblaba, y en el fondo flotaban grandes siluetas, manchadas de rojos fuegos. Pero él la tranquilizó sonriendo, jurándole que no había nada que temer; sólo si la encargaba que tuviese gran cuidado de no arrimar sus faldas muy cerca de las engravaciones.

Abrió el paso, y ella le seguía en aquella ensordecedora baraunda donde toda especie de ruidos silbaban y roncaban, en medio de aquellas humaredas pobladas de seres vagos, de hombres negros atareados, de máquinas agitando sus brazos, y que ella no podía distinguir con precisión. Los pasos eran muy angostos, había que salvar obstáculos, evitar agujeros y hacerse á un lado para librarse de un carretón.

No se oía hablar. La joven nada percibía claro, todo danzaba en torno suyo. Después, experimentando encima de su cabeza la sensación de un gran rozar de alas, alzó la vista y se quedó atónita mirando las

correas, las largas cintas que tendían en el techo una gigantesca telaraña, cada uno de cuyos hilos iba desarrollándose sin fin.

El motor de vapor estaba oculto en un rincón, detrás de una pequeña pared de ladrillo; las correas parecían hilar por sí solas, aportando el movimiento, desde el fondo de la sombra, con su deslizamiento continuo, regular, dulce como el vuelo de un pájaro nocturno. Un momento estuvo Gervasia á punto de caer, chocando con uno de los tubos del ventilador que se ramificaba sobre el suelo, distribuyendo su soplo de viento acre á las pequeñas fraguas, junto á las máquinas.

El herrero comenzó por enseñarle esta sección; dirigió el viento hacia un horno y al momento desplegaronse anchas llamas extendidas á los cuatro lados en forma de abanico, cual pañoleta de fuego franjada, deslumbrante, apenas matizada por un punto de laca. La luz era tan viva, que las lámparas de los obreros parecían gotas de sombra en el sol.

Después, alzó la voz para darle explicaciones; pasó á las máquinas: las tijeras mecánicas que se comían barras de hierro, mascando un trozo á cada dentellada, y escupiéndolos luego por detrás, uno á uno; las máquinas de pernos y molduras, altas, complicadas, forjando las cabezas con un solo movimiento de un potente tornillo; las desbarbadoras con volante de hierro fundido, que batía el aire furiosamente á cada pieza cuyas rebabas quitaba; las taladradoras, manejadas por mujeres, que horadaban los pernos y sus tuercas, con el tic-tac de sus ruedas de acero relucientes con la grasa que las untaba.

La joven podía seguir así todo el trabajo, desde el hierro en barras, apoyadas en las paredes, hasta los pernos y las molduras fabricados, de los que había muchas cajas hacinadas en los rincones. Entonces comprendió, y sonreía; pero sentía cierta constricción en la garganta, inquieta al verse tan pequeña y tan tierna entre aquellos rudos trabajadores en metal, volviéndose, á veces, helada su sangre, al sordo golpear de una desbarbadora.

Acostumbrábase á la obscuridad, veía allá en lo hondo á hombres inmóviles regulando la jadeante danza

de los volantes, cuando algún horno soltaba brusca- mente el chorro de luz de su pañoleta de llamas. Y, á pesar suyo, siempre volvía á fijar su vista en el techo, donde estaba la vida, la sangre de las máquinas, el flexible vuelo de las correas, cuya enorme y muda fuerza veía pasar en el fondo obscuro de las crujiás.

Entre tanto Gouget se había detenido ante una máquina de pernos, permaneciendo allí pensativo, inclinada la cabeza, fijos los ojos. La máquina forjaba pernos de cuarenta milímetros, con el tranquilo aplomo de un gigante. Y á la verdad, nada era más sencillo.

El fagonero sacaba el trozo de hierro de la fragua; el golpeador lo colocaba en la clavera, humedecida continuamente por un chorro de agua para que el acero no perdiese su temple; y en un abrir y cerrar de ojos, el tornillo bajaba y el perno saltaba al suelo; con su cabeza tan redonda como hecha en molde. En doce horas, la maldecida máquina fabricaba centenares de kilogramos de pernos. Gouget no era malo; pero, en ciertos momentos, hubiera de muy buena gana cogido á Fifine para destrozar á golpes aquella masa de hierro, furioso al ver que tenía brazos más fuertes que los suyos.

Esto le disgustaba hondamente, aun cuando reflexionaba que la carne no puede luchar con el hierro. Día habrá de llegar, seguramente, en que la máquina mate al obrero; ya sus jornales, de doce francos habían bajado á nueve, y aún se hablaba de reducirlos más. Finalmente, no tenían nada de alegres aquellas monstruosas bestias que lo mismo hacían pernos y tornillos, como pudieran hacer salchichas. Continuó todavía en su contemplación por espacio de tres minutos sin chistar; sus cejas se contraían y su bella barba rubia se erizaba amenazadora. Después, un gesto de dulzura y de resignación ablandó poco á poco sus facciones. Y volviéndose hacia Gervasia que estaba siempre arrimada á él, dijo con triste sonrisa:

—¡Bah! ¡esto nos disgusta soberanamente; pero quí- zás, andando el tiempo, contribuirá á la felicidad de todo el mundo!

Gervasia se burlaba de la felicidad de todo el mun-

do, y encontraba mal hechos los pernos á máquina. —Vaya—exclamó con animación,—están demasiado bien... Prefiero los vuestros. Allí, al menos, se echa de ver la mano de un artista.

Hablando de esta suerte causaba suma alegría al herrero que, por un momento, había temido que le despreciase, después de haber visto las máquinas. ¡Caramba! Si bien él era más fuerte que Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, las máquinas eran más fuertes que él. Y cuando se despidió, por fin, de ella en el patio, le dió un apretón de manos, con tanto gozo, que por poco la lastima.

La planchadora iba todos los sábados á casa de los Gouget á llevarles su ropa. Seguían los Gouget viviendo en la casita de la calle Neuve de la Goutte d'Or. El primer año les había ido devolviendo con toda regularidad veinte francos cada mes, y añadía la diferencia para completar los veinte francos, porque debe advertirse que el planchado de los Gouget no pasaba de los siete á ocho francos. Llevaba ya pagada, pues, la mitad precisamente de su deuda, cuando, un día de vencimiento, no sabiendo cómo componérselas, por falta de cumplimiento en el pago de algunas parroquia- nas, vióse precisada á recurrir á los Gouget para pagar el alquiler.

Otras dos veces, para pagar á las oficialas, habíase dirigido también á ellos, por manera que la deuda había vuelto á subir, importando actualmente cuatro- cientos veinticinco francos. Desde entonces, dejó ya de entregar dinero, y se desquitaba de la deuda única- mente con el planchado. Y no es decir que trabajase menos, ni que sus negocios tomasen mal rumbo. Al contrario. Era que en la casa había ciertos despilfa- rros, era que el dinero parecía derretirse en sus ma- nos, y se daba por muy contenta cuando podía atar un cabo con otro. ¡Dios mío! con tal que se pueda vivir, no hay de qué quejarse ¿verdad? Y engordaba; cediendo á todos los abandonos que engendra la obe- sidad naciente, sin fuerzas para asustarse pensando en el porvenir. ¡Tanto peor! El dinero vendría siempre, y el que se guarda en un rincón, se oxida. Sin embar- go, la señora Gouget continuaba tratando á Gervasia

con afecto maternal. Reñíala á veces con dulzura, no á causa de su dinero, sino porque la apreciaba y temía que llegase á dar un tumbo. De su dinero, ni siquiera le hablaba. En una palabra, era la delicadeza personificada.

El día siguiente al de la visita de Gervasia á la fragua era precisamente el último sábado del mes. Cuando la joven llegó á casa de los Gouget, donde tenía á empeño el ir en persona, su cesto le había molido en tal modo los brazos, que tuvo que pararse unos momentos para resollar. Nadie diría cuánto pesa la ropa blanca, y sobre todo cuando hay sábanas.

—¿Lo traéis todo?—preguntó la señora Gouget.

La buena señora era muy severa sobre el particular. Quería que le devolviesen su ropa, sin que le faltara una prenda, para el buen orden, según decía. Otra de sus exigencias era que la lavandera acudiese exactamente el día fijado y siempre á la misma hora; de esta suerte, nadie perdía su tiempo.

—¡Oh! ¡viene todo!—respondió sonriendo Gervasia. Ya sabéis que no dejo nada atrasado.

—Verdad es—confesó la señora Gouget,—y si bien adquirís algunos defectos, ese no lo tenéis aún.

Y mientras que la planchadora vaciaba su cesto, colocando la ropa sobre la cama, la buena anciana iba haciendo su elogio; no quemaba las piezas, ni las rasgaba como otras muchas, ni saltaba los botones con la plancha; pero, desgraciadamente, ponía demasiado añil y almidonaba con exceso las pecheras.

—Ved sino; esto parece cartón—repuso haciendo crujir una pechera.—Mi hijo no se queja; pero esto le corta el pescuezo... Y mañana tendrá ensangrentado el cuello cuando volvamos de Vincennes.

—¡No, no digáis eso!—exclamó Gervasia desconsolada.—Las camisas para vestir, deben estar algo tiesas, si no se quiere que al poco rato parezcan un guñapo. Fijaos en los caballeros... Vuestra ropa la plancho yo sola; no quiero que ninguna obrera ponga mano en ella; es la tarea que hago con más cuidado y si menester fuese, emplearía diez veces más tiempo, por ser cosa vuestra, como podéis comprender.

Habiase ruborizado ligeramente, al balbucear el fi-

nal de la frase. Temía dejar que se trasluciese el placer que sentía al planchar ella misma las camisas de Gouget. Verdad era que no se le ocurrían pensamientos pecaminosos, mas no por ello dejaba de tener alguna vergüenza de que lo sospechasen.

—¡Oh! no censuro vuestro trabajo, ya sé que lo hacéis á la perfección—dijo la señora Gouget.—Así, ved ahí un gorro que es una joya. Sólo vos sois capaz de hacer resaltar el bordado de este modo. ¡Y el encañonado! Vaya, al momento reconozco vuestra mano... Cuando dais, aunque sólo sea un trapo, á vuestras obreras, se echa de ver en seguida... ¡Conque, quedamos en que pondréis un poco menos de almidón! ¡Gouget no piensa, ni mucho menos, en parecer un caballero!

Mientras hablaba, había tomado el cuaderno de la lavandera y borraba las piezas pasando rayas por encima. Todo estaba al pelo. Al ajustar la cuenta vió que Gervasia ponía seis sueldos por un gorro; empezó por protestar, mas hubo de convenir en que generalmente no era caro, atendidos los precios corrientes; no, las camisas de hombre cinco sueldos, las fundas de almohada un sueldo y medio, los delantales un sueldo, no era caro, teniendo en cuenta que no pocas planchadoras contaban un sueldo más por cada una de estas piezas. Después, empezó Gervasia á recoger las prendas de ropa sucia, que la anciana anotaba en su cuaderno, las metió en el cesto, y no se marchaba, perpleja, teniendo en los labios una petición que la avergonzaba mucho.

—Señora Gouget—dijo al fin,—si no tuvierais inconveniente, tomaria este mes el dinero del planchado.

Casualmente, aquel mes era el de mayor entidad, pues la cuenta ascendía á diez francos y siete sueldos. La señora Gouget la miró un momento con serio ademán. Después respondió:

—Como gustéis, hija mía. No quiero negaros ese dinero, desde el momento en que lo necesitáis... Sólo os advertire que no es ese el camino para salir de deudas; esto lo digo por vos, ya me entendéis. Deberíais andaros con cuidado...

Gervasia, con la cabeza baja, recibió la lección tar-tamudeando. Los diez francos debían completar el importe de un pagaré que había firmado al carbonero. Mucho más se incomodó la señora Gouget al oír la palabra pagaré. Que tomase ejemplo de ella; ella reducía su gasto desde que habían rebajado el jornal de Gouget de doce francos á nueve. Quien en la juventud carece de prudencia, se muere de hambre en la vejez. No obstante, se contuvo, sin decir á Gervasia que si le daba la ropa era con el único objeto de facilitarle el saldar su deuda; en otros tiempos, ella misma hacía su lavado y planchado, y volvería á hacerlo si esta operación seguía requiriendo que sacara dinero del bolsillo.

Cuando Gervasia hubo recibido los diez francos y siete sueldos, le dió las gracias y se marchó más que de prisa. Y, al hallarse en el corredor, sintióse tan á sus anchas, que hasta le dieron ganas de ponerse á bailar, pues íbase acostumbrando ya á los disgustos y á las perrerías del dinero, no conservando de tan malos tragos más que la dicha de haber salido de ellos, hasta otra ocasión.

Precisamente este sábado tuvo Gervasia un extraño encuentro al bajar de la escalera de los Gouget. Con su cesto debajo del brazo, hubo de arrimarse á la pared para dejar libre paso á una mujer alta y con la cabeza descubierta, que subía llevando en la mano envuelto en un papel, un maquerel muy fresco, con las agallas manando sangre. Y cata ahí que reconoció á Virginia, aquella buena moza á quien remangó las enaguas, en el lavadero. Las dos miráronse cara á cara. Gervasia por un instante cerró los ojos, creyendo que iba á recibir el pescado en el rostro. Pero nada de eso; Virginia sonrióle ligeramente. Y entonces la planchadora, cuyo cesto obstruía el paso, no quiso mostrarse menos fina:

—Dispensadme—dijo.

—Estáis dispensada—respondió la morena.

Y permanecieron en mitad de la escalera, y conversaron, hechas las paces completamente, sin la más mínima alusión á lo pasado. Virginia, que á la sazón contaba veintinueve años, se había vuelto una sober-

bía moza, rica en carnes, con la cara algo encuadrada por sus dos anchas bandas de negro azabache.

Refirió acto seguido toda su historia, para darse importancia: actualmente era casada; en la primavera anterior había contraído matrimonio con un antiguo obrero ebanista que acababa de salir del servicio militar y que solicitaba una plaza de municipal, por cuanto una plaza es más segura y más «comme il faut». Precisamente acababa de comprar un maquerel para él.

—Mi marido se muere por el maquerel—añadió.— Hay que cuidarlos á esos pícaros hombres ¿verdad?... Pero, subid. Veréis nuestra casa... Aquí estamos en una corriente de aire.

Cuando Gervasia, después de haberle, á su vez, contado su matrimonio, le dijo que había vivido en su misma habitación, en la que había dado á luz una niña, Virginia la instó más todavía á que subiese. Siempre es grato volver á ver los sitios donde se ha sido feliz. Ella, por su parte, había vivido durante cinco años al otro lado del Sena, en el Gros Caillou. Allí conoció á su marido cuando estaba en el servicio. Pero se fastidiaba, soñando siempre en volver al barrio de la Goutte d'Or, donde conocía á todo el mundo. Y, desde hace quince días, ocupaba el cuarto de enfrente á los Gouget. Por ello, todo andaba desordenado todavía en la habitación, pero poco á poco se iría arreglando.

Después, llegadas al tramó, diéronse por fin sus respectivos nombres:

—Señora Coupeau.

—Señora Poisson.

Y desde aquel momento llamáronse á boca llena señora Poisson y señora Coupeau, únicamente por el gustazo de ser «señoras», como en desquite de haberse conocido en otro tiempo en posiciones poco católicas. Sin embargo, Gervasia conservaba un resto de desconfianza. Tal vez la morena se reconciliaba para vengarse mejor de la zurra del lavadero, madurando algún plan de mala bestia hipócrita. Por tal razón; prometiése Gervasia estar sobre aviso. De momento;

Como Virginia se mostraba tan atenta, era del caso mostrarse atenta con ella.

Arriba, en el cuarto, Poisson, el marido, hombre de unos treinta y cinco años, de faz terrosa, con bigote y perilla rojos, trabajaba sentado ante una mesa, junto á la ventana. Hacía cajitas de madera. Sus únicas herramientas eran un cortaplumas, una sierra del tamaño de una lima para uñas y un puchero de cola. La madera que empleaba procedía de cajas de cigarrros, de delgadas tablillas de caoba sin pulimentar, que sometía á recortes y á calados de extraordinaria delicadeza.

Durante todo el santo día, del principio al fin del año, hacía cajas del mismo tamaño, ocho centímetros por seis. Las únicas variantes en su tarea consistían en la talla, en las formas de la tapa, en la introducción de compartimientos. Era una distracción, una manera de matar el tiempo, esperando su nombramiento de municipal. De su antiguo oficio de ebanista sólo había conservado la pasión por las cajitas. Y no se crea que vendía su trabajo; muy al contrario, lo regalaba á sus amigos y conocidos.

Poisson se puso en pie, y saludó cortésmente á Gervasia, que su mujer le presentaba como una antigua amiga. Mas, como no era muy hablador, volvió á empuñar al momento su sierrecita. De vez en cuando lanzaba una ojeada al maquerel que yacía en el borde de la cómoda. Gervasia alegróse mucho de volver á ver á su antigua habitación; contó donde estaban colocados los muebles y mostró el sitio del suelo donde había parido. ¡Qué casualidades, no obstante! ¡cómo habrían de figurarse las dos, después de haber pasado tanto tiempo sin verse, que volverían á encontrarse, habiéndolo una después de otra el mismo cuarto!

Virginia añadió nuevos detalles de ella y de su marido; éste había heredado de una tía suya una cantidad, con la cual la establecería más adelante; pero entre tanto, continuaba ocupándose en coser, arreglando vestidos, y lo que se presentaba. Finalmente, pasada más de media hora, la planchadora se despidió. Poisson apenas movió la espalda. Virginia, que la acompañó hasta la puerta, le ofreció devolverle la visita; por lo

demás, quedaba entendido que le daría á planchar su ropa. Y viendo que permanecía en la meseta, imaginó Gervasia que deseaba hablarle de Lantier y de su hermana Adela, la bruñidora. Tal idea la desazonaba. Pero nada; ni una sola palabra se cambió sobre asuntos tan enojosos. Y se despidieron con la mayor amabilidad, repitiendo:

—Hasta la vista, señora Coupeau.

—Hasta la vista, señora Poisson.

De este encuentro nació una gran intimidad. A los ocho días, no pasaba Virginia por delante de la tienda de Gervasia sin entrar; y allí echaba párrafos de tres horas, por manera que alarmado Poisson, y creyendo que la habría aplastado un coche, iba á buscarla, con su mudo semblante de desenterrado. Gervasia, al ver así cada día á la costurera, no tardó en concebir una singular preocupación; no podía oírle comenzar una frase, sin creer que iba á hablarle de Lantier; invenciblemente pensaba en Lantier todo el rato que Virginia permanecía en la tienda.

Bien conocía la planchadora que era un temor necio, pues al fin y al cabo la importaba un bledo de Lantier, y de Adela y de lo que había venido á ser de ellos; nunca hacía una pregunta, ni siquiera sentía la curiosidad de saber noticias suyas. No; aquello la asediaba fuera de su voluntad. Tenía su idea en el magín, como se tiene siempre en la boca un estribillo, del que es imposible libertarse. Por lo demás no guardaba rencor alguno á Virginia, pues con seguridad no tenía ésta la culpa de lo acontecido. Y pasaba tan á gusto el rato con ella, que la detenía repetidas veces antes de dejarla marchar.

En tanto había llegado el invierno, el cuarto invierno que los Coupeau pasaban en la calle de la Goutte d'Or. Este año, diciembre y enero, fueron particularmente crudos. Caían heladas capaces de partir las piedras. Desde el día primero del año la nieve se amontonó durante tres semanas en la calle, sin derretirse. No por ello menguaba el trabajo; sino muy al contrario, porque el invierno es la buena temporada de las planchadoras. ¡Se estaba perfectísimamente dentro de la tienda! Jamás se veían témpanos en los

cristales, como en las tiendas del droguero y del gorrero de enfrente.

El hornillo, atestado de cok, mantenía un calor de estufa; las ropas humeaban, cual en pleno verano, y se pasaba tan bien el rato, con las puertas cerradas, y la elevada temperatura, que uno hubiera acabado por dormirse con los ojos abiertos. Gervasia decía riendo que le parecía encontrarse en el campo. En efecto, el ruido del rodar de los coches quedaba ahogado en la nieve; apenas se oía el paso de los transeuntes; solamente, en el gran silencio del frío, elevábanse las voces de los muchachos, la batahola de una bandada de pilluelos que habían establecido su salón de patinar á lo largo del arroyo, frente al taller del herrador.

Gervasia se arrimaba á veces á uno de los cristales de la puerta, limpiaba con la mano el empañado, para ver el aspecto del barrio en tan condenada temperatura; pero ni una sola nariz se asomaba fuera de las tiendas vecinas, y la calle, engualdrapada de nieve, parecía jorobada; la planchadora únicamente cambiaba algún saludo con la carbonera de al lado, la cual se paseaba con la cabeza descubierta, y la boca hendida de una á otra oreja, desde que helaba tanto.

Lo que sabía á gloria, sobre todo, en aquel tiempo de perros, era tomar, al medio día, una taza de café muy caliente. Las obreras no tenían motivo de queja, pues su patrona lo hacía muy cargado, sin ponerle ni un grano de achicoria; no se parecía, no, al café de la señora Fauconnier, que era una verdadera leña. Solamente, cuando mamá Coupeau se encargaba de pasar el agua por el filtro, era cosa de nunca acabar, pues se dormía ante la cafetera. Entonces las obreras, después de almorzar, esperaban el café dando unos cuantos planchazos.

Precisamente, el día siguiente al de Reyes, daban las doce y media, y aún no estaba el café. Aquel día se emperraba en no querer pasar por el filtro. Mamá Coupeau lo removía con una cucharita, y oíase caer las gotas una á una, lentamente, sin darse más prisa.

—Dejadlo, pues—dijo la mocetona Clemencia,—eso

le turbaría. Hoy, de fijo, no nos faltará de comer y de beber.

Clemencia estaba planchando una camisa de hombre, cuyos pliegues desplegaba con la punta de la uña. Tenía un gran romadizo, con los ojos hinchados y la garganta desollada por accesos de tos que la doblaban por el espinazo, haciéndola agarrarse al mostrador. A pesar de ello, ni siquiera llevaba un pañuelo en el cuello, y su vestido era de lanilla de diez y ocho sueldos, en el que tiritaba sin cesar. Junto á ella la señora Putois, cubierta de franela, acolchonada hasta las orejas, planchaba unas enaguas á las que iba dando vueltas en torno de una tabla de vestidos, cuyo extremo angosto descansaba en el respaldo de una silla; y, en el suelo, un trapo impedía que las enaguas se ensuciaran rozando con el piso. Gervasia ocupaba por sí sola la mitad del mostrador, con unas cortinas de muselina bordada, por las cuales pasaba muy de plano las planchas, y con los brazos muy extendidos para evitar arrugas. De repente el ruido del café que pasaba á chorro, la hizo levantar la cabeza. Y era que la bisoja Agustina acababa de abrir un agujero en el fondo del filtro con una cuchara.

—¡Te estarás quieta!—gritó Gervasia.—¿Qué demonios tienes en el cuerpo? ¡ahora sí que beberemos barro!...

Mamá Coupeau había alineado cinco copas en un ángulo libre del mostrador. Las obreras suspendieron su tarea. La patrona servía siempre el café después de echar dos terrones de azúcar en cada copa. Aquella era la hora más deseada del día. Y aquél, en el momento en que cada una tomaba su copa y se acurrucaba en su banquillo, abrió la puerta de la tienda y entró Virginia tiritando:

—¡Ay, hijas mías!—dijo.—¡Esto parte por la mitad! No me siento las orejas. ¡Picaró frío!

—¡Toma! ¡es la señora Poisson!—exclamó Gervasia.—A buen tiempo llegáis... Tomaréis café con nosotras.

—A fe mía, no es cosa de negarse... Sólo con atravesar la calle, se le entra á una el invierno en los huesos.

Afortunadamente quedaba aún café. Mamá Coupeau fué á buscar la sexta copa y Gervasia dejó que Virginia se echara el azúcar, por deferencia. Las obreras se hicieron á un lado, dejando á la recién llegada un espacio junto al hornillo. Virginia tiritó un momento, con la nariz como un tomate, apretando con sus entumecidas manos la copa, para entrar en calor. Venía de la tienda del droguero, donde una se quedaba helada esperando que le despacharan media libra de Gruyere. Y empezó á lanzar exclamaciones sobre el fuerte calor de la tienda; verdaderamente, parecía un horno; aquello era capaz de resucitar á un muerto, tan grato cosquilleo producía en la piel. Después, desentumecida, extendió sus largas piernas. Entonces, las seis paladearon su café, en mitad de la tarea interrumpida, y en la húmeda sofocación de las humeantes ropas. Mamá Coupeau y Virginia eran las únicas que ocupaban silla; las demás, en sus banquillos, parecían sentadas en el suelo, y la bisoja Agustina había extendido el trapo que estaba debajo de las enaguas, para sentarse. Reinó un rato de silencio, metidas las narices en las copas, sorbiendo el café.

—A pesar de todo, es bueno—declaró Clemencia.

Y estuvo á punto de ahogarse, presa de un acceso de tos. Para toser con más fuerza, se apoyaba contra la pared.

—¡Estáis acatarrada de lo lindo!—dijo Virginia.—¿Dónde lo pillasteis?

—¡Qué sé yo!—repuso Clemencia, enjugándose el rostro con la manga.—Habrás sido la otra noche. Se estaban zurrando dos mujeres á la salida del «Grand Balcon». Quise ver en qué paraba la cosa y me quedé un gran rato, sobre la nieve. ¡Qué rociada! Había para morir de risa. Una tenía la nariz arrancada; la sangre corría por el suelo... Cuando la otra, que era una percha como yo, vió la sangre, se largó con sus pescozones y sus bofetadas... Aquella noche comencé á toser. Hay que tener también en cuenta que esos hombres son tan bestias, cuando se acuestan con una mujer, que la desarropan toda la noche.

—¡Preciosa conducta!—murmuró la señora Putois.

—¡Vais á reventar, muchacha!

—¿Y si á mí me agrada reventar? ¿qué?... ¡Vaya una vida divertida! Descrismarse todo el santo día para ganar cincuenta y cinco sueldos, quemarse la sangre desde que amanece hasta que anochece junto al hornillo; no; ¡ya estoy hasta la punta de los pelos!... ¡Por desgracia este catarro no me hará el favor de quitarme del mundo!... ¡Se irá como ha venido!

Hubo un momento de silencio. La bribonaza de Clemencia que, en los bailes, dirigía el chahut con gritos desaforados, entristecía siempre á las gentes con sus ideas de espichar cuando estaban en el taller. Gervasia, que la conocía perfectamente, limitóse á decir:

—¡Poco alegre estáis los días siguientes á vuestras juergas!

La verdad era que Gervasia hubiera preferido que no se hablara de riñas de mujeres. La desazonaba, á causa de la zurra del lavadero, el que la conversación recayese, ante ella, y Virginia, sobre los zapatazos en las piernas y los «disciplinazos de cinco dátiles». Precisamente Virginia la estaba mirando en aquel momento, y se sonreía.

—Ayer he visto—murmuró un solfeo de moños... De veras, se desollaban...

—La comadrona del extremo de la calle y su criada; ya la conocéis, aquella rubita... ¡Vaya una sarnal... Y le decía á su ama: «¡Sí, sí, has hecho abortar á la frutera y voy á contárselo al comisario, si no me pagas!» ¡Y echaba por aquella boca, que no había más que pedir! La comadrona, entonces, le planta una puñada en pleno hocico, y cata ahí que la maldita zorra salta á los ojos de su ama, y la araña, y la despluma... Por último, fué á menester que el salchichonero se la quitase de entre las «patas».

Soltaron las obreras el trapo á la risa. Después, sorbieron otro traguito de café, con aire socarrón.

—¿Creéis vos que efectivamente la hizo abortar?—preguntó Clemencia.

—¡Vaya! Así ha corrido por el barrio—respondió Virginia.—Ya comprenderéis que yo no me hallaba presente... Por lo demás, esa es cosa del oficio... Todas lo hacen.

—¡Pues bien!—dijo la señora Putois;—es una so-

temne necesidad confiarse á ellas, para salir una estropeada de sus manos, cuando existe un remedio soberano. Bebiendo cada noche un vaso de agua bendita, trazando al mismo tiempo tres cruces en el vientre con el dedo pulgar, la cosa se marcha por sí sola.

Mamá Coupeau, á quien creían dormida, alzó la cabeza para protestar, diciendo que sabía otro medio, infalible de veras, y consistía en comer un huevo duro cada dos horas y aplicarse un cataplasma de hojas de espinaca en los riñones. Las cuatro mujeres la escuchaban con seriedad. Pero la bisoja Agustina, cuyos arranques de alegría disparábanse por sí solos, sin que jamás se supiese por qué, soltó un cacareo de gallina que era su risa peculiar. Nadie pensaba en ella.

Levantó Gervasia las enaguas y la vió tendida en el trapo, revolcándose como una gorrina, con las piernas al aire. Sacóla de allí y la puso en pie de una bofetada. ¿Por qué se reía, la pava? ¿por qué escuchaba la conversación de las personas mayores? Acto seguido la mandó que fuese á llevar la ropa de una amiga de la señora Lerat á Batignolles. Y mientras hablaba, la puso el cesto debajo del brazo y la empujó hacia la puerta. La bisoja, refunfuñando, sollozando, echó á andar, arrastrando los pies por la nieve.

Entre tanto mamá Coupeau, la señora Putois y Clemencia, discutían sobre la eficacia de los huevos duros y de las hojas de espinaca. Entonces, Virginia, que permanecía pensativa, con la copa de café en la mano, dijo en voz baja:

—¡Pardiez! si una se pega, se abraza después y asunto concluido, cuando se tiene buen corazón.

Y añadió, sonriéndose, inclinada hacia Gervasia:

—No; de veras que no os guardo rencor por lo del lavadero... ¿os acordáis?

La planchadora quedó confusa. Esto era lo que tanto temía. Ahora adivinaba que saldría al tapete Lantier y Adela. El hornillo roncaba, irradiándose de su enrojecido tubo un exceso de calor. En aquella especie de aletargamiento, las obreras, que hacían durar su café para volver á su faena lo más tarde posible, con-

templaban la nieve de la calle con rostros glotones y lánguidos.

Habían llegado al capítulo de confidencias; declinase lo que harían si tuviesen diez mil francos de renta; no harían nada, pasándose las tardes enteras calentándose, y escupiendo de muy lejos al trabajo. Virginia se había acercado á Gervasia, de manera que las demás no pudiesen oírlo. Y Gervasia se sentía apoltronada, á causa sin duda del excesivo calor, tan apoltronada y tan cobarde, que ni siquiera tenía fuerza para desviar la conversación, y esperaba las palabras de la morena, con el corazón poseído de una emoción de que gozaba sin querer confesárselo.

—Presumo que no os disgusta ¿verdad?—repuso la costurera.—Más de veinte veces se me ha venido á la boca esta conversación. Por fin, ya que de ello tratamos... y sólo por charlar, nada más, pues os repito que no os guardo el menor rencor por lo pasado... ¡Palabra de honor, que no conservo rencor alguno!...

Aquí agitó la copa para mezclar bien el azúcar del fondo, y sorbió tres gotas de una chupadita. Gervasia, oprimida la garganta, seguía esperando y preguntábase si realmente Virginia le había perdonado tan completamente la zurra, pues veía brillar en sus negros ojos chispas amarillas. Aquella endemoniada debía haber guardado su rencor en el bolsillo, tapándolo con el pañuelo.

—Tenéis una excusa—prosiguió la morena.—Acaban de jugaros una mala partida, una abominación... ¡Oh! ¡yo soy justa, vaya! y creo que en vuestro lugar habría cogido un cuchillo.

Y bebió tres gotas más, chupeteando el borde de la copa, y abandonando su hablar pausado, añadió rápidamente, sin detenerse:

—Por eso les fueron tan bien las cosas... ¡Dios mío!... Habíanse ido á vivir al quinto infierno, junto á la Glaciere, en una calle sucia donde el barro llega siempre á las rodillas. Dos días después, salí una mañana para ir á almorzar con ellos; ¡vaya una carrera de omnibus! Pues bien, querida; les encontré dispuestos á despedazarse. Al entrar yo, repartíanse sendos cachetes. ¡Vaya qué enamorados! Ya sabéis que Adela

no vale ni siquiera lo que la cuerda en que ha de parar ahorcada. Es mi hermana, pero eso no quita para decir que es una marrana. Me ha hecho un montón de gorrinadas; sería largo de contar, pues son negocios para arreglar entre ella y yo... En cuanto á Lantier, ya le conoceréis de sobra, y os puede constar que no vale gran cosa. Un señorito que os desuella el trasero por un quitame allá esas pajas... ¡Y á fe que cuando zurra no cierra el puño!... Así, pues, los dos se descostillaban de verdad. Al subir la escalera ya se les oía apalearse. Un día hubo de intervenir la policía. Lantier había querido unas sopas con aceite, una asquerosidad que comen los del Mediodía, y como Adela encontrara repugnante aquello, se tiraron á la cara la botella de aceite, la cacerola, la sopera, todo el terremoto; en una palabra, una escena capaz de poner en revolución á todo el barrio.

Refirió después otras contiendas; el caudal de noticias que sabía de aquella pareja era inagotable, y en él figuraban escenas espeluznantes. Escuchaba Gervasia el relato, sin chistar, pálido el rostro, contraídas las comisuras de sus labios por un pliegue nervioso que parecía una sonrisa. Hacía cerca de siete años que no oía hablar de Lantier. Nunca hubiera creído que el nombre de Lantier, murmurado á su oído, pudiera causarle un calor tal en el hueco del estómago. No, nunca imaginara que pudiese tener una tal curiosidad de lo que había venido á ser de aquel desgraciado, que tan mal se portó con ella.

Ahora, ya no podía sentir celos de Adela; más no dejaba de alegrarse interiormente de sus camorras, veía el cuerpo de su antigua rival cubierto de cardenales, y esto la llenaba de satisfacción. Así, pues, habría permanecido hasta la mañana siguiente oyendo las confidencias de Virginia. No hacía preguntas, por no dar á entender cuánto la interesaba el asunto. Era como si, bruscamente, se llenase un vacío de su vida; su pasado, actualmente, se relacionaba directamente con su presente.

A todo esto Virginia acabó por volver á meter las narices en su copa, saboreando el azúcar, entornados

sus ojos. Y comprendiendo Gervasia que debía decir algo, preguntó afectando la mayor indiferencia:

—¿Continúan viviendo en la Glaciere?

—No—respondió la otra.—¿Pues qué, aún no os lo he dicho?... Hace ya ocho días que no están juntos. Adela recogió una mañana su lío, y os aseguro que Lantier no se ha dado la pena de seguirla.

No pudo la planchadora contener una exclamación; y dijo en alta voz:

—Conque ¡ya no están juntos!

—¿Quiénes?—preguntó Clemencia, interrumpiendo su conversación con mamá Coupeau y la señora Putois.

—Nadie—dijo Virginia,—gentes que no conocéis.

Y examinaba á Gervasia, y la encontraba singularmente conmovida. Acercóse á ella, pareciendo saborear un maligno deleite en su chismográfica tarea. Después, á quemarropa, preguntóle qué haría si Lantier volviese á rondarla de nuevo; porque al fin y al cabo, los hombres son unos bribonazos, y Lantier era muy capaz de volver á sus antiguos amores.

A tal pregunta irguióse Gervasia, mostrando entereza y dignidad. Estaba casada, y pondría á Lantier de patitas en la calle. Entre los dos no podía mediar ya relación alguna, ni siquiera un apretón de manos. En verdad, no tendría ni pizca de vergüenza si volvía á mirar á aquel hombre á la cara.

—Bien sé—añadía—que siendo Esteban hijo suyo, hay un lazo entre los dos que no puedo romper. Si Lantier tiene ganas de dar un beso á Esteban, se lo mandaré; pues es imposible impedir que un padre ame á su hijo... Pero en cuanto á mí, podéis estar segura; señora Poisson, que primero me dejaría hacer tajadas, antes que permitir que me tocase la yema del dedo. Se acabó.

Al pronunciar estas palabras, trazó en el aire la señal de la cruz, como para sellar su juramento. Y ganosa de poner fin á la conversación, fingió desparter sobresaltada, gritando á las obreras:

—¡Ea, muchachas! ¿creéis que la ropa se plancha por sí sola?... ¡Vaya unas perezosas!... ¡Hala! ¡á trabajar!

No se daban prisa las obreras, embotadas por perezosa

modorra, posados los brazos sobre sus muslos, manteniendo en la mano sus copas vacías, y continuaban su conversación.

—Era la Celestina—decía Clemencia.—Yo la conocía. Tenía la manía de los pelos de gato, veía pelos de gato por todas partes y ponía siempre la lengua así, porque creía tener la boca llena de pelos de gato.

—Yo—repuso la señora Putois,—tuve una amiga que tenía un gusano... ¡y no son poco caprichosos esos animales!... El suyo le retorció el vientre, cuando no le daban gallina. Como comprenderéis, no ganando el marido más que siete francos, todo el jornal se iba en golosinas para el gusano.

—Yo lo habría curado al momento,—interrumpió mamá Coupeau.—Basta con tragarse un ratón asado y el gusano queda envenenado repentinamente.

Gervasia, en tanto, habíase vuelto á abandonar á una plácida indolencia; pero hizo un esfuerzo y se puso en pie. ¡Una tarde perdida holgazaneando! ¡Así no se llenaba el bolsillo! Acto seguido volvió á sus cortinas, pero las encontró manchadas de café, y antes de coger la plancha, hubo de quitar la mancha con un lienzo mojado. Las obreras se desperezaban delante del hornillo y buscaban, refunfuñando, sus cogedores. Clemencia, en cuanto se puso en pie, tuvo tan fuerte acceso de tos, que parecía se le iba á saltar la lengua; después dió fin á su camisa de hombre, sujetando con alfileres los puños y el cuello. La señora Putois había vuelto á emprenderla con sus enaguas.

—¡Vaya, hasta más ver!—dijo Virginia.—He bajado á comprar media libra de Gruyère, y creará Poisson que me he helado en el camino.

Había andado tres pasos por la acera, cuando volvió á abrir la puerta, diciendo que veía á Agustina al extremo de la calle, entreteniéndose en patinar con unos pilluelos. Hacía más de dos horas que la bribonzuela saliera de la tienda.

Llegó roja, jadeante, con su cesto al brazo, y el moño barnizado por una bola de nieve, y se dejó regañar con aire socarrón, diciendo que no se podía andar deprisa á causa del hielo. Tal vez algún granuja debió meterle, por guasa, pedazos de hielo en los

bolsillos, pues al cabo de un cuarto de hora, empezaron éstos á regar la tienda á manera de embudos.

Actualmente todas las tardes se pasaban del mismo modo. La tienda, en el barrio, era el refugio de todos los frioleros. La calle entera de la Goutte d'Or sabía que allí hacía calor. Por eso había siempre concurrencia de mujeres parlanchinas que se calentaban delante del hornillo, remangadas las faldas hasta las rodillas, haciendo la capillita. Gervasia, orgullosa con este privilegio, atraía á las gentes y daba reuniones, como decían las malas lenguas de los Lorilleux y los Roche.

Lo cierto es que la planchadora era servicial y caritativa hasta el extremo de hacer entrar en su tienda á los pobres, cuando los veía tiritar en la calle. Encariñose, sobre todo, de un antiguo obrero pintor, un anciano de setenta años, que habitaba en un desván de la casa, donde se moría materialmente de hambre y de frío. El infeliz había perdido sus tres hijos en Crimea y vivía de limosnas desde dos años atrás, por no poder ya sostener la brocha. Tan luego como Gervasia percibía al tío Brú dando patadas en la nieve para entrar en calor, le llamaba, le ofrecía un sitio junto al hornillo y á menudo le obligaba á comer un pedazo de pan y queso. El tío Brú, con su cuerpo doblado, su barba blanca y su rostro arrugado como una manzana vieja, permanecía horas enteras sin chistar, oyendo el chisporroteo del cok. Tal vez evocaba sus cincuenta años de trabajo sobre las escaleras de pintar, el medio siglo empleado en embadurnar puertas y en blanquear techos en los cuatro ángulos de París.

—¿En qué pensáis, tío Brú?—preguntábale á veces la planchadora.

—En nada y en todo—contestaba el anciano con aire distraído.

Las obreras bromeaban, diciendo que el tío Brú pasaba penas ocultas. Mas él, sin oírlas, recaía en su silencio, en su actitud taciturna y pensativa.

A partir de entonces, volvió Virginia á hablar con frecuencia á Gervasia de Lantier. Parecía complacerse en ocuparse de su antiguo amante, por el gustazo de

poner confusa á la planchadora, haciendo suposiciones. Un día le dijo que le había encontrado, y como la planchadora permanecía muda, no añadió palabra; mas al siguiente día le dejó entrever que le había hablado largo rato de ella, con mucha ternura. Gervasia estaba muy conmovida por estas conversaciones cuchicheadas en voz baja, en un rincón de la tienda.

El nombre de Lantier le causaba siempre una quemadura en el hueco del estómago, como si aquel hombre hubiese dejado allí, bajo la piel, algo de sí propio. A la verdad, creíase fuerte y quería vivir como mujer honrada, porque la honradez es la mitad de la dicha. Así, pues, no se acordaba de Coupeau, en este asunto, no teniendo nada que echarse en cara para con su marido, ni siquiera un mal pensamiento. En quien pensaba era en el herrero, con el corazón vacilante y enfermo. Parecíale que el despertar del recuerdo de Lantier en ella, aquella lenta posesión que la sobrecojía de nuevo, la hacía infiel para con Gouget, para con su amor no confesado y dulce como una amistad. Los días que se creía culpable contra su buen amigo, los pasaba tristes. Hubiera querido no sentir cariño sino para él, fuera de su matrimonio. Y este voto interior hablaba en ella muy alto y muy por encima de las suciedades que Virginia acechaba continuamente en el fuego de su faz.

Cuando llegó la primavera, buscó Gervasia un recurso en Gouget. Ya le era imposible pensar en algo, sentada en una silla, sin recordar en seguida á su primer amante. Veíale abandonar á Adela, meter su ropa en el fondo de su antigua maleta y volver á buscarla, con la maleta en el coche. Los días que salía á la calle, sobrecogíala de repente necios temores; figurábase oír los pasos de Lantier detrás de ella y no osaba volver la cabeza, temblando, imaginando que la cogía por el talle. De seguro que la espiaba; el día menos pensado se le presentaría de repente, y esta idea la bañaba de frío sudor, pues no tenía duda de que la daría un beso en la oreja, como tenía costumbre de hacer antaño, por terquedad.

Aquel beso era lo que la espantaba; de antemano la dejaba sorda, llenándole la cabeza de zumbidos, entre

los cuales no distinguía más que el ruido de su corazón latiendo acelerado. Así, pues, desde que tales miedos la asaltaban, la fragua era su único refugio y allí se tranquilizaba y allí sonreía, bajo el amparo de Gouget, cuyo sonoro martillo ahuyentaba sus malos ensueños.

¡Feliz temporada aquella! La planchadora se esmeraba particularmente con su parroquiana de la calle des Portes Blanches; siempre le llevaba ella misma la ropa, porque aquella excursión, cada viernes, era un pretexto, que ni de encargo, para pasar por la calle Marcadet y entrar en la fragua. Desde que doblaba la esquina, sentíase ágil, alegre, como si estuviese de campo, entre aquellos terrenos sin edificar, bordados de fábricas grises; la calzada ennegrecida por el carbón, los penachos de vapor en los tejados la regocijaban tanto como un sendero de musgo en un bosque de las afueras, serpenteando entre grandes ramilletes de verdor; y gustábale sobremanera el horizonte descolorido, rayado por las altas chimeneas de las fábricas, el cerro de Montmartre que tapaba el cielo, con sus casas gredosas y salpicadas por los agujeros regulares de sus ventanas.

Después moderaba el paso al llegar allí, salvando las charcas, saboreando grato placer al atravesar los sitios desiertos é intrincados del taller de demoliciones. En el fondo brillaba la fragua, aun en plena mitad del día. Su corazón palpitaba al compás del danzar de los martillos. Cuando entraba, resplandecía en su rostro vivo carmin, y los rubios pelos de su nuca revoloteaban como los de una mujer que llega corriendo á una cita.

Esperábala Gouget, desnudos los brazos, desnudo el pecho, golpeando con más fuerza sobre el yunque, aquellos días, para que se le oyera de más lejos. Diríase que adivinaba su proximidad. Acogíala con una sonrisa silenciosa que se traslucía á través de su dorada barba. Mas ella no permitía que se distrajesen de su trabajo y le suplicaba que volviese á coger el martillo; pues le gustaba más verle blandiéndolo con sus gruesos brazos, ricos en músculos.

Dirigíase en seguida á hacer una caricia á Esteban; siempre agarrado á su fuelle y permanecía allí una hora, mirando los pernos. Apenas cambiaban diez palabras. Y no habrían satisfecho mejor su ternura en un cuarto solitario, cerrado á doble vuelta de llave. Las fisgas de Bec-Salé, alias Boit-sans-soif, no les esforbaban, puesto que ni siquiera las oían.

Al cabo de un cuarto de hora experimentaba Gervasia cierta sofocación; el calor, el fuerte olor, los humos que salían le daban vértigo, á la vez que los sordos martillazos la estremecían desde los talones á la garganta. En aquellos momentos no deseaba nada; gozaba. Y aunque Gouget la hubiese dado un estrecho abrazo, no habría sentido una emoción más viva.

Acercábase á él para sentir azotadas las mejillas por el viento de su martillo, para encarnarse, por decirlo así, en el golpe que daba. Cuando las chispas punzaban sus manos tiernas, no las retiraba; muy al contrario, deleitábase aquella lluvia de fuego al cimbrarle la piel. Y el herrero, que de seguro adivinaba el placer que sentía la joven, reservaba para los viernes las tareas difíciles, á fin de galantearla con toda su fuerza y su destreza toda, excediéndose á sí propio, á riesgo de partir el yunque en dos, jadeante, estremecidos sus riñones por el deleite que le causaba.

Durante toda una primavera sus amores llenaron de esta suerte la fragua cual un rugido de tempestad. Era aquéllo un idilio en una tarea de gigante, en medio de las llamaradas de la hulla y los sacudimientos del cobertizo cuyo armazón negro de hollín crujía. Todo aquel hierro aplastado, amasado como cera virgen, guardaba las señales de sus ternezas. Los viernes, cuando la planchadora dejaba á Gueule d'or, subía lentamente por la calle des Poissonniers, contenta, saciada, tranquilos el cuerpo y el espíritu.

Poco á poco fué disminuyendo el miedo que le inspiraba Lantier. En aquella época hubiera vivido muy dichosa á no ser por Coupeau que, decididamente, iba de mal en peor. Un día, precisamente al regresar de la fragua, creyó reconocer á Coupeau en la taberna del tío Colombe, consumiendo rondas de vitriolo con

Mes-Bottes, Bibi-la Grillade y Bec-Salé, alias Boit-sans-soif.

Apresuró entonces el paso, para que no creyesen que les espiaba. Pero no por ello dejó de volver la cabeza, y distinguió á Coupeau que se echaba al colete su copa de aguardiente con el ademán de quien se halla familiarizado ya con dicho licor. ¡Mentía, pues, el tunante y se daba ya al aguardiente! Llegó á su casa desesperada, volviendo á sobrecogerla el espanto que aquel maldito líquido le causaba. ¡Beber vino, eso lo perdonaba, porque el vino alimentaba al obrero; pero los licores alcohólicos! no podía transigir con ellos, pues son cochinas, verdaderos venenos que le quitan al obrero el gusto por el pan. ¡Ah! ¡por qué no había de prohibir el gobierno la fabricación de tales porquerías!

Al entrar en la tienda, encontró la casa toda trastornada. Sus obreras habían dejado el mostrador y estaban en el patio, con la nariz hacia arriba. Interrogó á Clemencia:

—Es el tío Bijard que le está pegando una zurra á su mujer—dijo la oficiala.—Estaba esperándola en la puerta de la calle, borracho como un suizo, acechando su llegada del lavadero... La ha hecho subir la escalera á puñetazos, y ahora le está despachurrando dentro de su cuarto... ¿Oís los gritos?...

Aún estaba hablando Clemencia cuando Gervasia echó á correr hacia la escalera. Profesaba cierto cariño á la señora Bijard, su lavandera, que era una mujer de gran temple. Esperaba poner paz entre ellos. Llegada arriba, al sexto piso, encontró la puerta abierta de par en par. Algunos inquilinos, en el tramo, clamaban indignados, mientras que la señora Roche, desde el dintel, decía:

—¿Acabaréis de una vez?... Voy á buscar á los municipales, ¿oís?

Nadie se atrevía á entrar en el cuarto, pues conocían de sobra á Bijard, un bruto en toda la extensión de la palabra, cuando estaba borracho; y á decir verdad, nunca dejaba de estarlo. Los raros días en que trabajaba ponía un litro de aguardiente junto á su torno de cerrajero, y á cada media hora un solemne trago,

A tal grado llegaba su vicio, que puede decirse que no se sostenía sino con la bebida, y de seguro se habría encendido como una antorcha si le hubiesen aplicado un fósforo á la boca.

—¡Pero no podemos dejar que la despedace!— exclamó Gervasia trémula.

Y entró. El cuarto, abohardillado, muy limpio, estaba frío y desnudo, vaciado por las curdas del marido, que sacaba las sábanas de la cama para beberse el producto.

En la lucha, había rodado la mesa hasta la ventana, y las dos mesas estaban volcadas. En el suelo, en mitad de la habitación, yacía la señora Bijard, con las enaguas mojadas todavía por el agua del lavadero y pegadas á sus muslos, arrancados los cabellos, manando sangre, respirando con lastimoso estertor, interrumpido por prolongados ¡ay! ¡ay! á cada talonazo de Bijard. El infame había comenzado por derribarla á puñetazos; actualmente la pisoteaba.

—¡Ah, puta!... ¡ah, puta!... ¡ah, puta!...—gruñía con voz ahogada, acompañando con este mote cada golpe, enloqueciendo al repetirlo, y golpeando más y más fuerte á medida que le iba faltando la voz. Y después, cuando la perdió por completo, continuó pegando silencioso, loco, rígido, en su chaquetón y delantal andrajosos, amoratada la faz debajo de su barba sucia, y salpicada su ancha frente de grandes manchas rojas.

En el tramo, los vecinos decían que la zurraba porque le había negado veinte sueldos aquella mañana.

Oyóse á esto la voz de Roche desde el pie de la escalera, llamando á su mujer y gritando:

—Bájate; déjales que se maten; así habrá unos callas menos.

Entre tanto el tío Brú había entrado en el cuarto siguiendo á Gervasia, y entre ambos trataban de serenar al cerrajero, empujándolo hacia la puerta. Mas él se volvía adentro, mudo, cubiertos de espuma los labios; y en sus pálidos ojos el alcohol ardía, encendiendo una llama de homicidio. La planchadora sacó magullada su muñeca, y el anciano fué á rodar bajo la mesa. En el suelo, la señora Bijard respiraba con

más fuerza, abierta la boca desmesuradamente y cerrados los párpados.

A la sazón, ya no acertaba Bijard á darle golpes; volvía, se encarnizaba, golpeaba á un lado, rabioso, ciego, y alcanzándole á sí propio algunos de los puñetazos que lanzaba al vacío. Y durante esta horrible escena Gervasia contemplaba, en un rincón del cuarto, á la pequeña Lalia, niña de cuatro años, la cual miraba cómo su padre pegaba á su madre. Y la pobrecita tenía en sus brazos, como para protegerla, á su hermana Enriqueta, destetada el día anterior. Y permanecía en pie, con un pañuelo de percal en la cabeza, pálida y grave. Y su mirar era profundo, con fijeza preñada en pensamientos y sin una lágrima.

Cuando Bijard tropezó con una silla y cayó tendido en el suelo, dejéronle roncar, y el tío Brú ayudó á Gervasia á poner en pie á la señora Bijard. Esta, á la sazón, echó á llorar con grandes sollozos; y Lalia, que se había acercado, contemplaba su lloro, habituada á escenas tales, ya resignada. La planchadora al bajar á su tienda, no podía apartar de su memoria aquella mirada de la niña de cuatro años, grave y animosa como la mirada de una mujer.

—El señor Coupeau está en la acera de enfrente—gritó Clemencia desde que la vió.—¡Parece algo achispado!

Precisamente atravesaba el arroyo Coupeau y estuvo á punto de romper un cristal de la tienda con el hombro, no acertando con la puerta. Traía una borrachera de aguardiente, con los dientes apretados y la nariz encarnada. Y Gervasia reconoció al momento el vitriolo de la taberna en la sangre envenenada que le empalidecía la piel.

Quiso bromear y acostarle, como hacía los días en que tenía el vino bonachón. Mas él la dió un empujón, sin despegar los labios, y al pasar, en dirección á su cama, la amenazó con el puño. Parecíase al otro, al borrachón que roncaba arriba, cansado de pegar. Y entonces la infeliz se quedó como helada, pensando en los hombres, en su marido, en Gouget, en Lantier, destrozado el corazón, desesperando de ser feliz en su vida.

VII

El santo de Gervasia caía en 19 de junio. Los días de días, en casa de los Coupeau, se metía la olla grande dentro de la chica; eran banquetes de los que salían los convidados redondos como pelotas, y el vientre lleno por toda la semana. En tales épocas había limpieza general de moneda. En cuanto reunían cuatro sueldos, venga comilona. Hasta inventaban aniversarios en el almanaque, á fin de hallar pretexto para darse un atracón. Virginia aprobaba y aplaudía que Gervasia se hartase de buenas tajadas. Cuando una tiene un marido que todo se lo bebe, es acción meritoria no dejar que la casa se vaya en líquidos sin antes lastrarse bien el estómago. Toda vez que el dinero había de derretirse, tanto valía dar de ganar al carnicero como al tabernero. Y Gervasia cada día más glotona; aceptaba esta excusa. ¡Tanto peor! Si no ahorrabán un miserable sueldo la culpa era de Coupeau. Y á todo esto iba engordando de día en día, y cojeando más aún; en razón á que su pierna, á medida que aumentaba con la grasa, parecía acortarse á proporción.

Aquel año empezó á hablarse de la fiesta un mes antes. Estudiábanse los platos, relamiéndose los labios. La tienda en peso tenía vivos deseos de que llegara el gran día. Era menester una broma hasta allá, algo extraordinaria y que metiese bulla. ¡Dios mío! no todos los días se puede pasar un buen rato.

La gran preocupación de la planchadora era saber á quiénes invitaría; deseaba tener doce personas en la mesa, ni una menos. Ella, su marido, mamá Coupeau y la señora Lerat, sumaban ya cuatro de la familia. También asistirían los Gouget y los Poisson. En un principio habíase propuesto no invitar á sus oficialas la señora Putois y Clemencia, para no darles demasiada franqueza; pero como quiera que se hablaba continuamente de la fiesta delante de ellas y viese las jetas que ponían, acabó por invitarlas. Cuatro y cuatro; ocho, y dos, diez. Entonces, empeñada en completar absolutamente la docena, reconcilióse con los Lorilleux;

que la iban rondando desde hacía algún tiempo, ó por lo menos se convino que los Lorilleux bajarían á comer, y se harían las paces con la copa en la mano. Es positivo que no puede uno quedar reñido siempre con su familia. Además, la idea de la fiesta enternece los corazones todos. Era una ocasión imposible de rechazar.

Quando los Roche tuvieron noticia de la reconciliación proyectada, volvieron á revolotear en torno de Gervasia con mil atenciones y amables sonrisas, y fué preciso rogarles que aceptaran su invitación. ¡Vaya! Serían catorce, sin contar á los niños. Como en su vida había dado un banquete semejante, estaba la planchadora alteradísima, y no cabía en sí de orgullo.

Precisamente el día de la fiesta era un lunes, lo cual no dejaba de ser una ganga para Gervasia, que así podía disponer de la tarde del domingo para comenzar á guisar. El sábado, mientras las oficialas concluían su tarea, entablóse una larga discusión en la tienda á fin de decidir resueltamente qué se comería. Un solo plato estaba adoptado desde hacía tres semanas; un pato cebado asado. Hablábase de él con ojos golosos. Ya estaba comprado. Mamá Coupeau fué á buscarlo para que lo tomasen á peso Clemencia y la señora Putois, y hubo un concierto de exclamaciones; tan enorme les pareció aquella pieza, de piel áspera; hinchada de amarilla grasa.

—Antes del pato, el cocido, ¿verdad?—preguntó Clemencia.—La sopa y un poco de cocido son convenientes siempre... Después no vendría mal un plato de salsa.

La mocetona Clemencia propuso un guisado de conejo, pero todo el mundo dijo que era un plato muy vulgar y que estaban hartas de él. Gervasia soñaba en algo más distinguido. En esto la señora Putois indicó un guiso de ternera y los demás se miraron, sonriendo con aprobación. Era una buena idea; nada hacía tanto efecto como aquel guiso.

—Después—repuso Gervasia,—falta todavía otro plato de salsa.

Mamá Coupeau propuso pescado. Mas las otras hicieron una mueca, golpeando más fuerte con sus plan-

chas. A nadie gustaba el pescado; es manjar indigesto y además todo se vuelven espinas. A la bisoja Agustina, que se atrevió á decir que le gustaba el rodaballo, le cerró la boca Clemencia con un revés. Por fin, la patrona acababa de encontrar como plato á propósito un lomo de cerdo con patatas, que hizo reír de contento todos los semblantes, cuando entró Virginia como un huracán, encendida la faz.

—¡Llegáis á tiempo!—exclamó Gervasia.—Enseñad-le el pato, mamá Coupeau.

Y mamá Coupeau fué á buscar por segunda vez el ave cebada que Virginia hubo de tomar á peso, diciendo: «¡Pardiez! ¡no está poco gordo!» Y acto seguido lo dejó en el ángulo de la mesa, entre unas enaguas y un fío de camisas. Estaba preocupada; y llevándose á Gervasia á la trastienda:

—Querida—murmuró rápidamente,—vengo á avisaros... ¿A que no adivináis á quién he encontrado en el extremo de la calle? Nada menos que á Lantier, que está allí rondando y acechando... Entonces, he venido corriendo, pues comprenderéis que esto me asusta por vos.

La planchadora habíase puesto repentinamente pálida. ¿Qué pretendía aquel desdichado? Y precisamente venía á caer como una bomba en medio de los preparativos de la fiesta. La mala suerte la perseguía; ni siquiera podía disfrutar con tranquilidad un rato de placer. Mas Virginia le respondía que era una tonta en quemarse la sangre. ¡Pardiez! Si Lantier se atrevía á seguirla, con llamar un municipal y hacerlo arrestar bastaba y sobraba.

Desde hacía un mes que su marido había obtenido el destino de municipal, la buena moza adoptaba aires caballerescos y hablaba de arrestar á todo el mundo. Y como quiera que iba levantando la voz, diciendo que le gustaría que alguien la pellizcara por la calle, con el solo objeto de llevar ella misma al insolente al cuartelillo y entregarlo á Poisson, Gervasia, con un gesto la suplicó que se callase, pues las oficialas estaban escuchando. Dicho esto volvió á entrar en la tienda y repuso, afectando la mayor tranquilidad:

—Ahora falta un plato de legumbre...

—¿De legumbre? pues guisantes con manteca—dijo Virginia.—Siempre estaría comiéndolos...

—¡Sí, sí, guisantes con manteca—aprobaron todas las demás, mientras que Agustina, entusiasmada, removía violentamente con las tenazas las brasas del hornillo.

Al día siguiente, domingo, á las tres de la tarde, encendió mamá Coupeau los dos hornillos de la casa, y otro de barro que le prestaron los Roche. A las tres y media hervía el puchero en una gran marmita, prestada por el restaurant de al lado, por haber considerado demasiado chica la marmita de la casa. Habíase resuelto aderezar la víspera el guiso de ternera y el lomo, en atención á que estos platos son mejores recalentados, aplazando preparar la salsa de la ternera para el momento de sentarse á la mesa. Y aun así quedaría bastante tarea para el lunes: la sopa, los guisantes con manteca, el pato asado.

La trastienda estaba completamente iluminada por la lumbre de los tres braseros; rojas llamaradas rodeaban las sartenes con desprendimiento de espeso humo de harina tostada, mientras que la marmita grande espiraba chorros de vapor como una caldera, sacudidos sus flancos por graves y profundos borboriguros. Mamá Coupeau y Gervasia, escudadas por blancos delantales, animaban la habitación con su incesante vaivén, ya desbrizando el perejil, ya corriendo en busca de la sal y de la pimienta, ya removiendo las tajadas con el cucharón de palo.

A Coupeau le habían enviado á pasearse, á fin de que dejara el campo libre, mas no se libraron de que la tienda se llenara de visitas toda la santa tarde. Oía tan bien á cocina en toda la casa, que las vecinas bajaron una en pos de otra, pretextando una excusa cualquiera para entrar y saber qué se guisaba; y ya en la tienda, quedábanse de plantón, esperando á que la planchadora se viese obligada á levantar las tapaderas. Después, á eso de las cinco, apareció Virginia, y confesó que había vuelto á ver á Lantier; decididamente no podía una poner los pies en la calle sin tropezar con él.

También la señora Roche acababa de atisbarle en el

extremo de la acera, alargando la cabeza con aire sócarrón. Entonces, Gervasia, que precisamente iba á salir por un sueldo de cebollas tostadas para el puchero; vióse atacada de un temblor nervioso, y no se atrevió á verificarlo, tanto más cuanto que la portera y la costurera le llenaban de espanto contándole terribles historias de hombres que esperaban á las mujeres con cuchillos y pistolas ocultos bajo el gabán. ¡Pardiez! cada día se leían casos en los periódicos. Cuando uno de esos canallas monta en cólera al encontrar á una antigua querida feliz con otro amante, es capaz de todo. Virginia se ofreció gustosa á salir por las cebollas tostadas. Las mujeres deben ayudarse unas á otras; y no podía permitir que asesinasen á su pobre amiga. Cuando regresó, dijo que Lantier ya no estaba allí, y que debía haberse largado al verse descubierto.

No por ello dejó de versar sobre él la conversación; en torno de las sartenes, hasta la entrada de la noche. La señora Boche aconsejaba que se enterase del asunto Coupeau; mas Gervasia se negó, dando muestras de gran temor, y suplicando que nunca se le dijese una palabra sobre estas cosas. ¡Vaya! ¡buena se armaría! Su marido debía sospechar algo ya, pues desde algunos días á aquella parte, al acostarse, echaba por la boca sapos y culebras y descargaba tremendos puñetazos en la pared.

A la planchadora temblábanle las carnes pensando que los hombres se podían matar por ella; conocía lo celoso que era Coupeau, y sabía que era muy capaz de abalanzarse sobre Lantier con sus tijeras. Y á la vez que las cuatro mujeres se engolfaban en este drama, las salsas cocían lentamente en los hornillos; la ternera y el lomo, cuando mamá Coupeau destapaba las sartenes, exhalaban un ligero rumor, un estremecimiento discreto, y el puchero continuaba su roncar de sochantre dormido panza al sol. Al fin acabaron por escaldarse cada cual una sopa en una taza, para probar el caldo.

Por último llegó el lunes. Siendo los convidados catorce, y temiendo Gervasia que no iba á poder colocarlos á todos, se decidió á poner la mesa en la tienda, y desde el amanecer empezó á medir la habitación

con un metro, para saber en qué dirección la colocaría. En seguida, fué preciso desocupar de ropa y desmontar el mostrador, pues la tabla del mostrador, colocada sobre cuatro banquillos, debía servir de mesa. Mas, precisamente en mitad de aquel zafarrancho, presentóse una parroquiana y armó la de Dios es Cristo; porque estaba esperando su ropa desde el viernes, y como se burlaban de ella, quería su ropa inmediatamente. Entonces Gervasia dió mil excusas, mintiendo con la mayor sangre fría; dijo que no era suya la culpa, que estaba limpiando la tienda, que las oficiales no volverían hasta el día siguiente, y despidió á la parroquiana calmada ya, ofreciéndole que se ocuparía de su ropa á primera hora. Después, cuando la parroquiana se hubo marchado, vomitó mil imprecaciones. En verdad, si se hubiese de escuchar á las parroquianas, ni siquiera le quondaría á una tiempo de comer, ¡matándose la vida entera por sus lindos ojos! ¡que si quieres! Aunque el Gran Turco, en persona le hubiese llevado un cuello de camisa, ofreciéndole cien mil francos por él, no daría un solo planchazo aquel lunes, pues al fin y al cabo eran sus días; y quería gozar como otra cualquiera.

La mañana entera se pasó terminando las compras. Por tres veces salió Gervasia y volvió cargada como una acémila. Y, cuando iba á salir por cuarta vez para encargarse del vino, advirtió que no le quedaba bastante dinero. Bien hubiera podido tomarlo al fiado; pero, con todo, la casa no podía quedar sin un sueldo para los gastillos imprevistos. Y, en la trastienda, mamá Coupeau y ella quedaron desoladas, calculando que al menos necesitaban veinte francos. ¿Dónde encontrar esas cuatro monedas de cien sueldos? Mamá Coupeau, que en otros tiempos había servido en casa de una comiquilla del teatro de Batignolles, pensó al momento en el Monte de Piedad. Gervasia sonrió como si le hubiesen quitado un peso de encima. ¡Qué bestia era! ¡no ocurrírsele este expediente! Inmediatamente envolvió un vestido de seda negra en una servilleta, sujetando los cabos con alfileres, y ocultando el lio debajo del delantal de mamá Coupeau, le recomendó que lo aplastase bien contra la barriga á fin de que los ve-

cinos no se enterasen, y se puso de acecho en la puerta, para ver si alguien seguía los pasos de la anciana. No había llegado ésta delante de la puerta del carbonero, cuando la llamó de nuevo:

—¡Mamá! ¡mamá!

Y, haciéndola entrar en la tienda, quitóse del dedo su sortija, diciéndole:

—Tomad esto también; así prestarán más dinero.

Y cuando mamá Coupeau le entregó á su regreso veinticinco francos, se puso á brincar de gozo. Iba á encargar, como «extra», seis botellas del lacrado para beberlas con el asado. Los Lorilleux quedarían aplastados.

Desde hacía quince días el sueño dorado de los Coupeau era aplastar á los Lorilleux, á esos cazurros, marido y mujer, lindo par en verdad, que se encerraban bajo doble vuelta de llave cuando comían un buen plato, como si lo hubiesen robado, ó bien tapaban la ventana con una manta para ocultar la luz y hacer creer que dormían.

Obrando así, impedían naturalmente que se subiese á su cuarto, y glotoneaban solos, y se daban prisa á atracarse, sin hablar una palabra más allá que la otra. Y al día siguiente, guardábanse mucho de tirar los huesos á la basura, para que no se supiese lo que habían comido; la señora Lorilleux iba, al extremo de la calle, á tirarlos á una cloaca; una mañana habíala sorprendido Gervasia vaciando en tal sitio un cesto lleno de conchas de ostras. ¡Ah! no, de seguro, los tales tragones nada tenían de espléndidos, y todas aquellas estratagemas provenían de su manía de querer parecer pobres.

¡Pues bien! se les daría una lección, demostrándoles que no todos son roñosos en el mundo. A poder ser, Gervasia habría puesto su mesa en medio de la calle, para invitar á todos los transeúntes. El dinero no ha sido inventado para dejarle que se enmohezca, y es más bonito, cuando reluce nuevo al sol. Tan poco se parecía actualmente á sus cuñados la planchadora, que los días que tenía veinte sueldos, se las arreglaba de manera para dar á entender que tenía cuarenta.

Mamá Coupeau y Gervasia no cesaron de hablar de

los Lorilleux mientras ponían la mesa, á las tres de la tarde.

Habían colocado unas grandes cortinillas en el aparador; pero como hacía mucho calor, quedó abierta la puerta, y la calle entera pasaba por delante de la mesa. Las dos mujeres no colocaban un jarro, una botella, un salero, sin que en su distribución dejase de guiarles una intención vejatoria para los Lorilleux. Reservábanles un sitio desde el cual pudiesen ver la soberbia perspectiva del servicio, reservando también para ellos la mejor vajilla, sabiendo que los platos de porcelana les daría el cachetazo.

—¡No, no, mamá Coupeau, no les pongáis esas servilletas! ¡Tengo para ellos dos adamascadas!

ciana.

—De seguro que van á reventar—murmuró la anciana.

Y las dos se sonrieron, en pie á ambos lados de la gran mesa blanca, cuyos catorce cubiertos alineados les causaban no poco envejecimiento. Parecía aquello como si hubiese un altar en mitad de la tienda.

—Pero ¿por qué son tan roñosos?—repuso Gervasia.—Ya sabéis cómo mintieron el mes pasado, cuando dijo la mujer, á quien quiso oír, que había perdido un trozo de cadena de oro, yendo á devolver la tarea. ¡Como si fuera posible que perdiese algo! Aquello fué simplemente una manera de llorar miserias y á fin de no daros vuestros cien sueldos.

—Aún no los he visto más que dos veces, mis cien sueldos—dijo mamá Coupeau.

—¿Qué apostáis á que el mes que viene inventan otro cuento?... Así se explica por qué cierran su ventana cuando se comen un conejo. De lo contrario, asistiría el derecho de decirles: «Puesto que os coméis un conejo, bien podríais dar cien sueldos á vuestra madre.» ¡Si son unos descastados! ¿qué habría sido de vos, si yo no os hubiese recogido en mi casa?

Mamá Coupeau meneó la cabeza en señal de afirmación. Aquel día estaba completamente en contra de los Lorilleux, á causa del gran banquete que daban los Coupeau. Sus glorias eran la cocina, las charlas alrededor de las cacerolas, y las casas puestas en dan-

zã por las comilonas en un día de días. Además, corría ordinariamente muy buenas parejas con Gervasia. Aunque á veces, sin embargo, cuando disputaban, como sucede en todas las familias, la anciana refunfuñaba, considerándose horriblemente desgraciada por hallarse así á merced de su nuera. En el fondo, guardaba cierto cariño á la señora Lorilleux, que al fin era hija suya.

—¡Vaya!—repitió Gervasia;—¿estaríais tan gorda si vivieses con ellos? ¡Y sin café, ni rapé, ni golosinas!... Decidme, ¿os hubieran puesto dos colchones en la cama?

—No, por cierto—respondió mamá Coupeau.—Cuando lleguen, me colocaré enfrente de la puerta para ver qué nariz ponen.

La nariz de los Lorilleux la alegraba de antemano. Pero no era cosa de permanecer allí de plantón, contemplando la mesa. Los Coupeau habían almorzado tarde, á eso de la una, unas cuantas rodajas de salchichón, porque los tres hornillos estaban ocupados, y á fin de no ensuciar la vajilla preparada para el banquete. A las cuatro, las dos mujeres se pusieron á ultimar su tarea. El pato se asaba en un fogón colocado en el suelo cerca de la ventana abierta, y era tan grande que fué necesario introducirlo casi á la fuerza en el asador.

La bisoja de Agustina, sentada en un banquillo, recibiendo de lleno el reflejo de incendio del fogón, rociaba con gravedad el pato echándole la manteca con un cucharón de largo mango. Gervasia se ocupaba de los guisantes. Mamá Coupeau, trastornada su cabeza entre tanto y tanto plato, iba de acá para allá, esperando el momento de poner á recalentar la ternera y el lomo. A las cinco comenzaron á llegar los convidados. Las primeras fueron las dos oficiales Clemencia y la señora Putois, endomingadas las dos, la primera de azul y la segunda de negro. Clemencia llevaba un geranio y la señora Putois un heliotropo; y Gervasia, que en aquel momento tenía las manos llenas de harina, hubo de aplicar á cada una dos afectuosos besos, echando atrás las manos. Después, casi inmediatamente, entró Virginia, vestida como una señora, con un traje

de muselina estampada y manteleta y sombrero, aun cuando para acudir sólo debía atravesar la calle. Llevaba un tiesto de claveles rojos, y dió un estrecho abrazo á la planchadora.

Por fin aparecieron Roche con un tiesto de pensamientos, la señora Roche con un tiesto de reseda, y la señora Lerat con un toronjil, un tiesto cuya tierra iba cayendo sobre su vestido de merino violeta. Toda esta gente se abrazaba, se besaba, se amontonaba en la tienda, en medio de los tres hornillos y del fogón, de los que se exhalaba un calor de asfixia. Los ruidos del freir de las sartenes sofocaban las voces. Uno de los vestidos enganchóse en el asador, y causó profunda emoción.

Olia tan fuerte el pato asado, que las narices se dilataban. Y Gervasia, excediéndose en amabilidad, daba las gracias á cada cual por su ramillete, sin por ello descuidar la preparación de la salsa de ternera, en el fondo de un plato sopero. Había colocado los tiestos en la tienda, al extremo de la mesa, sin quitarles el gracioso cucurucho de papel que los ordenaba, y á los olores de la cocina mezclábase el suave perfume de las flores.

—¿Queréis que os ayudemos?—preguntó Virginia.—¡Cuando pienso que hace tres días que trabajáis en preparar todo esto, y que todo va á desaparecer en un abrir y cerrar de ojos!

—¡Caramba!—respondió Gervasia;—estas cosas no se hacen por sí solas... No, no os ensuciéis las manos. Ya veis que todo está dispuesto. Sólo falta la sopa...

Entonces todo el mundo empezó á aligerarse de ropa, para mayor comodidad. Las mujeres dejaron sobre la cama sus manteletas y sus gorros, después recogieron las faldas, prendiéndolas con alfileres, para no mancharlas.

Roche, que había mandado á su mujer á que tuviera cuidado de la portería hasta la hora de comer, empujaba ya á Clemencia contra un ángulo de la estancia, preguntándole si tenía cosquillas; y la oficiala jadeaba, se retorcia, acurrucándose y agitado el pecho hasta el punto de hacer estallar su corsé, pues la

sola idea de que la hiciesen cosquillas le causaba un estremecimiento general.

Las otras mujeres, con el fin de no estorbar á las cocineras, acababan de pasar también á la tienda, donde permanecían arrimadas á la pared, de cara á la mesa, y como la conversación continuase por la puerta abierta, y no se oían unas á otras, á cada rato volvían á la trastienda, invadiéndola á gritos, y rodeando á Gervasia, que se distraía de su tarea contestándoles, con el humeante cucharón en la mano.

Todos reían, y las frases que se soltaban eran cada vez más picantes. Habiéndosele ocurrido á Virginia decir que no comía desde hacía dos días, para dejarse un agujero en el estómago, la indecuenta Clemencia declaró que por su parte se había agujereado, tomando por la mañana «un caldo puntiagudo» (1), como los ingleses.

Entonces Roche dió un medio para digerir al momento, el cual consistía en apretarse contra una puerta, después de cada plato; así lo practican los ingleses, y el tal ejercicio permite comer doce horas seguidas sin fatigar el estómago. La buena educación exige que se coma mucho cuando le convidan á uno. No se guisa ternera, y cerdo y pato, para los gatos. Tranquila podía quedar la patrona, pues la limpiarían los platos con tal perfección, que no necesitaría lavarlos al día siguiente.

Y la reunión parecía abrirse el apetito, aspirando con fuerza los olores que se exhalaban de las sartenes y del asador. Las mujeres acabaron por hacer como las niñas; jugaban á empujarse, corrían de una habitación á otra, conmoviendo el piso, removiendo y desarrollando los olores de cocina con sus faldas, en una ensordecedora batahola, en que las risotadas se mezclaban con los golpes de cuchillo con el que mamá Coupeau picaba el lardo.

Precisamente Gouget se presentó en el momento en que todas saltaban y gritaban, riendo. Y no se atrevía á entrar, intimidado, con un gran rosal blanco en los brazos, una planta magnífica cuyo tallo le llegaba á la cara entremezclando sus flores con su dorada barba. Gervasia corrió á su encuentro, encendidas las mejillas

llas por el calor de los hornillos. Mas el herrero no sabía cómo desembarazarse de su tiesto, y cuando la planchadora se lo tomó de las manos, tartamudeó, no atreviéndose á besarla. Y ella se vió precisada á levantarse sobre las puntas de sus pies, y arrimar su mejilla contra sus labios; y tan cortado estaba él, que le dió un beso en el ojo con tal violencia, que por poco la deja tuerta. Los dos quedaron confusos y temblorosos.

—¡Ah! ¡señor Gouget! ¡qué regalo tan precioso!— dijo Gervasia colocando el rosal junto á las otras flores, por cima de las cuales sobresalía con todo su penacho de follaje.

—¡No tal, no tal!—repetía él, sin saber qué decir.

Y cuando, después de exhalar un fuerte suspiro, se encontró algo repuesto, anunció que no contarán con su madre, pues la ciática no la dejaba salir de casa. Gervasia se quedó desconsolada á tal noticia, y al momento se le ocurrió apartar para la buena señora un trozo de pato, pues tenía empeño en que lo probara. Ya no se aguardaba á nadie. Coupeau debía estar por el barrio haciendo tiempo, en compañía de Poisson, á quien había ido á buscar á su casa, después de almorzar. No tardarían en llegar, pues habían prometido ser puntuales á las seis.

Entonces, como la sopa estaba ya casi hecha, llamó Gervasia á la señora Lerat, diciéndole que le parecía llegado el momento de subir á avisar á los Lorilleux. Al oír esto la señora Lerat adoptó un aire muy grave, pues ella había sido la que negociara las paces y arreglado entre ambas familias la ceremonia de la reconciliación. Cogió su chal y su sombrero, y subió, erguida en sus enaguas, con el continente que regería su importante misión. La planchadora, en el interior, continuó removiendo la sopa, que era de macarrones, sin decir una palabra. La reunión, que en espera del suceso se había formalizado de repente, aguardaba con solemnidad.

La primera que apareció fué la señora Lerat. Había salido por la puerta del patio, para dar mayor pompa á la reconciliación, y mantuvo, con la mano, abierta

de par en par la puerta de la tienda, mientras la señora Lorilleux, en traje de seda, se detenía en el dintel. Todos los invitados se habían puesto en pie. Y Gervasia se adelantó, dió un beso á su cuñada, como se había convenido, y dijo:

—Vamos, entrad. Lo pasado, pasado ¿verdad?... En adelante, siempre amigas.

Y la señora Lorilleux contestó:

—No deseo más sino que sea para siempre.

Cuando acabó de entrar, Lorilleux se detuvo también en el dintel, esperando que le dieran el beso antes de penetrar en la tienda. Ni uno ni otro llevaban ramo; habíanse negado á ello, para que no pareciese que se sometían demasiado á la Banbán llevándole flores en la primera entrevista. Entre tanto Gervasia llamó á Aguslina para que trajese dos botellas. Después, en un ángulo de la mesa, llenó de vino las copas y llamó á todo el mundo. Y cada cual tomó una copa, y brindó por la buena armonía entre la familia. Hubo un rato de silencio; la reunión bebía, las mujeres levantaban el codo, de un trago, hasta la última gota.

—No hay nada mejor que un trago antes de la sopa—declaró Boche, dando un chasquido con la lengua.—Vale más esto que un puntapié en el trasero.

Mamá Coupeau, que se había colocado enfrente de la puerta para ver la nariz de los Lorilleux, tiró del vestido á Gervasia y se la llevó á la trastienda. Y allí, inclinadas las dos sobre el puchero de la sopa, continuaron chismorreando en voz baja:

—¡Vaya una jeta!—dijo la anciana.—Vos habéis podido verles; pero yo les acechaba... Cuando ella ha percibido la mesa, ha hecho una mueca así, las junturas de la boca se le han subido hasta los ojos; en cuanto á él, para no ahogarse, ha tenido que toser... Miradles, ahora, en aquel rincón; á falta de saliva que tragar, se comen los labios.

—¡Dan lástima, de veras, unas gentes tan envidiosas!—murmuró Gervasia.

Efectivamente, los Lorilleux hacían una triste figura. De seguro que á nadie le agrada ser aplastado; en las familias, sobre todo, cuando unos medran, los demás

rabían; es muy natural. Pero al menos saben contenerse, y no darse en espectáculo. ¡Pues bien! Los Lorilleux no sabían contenerse. Aquello era superior á sus fuerzas, y miraban bizco, y la boca se les ponía de través. Tan á las claras se manifestaba su despecho, que los demás convidados no pudieron menos que preguntarles si se hallaban indispuestos. En la vida digerirían la mesa con sus catorce cubiertos, sus blancos manteles y sus rabanadas de pan cortadas de antemano. Creía uno encontrarse en un restaurant de los bulevares.

La señora Lorilleux dió la vuelta á la mesa, bajó los ojos, para no ver las flores, y disimuladamente tocó el mantel, torturada con la idea de que fuese nuevo.

—¡Ya está!—exclamó Gervasia reapareciendo, sonriente, desnudos los brazos y revoloteando en sus sienes su rizado pelo.

Los invitados pataleaban en torno de la mesa. Todos tenían hambre, y bostezaban ligeramente, con aire de aburrimiento.

—Si llegase el patrón—añadió la planchadora,—podríamos empezar.

—Tiempo tendrá de enfriarse la sopa—dijo la señora Lorilleux.—Coupeau se olvida siempre. Mejor hubiera sido no dejarle salir.

Eran ya las seis y media. Los guisos cocían demasiado, y el pato iba á pasarse. Entonces, Gervasia, desconsolada, propuso que fuese alguno á recorrer las tabernas del barrio, á ver si daba con Coupeau. Ofrecióse Gouget; ella quiso acompañarle y Virginia, inquieta por la tardanza de su marido, se fué con ellos. Los tres, con la cabeza al aire libre, ocupaban toda la acera. El herrero, vestido de gabán, daba el brazo izquierdo á Gervasia y el derecho á Virginia, haciendo el cesto de dos asas, como decía él, frase que le pareció tan chusca, que hubieron de pararse un rato, para soltar el trapo á la risa. Y viendo sus figuras en el espejo del salchichero, redoblaron sus carcajadas. Junto á Gouget, que vestía de negro, las dos mujeres parecían dos gallinas pintadas, la costurera con su traje de muselina salpicado de ramos color de rosa, y

la planchadora en bata de percal blanco con puntos azules, desnudas las muñecas y una corbatita de seda gris ceñida al cuello. Los transeúntes se paraban para verlos pasar, tan joviales, tan risueños, endomingados en un día de trabajo, codeando á la gente que obstruía la calle des Poissonniers en aquella templada tarde de junio.

Mas no se trataba de pasear bromeando, sino de ir en derecha hacia la puerta de cada taberna, alargar la cabeza y mirar quién había ante el mostrador. ¿Se habría ido tal vez ese animal de Coupeau á echar una copa al Arcó del Triunfo? Ya habían recorrido toda la parte alta de la calle, fijándose en los buenos sitios: en la «Petite Civette», renombrada por sus ciruelas; en la taberna de la tía Baquet, que vendía vino de Orleans á ocho sueldos, y en el «Papillon», punto de cita de los señores cocheros y de las gentes de gusto delicado. Y Coupeau sin parecer. Entonces bajaron hacia el bulevar y al pasar por delante de la tienda de Francisco, el tabernero de la esquina, lanzó Gervasia un ligero grito.

—¿Qué es?—preguntó Gouget.

La planchadora ya no reía. Estaba muy pálida y tan conmovida, que por poco se cae. Virginia comprendió al momento la causa, viendo en la taberna á Lantier que, sentado junto á una mesa, comía con la mayor tranquilidad. Las dos mujeres se alejaron arrastrando casi al herrero:

—Se me ha torcido un pie—dijo Gervasia, cuando algo repuesta de su emoción, pudo articular algunas palabras.

Por fin, en la parte baja de la calle descubrieron á Coupeau y á Poisson en la taberna del tío Colombe. Allí estaban, en pie, en medio de un grupo de consumidores; Coupeau, con su blusa gris, vociferaba, con ademanes furiosos y dando puñetazos en el mostrador; Poisson, que no estaba de servicio aquel día, abotonado en un viejo páletó de color de castaña, le escuchaba, pálido y silencioso, atusando su perilla y sus bigotes rojos. Gouget dejó á las mujeres en la acera, y entrando en la taberna, llegóse hasta Coupeau, á quien dió una palmadita en el hombro. Mas cuando

el plomero vió á Gervasia y Virginia en la acera, enfadóse. ¿Qué demonio le querían aquellas mujerzuelas? ¿les había llegado á las faldas el turno de acosarle? Pues se quedarían con las ganas; de allí no se movía ni á tiros; y en cuanto á ellas, ya podían irse á comer solas sus gorrinerías. Para apaciguarle fuéle preciso á Gouget aceptar una ronda de cualquier cosa y aun así tuvo el plomero la mala intención de detenerse cinco minutos más delante del mostrador. Cuando, por fin, salió á la calle, dijo á su mujer:

—No me agrada que me sigan los pasos... Quiero hacer lo que me dé la gana, ¿oyes?

Nada respondió Gervasia. Temblaba como una azogada. Debió haber dicho algo sobre Lantier á Virginia; porque ésta empujó á su marido y á Gouget diciéndoles que anduvieran delante. En seguida, las dos mujeres se pusieron á los lados del plomero para distraerle é impedirle que viese. Pero éste, que sólo estaba á medios pelos, y más bien exaltado por la charla que por la bebida, emperróse en andar por la acera derecha, haciéndolas salir á empellones de la izquierda que era la que se propusieran seguir. Asustadas, aceleraron el paso y trataron de ocultar la puerta de Francisco. Mas Coupeau debía saber que Lantier estaba en la taberna, pues gruñó, dejando helada á Gervasia.

—¡Sí, ya lo sé, cierva mía! Tenemos allí un antiguo conocido... A mí no se me toma por bobo... ¡Guay si te pillo otra vez paseándole la calle, con miraditas de reojo!

Y soltó un aluvión de motes obscenos. No era al marido á quien ella buscaba, con los brazos desnudos; y el rostro enharinado, sino á su antiguo rufián. Después, bruscamente, entró en un paroxismo de furor contra Lantier. ¡Ah! ¡bandido! ¡ah! ¡canalla! No había remedio; uno de los dos debía quedar tendido en la calle, con las tripas fuera, como un conejo. A todo esto Lantier, como si no se tratara de él, seguía comiendo tranquilamente su ternera con acederas. La gente comenzaba á agolparse. Por fin, Virginia logró llevarse de allí á Coupeau, quien se tranquilizó de repente en cuanto dobló la esquina de la calle. Y llegaron á la tienda menos alegres que cuando salieron.

Los convidados, en torno de la mesa, esperaban con las caras mustias. El plomero empezó á distribuir apretones de manos, contoneándose ante las mujeres. Gervasia, un tanto angustiada, hablaba á media voz, señalando á cada uno su sitio. Mas, de repente, observó que, no habiendo acudido la señora Gouget, iba á quedar un lugar vacío, el sitio de al lado de la señora Lorilleux:

—¡Somos trece!—exclamó conmovida, viendo en ello una nueva prueba de la mala suerte que la perseguía desde hacia algún tiempo.

Las mujeres, que estaban sentadas ya, levantáronse con ademán de inquietud y enojo. La señora Putois ofreció retirarse, porque, según decía, no hay que jugar con cosas semejantes; y que aun cuando se quedase, no tomaría un bocado, por temor de que se le indigestara. Roche, por su parte, mofábase, diciendo que prefería que fuesen trece, mejor que catorce, pues así tocaría á cada uno mayor porción.

—¡Esperad!—dijo Gervasia.—¡Todo se arreglará!

Y, saliendo á la acera, llamó al tío Brú, que en aquel momento cruzaba el arroyo. El anciano obrero entró, encorvado, rígido, mudo el semblante.

—Sentáos ahí, buen hombre—dijo la planchadora.—Comeréis con nosotros ¿verdad?

Hizo el anciano un movimiento de cabeza, indicando su aquiescencia.

—¡Ea! tanto vale él, como otro cualquiera—continuó la planchadora bajando la voz.—El infeliz no siempre come para matar su hambre... A lo menos, sacará la tripa de mal año... Así nos atracaremos sin ningún remordimiento.

Tan conmovido estaba Gouget, que casi se le saltaban las lágrimas.

Los demás aprobaron compadecidos, añadiendo que esta acción les reportaría á todos felicidad. Sin embargo, la señora Lorilleux no parecía muy satisfecha de hallarse junto al anciano, y se hacía á un lado dirigiendo ojeadas de disgusto á sus manos callosas y á su blusa remendada y desteñida. El tío Brú permanecía con la cabeza baja, molestándole sobremanera la servilleta que ocultaba su plato. Al fin, decidióse á

quitarla de allí, y la puso con cuidado sobre el borde de la mesa, sin ocurrirsele colocarla sobre sus rodillas.

Por último, empezaba Gervasia á repartir la sopa, y los invitados empuñaban sus cucharas, cuando Virginia hizo observar que Coupeau había desaparecido de nuevo, añadiendo que tal vez se había vuelto á la taberna del tío Colombe. Y la reunión se enfadó. ¡Tanto peor para él! ahora sí que nadie correría en su busca; que se quedase en la calle, si no tenía hambre. Y mientras las cucharas golpeaban el fondo de los platos, reapareció el plomero llevando un tiesto en cada brazo, una giroflea y una balsamina. Todos los presentes palmotearon con entusiasmo. Y él, galante, fué á colocar los tiestos, uno á la derecha y otro á la izquierda de Gervasia, y después inclinándose y dándole un beso:

—Te había olvidado, cierva mía... Pero eso no quita para que nos amemos, y mucho más, en un día como este.

—Está el patrón muy fino esta tarde—murmuró Clemencia al oído de Roche.—Tiene todo cuanto necesita un hombre para ser amable.

La galantería de Coupeau restableció la alegría general, un momento comprometida. Gervasia, tranquilizada, había recobrado su risueño semblante. Los invitados acababan la sopa. Empezaron á circular las botellas, y bebióse la primera copa de vino, cuatro dedos de vino puro, para ayudar á que pasasen los macarrones. Oíanse en la trastienda los gritos de Esteban, de Naná, de Paulina y del pequeño Víctor Fauconnier, para los cuales se había puesto una mesa aparte, encargándoles que fueran muy juiciosos. La bisoja Agustina, que vigilaba los hornillos, tenía que comer sobre las rodillas.

—¡Mamá! ¡mamá!—exclamó de improviso Naná.— ¡Agustina está metiendo el pan en el asador!

Acudió la planchadora sorprendiendo á la bisoja á punto de abrasarse la garganta, por querer tragar precipitadamente una rebanada de pan mojado en la hirviente grasa del pato, y le dió un bofetón, por empeñarse la maldecida rapaza en decir que era mentira.

Después del cocido, cuando apareció la ternera, ser-

vida en una ensaladera, por no haber en la casa una fuente bastante grande, circuló una risotada entre los invitados.

—¡Esto se va animando!—dijo Poisson, que raras veces desplegaba los labios.

Eran las siete y media. Habían cerrado la puerta de la tienda, á fin de evitar el figoneo del barrio; el relojito de enfrente, sobre todo, abría unos ojos grandes como naranjas, y les quitaba los bocados de la mano con una mirada tan glotona, que casi les impedía comer. Las cortinillas corridas de las vidrieras daban paso á una luz blanca, igual, sin una sombra, en que se bañaba la mesa, con sus cubiertos colocados todavía en orden simétrico, y sus tientos de flores ceñidos por sus graciosos cucuruchos de papel; y aquella claridad pálida, aquel lento crepúsculo prestaba á la reunión cierto aire distinguido. Virginia encontró la frase gráfica: contempló un rato la habitación, cerrada y tapizada de muselina, y dijo que era muy «chic». Cuando pasaba una carreta por la calle, las copas danzaban sobre el mantel, y las mujeres se veían obligadas á alzar la voz tanto como los hombres. Pero se hablaba poco, reinaba el mejor orden, y todos se esmeraban en obsequiarse mutuamente. Sólo Coupeau estaba de blusa, por cuanto, decía, entre amigos no hay que andarse con cumplimientos, y además la blusa es el traje de honor del obrero. Las mujeres, aprisionadas en sus corsés, reflejaban la luz que daba en sus cabezas llenas de pomada; mientras que los hombres, sentados á cierta distancia de la mesa, arqueaban el pecho y separaban los codos, por temor de mancharse sus gabanes.

¡Ah! ¡por vida de! ¡qué brecha en la ternera! Si no se hablaba mucho, en cambio se mascaba de lo lindo. La ensaladera se ahuecaba, manteniendo la cuchara en la espesa salsa, una apetitosa salsa amarilla que temblaba como la gelatina. En su fondo pescábanse tajadas de ternera, y las había siempre, y la ensaladera circulaba de mano en mano, y los rostros se inclinaban buscando las setas.

Las gigantescas barras de pan, adosadas á la pared, á espaldas de los convidados, parecían derretirse. En-

tre bocado y bocado oíase el ruido que producían las copas vaciadas, al chocar contra la mesa. Como la salsa era algo salada, fueron menester cuatro litros de vino para anegarla á la traidora, que se dejaba tragar como una crema, y al llegar al estómago desarrollaba un incendio. Y sin tiempo siquiera para respirar apareció el lomo de cerdo, montado en una honda fuente, rodeado de patatas redondas y exhalando una nube de humo. La reunión lanzó un grito de admiración. ¡Voto á tal! ¡magnífico plato! Aquello gustaba á todo el mundo. Las bocas todas se hacían agua y cada cual seguía la fuente con el rabo del ojo, limpiando el cuchillo con una miga de pan, á fin de estar dispuesto al ataque. Servidos ya, codeábanse unos á otros, hablando con la boca llena. ¿Qué tal, eh? Ni una manteca. Aquello tenía algo de suave y de sólido á la vez y se sentía deslizar á lo largo de la tripa, hasta las suelas de las botas. Las patatas eran un azúcar. No estaba salado aquel plato; pero, precisamente á causa de las patatas, requería un trago á cada minuto. Destapáronse cuatro botellas más, y los platos quedaron tan limpios que no hubo necesidad de cambiarlos para comer los guisantes. ¡Oh! las legumbres no tienen malicia: uno se las traga á cucharada llena; como por distracción. Una verdadera golosina, en fin, como quien dice comidilla de damas. Lo mejor que tenían aquellos guisantes eran los torreznos, tostados á punto y oliendo á casco de caballo quemado. Dos botellas bastaron.

—¡Mamá! ¡mamá!—gritó otra vez Naná.—¡Ahora Agustina mete las manos en mi plato!

—¡No me jorobes! ¡dale un bofetón!—respondió Gervasia, que estaba atracándose de guisantes.

En la trastienda Naná hacía de ama de casa en la mesa de los niños. Estaba sentada al lado de Víctor y había colocado á su hermano Esteban junto á Paulinita; así, jugaban á matrimonios, cual recién casados en día de bodas. Al principio sirvió Naná á sus invitados con mucha amabilidad, sonriendo como una persona mayor; pero dejándose arrastrar después por su pasión á los torreznos, se quedó con todos. Y como la bisoja Agustina, que andaba dando vueltas cazurra-

mente alrededor de los niños, se aprovechó de esto para tomar á puñados los torreznos, so pretexto de repartirlos por igual. Naná, furiosa, la mordió en la muñeca.

—¿Sí?—murmuró Agustina;—pues voy á decir á tú madre que después de comer la ternera has dicho á Víctor que te diera un beso.

Pero se restableció el orden cuando Gervasia y mamá Coupeau entraron para sacar el pato del asador. En la mesa, aprovechaban los invitados un momento para respirar, recostados en los respaldos de sus sillas. Los hombres desabotonábanse los chalecos y las mujeres se enjugaban el rostro con sus servilletas.

Hubo como una interrupción en el festín; solamente unos pocos, sin descansar las mandíbulas, continuaban tragando gruesos bocados de pan, no advirtiéndolo siquiera. Dábase tiempo á los manjares engullidos para que se acomodasen en el estómago. Y mientras tanto oscurecía lentamente, viéndose á través de las cortinillas, una claridad turbia, cenicienta, que menguaba por grados. Cuando Agustina colocó dos lámparas en los extremos de la mesa, apareció á su viva claridad el desorden del servicio, los platos y los tenedores grasientos y el mantel manchado de vino y lleno de migajas. Aspirábase un olor asfijante, y sin embargo, las narices todas volvíanse en dirección á la cocina á cada cálida bocanada.

—¿Queréis que os ayude?—exclamó Virginia.

Y se levantó, dirigiéndose á la trastienda. Siguiéronla todas las mujeres, una á una, yendo á rodear el asador, contemplando con profundo interés á Gervasia y á mamá Coupeau que sacaban el plato. Surgió luego un clamoreo general, destacándose las voces y los saltos de alegría de las niñas. Y tuvo lugar una especie de entrada triunfal; Gervasia llevaba el pato, envarados los brazos, la faz bañada en sudor, é iluminada por una sonrisa de satisfacción, y tras de ella seguían las mujeres, sonrientes también, mientras que Naná, en el extremo del cortejo, alzabase de puntillas, con los ojos desmesuradamente abiertos.

Cuando el enorme pato, dorado, nadando en grasa, estuvo sobre la mesa, eran tales el asombro, la respe-

tuosa sorpresa que sobrecogieron á la reunión, que pasó un largo rato sin que acometieran al animal. Mostrábase uno á otros, guiñando los ojos y moviendo la cabeza. ¡Por vida de!... ¡vaya una pieza! ¡qué muslos! ¡qué panza!

—¡No se ha cebado lamiendo las tapias!—exclamó Roche.

Entonces comenzaron los detalles sobre el pato. Gervasia precisó hechos: aquella era la pieza más hermosa que había encontrado en la tienda del pollero del faubourg Poissonnière; pesaba doce libras y media en la balanza del carbonero; para asarlo, había gastado una espuerta de carbón y el animalejo había soltado tres tazas de grasa.

Interrumpióla Virginia, jactándose de haber visto crudo el pato: ganas daban de comerlo aun sin asar—decía—tan fina y blanca tenía la piel, ¡una verdadera piel de rubia! Todos los hombres se reían, estremecidos sus labios por concupiscente gula. Empero Lorrilleux y su mujer fruncían las narices, sofocados al ver tan solemne pieza en la mesa de la Banbán.

—Vaya; supongo que no nos lo vamos á comer entero—acabó por decir la planchadora.—¿Quién trincha?... ¡Yo no me atrevo! ¡Es muy grande y me da miedo!

Ofrecióse Coupeau, diciendo que era muy sencillo; no había más que tirar de las patas y punto concluido. Pero opúsose la mayoría, y sacaron á viva fuerza de manos del plomero el cuchillo de cocina, pues todos sabían que cuando trinchara, hacía un verdadero destrozo. Durante un minuto buscaron á otro que trinchara, y por último la señora Lerat dijo con amable acento:

—Yo creo que esto corresponde al señor Poisson... sí, al señor Poisson.

Y como quiera que la reunión no daba indicios de comprender el significado de su proposición, añadió con satisfacción más lisonjera todavía:

—Seguramente le corresponde al señor Poisson, que está acostumbrado al uso de las armas.

Y pasó al municipal el cuchillo de cocina que tenía en la mano. Todos los presentes aprobaron con satisfac-

ción. Inclino Poisson la cabeza con militar rigidez y puso el pato delante de sí. Sus vecinas, Gervasia y la señora Roche, se apartaron un poco, haciendo lugar á sus codos. Y él trinchaba lentamente, con ademanes muy graves, fijos los ojos en el animal, cual si intentase clavarlo en el fondo del plato. Cuando introdujo el cuchillo en el esqueleto, que crujía al impulso, Lorilleux, en un arranque de patriotismo, gritó:

—¡Qué tal, si fuera un cosaco!

—¿Os habéis batido con los cosacos, señor Poisson? preguntó la señora Roche.

—No, con los beduinos—respondió el municipal, mientras separaba un alón.—Ya no hay cosacos.

Reinó luego un profundo silencio. Los cuellos se alargaban, las miradas seguían los movimientos del cuchillo. Poisson preparaba una sorpresa. De repente dió un postrer tajo y el cuarto trasero del animal se separó y se mantuvo derecho, con la rabadilla en alto, en forma de mitra de obispo. Estalló entonces la general admiración.

Nadie como un veterano, para ser amable en sociedad. Entre tanto el pato dejaba escapar un chorro de grasa por el orificio abierto de su trasero, y Roche riendo:

—Me abono—dijo—para que me meen así en la boca,

—¡Habrà cochino!—exclamaron á una todas las mujeres.

—¡De verdad, no conozco otro hombre más repugnante!—dijo la señora Roche más furiosa que las otras. —¡Cállate! ¿oyes? Serías capaz de hacer echar las tripas á un batallón de soldados... ¡Eso lo hace para que nadie coma y le toque á él mayor porción!

En aquel momento y en medio del barullo repetía Clemencia con insistencia:

—Señor Poisson... señor Poisson. Haced el favor de reservarme la rabadilla...

—Querida amiga—dijo la señora Lerat con aire discretamente zumbón,—la rabadilla os pertenece de derecho.

Por fin, el pato estaba trinchado. El municipal, después de haber dado tiempo á la reunión para admirar la mitra de obispo, acabó de separar los trozos y los

ordenó en torno de la fuente. Podían servirse ya. Pero las mujeres, desabrochándose los vestidos, quejábanse del calor. Coupeau dijo que hiciesen como si estuviesen en su casa, que él se ciscaba en los vecinos, y abrió de par en par la puerta de la tienda, continuando el festín en medio del rodar de los coches y del continuo pasar de transeuntes por la acera. Entonces, reposadas ya las mandíbulas y ahuecado un nuevo espacio en el estómago, volvieron todos á la tarea y cayeron furiosamente sobre el pato. Y el tuno de Roche decía que el rato de espera y el espectáculo de trinchar le habían hecho bajar la ternera y el lomo á los talones.

Tremenda fué la arremetida. Nadie de los presentes recordaba haberse cargado nunca la conciencia con una indigestión semejante. Gervasia, voluminosa, apoyada en sus codos, comía enormes trozos de pechuga, sin hablar, temiendo perder un bocado; sólo, sí, sentíase algo avergonzada ante Gouget, por mostrarse á su vista glotona como una gata. A Gouget, por su parte, alimentábale de sobra verla comer con tanto gusto. Además, en su gula, jera tan linda y tan bondadosa! Aunque no hablaba, dejaba su tarea á cada rato para colmar de atenciones al tío Brú, obsequiándole con los trozos más delicados.

Era hasta conmovedor ver á aquella glotona quitarse de la boca un pedazo de alón para dárselo al anciano, quien, sin dar muestras de apreciador de los buenos bocados, lo engullía todo, con la cabeza inclinada, atontado por tanto tragar, cuando hacía quién sabe el tiempo que su paladar perdiera el recuerdo del sabor del pan.

Los Lorilleux desfogaban su rabia contra el asado; comían para tres días y á poder ser, habrían devorado el pato, la mesa y la tienda entera, á fin de arruinar de un golpe á la Banbán. Para contentar á las mujeres se les repartió el esqueleto, porque el esqueleto es el bocado de las damas. La señora Lerat, la señora Roche y la señora Putois roían los huesos, mientras mamá Coupeau, que se moría por el cuello, sacaba la carne de éste con los dos últimos dientes que le quedaban. A Virginia le gustaba el pellejo, cuando estaba bien

tostado, y cada convidado le pasaba la parte que le correspondiera, por galantería.

Y de tal manera se atracaba, que Poisson le dirigía severas miradas, mandándole que no comiese más, pues ya tenía bastante, y le recordó que, en una ocasión, por haber comido demasiado pato asado, hubo de estar quince días en cama, con el vientre hinchado. Mas Coupeau se enojó y sirvió á Virginia un trozo de muslo, gritando que, ¡trayo de Dios! si no lo engullía, no era mujer. ¿Por ventura el pato había hecho nunca daño á nadie? Al contrario, el pato curaba las enfermedades del bazo. Aquello se comía sin pan, como los postres.

El, por su parte, se estaría tragando pato toda la noche sin sentirse ahito, y para probarlo, se metió un dedo entero en la boca. Entre tanto, Clemencia concluía la rabadilla, chupándola con un cloqueo de labios y retorciéndose de risa en su silla, á causa de las indecencias que en voz baja le decía Roche. ¡Ah! ¡pardiez! sí; se dieron una joroba (1). Cuando nos hallamos en la danza, hemos de danzar ¿verdad? ya que sólo de vez en cuando se nos ofrece la ocasión de sacar la panza de mal año, fuéramos tontos de capirote si no nos atracáramos hasta las orejas. La verdad es que se veía aumentar desmedidamente el volumen de las barrigas. Las mujeres parecían preñadas. Aquellos maldecidos tragones estaban á punto de estallar dentro de su piel. Con sus bocas abiertas y sus barbas chorreando grasa, ofrecían sus facces el aspecto de traseros, y tan rojas, que hubiérase dicho eran traseros de gentes ricas, reventando de prosperidad.

Y ¿qué diremos del vino, hijos míos? Corría alrededor de la mesa como el agua por el Sena; un verdadero riachuelo de agua llovediza, que desaparece absorbido por la sedienta tierra. Coupeau escanciaba desde muy alto para ver la rojiza espuma que formaba el chorro rojo, y cuando se vaciaba una botella, hacía

(1). *Darse una joroba*: Comer y beber desmesuradamente; hacerse jorobado por delante y por detrás á fuerza de bebida y de vituallas. (N. del L. tomada de Rigaud.

la bromita de volver hacia abajo el gollete y de exprimirlo con el gesto peculiar de las mujeres cuando ordeñan las vacas. ¡Otra negra más con la garganta rota! Y en un rincón de la tienda, iba aumentando el montón de las negras muertas, un cementerio de botellas, sobre el cual se arrojaban los desperdicios del mantel. Habiendo pedido agua la señora Putois, se indignó tanto el plomero, que quitó él mismo las botellas que la contenían. ¿Por ventura beben agua las personas decentes? ¿Se le antojaba el capricho de criar ranas en el estómago? Y las copas se vaciaban en un abrir y cerrar de ojos, oyéndose caer el líquido lanzado de un trago en la garganta, con el mismo ruido que hace el agua al bajar por las cañerías de las paredes, los días de fuerte lluvia.

Llovía peleón, sí, un peleón que al principio sabía un poco al tonel, pero al cual uno se acostumbraba de lo lindo, hasta el extremo de parecerle que sabía á nueces. ¡Ah! ¡Dios de Dios! por más que dijese los jesuitas, el zumo de la cepa no dejaba de ser una famosa invención. La reunión reía, aprobaba, porque al fin y al cabo, el obrero no hubiera podido vivir sin vino, y el abuelo Noé debió haber plantado la viña para los plomeros, los sastres y los herreros. El vino aliviaba del peso del trabajo, y encendía fuego en el vientre de los holgazanes; y después, cuando el truhán os hace una jugarreta, el rey os parece chica cosa, y París entero es vuestro. ¿Tantos motivos de alegría tiene el obrero, deslomado, sin un cuarto, despreciado por los burgueses, para que se le eche en cara una chispa tomada de vez en cuando, con el único objeto de ver la vida de color de rosa? ¡Pardiez! En aquel momento precisamente ¿quién no le hacía un corte de mangas al emperador?

Bier podía ser que el emperador tuviese entonces llena su panza; mas esto no impedía que le mandaran á paseo, y que le desafiaran á tenerla más llena y á estar tan de broma como ellos. ¡Callen los aristócratas! Coupeau los mandaba al diablo, encontraba lindas á las mujeres, y daba golpes en el bolsillo de su chaleco, donde sonaban tres sueldos, riendo como si removiese monedas de cien sueldos con una pala. Gou-

get, el mismo Gouget, tan sobrio habitualmente, estaba muy alegre. Los ojos de Roche se achicaban, los de Lorilleux adquirían un matiz pálido, mientras que Poisson lanzaba en torno suyo miradas más y más severas, que se destacaban en su bronceada faz de veterano. Estaban ya como unas cubas. Y las mujeres tenían su chispita, una chispita ligera aún, rojas las mejillas y con una irresistible propensión á aligerarse de ropa; que les obligó á quitarse sus pañoletas. Sólo Clemencia empezaba á estar inconveniente. A todo esto, se acordó Gervasia de sus seis botellas lacradas, que se olvidara de sacar cuando el pato, y trayéndolas, llenó de nuevo las copas. Entonces Poisson se puso en pie y dijo, con la copa en la mano:

—¡Brindo por la salud del ama de la casa!

Todos los presentes se levantaron, moviendo un gran estrépito de sillas; extendiéronse los brazos y chocáronse las copas, entre un clamoreo.

—¡Que nos veamos reunidos dentro de cincuenta años!—exclamó Virginia.

—No, no—respondió Gervasia conmovida y sonriente,—ya sería demasiado vieja. Llega un día en que se desea morir.

En tanto, por la puerta abierta de par en par, el barrio entero miraba y asistía al banquete. Los transeuntes se detenían un momento en la parte de acera bañada por la claridad, y reían á más no poder, viendo á aquellas gentes tragar con tal afán. Los cocheros, inclinados en sus pescantes, azotaban á sus rocines; echaban una mirada y soltaban un chiste: «Oye, tú: ¿pagas algo?... ¡Eh! ¡tía gorda, voy á buscar á la comadrona!...» Y el olor del pato regocijaba y daba expansión á la calle; los dependientes del droguero creían comer de él en la acera de enfrente; la frutera y la tripicallera, á cada rato, venían á pararse ante la tienda, para olisquear y relamerse los labios. Positivamente, la calle reventaba de indigestión. Las señoras Cudorge, madre é hija, las vendedoras de paraguas de al lado, á quienes nunca se les veía asomar las narices, cruzaron el arroyo, una tras de otra, los ojos atravesados, y rojas como si acabasen de freir buñuelos. El relojero, sentado en su mostrador, no po-

día trabajar, embriagado de contar los litros que se despachaban, y lleno de agitación en medio de sus alegres cuclillos. ¡Sí, los vecinos oían! gritaba Coupeau. ¿Por qué, pues, ocultarse de ellos? La reunión, lanzada ya, no se avergonzaba de mostrarse con la boca abierta por la gula, la lisonjeaba y la enardecía, á tal extremo, que hubieran querido derribar la puerta para sacar la mesa á la calle y comer allí los postres á vista del público, en la baraunda del arroyo. ¿Causaba repugnancia el verles? No tal; y por lo tanto, ninguna necesidad había de encerrarse como egoístas. Viendo Coupeau que el relojero de enfrente escupía piezas de diez sueldos (1), le mostró desde lejos una botella, y habiendo aquel aceptado con un movimiento de cabeza, dirigióse á su encuentro el plomero, ofreciéndole la botella y un vaso. Establecíase una fraternidad con la calle. Brindábase á la salud de los transeuntes. Llamábase á los camaradas que tenían aire de buenos muchachos. El banquete se extendía por grados, en tal manera, que el barrio entero de la Goutte d'Or trascendía á comilona y se regalaba el vientre, en una bacanal de mil diablos.

Desde hacía un rato, la señora Vigoroux, la carbonera, pasaba y volvía á pasar por delante de la tienda.

—¡Eh! ¡señora Vigoroux! ¡señora Vigoroux!—aulló la reunión.

Y la señora Vigoroux entró, riendo como una estúpida, lavada la cara, y gorda hasta reventar el corsé. Los hombres gustaban de pellizcarla, porque podían darle pellizcos en todas partes, sin nunca tropezar con un hueso. Roche la hizo sentarse á su lado, y acto seguido, mañosamente, le pellizó la rodilla por debajo de la mesa. Pero ella, avezada á estos juegos, vaciaba con la mayor tranquilidad un vaso de vino, contando que los vecinos se asomaban á las ventanas, y que algunos inquilinos de la casa comenzaban á enfadarse.

—¡Oh! eso nos incumbe á nosotros—dijo la señora

(1) Equivale á sentir una sed ardiente, á no tener ya saliva en la boca por efecto de la sed. Literalmente escupir salivazos pequeños, como monedas de medio franco.—(N. del T., tomada de Rigaud.)

Roche.—¿Somos ó no los porteros? Pues bien: nosotros respondemos de la tranquilidad de la casa... Que vengan á quejarse, y verán cómo se les recibe.

En la trastienda acababa de tener lugar una furiosa batalla entre Naná y Agustina, por causa del asador; que las dos querían limpiar. Durante un cuarto de hora, el asador había ido rebotando por el suelo, con un ruido de caldero viejo. Actualmente Naná curaba al pequeño Víctor, que tenía atravesado en la garganta un hueso de pato, y para ello le metía los dedos en la boca, obligándole á tragarse grandes terrones de azúcar. Y esto no le impedía ver lo que se hacía en la mesa grande, á donde acudía á cada instante pidiendo vino, pan y carne para Esteban y Paulinita.

—¡Toma! ¡revienta!—le decía su madre;—¡tal vez así me dejarás en paz!

Los niños no podían ya tragar, pero á pesar de ello continuaban comiendo, y golpeando con sus tenedores un acompañamiento, á fin de excitarse.

Entre tanto, y á pesar del ruido, habíase empeñado una conversación entre el tío Brú y mamá Coupeau. El anciano, á quien tanto comer y tanto beber ponían pálido, hablaba de sus hijos muertos en Crimea. ¡Ah! ¡si los pobrecillos hubiesen vivido, el tío Brú habría comido pan todos los días! Y mamá Coupeau, algo torpe la lengua, inclinábase á su oído, diciéndole:

—¡Los padres se dan demasiada pena por sus hijos! Os parezco una mujer dichosa ¿verdad? Pues bien; más de un rato me lo paso llorando... No, no sintáis el no tener hijos...

El tío Brú meneaba la cabeza.

—En ninguna parte me quieren ya para trabajar—murmuraba.—Soy demasiado viejo. Cuando me presento en un taller, los jóvenes se echan á reír y me preguntan si soy yo quien lustró las botas de Enrique IV. El año pasado, todavía pude ganar treinta sueldos al día pintando un puente; pero era preciso estar panza arriba, recibiendo la humedad del río que corría por debajo. Desde entonces tengo tos... Actualmente, se acabó; me despiden de todas partes.

Y contemplando sus envaradas manos, añadía:

—Esto se comprende, porque para nada sirvo. Tie-

nen razón, lo mismo haría yo... Mirad, la desgracia es no haberme muerto. Sí, esa es mi falta. Cuando uno no sirve ya para trabajar, debe acostarse y reventar.

—Verdaderamente—dijo Lorilleux, que escuchaba la conversación,—no comprendo cómo el gobierno no socorre á los inválidos del trabajo... El otro día leí en un periódico que se ocupaba de esto.

Pero Poisson, entonces, creyó deber salir en defensa del gobierno:

—Los obreros no son soldados—declaró.—Los inválidos son para los soldados... No hay que pedir cosas imposibles.

Los postres estaban servidos. En el centro de la mesa erguíase un pastel de Saboya, en forma de templete, con una cúpula de tajadas de melón, y sobre esta cúpula había una rosa artificial, junto á la cual, columpiábase una mariposa de papel plateado, sujeta con un alambre. Dos gotas de goma, en el centro de la flor, imitaban dos gotas de rocío. Después, á izquierda, un trozo de queso tierno nadaba en el fondo de un plato sopero, mientras que en otro plato, á la derecha, apilábase una montaña de fresones triturados, chorreando zumo. Y aún quedaba en la mesa una fuente de ensalada de grandes hojas de lechuga empapada en aceite.

—¡Ea! ¡señora Roche!—dijo con amabilidad Gervasia;—¡un poco más de ensalada! Ya sé que os despetáis por ella.

—¡No, no, mil gracias! ¡no puedo más!—contestó la portera.

La misma invitación hizo la planchadora á Virginia; pero ésta, metiéndose el dedo en la boca, como dando á entender que se tocaba la comida:

—De veras, estoy llena—murmuró.—Ya no queda sitio ni para un bocado.

—¡Vaya! ¡un poquillo de buena voluntad!—repuso sonriendo Gervasia.—Siempre queda un agujero por llenar. La ensalada se come sin apetito... ¿Vais á dejar que se pierda la lechuga?

—Mañana la comeréis confitada—dijo la señora Lerat.—Confitada es mucho mejor.

Las mujeres resollaban contemplando con aire de

pena la ensalada. Clemencia refirió que una mañana se comió tres manojos de berros al almorzar. La señora Putois, era más fuerte todavía; tomaba las lechugas enteras, y sin quitarles las hojas verdes, se las comía como si tal cosa, con un poco de sal. Todas hubieran vivido sólo con ensaladas, y con auxilio de esta conversación, dejaron vacía la ensaladera.

—Por mi parte—decía la portera con la boca llena—sería capaz de ponerme yo á comer á gatas en un prado.

Entonces empezaron las bromas. Sobre los postres, decían que no entran en cuenta. Verdad es que llegaban algo tarde; mas no por ello dejarían de hacerse los honores; pues aun cuando hubiesen debido estallar como bombas, á nadie habían de asustar unas cuantas fresas y una ración de pastel. Por lo demás, ninguna prisa tenían, sobraba tiempo, la noche entera si se les antojaba. Entre tanto, habíanse llenado los platos de fresas y de queso. Los hombres encendían sus pipas, y como quiera que las botellas del lacrado estaban vacías, se echó mano del vino común, y continuaron bebiendo y fumando. Decidióse que Gervasia, cortara el pastel de Saboya, y Poisson, galante como quien era, levantóse para coger la rosa, la cual ofreció á la planchadora, entre los aplausos de la reunión, mientras ella se la prendía con un alfiler sobre el pecho izquierdo, al lado del corazón. Y á cada uno de sus movimientos, la mariposa revoloteaba.

—¡Toma!—exclamó Lorilleux, que acababa de hacer un descubrimiento,—¡pues no estamos comiendo sobre vuestra mesa de trabajo!... ¡De seguro que nunca se ha trabajado tanto en ella como ahora!

Este chiste maligno tuvo un éxito asombroso. Comenzaron á llover alusiones de doble sentido; Clemencia no engullía una cucharada de fresas, sin decir que daba un planchazo; la señora Lerat pretendía que el queso sabía á almidón, mientras que la señora Lorilleux, entre dientes, decía que no podía darse mayor casualidad que la de tirar tan aprisa el dinero sobre aquellas tablas donde con tanto afán se ganaba. Elevábase una tempestad de risas y gritos.

Pero, de repente, una voz fuerte impuso silencio á

todo el mundo. Era Roche, en pie, con aire desmadrado y picaresco, que cantaba el «Volcán de amor, ó el soldado seductor».

«Yo soy Blavin, el seductor de las hermosas...»

Una tempestad de aplausos acogió la primera copla. Sí, sí; había llegado el momento de cantarlas. Cada cual entonaría la suya. Aquello era lo más divertido del banquete. Y los concurrentes se apoyaron de codos en la mesa, unos, y los otros se recostaron en los respaldos de sus sillas, meneando la cabeza en los buenos pasos, y bebiendo un trago en los estribillos. El animal de Roche era una especialidad en cuestión de coplas cómicas, y hubiera hecho reír hasta las botellas cuando imitaba á un recluta, con los dedos estirados y el sombrero echado atrás. Inmediatamente después del «Volcán de amor» entonó la «Baronesa de Follebiche», que era uno de sus triunfos. Cuando llegó á la tercera coplilla, volvióse hacia Clemencia, murmurando con voz lenta y voluptuosa:

«Tenía visitas la baronesa;—eran sus cuatro hermanas;—dos de ellas morenas, y una rubia—que reunían ocho ojos arrebataadores.»

Entonces la reunión, exaltada, cantó á coro el estribillo. Los hombres llevaban el compás á talonazos. Las mujeres habían cogido los cuchillos y golpeaban cadenciosamente sobre las copas; todos gritaban:

«¡Pardiez! ¿quién pagará—la copa á la pa...—¡Pardiez! ¿quién pagará—la copa á la pa... á la patria... u... lla?»

Los cristales de la tienda resonaban, y el vigoroso aliento de los cantores agitaba las cortinillas de muselina. A todo esto Virginia había desaparecido por dos veces, y cada vez, al volver, se había inclinado al oído de Gervasia para darle una noticia. La vez tercera, al regresar, dijole en mitad del oído:

—Aún está en la taberna de Francisco, fingiendo que lee un periódico... De seguro está maquinando una mala tréa.

Referíase á Lantier, al cual había ido á acechar.

—¿Estará borracho tal vez?—preguntó á Virginia.

—No lo creo—contestó la morena.—Tiene un aspecto muy sosegado... Y esto es lo que sobre todo me

inquieta: ¿por qué, si está sereno, ha de permanecer tanto rato en la taberna? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡con tal que no suceda una desgracia!

La planchadora, muy conmovida, le rogó que se callara. Reinaba, en aquel momento, un profundo silencio. La señora Putois acababa de ponerse en pie y cantaba: «¡al abordaje!» Los invitados, mudos y graves, la miraban, y hasta Poisson había dejado su pipa en el borde de la mesa para oírla mejor. La cantora se mantenía erguida, bajita, y como ardiendo en cólera, verde su faz bajo su negra cofia, y lanzando su puño izquierdo hacia adelante con una especie de fiereza, rugiendo con una voz más gruesa que ella:

«Si un temerario pirata—nos da caza por la popa— ¡pobre filibustero!—No haya cuartel para él!— ¡Muchachos, á las carronadas!— ¡Venga ron á copas llenas!— Que piratas y forbantes—son caza de obenques!»

Aquello era serio; pero ¡caramba! daba una verdadera idea de la cosa. Poisson, que había viajado por mar, columpiaba la cabeza aprobando los detalles.

Por lo demás, dejábase comprender fácilmente que la canción era de la cuerda de la señora Putois. Coupeau se inclinó para referir que, una noche, la señora Putois había abofeteado, en la calle Poulet, nada menos que á cuatro hombres que intentaban deshonrarla.

Entre tanto, Gervasia, ayudada por mamá Coupeau, sirvió el café, aun cuando todavía estaban comiendo el pastel de Saboya. Y no la dejaron sentarse, gritando todo el mundo que le había llegado su vez. Negábase ella, pálido el semblante, con el aspecto de enferma; y preguntándose si acaso el pato le había sentado mal, hubo de acceder y entonó: «¡Ah! ¡dejadme dormir!» con voz débil y dulce; y cuando llegaba al estribillo, á ese deseo de un dormir lleno de hermosos ensueños, sus párpados se cerraban, y su anegado mirar, perdía-se en las sombras de la calle. Después de ella saludó Poisson á las mujeres, con un brusco movimiento de cabeza, y entonó una canción báquica: «Los vinos de Francia», con voz de geringa, alcanzando únicamente éxito la última estrofa, la estrofa patriótica, porque al hablar de la bandera tricolor, levantó la copa en alto, la columpió un momento y, se la echó al colete

de un solo trago. Sucediéronse después coplas y coplas; salieron á colación Venecia y los gondoleros, en la barcarola de la señora Roche, Sevilla y las andaluzas en el bolero de la señora Lorilleux, y el esposo de ésta llegó á cantar hasta los perfumes de la Arabia, á propósito de los amores de Fatma la bailarina.

En derredor de la grasienta mesa; en la atmósfera condensada con un hálito de indigestión, abríanse horizontes de oro, desfilaban cuellos de marfil, cabellos de ébano, besos á la luz de la luna al son de las guitarras, bayaderas sembrando con sus danzas perlas y diamantes; y los hombres fumaban plácidamente sus pipas y las mujeres sonreían en inconsciente deleite, creyéndose todos transportados á aquellas regiones y aspirando sus embalsamados perfumes. Y cuando Clemencia se puso á arrullar: «Haced un nido», con cierto temblor de garganta, oyóse también con grato placer, pues aquello recordaba la campiña, las ligeras aves, las danzas bajo la enramada, las flores de cáliz de miel, en una palabra, cuanto se veía en el bosque de Vincennes los días que se iba allí á comer un conejo. Pero Virginia volvió á sacar á plaza el género picaresco, con «Mi pequeño requiqui», imitando á una cantinera, puesto el brazo en jarras y representando la acción de llenar las copas, en el vacío, dando vuelta á la muñeca. Tanto agradó á la reunión, que suplicaron á mamá Coupeau que cantase: «El ratón». La anciana negábase, jurando y perjurando que no sabía aquellas picardías. Sin embargo, comenzó á entonar con su cascado hilo de voz, y su arrugado rostro, de ojillos vivos, acentuaba las alusiones, los terrores de la señorita Lisa apretándose las faldas entre sus muslos al ver al ratón. Todos los presentes reían; las mujeres no podían conservar su serenidad, y dirigían relucientes ojeadas á sus vecinos; al fin y al cabo, la canción nada tenía de obscena, ni siquiera contenía una palabra verde. Si vale decir verdad, Roche hacía el ratón á lo largo de las pantorrillas de la carbonera, lo cual, hubiera podido traer graves consecuencias si Gouget, á una señal de Gervasia, no hubiera impuesto el silencio y el respeto con: «La despedida de Abd-el-Kader», que entonaba con voz de bajo profundo. ¡Aquel

si que la tenía sonora! Y salía de su hermosa barba rubia, como de una trompeta de cobre. Cuando lanzó el grito: «¡Oh, mi noble compañera!» refiriéndose á la negra yegua del guerrero, latieron todos los corazones y la reunión en peso le aplaudió, sin esperar al final.

—¡Ahora le toca al tío Brú!—exclamó mamá Coupeau.—¡Ea! ¡cantad la vuestra! ¡Las antiguas son las más bonitas!

Y la reunión volvió los ojos hacia el anciano, insistiendo y animándole. El, aletargado, con su eterna máscara de piel curtida, miraba á los concurrentes, sin comprender al parecer. Preguntáronle si sabía las «Cinco vocales», y bajó la cabeza diciendo que no se acordaba; todas las canciones de tiempos pasados se embrollaban en su calabaza. Decidíanse ya á dejarlo tranquilo, cuando, pareciendo acordarse de algo, empezó á tartamudear con cavernosa voz:

«Tra la la, tra la la!—¡Tra la, tra la, tra la la!»

Animábase su faz; este estribillo debía despertar en él lejanas alegrías, que él sólo saboreaba, escuchando su voz cada vez más sorda, con éxtasis de niño:

«Tra la la, tra la la!—¡Tra la, tra la, tra la la!»

—¿Sabéis, querida—murmuró Virginia al oído de Gervasia,—que vengo otra vez de la calle? La cosa me traía inquieta... ¡Pues bien!... Lantier ha desaparecido de la taberna de Francisco.

—¿Y no le habéis encontrado fuera?—preguntó la planchadora.

—No; he venido aprisa, y no se me ha ocurrido...

Y aquí, Virginia, que miraba hacia la calle, interrumpióse, exhalando un grito ahogado:

—¡Ay, Dios mío!... Está en la acera de enfrente y mira hacia aquí.

Sobrecogida Gervasia, atrevióse á mirar. En la calle había formado un compacto grupo, para oír cantar á la reunión. Componíanlo los dependientes del droguero, la tripallera, el relojero, militares, burgueses engabanados y tres muchachas de cinco á seis años de edad, agarradas de las manos, muy serias y como encantadas. Y Lantier, efectivamente, se encontraba de plantón en primera fila, escuchando y mirando con

la mayor tranquilidad. No podía darse mayor descaro. Gervasia experimentó una sensación como si un chorro de agua fría se le subiese desde las piernas al corazón, y apenas se atrevía á moverse, mientras el tío Brú continuaba:

«¡Tra la la, tra la la!—¡Tra la, tra la, tra la la!»

—¡Basta, viejo mío, basta ya!—dijo Coupeau.—¿Supongo que la sabéis toda?... Pues bien, ya nos la cantaréis otro día, cuando estemos demasiado alegres.

Resonaron algunas risotadas. El anciano se calló, giró su pálida mirada en torno de la mesa, y recobró su aspecto aletargado y pensativo.

Concluido el café, el plomero había vuelto á pedir vino. Clemencia la emprendía de nuevo con las fresas. Por un momento cesaron las canciones para hablar de una mujer á quien habían encontrado ahorcada por la mañana en la casa de al lado. Tocábale á la vez á la señora Lerat; mas ésta necesitaba de algunos preparativos. Empezó humedeciendo un ángulo de su servilleta en un vaso de agua, y se lo aplicó á las sienes, porque tenía mucho calor. Después, pidió unas gotas de aguardiente, las bebió, y estuvo enjugándose largo rato los labios:

—El «Hijo del buen Dios» ¿verdad?—murmuró,—el «Hijo del buen Dios»...

Y alta, varonil, con su huesuda nariz y anchos hombros de gendarme, comenzó:

«El niño desgraciado que su madre abandona—encuentra siempre asilo en la santa mansión.—Dios, que lo ve, lo ampara desde su trono.—El niño abandonado es hijo del buen Dios.»

Su voz temblaba al pronunciar ciertas palabras, y se arrastraba en notas humedecidas de lágrimas, levantaba oblicuamente los ojos hacia el cielo, mientras que su mano derecha se balanceaba delante de su pecho y se apoyaba contra su corazón, con ademán conmovido. Entonces, Gervasia, torturada por la presencia de Lantier, no pudo contener el llanto; parecía que la canción narraba sus tormentos, y que ella misma era la niña perdida, abandonada, cuya defensa tomaba á su cargo el buen Dios. Clemencia, achispada del todo, empezó á sollozar, y apoyada su cabeza en

el borde de la mesa, ahogábanse sus hipos en el mantel.

Reinaba el silencio más profundo. Las mujeres, eruida la cabeza, secábanse los ojos con su pañuelo, como orgullosas de su emoción. Los hombres, inclinada la frente, miraban fijamente hacia adelante, parpadeando.

Poisson, oprimida la garganta y apretando los dientes, rompió dos veces la punta de la pipa, y escupió los pedazos, sin cesar de fumar. Roche, que tenía la mano sobre una rodilla de la carbonera, ya no la pellizcaba, presa de un remordimiento y un respeto vagos, en tanto que por sus mejillas se deslizaban dos gruesas lágrimas. Aquellos alegres comensales estaban rígidos como la justicia y tiernos como corderos. ¡El vino les salía por los ojos! Y cuando se repitió el estribillo, más pausado y más quejumbroso, todos se abandonaron al sentimiento, todos lloraron como becerros, en sus platos, desabotonándose los pantalones para no reventar de enternecimiento.

Pero Gervasia y Virginia, á pesar suyo, no apartaban ya la vista de la acera de enfrente. La señora Roche, á su vez, percibió á Lantier y dejó escapar una ligera exclamación, sin dejar de lavarse la cara con sus lágrimas. Entonces, las tres, respirando ansiedad sus semblantes, trocaron involuntarios signos de cabeza. ¡Dios mío! ¡si Coupeau volvía la cabeza y veía al otro! ¡qué matanza! ¡qué carnicería! Y tan poco supieron disimular, que el plomero les preguntó:

—¿Qué demonios estáis mirando?

Y se inclinó y reconoció á Lantier.

—¡Rayos de Dios! ¡esó ya pasa de raya!—murmuró.

—¡Habrá insolente!... No, eso es demasiado, y se va á concluir de una vez...

Y al ver que se levantaba tartamudeando amenazas atroces, Gervasia le suplicó en voz baja:

—¡Oye, escucha, te lo ruego!... Deja ese cuchillo... Siéntate; no tengamos que llorar una desgracia...

Virginia tuvo que quitarle el cuchillo que había tomado de la mesa. Mas no pudo impedir que saliera al encuentro de Lantier. La reunión, en su emoción creciente, nada veía y lloraba á más y mejor, mientras

que la señora Lerat cantaba con desgarradora expresión:

«La huerfanita andaba perdida,—y su voz la oían solamente los copudos árboles y el viento.»

El último verso pasó sobre la reunión, como un gemido lamentable de tempestad. La señora Putois, que estaba bebiendo, se conmovió tanto, que derramó el vino sobre el mantel. A todo esto Gervasia continuaba como helada, con una mano en la boca para no gritar pestañeando de espanto, esperando ver, de un momento á otro, caer á uno de los dos hombres en mitad de la calle. Virginia y la señora Roche seguían también la escena con la vista, profundamente conmovidas.

Coupeau, sorprendido por el brusco cambio de la atmósfera, estuvo á pique de caerse en la acera, al querer abalanzarse sobre Lantier. Este, con las manos en los bolsillos, se había limitado á separarse un poco. Y actualmente los dos hombres se insultaban, y el plomero, sobre todo, ponía al otro como nuevo, tratándole de marrano enfermo y diciendo que le iba á comer las tripas. Oíase el rumor colérico de las voces, y distinguíanse ademanes furiosos, como si tratasen de descoyuntarse los brazos á fuerza de bofetadas. Gervasia, desfalleciente, cerraba los ojos, porque aquello duraba demasiado y á cada momento les creía despedazándose á bocados, pues tan próximos se hallaban el uno al otro, que casi se rozaban sus caras. Después, no oyendo nada, abrió los ojos y quedó como embobada al ver que conversaban tranquilamente.

La voz de la señora Lerat elevábase, arrullante y plañidera, comenzando un estribillo:

«Al día siguiente recogieron,—medio muerta, á la pobrecilla...»

—¡Cuidado que hay mujeres bien zorras!—exclamó la señora Lorilleux, en medio de la aprobación general.

Gervasia había cambiado una mirada con la señora Roche y Virginia. ¿Se arreglaba, por lo visto, la cosa? Coupeau y Lantier continuaban hablando al borde de la acera. Todavía se dirigían injurias, pero amistosamente. Llamábanse «gran bruto» con un tono en que se traslucía un asomo de ternura. Viendo que todo el

mundo les miraba, acabaron por ponerse á pasear uno al lado de otro, á lo largo de la acera, volviéndose á cada diez pasos. Habíase empeñado un animado diálogo. De repente pareció que Coupeau se enfadaba de nuevo, mientras el otro se negaba, haciéndose de rogar. Y por fin el plomero empujó á Lantier, obligándole á atravesar la calle, y penetrar en la tienda.

—¡Os digo que es de buena voluntad!—gritaba.— Beberéis una copa de vino.. Los hombres somos hombres ¿verdad? y hemos nacido para entendernos...

La señora Lerat acababa el último estribillo, que todas las mujeres repetían á coro, arrollando sus pañuelos:

«El niño abandonado, es hijo del buen Dios.»

Aplaudióse mucho á la cantora, la cual se dejó caer en la silla como quebrantada, y pidió de beber, en razón á que se conmovía en extremo siempre que cantaba aquella romanza, y temía que se le saliese de sitio algún nervio. Entre tanto, la reunión en peso fijaba sus miradas en Lantier que, sentado tranquilamente al lado de Coupeau, engullía los restos del pastel de Saboya, después de mojarlos en una copa de vino. Excepto Virginia y la señora Roche nadie le conocía. Los Lorilleux olfateaban algo, pero no acertando con ello, afectaban un aire reservado. Gouget, que notara la emoción de Gervasia, miraba de soslayo al recién llegado. Y como reinaba un silencio embarazoso, dijo Coupeau sencillamente:

—Es un amigo.

Y dirigiéndose á su mujer:

—¡Ea! ¡muévete!... Tal vez quede aún café caliente..

Gervasia los contemplaba á uno tras otro, con mirada dulce y avelada. Primero, cuando su marido había empujado á su antiguo amante para que entrase en la tienda, se había cogido la cabeza entre las manos; con el mismo ademán instintivo que los días de gran tempestad, al retumbar de cada trueno. Parecía aquello imposible y que las paredes iban á caer y á aplastar á todo el mundo. Después, viendo á los dos hombres sentados, sin que ni siquiera se hubiesen movido de su sitio las cortinillas de muselina, encontró el hecho muy natural. El pato la molestaba un poco;

decididamente, había comido demasiado pato, y esto era lo que le impedía raciocinar. Una pereza dulce la amodorraba, la mantenía clavada en su silla, sin más deseo que el de que no la encorrasen. ¡Dios mío! ¿para qué quemarse la sangre, cuando los demás no se la queman, y cuando los acontecimientos parecen arreglarse por sí mismos, con general satisfacción? Y se levantó, para ver si todavía quedaba café.

En la trastienda dormían los niños. La bisoja Agustina les había atemorizado durante los postres, quitándoles las fresas ó intimidándoles con abominables amenazas. Actualmente, sentíase indispuesta y estaba acurrucada en un banquillo, sumamente pálida y sin chistar. Paulina había reclinado su cabeza sobre el hombro de Esteban, dormido á su vez en el borde de la mesa. Naná se encontraba sentada á los pies de la cama, cerca de Víctor, cuyo cuello ceñía con uno de sus brazos; y adormilada, cerrados los ojos, repetía, con voz débil y continua:

—¡Mamá! ¡tengo pupa!... ¡mamá! ¡tengo pupa!

—¡Caramba!—murmuró Agustina, cuya cabeza no cesaba de moverse á uno y otro lado;—están borrachos; han cantado como las personas mayores.

Dióle á Gervasia otro vuelco el corazón, al ver á Esteban. Parecía que se ahogaba pensando que el padre de aquel muchacho se hallaba tan cerca, comiendo pastel y sin que ni siquiera hubiese demostrado el deseo de dar un beso á su hijo. Tentaciones tuvo de despertar á Esteban y de llevarlo á sus brazos. Después, volvió á pensar que lo mejor era que se arreglasen tan tranquilamente las cosas por sí solas. Hubiera sido una inconveniencia, seguramente, enturbiar el fin de la fiesta. Volvió, pues, con la cafetera, y sirvió una taza á Lantier, quien, por su parte, no parecía ocuparse de ella.

—Ahora me toca á mí—tartamudeaba Coupeau, con voz pastosa.—¡Jeh! se me ha dejado el turno de honor... ¡Pues bien! voy á cantaros: «¡Qué niño tan marraño!»

La zambra recrudecía y Lantier quedó olvidado. Prepararon las mujeres sus vasos y sus cuchillos, para acompañar el estribillo. Reíanse de antemano, contem-

plando al plomero, quien se afirmaba sobre sus piernas con aire calaverón, y empezó á cantar, con ronca voz de vieja:

«Cada mañana, al levantarme,—tengo el corazón trastornado;—envío al chico junto á la Grève,—á comprar cuatro sueldos de «vitriolo»;—tres cuartos de hora emplea en el viaje,—y luego, al regresar,—se me bebe la mitad del liquido,—¡qué niño tan marrano!

Y las mujeres, golpeando en sus vasos, repetían á coro, con formidable alegría:

«¡Qué niño tan marrano!»—«¡qué niño tan marrano!»

Actualmente, la calle entera de la Goutte d'Or tomaba parte en la fiesta. El barrio entonaba: «¡Qué niño tan marrano!» El relojero de enfrente, los dependientes del droguero, la tripicallera, la frutera, que sabían la canción, repetían el estribillo; repartiéndose sendas palmadas, por broma. En verdad, la calle acababa por parecer borracha; sólo el olor del festín que se exhalaba de la casa de los Coupeau hacía andar á los transeuntes tambaleándose por las aceras. Hay que advertir que á la sazón, los de la tienda estaban completamente bebidos. La chispa había ido creciendo por grados, desde el primer vaso de vino puro tomado después de la sopa. Ahora, venía á ser el ramillete final: todos berreaban, todos reventaban de ahitos, entre el rosado vapor de las dos lámparas. El clamoreo de aquella enorme jovialidad apagaba el ruido de los últimos coches. Dos municipales acudieron creyendo que era un motín; pero divisando á Poisson, cambiaron un pequeño saludo, y se alejaron lentamente, uno al lado de otro, á lo largo de la obscuridad.

Coupeau cantaba la segunda estrofa:

«El domingo, en la Petite Villette—después del calor—nos vamos á casa de mi tío Tinette—que es limpiaetrinas.—Y para recoger cuescos de cereza—al regresar—se revuelca en la mercancía—¡qué niño tan marrano!»—¡qué niño tan marrano!»

Entonces, la casa crugió á impulsos de griterío, elevándose en mitad de la tibia y templada noche un clamoreo tal, que aquellos aulladores se aplaudieron á

sí mismós, pues no era posible que nadie berreara más fuerte.

Ninguno de los de la reunión logró nunca recordar con precisión cómo acabó el festín. Debía ser muy tarde, esto es lo único de que se acordaban, puesto que ya nadie pasaba por la calle. También era posible que hubiesen bailado alrededor de la mesa, agarrados de las manos. Aquello se anegaba en una niebla amarillenta, con figuras rojas que saltan, con la boca abierta de una á otra oreja. De lo que no cabía duda era que habían bebido vino á la francesa á los postres, sólo que no podía asegurarse si alguno había hecho la bromita de echar sal en los vasos. Los niños debían haberse desnudado y acostado por sí solos. A la mañana siguiente, jactábase la señora Roche de haberle dado un par de bofetones á su marido en un rincón de la tienda, donde le vió muy arrimadito á la carbonera; mas éste, que no recordaba nada, decía que eran chismes de su mujer. Lo que por unanimidad se tachó de inconveniente, fué la conducta de Clemencia, muchacha á quien, decididamente, no se podía invitar ante personas que se respetaran algo: ¿pues no había acabado por enseñar cuanto Dios le había dado y por tener una vomitona, á consecuencia de lo cual quedó hecha un asco una de las cortinillas de muselina? Los hombres, al menos, se salían á la calle; Lorilleux y Poisson, completamente mareados, habíanse ido, más que de prisa, á la tienda del salchichero. Así se portan siempre las personas bien educadas. Y esto hicieron las señoras Putois y Lerat y Virginia, que, sofocadas por el calor, entraron en la trastienda para quitarse el corsé, y hasta Virginia se recostó un momento en la cama, para evitar las consecuencias. Después, la reunión pareció como si se hubiese derretido, eclipsándose mutuamente, y anegándose en el fondo del obscuro barrio, entre un último clamoreo, una disputa furiosa de los Lorilleux, un «tra la la, tra la la» terco y lúgubre, del tío Brú. Gervasia creyó observar que Gouget había partido sollozando; Coupeau seguía cantando. Lantier debió quedarse hasta al fin, no pudiendo apreciar Gervasia si un hábito que sintió,

por un instante, en sus cabellos, provenía de los labios de Lantier, ó de la calurosa noche.

Y como quiera que la señora Lerat se negase á volverse á Batignolles á hora tan avanzada, sacaron un colchón de la cama y lo tendieron en el suelo para ella, en un rincón de la tienda, después de apartar á un lado la mesa. Allí durmió, entre las migajas del banquete. Y toda la noche, en el aplomado sueño de los Coupeau, el gato de una vecina, que hallara abierta una ventana, entretúvose en roer los huesos del pato, acabando el entierro del animal, al rumorcillo de sus agudos dientes.

VIII

El sábado siguiente, Coupeau, que no había ido á comer á casa, se presentó en compañía de Lantier, á eso de las diez de la noche. Habían comido juntos en el restaurant de Thomas, en Montmartre.

—No hay que reñir, patrona—dijo el plomero.—Somos buenos chicos, como ves... ¡oh!... con él no hay peligro de que uno se desencamine...

Y refirió cómo se habían encontrado en la calle Rochechouart.

Después de comer, habíase negado Lantier á entrar en el café de la «Boule Noire», diciéndole que cuando uno estaba casado con una mujer linda y buena, no

debía andar calavereando por los malos lugares. Gervasia le escuchaba sonriendo. De seguro que no pensaba en reñir, pues estaba como cohibida. Desde la noche del festín, esperaba volver á ver á su antiguo amante el día menos pensado; pero, á semejante hora y en el momento de irse á acostar, le sorprendía la repentina llegada de los dos hombres; y con temblorosa mano, recogíase el moño, que tenía suelto sobre sus espaldas.

—¡Vamos!—repuso Coupeau;—ya que éste ha tenido la delicadeza de rehusar en otro sitio mi invitación, vas tú ahora á regalarnos unas copas... ¡Ah! ¡lo que es esto nos lo debes, en conciencia!

Hacia largo rato que se habían marchado las oficiales. Mamá Coupeau y Naná acababan de acostarse. Entonces Gervasia, que se disponía á cerrar la puerta de la calle cuando llegaron, dejó abierta la tienda, y puso en un ángulo del mostrador copas y los restos de una botella de cognac. Lantier permanecía en pie, evitando el dirigirle la palabra directamente. No obstante, cuando la planchadora le servía, exclamó:

—Unas gotitas nada más, señora, os lo ruego...

Coupeau los miró, y se explicó categóricamente, ¿Iban, por ventura, á hacerse los melindrosos? Lo pasado, pasado estaba, ¿verdad? Si uno conservase rencores al cabo de nueve ó diez años, acabaría al fin por no tener tratos con nadie. ¡No! ¡no, él tenía su corazón en la mano! Ante todo, sabía que trataba con una mujer honrada y con un hombre de honor. ¡Con dos amigos! Por consiguiente, estaba tranquilo, conocía su honradez.

—¡Oh! ¡seguramente!...—repetía Gervasia, con los párpados bajos y sin comprender lo que decía.

—Para mí, ahora ya no es más que una hermana; nada más que una hermana!—murmuró á su vez Lantier.

—¡Pues daos la mano, caramba!—gritó Coupeau,—y mandemos á paseo todo el mundo! Cuando uno tiene corazón, es más dichoso que los millonarios! Yo coloco la amistad ante todo, porque la amistad es la amistad, y nada hay por encima de ella.

L'Assommoir.—Tomo I.—17

por un instante, en sus cabellos, provenía de los labios de Lantier, ó de la calurosa noche.

Y como quiera que la señora Lerat se negase á volverse á Batignolles á hora tan avanzada, sacaron un colchón de la cama y lo tendieron en el suelo para ella, en un rincón de la tienda, después de apartar á un lado la mesa. Allí durmió, entre las migajas del banquete. Y toda la noche, en el aplomado sueño de los Coupeau, el gato de una vecina, que hallara abierta una ventana, entretúvose en roer los huesos del pato, acabando el entierro del animal, al rumorcillo de sus agudos dientes.

VIII

El sábado siguiente, Coupeau, que no había ido á comer á casa, se presentó en compañía de Lantier, á eso de las diez de la noche. Habían comido juntos en el restaurant de Thomas, en Montmartre.

—No hay que reñir, patrona—dijo el plomero.—Somos buenos chicos, como ves... ¡oh!... con él no hay peligro de que uno se desencamine...

Y refirió cómo se habían encontrado en la calle Rochechouart.

Después de comer, habíase negado Lantier á entrar en el café de la «Boule Noire», diciéndole que cuando uno estaba casado con una mujer linda y buena, no

debía andar calavereando por los malos lugares. Gervasia le escuchaba sonriendo. De seguro que no pensaba en reñir, pues estaba como cohibida. Desde la noche del festín, esperaba volver á ver á su antiguo amante el día menos pensado; pero, á semejante hora y en el momento de irse á acostar, le sorprendía la repentina llegada de los dos hombres; y con temblorosa mano, recogíase el moño, que tenía suelto sobre sus espaldas.

—¡Vamos!—repuso Coupeau;—ya que éste ha tenido la delicadeza de rehusar en otro sitio mi invitación, vas tú ahora á regalarnos unas copas... ¡Ah! ¡lo que es esto nos lo debes, en conciencia!

Hacia largo rato que se habían marchado las oficiales. Mamá Coupeau y Naná acababan de acostarse. Entonces Gervasia, que se disponía á cerrar la puerta de la calle cuando llegaron, dejó abierta la tienda, y puso en un ángulo del mostrador copas y los restos de una botella de cognac. Lantier permanecía en pie, evitando el dirigirle la palabra directamente. No obstante, cuando la planchadora le servía, exclamó:

—Unas gotitas nada más, señora, os lo ruego...

Coupeau los miró, y se explicó categóricamente, ¿Iban, por ventura, á hacerse los melindrosos? Lo pasado, pasado estaba, ¿verdad? Si uno conservase rencores al cabo de nueve ó diez años, acabaría al fin por no tener tratos con nadie. ¡No! ¡no, él tenía su corazón en la mano! Ante todo, sabía que trataba con una mujer honrada y con un hombre de honor. ¡Con dos amigos! Por consiguiente, estaba tranquilo, conocía su honradez.

—¡Oh! ¡seguramente!...—repetía Gervasia, con los párpados bajos y sin comprender lo que decía.

—Para mí, ahora ya no es más que una hermana; nada más que una hermana!—murmuró á su vez Lantier.

—¡Pues daos la mano, caramba!—gritó Coupeau,—y mandemos á paseo todo el mundo! Cuando uno tiene corazón, es más dichoso que los millonarios! Yo coloco la amistad ante todo, porque la amistad es la amistad, y nada hay por encima de ella.

L'Assommoir—Tomo I—17

Y al hablar de esta suerte, ibáse aplicando puñetazos en el pecho, con el semblante tan conmovido, que hubieron de tranquilizarle. Los tres, en silencio, trincaron y se echaron al colete su copita. Entonces pudo Gervasia mirar á su gusto á Lantier, por cuanto, la noche del festín, le había visto como á través de una niebla. Había engordado bastante y las piernas y brazos parecía que le pesaban, á causa de su poca estatura. Pero su rostro conservaba hermosos rasgos, bajo la hinchazón de su vida de holganza, y como seguía cuidando con esmero su fino bigote, representaba precisamente su edad, treinta y cinco años. Aquel día llevaba pantalón gris y gabán azul, como un caballero, con su sombrero hongo, y lucía un reloj con cadena de plata, de la que colgaba una sortija, un recuerdo.

—Me voy—dijo.—Vivo allá en el quinto infierno.

Ya estaba en la acera, cuando el plomero le llamó, exigiéndole la promesa de que siempre que pasara por delante de la tienda, entraría á saludarles. Entre tanto Gervasia, que acababa de desaparecer sigilosamente, volvió, empujando delante de sí á Esteban, en mangas de camisa, y el semblante adormilado. El muchacho sonreía, y se restregaba los ojos. Mas cuando divisó á Lantier, quedóse trémulo y perplejo, dirigiendo inquietas miradas á su madre y á Coupeau.

—¿Que no conoces á ese caballero?—preguntóle éste.

Bajó el chico la cabeza, sin contestar. Después, hizo un ligero movimiento, para indicar que conocía á aquel señor.

—¡Pues bien! ¡no te hagas el tonto! vé á darle un beso.

Lantier esperaba, grave y tranquilo. Cuando Esteban se decidió á acercarse á él, inclinóse, ofreció sus dos mejillas y depositó un sonoro beso en la frente del muchacho. Entonces éste se atrevió á mirar á su padre: pero, de improviso, se echó á llorar, escapando como un loco, despechugado, y reñido por Coupeau que le trataba de animal.

—Es la emoción—dijo Gervasia, pálida y conmovida también.

—¡Oh! ¡generalmente es muy amable, muy cariño-

só!—explicaba Coupeau.—Le he dado una educación superior, como veréis... Ya se acostumbrará á vos... Es preciso que conozca á las personas... Por último, aunque sólo hubiese mediado ese chico, no podíamos pasar toda la vida reñidos, ¿verdad? Hace ya mucho tiempo que debíamos haber hecho esto por él, pues primero me dejaba yo cortar la cabeza, que impedir á un padre que viese á su hijo.

Y acto seguido, propuso dar fin á la botella de cognac. Los tres trincaron de nuevo. Lantier de nada se asombraba; era lo que se llama un «tranquilo». Antes de marcharse, y para devolver sus atenciones al plomero, empeñóse en ayudarle á cerrar la tienda. Después, sacudiéndose las palmas de las manos, por limpieza, dió las buenas noches al matrimonio.

—Dormir bien. Voy á ver si pillo el ómnibus... Os prometo volver pronto.

Desde aquella noche, apareció Lantier á menudo en la calle de la Goutte d'Or. Presentábase cuando el plomero estaba allí, informándose de cómo seguían, desde la puerta, fingiendo que entraba únicamente por él. Después, sentado junto al aparador, siempre engañado, afeitado y peinado, hablaba cortésmente, con los modales del hombre que ha recibido esmerada instrucción. De esta suerte los Coupeau fueron adquiriendo detalles sobre su vida. Durante los ocho últimos años, había estado de director, por algún tiempo, en una fábrica de sombreros, y cuando le preguntaban por qué salió de ella, achacaba la culpa á la tacañería de un socio, paisano suyo, un canalla que «se había comido la casa con mujerzuelas». Pero su antiguo título de patrón traslucíase en su persona toda, como un título de nobleza que no podía derogar. Decía continuamente que estaba á punto de realizar un negocio soberbio, pues varias fábricas de sombreros le habían ofrecido establecerle y confiarle intereses enormes.

Entre tanto, pasaba el tiempo sin hacer nada, paseándose al sol, con las manos en los bolsillos, como cualquier rentista. Si alguna vez se lamentaba y alguien se aventuraba á indicarle una fábrica de sombreros en que se necesitasen obreros, dibujábase en sus labios una compasiva sonrisa, y decía que no ha-

ha nacido para morir de hambre, descrismándose para los demás. Sin embargo, el tunantazo, como decía Coupeau, no vivía del aire del cielo. ¡Oh! era un pez muy largo, sabía buscárselas, debía tener alguna industria, pues al fin y al cabo sus apariencias eran de prosperidad, y por fuerza necesitaba dinero para pagar su ropa limpia y sus corbatas de señorito. Una mañana, el plomero le había visto haciéndose lustrar las botas en el bulevar Montmartre. La verdadera razón era que Lantier, muy charlatán tocante á los demás, se callaba ó mentía cuando se trataba de él. Ni siquiera quería decir dónde vivía. No; habitaba en casa de un amigo, lejos, muy lejos, en los quintos infernos, esperando encontrar una buena colocación; y prohibía á sus conocidos que le fuesen á ver, pues nunca estaba en casa.

—Se encuentran diez colocaciones, por cada uná que se pierde—explicaba á menudo.—Mas no vale la pena de encajonarse en sitios donde no se han de pasar ni veinticuatro horas... Un lunes, por ejemplo, llego á casa de Champión en Montrouge. Por la tarde, Champión me encocora hablando de política; sus ideas, en este punto, difieren mucho de las mías. ¡Pues bien! el martes por la mañana me largué de allí, considerando que ya no vivimos en tiempo de esclavos y yo no me vendo por siete francos al día.

Comenzaba el mes de Noviembre. Lantier llevaba con galantería ramos de violetas, que distribuía entre Gervasia y las dos oficialas. Poco á poco multiplicó sus visitas, presentándose casi diariamente. Parecía que quería conquistar la casa, el barrio entero; y comenzó por captarse las voluntades de Clemencia y de la señora Putois, á las que, sin distinción de edad, prodigaba las más corteses atenciones. Al mes las dos oficialas le adoraban. Los Roche, cuyo orgullo lisonjeaba yéndoles á saludar en su portería, se deshacían en elogios sobre su finura. En cuanto á los Lorilleux, cuando supieron quién era aquel señor que llegó á los postres, la noche del festín, principiaron vomitando contra Gervasia sapos y culebras, pues se atrevía á introducir de aquel modo á su antiguo amante, en

su familia. Pero, un día, subió Lantier á su habitación, y se presentó con tan buenas maneras, encargándoles una cadena para una señora amiga suya, que le obligaron á sentarse, entreteniéndole por espacio de una hora, encantados de su conversación; no acertando á comprender que un hombre tan distinguido hubiese podido vivir con la Banbán. Por último, las visitas del sombrerero á los Coupeau ya no indignaron á nadie, y parecían la cosa más natural del mundo; á tal extremo había logrado conquistarse la amistad de toda la calle de la Goutte d'Or. Sólo Gouget permanecía huraño con él.

Si se encontraba en la tienda, cuando el otro llegaba, marchábase al momento, para no verse obligado á trabar conocimiento con tal personaje.

Sin embargo, en medio de aquella boga de cariño hacia Lantier, Gervasia, durante las primeras semanas, pasó mortales zozobras. Experimentaba en el hueco del estómago aquel calor de que se vió abrasada, el día de las confidencias de Virginia. Su gran temor provenía de que dudaba de sus fuerzas si alguna noche su antiguo amante la sorprendía sola y se le ocurría besarla. Pensaba demasiado en él, se sentía demasiado poseída por su recuerdo. Empero, lentamente fuese tranquilizando, al verle tan comedido, que no la miraba cara á cara, y que ni siquiera la tocaba con la yema de los dedos cuando los demás estaban vueltos de espaldas.

Además, Virginia, que parecía leer en su interior, la avergonzaba de sus ruines pensamientos. ¿Por qué había de temblar? Con dificultad podía encontrarse un hombre más galante. De seguro, nada tenía que temer. Y la morena se las compuso un día de manera que, llevándose á los dos á un extremo de la tienda, sacó la conversación al terreno sentimental. Lantier, con acento grave y escogidas frases, declaró que su corazón estaba muerto y que, en adelante, sólo quería consagrarse á la felicidad de su hijo. Jamás hablaba de Claudio, que continuaba viviendo en el Mediodía. Cada noche besaba á Esteban en la frente, no sabía qué decirle si el muchacho se quedaba allí, y le olvidaba en seguida para dirigir unos cuantos cumplidos á Cle-

mencia. Entonces Gervasia, tranquilizada, sentía morir en ella lo pasado. La presencia de Lantier desgastaba sus recuerdos de Plassans y del hotel Boncoeur. Viéndole sin cesar, ya no soñaba en él. Hasta experimentaba una repugnancia instintiva á la idea de sus antiguas relaciones. ¡Oh! aquello había concluído. Si un día se atreviese Lantier á pedirle aquello, le contestaría con un par de bofetones, é inmediatamente se lo diría á su marido. Y, nuevamente, volvía á pensar, sin remordimiento, con dulcísima complacencia, en el buen cariño de Gouget.

Al llegar, una mañana, á la tienda, refirió Clemencia que la vispera, á eso de las once, había encontrado al señor Lantier dando el brazo á una dama. Y esto lo decía con palabras sucias, preñadas de malignidad, para ver qué geta ponía la patrona. Sí, el señor Lantier subía la calle Notre Dame de Lorette; su pareja era una rubia, uno de esos «camellos» de bulevar medio resquebrajado, con el trasero desnudo debajo del vestido de seda. Y les había seguido por curiosidad. El «camello» entró en una salchichería á comprar langostines y jamón. Después, en la calle Rochechouart, el señor Lantier se había estado un rato de plantón en la acera mirando al aire, esperando á que la chica, que había subido sola, le hiciera desde la ventana la señal de que podía subir á su vez.

Mas, en vano razonaba Clemencia su relato con repugnantes comentarios, pues Gervasia continuaba planchando tranquilamente una bata blanca. Por momentos, la narración hacía asomarse á sus labios una leve sonrisa. Esos provenzales, decía, andan siempre alterados por unas faldas de un montón de basura. Y por la tarde, cuando el sombrerero llegó, divirtiéndose escuchando las pullitas de Clemencia que le daba vaya con su rubia. Por lo demás, parecía que le halagaba el que le hubiesen visto. ¡Pardiez! Era una antigua amiga, á la que visitaba de higos á brevas, y cuando sus visitas no pudiesen estorbar; una muchacha muy «chic», con una habitación amueblada de palo santo. Y citaba á amantes de la niña, un vizconde, un rico mercader de loza, y el hijo de un notario

El se pirraba por las mujeres que huelen bien. Y al decir esto, arrimaba á las narices de Clemencia su pañuelo, que la rubia le perfumara, cuando entró Esteban. Entonces, recobró su aspecto grave, besó al chico, añadiendo que aquella escapatoria no traía consecuencias, y que su corazón estaba muerto. Gervasia, inclinada sobre su tarea, movió la cabeza con ademán de aprobación. Y Clemencia fué todavía la que llevó el castigo de su malignidad, pues tenía notado que Lantier la había pellizcado dos ó tres veces como quien no quiere la cosa, y moriase de envidia por no oler á almizcle como el «camello» de bulevar.

Quando llegó la primavera, Lantier, ya como de la casa, declaró que pensaba trasladar su habitación al barrio, para vivir más cerca de sus amigos. La señora Roche y hasta la misma Gervasia se desvivieron por buscar lo que deseaba. Registráronse las calles vecinas. Pero él era muy difícil de contentar; quería un gran patio, exigía un cuarto bajo, en una palabra, todas las comodidades imaginables. Y actualmente, cada noche, en casa de los Coupeau, fingía medir la altura de los techos, estudiar la distribución de las piezas y ambicionar un alojamiento semejante. ¡Oh! no hubiera pedido más, y de muy buen grado se habría arreglado un agujero en aquel rincón tranquilo y abrigado. Después, terminaba cada uno de sus exámenes con esta frase:

—¡Caramba! ¡vosotros sí que estáis á pedir de boca!

Una noche, después de comer con ellos y de soltar su sempiterna frase á los postres, Coupeau, que se había puesto á tutearle, le dijo bruscamente:

—Hombre, si tanto te agrada, puedes quedarte aquí... Veremos de arreglarnos...

Y explicó que el cuarto de la ropa sucia, bien limpiado, se convertiría en una bonita habitación. Esteban dormiría en la tienda, sobre un colchón tendido en el suelo, y paré usted de contar.

—No, no—dijo Lantier,—no puedo aceptarlo. Os molestaria demasiado. Veo que la oferta es de todo corazón; pero tendríamos demasiado calor, unos sobre otros... Además, ya comprendéis, cada cual quiere ser

dueño de sus acciones. Veríame precisado á pasar por vuestra alcoba, y eso no siempre tendría gracia.

—¡Vaya! ¡qué animal!—repuso el plomero soltando el trapo á la risa, y dando palmadas en la mesa para aclararse la voz:—¡siempre piensa en tonterías!... Pero, oye tú, gran bruto, ¿de qué sirve la inventiva? ¿No hay dos ventanas en el cuarto? ¡Pues bien! se abre una hasta el suelo, y ya tenemos una puerta. Y así, como comprendes, te entras por el patio, y nosotros, si queremos, podemos tapiar esta puerta de comunicación. Ni nos vemos, ni nos conocemos; tú estás en tu casa, y nosotros en la nuestra.

Hubo un breve silencio. El sombrerero murmuraba:

—¡Ah! sí, de este modo, no digo que no... Pero, de todas maneras, os molestaría...

Y evitaba mirar á Gervasia, esperando evidentemente una palabra suya para aceptar. A esta la contrariaba mucho el plan de su marido, no porque el pensamiento de ver á Lantier viviendo con ellos la ofendiese, ni la inquietase gran cosa, sino porque no sabría dónde colocar la ropa sucia. Entre tanto, el plomero hacía resaltar las ventajas del arreglo. El alquiler de quinientos francos había sido siempre algo pesado. ¡Pues bien! el camarada les pagaría veinte francos al mes, por su cuarto amueblado, lo cual no sería para él caro, y á ellos les ayudaría á pagar sus trimestres. Añadió, luego, que se encargaba de arreglar debajo de su cama, un gran cajón, donde podría meterse toda la ropa sucia del barrio. Entonces Gervasia vaciló y pareció como si consultase con la mirada á mamá Coupeau, á la que Lantier había conquistado hacía meses, llevándole pastillas de goma para su catarro.

—No nos molestaríais, estoy segura—acabó por decir.—Habría medio de arreglarse...

—No, no, gracias—repitió el sombrerero.—Sois demasiado amables. Sería abusar.

Coupeau, esta vez estalló. ¿Por ventura había de continuar llamándose andana toda la noche? ¿No le decían que la oferta era de buen corazón? ¿No comprendía que hasta les hacía favor? Después, con voz furibunda, gritó:

—¡Esteban! ¡Esteban!

El chico, que estaba dormido sobre la mesa, levantó la cabeza sobresaltado:

—Oye, dile á ese caballero... que también quieres tú... díselo bien fuerte; ¡lo quiero!

—¡Lo quiero!—tartamudeó Esteban, con la lengua entorpecida por el sueño.

Todos se echaron á reír. Mas Lantier no tardó en recobrar su aire grave y pensativo, y estrechando la mano de Coupeau por encima de la mesa:

—Acepto—dijo.—En prueba de buena amistad de una y otra parte ¿verdad? Sí; acepto por el niño.

Al siguiente día habiendo ido el propietario señor Marescot á pasar una hora en la portería, le habló Gervasia del asunto. Principió mostrándose inquieto, negándose, enfadándose, como si le hubiese pedido permiso para derribar todo un costado de la casa. Luego, después de una minuciosa inspección de los lugares, cuando hubo mirado al cielo para ver si los pisos superiores podrían hundirse, acabó por dar su permiso, con la condición expresa de que, por su parte, no corría gasto alguno, y los Coupeau hubieron de firmarle un documento por el cual se comprometían á restablecer las cosas tal como estaban, el día que se terminase el contrato de arriendo. Aquella misma noche el plomero llevó unos camaradas, un albañil, un carpintero, un pintor, buenos chicos, que harían aquella chapuza después de las horas de jornal, para complacer á su amigo. La colocación de la nueva puerta y la limpieza de la habitación no dejaron de costar, sin embargo, un centenar de francos, sin contar los tragos que se echaron para refrescar la tarea. El plomero les dijo á sus camaradas que les pagaría más adelante, con el primer dinero que recibiese de su huésped. Después, tratóse de amueblar el cuarto. Gervasia dejó en él el armario de mamá Coupeau, añadió una mesa y dos sillas de su propia alcoba y por último fué preciso comprar un tocador y una cama, con sus colchones y demás, total ciento treinta francos, los que se comprometió á pagar á razón de diez francos por mes. Si durante una decena de meses los veinte francos de Lantier se encontraban engullidos de antemano por las deudas contraídas, más adelante obtendrían una bonita utilidad,

La instalación del sombrerero tuvo lugar á primeros de junio. El día anterior, habíase ofrecido Coupeau á ir á buscar su maleta, para ahorrarle los treinta sueldos de un coche. Pero el otro se halló perplejo, y dijo que su maleta pesaba demasiado, como si hubiese querido ocultar, hasta el último momento, el sitio donde vivía. A eso de las tres, llegó. Coupeau no estaba en casa. Y Gervasia, á la puerta de la tienda, púsose sumamente pálida, al reconocer la maleta que venía sobre el coche. Era su antigua maleta, la maleta con que hicieron el viaje desde Plassans, actualmente des-pellejada, rota y sujeta con cuerdas. Velale volver, del mismo modo que lo había soñado á menudo, y hasta podía figurarse que el mismo coche, aquel coche en que la zorrana de la bruñidora se había burlado de ella, era el que á la sazón le traía. Entre tanto, Boche ayudaba á Lantier. La planchadora les siguió, muda, algo atontada. Cuando hubieron dejado el bulto en mitad del cuarto, exclamó, por decir algo:

—¡Ea! ¡ya está listo ese negocio!

Después, repuesta ya, y viendo que Lantier, ocupado en desatar las cuerdas, ni siquiera la miraba, añadió:

—Vaya un traguito, señor Boche.

Y salió á buscar una botella y copas. Precisamente en aquel momento, Poisson, de uniforme, pasaba por la acera. Hízole la planchadora una seña, guiñando un ojo y sonriendo. El municipal comprendió al momento. Cuando estaba de servicio y le miraban parpadeando, significaba que le ofrecían un vaso de vino. Hasta á veces paseábase horas enteras por delante de la tienda, esperando el consabido guiñito. Entonces, para no ser visto, pasaba por el patio y se echaba el trago al colete, recelándose.

—¡Ja! ¡ja!—exclamó Lantier al verle entrar.—¡Vos por acá, Badingue!

Llamábale Badingue (1) en broma, para mofarse del emperador. Poisson lo toleraba, con su aspecto rígido,

(1) *Badingue*: Apodo que daban á Luis Napoleón. Parece ser que tal era el apellido del albañil en cuyo traje se evadiera el príncipe, de la fortaleza de Ham. «Con este disfraz, dice Audebrand, atravesó tres patios, varias filas de soldados, grupos de carceleros y de albañiles. En el momento de

sin que pudiese saberse si el mote le cargaba en el fondo. Además, los dos, aun cuando separados por sus convicciones políticas, eran muy amigos.

—Ya sabéis que el emperador fué municipal en Londres—dijo á su vez Boche.—Sí ¡palabra! y recogía de la calle las mujeres borrachas.

Entre tanto había llenado Gervasia tres vasos de vino. No quería beber porque sentía demasiado turbado su corazón. Mas permanecía quieta, contemplando cómo Lantier sacaba las últimas cuerdas, presa del deseo de ver lo que encerraba la maleta. Recordaba un rincón de la misma, que contenía un montón de calcetines, dos camisas sucias y un sombrero viejo. ¿Estarían allí todavía estas prendas? ¿iba á ver de nuevo aquellos guiñapos de su pasado? Lantier, antes de levantar la tapa, tomó su vaso y brindó:

—A vuestra salud.

—A la vuestra—contestaron Boche y Poisson.

La planchadora volvió á llenar los vasos. Los tres hombres enjugábanse los labios con la mano. Por último, abrió el sombrerero la maleta. Estaba llena de una mezcla de periódicos, de libros, de vestidos viejos y de ropa blanca empaquetada. Sacó de allí sucesivamente una cacerola, un par de botas, un busto de Ledru-Rollin, con la nariz rota, una camisa bordada y un pantalón de trabajo. Y Gervasia, inclinada, aspiraba un olor de tabaco, un olor de hombre sucio, que sólo se cuida del traje exterior. No, ya no estaba en aquel rincón el sombrero viejo. En su lugar veíase un lío, nuevo para ella, tal vez un regalo de mujer. Entonces, calmóse, y experimentó una vaga tristeza siguiendo con la vista los objetos que salían y preguntábase si serían de su tiempo ó del tiempo de las otras.

—Veamos, Badingue, ¿no conocéis esto?—repuso Lantier.

Y le presentó un pequeño volumen, impreso en Bruselas. «Los amores secretos de Napoleón III», adornado

salir, había excitado la curiosidad, bastante inquieta de dos de estos últimos, que se admiraban de no reconocerle, cuando uno de ellos dijo al otro. No, no es Berton, sino Badingue.—Y de ahí vino ese apelativo, desde entonces popular.» (N. del T., tomada de Rigaud.)

con láminas. Refirióse en él, entre otras anécdotas, cómo el emperador había seducido á una muchacha de trece años, hija de un cocinero; y la lámina representaba á Napoleón III, sin pantalones, ostentando en su pecho el gran cordón de la Legión de Honor, persiguiendo á una moza que procuraba escapar á su lujuria.

—¡Magnífico! ¡soberbio!—exclamó Boche, cuyos instintos cazurramente voluptuosos se sentían halagados. —¡Así sucede siempre!

Poisson estaba helado de sorpresa, consternado, sin acertar á encontrar una palabra para defender al emperador. Aquello lo decía un libro; imposible negarlo, pues. Entonces, como quiera que Lantier le arrimaba más y más á las narices la lámina aquella, con ademán socarrón, dejó escapar esta exclamación, poniendo el brazo en jarras:

—Bien ¿y qué? ¿por ventura eso no es natural?

Cerró Lantier la boca ante esta respuesta. Colocó sus libros y sus periódicos en un estante del armario, y como manifestase disgusto por no tener una pequeña estantería de libros encima de la mesa, prometióle Gervasia que se la procuraría. Poseía la «Historia de diez años», de Luis Blanc, exceptuando el tomo primero que, á decir verdad, nunca había tenido; los «Girondinos», de Lamartine, por entregas de á dos sueldos; los «Misterios de París», de Eugenio Sué, sin contar un montón de librotos filosóficos y sociales recogidos en las prenderías. Mas lo que acariciaba especialmente con tierna y respetuosa mirada, eran sus periódicos; colección que venía formando desde hacía años. Cada vez que en el café leía un artículo de efecto y conforme con sus ideas, compraba un número del periódico y lo guardaba. Así, pues, había llegado á poseer un enorme paquete de periódicos, de varias fechas y títulos, amontonados sin orden alguno. Cuando hubo sacado del fondo de la maleta aquel paquete, dióle unas cuantas palmaditas amistosas, diciendo á los otros dos individuos:

—¿Veis esto? pues bien, es de superior calidad; nadie puede jactarse de poseer una colección tan selecta... Lo que hay ahí dentro, no podéis imagináros-

lo. En resumen, si se pusiese en práctica la mitad de estas ideas, quedaría de un golpe purgada la sociedad. Sí, nuestro emperador y todos sus espías se irían al...

Mas interrumpió el municipal, cuyos bigotes y perilla rojos temblaban en su pálido rostro:

—¿Y el ejército? ¿qué haríais del ejército?

Entonces Lantier exaltóse. Y gritaba, dando fuertes puñetazos sobre los periódicos:

—Quiero la supresión del militarismo, la fraternidad de los pueblos... quiero la abolición de los privilegios, de los títulos y de los monopolios... quiero la igualdad de los salarios, el reparto de los beneficios, la glorificación del proletariado... todas las libertades ¿lo entendéis? ¡todas, todas!... Y el divorcio...

—¡Sí, sí! ¡el divorcio por respeto á la moral!—apoyó Boche.

Poisson, que había adoptado un aire majestuoso, respondió:

—Por consiguiente, si yo no quiero esas libertades vuestras, tendré el derecho de pasarme sin ellas.

—¡Si no queréis! ¡si no queréis!—tartamudeaba Lantier, á quien la pasión sofocaba.—¡No tal, no tenéis ese derecho!... Si no queréis, os mandaré á Cayena, sí, á Cayena, con vuestro emperador y todos los marranos de su pandilla.

Así se querellaban en cada una de sus entrevistas, y Gervasia, que no gustaba de contiendas, intervenía ordinariamente á poner paz. El sesgo que tomaba la actual la sacó del amodorramiento en que la tenía sumida la vista de aquella maleta impregnada del perfume corrompido de su antiguo amor, y mostró los vasos á los tres hombres.

—Es verdad—dijo Lantier, súbitamente calmado y tomando su vaso.—A la vuestra.

—A la vuestra—contestaron Boche y Poisson, chocando sus vasos con el suyo.

Entre tanto Boche mecía el cuerpo de un lado á otro, torturado por cierta inquietud y mirando al municipal con el rabo del ojo:

—Esto, para entre nosotros, ¿verdad, señor Poisson? —murmuró al fin.—Os enseñan y os dicen unas cosas...

Mas Poisson, sin dejar que acabara, púsose la manó en el pecho como para indicar que todo lo dicho quedaba allí sepultado. No era el hombre capaz de delatar á sus amigos. En esto llegó Coupeau. Apuraron una segunda botella, y el municipal se largó luego por el patio, recobrando al llegar á la acera su andar tieso y sereno, á pasos contados.

Al principio, todo anduvo trastornado en casa de la planchadora. Verdad es que Lantier tenía su cuarto separado, su puerta de entrada, su llave; pero como á última hora habían decidido no condenar la puerta de comunicación, acontecíale, lo más á menudo, pasar por la tienda. La ropa sucia molestaba mucho también á Gervasia, por cuanto su marido no se ocupaba del gran cajón de que hablara, y de consiguiente veíase obligada á meter la ropa en cualquier sitio, en los rincones y principalmente debajo de su cama, lo cual carecía de atractivo durante las noches de verano.

Finalmente, cargábala sobremanera tener que hacer cada noche la cama de Esteban en medio de la tienda; cuando las oficiales velaban, el muchacho tenía que dormirse en una silla, esperando á que concluyera la tarea. Así, pues, habiéndole hablado Gouget de mandar á Esteban á Lille, donde su antiguo patrón, fabricante de máquinas, necesitaba aprendices, sedújola este plan tanto más cuanto que el chico, poco contento en la casa y deseando ser dueño de sus acciones, le suplicaba que accediese. Unicamente temía Gervasia una negativa rotunda por parte de Lantier, quien había venido á vivir á su casa solamente con el objeto de estar cerca de su hijo y no quería separarse de él á los quince días después de su instalación. No obstante, cuando le habló del asunto temblando, Lantier aprobó el proyecto diciendo que los jóvenes obreros necesitan viajar algún tiempo para instruirse. Y la mañana en que se despidió Esteban espetóle un discurso sobre sus derechos y después le abrazó, diciendo con énfasis:

—Acuérdate de que el productor no es un esclavo, y de que todo el que no es productor es un zángano.

Entonces todo volvió á encauzarse, calmándose y adormeciéndose en nuevos hábitos. Gervasia habíase

acostumbrado al desorden de la ropā sucia, á las entradas y salidas de Lantier. Este hablaba continuamente de sus grandes negocios; á veces salía muy compuesto, muy peinado, con camisa limpia, desaparecía, dormía fuera de casa y regresaba fingiendo estar molido y con la cabeza atontada como si hubiese estado discutiendo, por espacio de veinticuatro horas, gravísimos intereses. La verdad era que se daba una vida regalona. ¡Oh! ¡no había peligro de que le salieran callos en las manos! Generalmente se levantaba á las diez, daba un paseo al medio día, si el calor del sol le agradaba, ó bien, los días de lluvia permanecía en la tienda, leyendo su periódico. Aquel era su centro, allí rebosaba de contento entre las faldas, arribábase cuanto podía á las mujeres, adorando sus palabras verdes, incitándolas á pronunciarlas, á la vez que él por su parte se esmeraba en usar un lenguaje fino; y esto explicaba la razón de que le agradase tanto rozarse con las planchadoras, que generalmente nada tienen de gazmoñas. Cuando Clemencia le refería alguna de las suyas, escuchábala tierno y sonriente, atusando su fino bigote. El olor del taller, aquellas mujeres sudando y moviendo las planchas con sus brazos desnudos, todo aquel rincón semejante á una alcoba donde se arrastraban las ropas íntimas de las mujeres del barrio, parecía ser para él el agujero soñado, un refugio, largo tiempo buscado, de pereza y de goce.

Al principio comía Lantier en casa de Francisco, esquina de la calle des Poissonnieres, pero de los siete días de la semana comía con los Coupeau tres ó cuatro veces, de manera que acabó por proponerles que comería definitivamente con ellos, dándoles por tal concepto quince francos cada sábado. Desde entonces, ya no salió de la casa, instalándose en ella por completo. Veíasele de la mañana á la noche pasar de la tienda á la habitación interior, en mangas de camisa, hablando alto, dando órdenes; hasta contestaba á las parroquianas; en una palabra, dirigía la tienda.

No encontrando de su gusto el vino de Francisco, persuadió á Gervasia á fin de que en lo sucesivo lo comprase en casa de Vigoroux, el carbonero de al lado, á cuya mujer iba á pellizcar en compañía de Boche,

al hacer los pedidos. Después encontro mal cocido el pan de Coudeloup y envió á Agustina á comprarlo á la panadería vienesa del faubourg Poissonniere, á casa de Meyer. Substituyó también á Lehongre, el droguero, y sólo conservó al carnicero de la calle Polonceau, el grueso Carlos, á causa de sus opiniones políticas. Al cabo de un mes, quiso que todo se guisara con aceite, por lo cual Clemencia decía, bromeando, que de todas maneras habia de salirle la mancha de aceite al maldecido provenzal. Hacía él mismo las tortillas, fritas por los dos lados, más tostadas que buñuelos y tan duras, que podian confundirse con galletas. Vigilaba á mamá Coupeau, exigía los beefsteacks muy cocidos, como suela de zapato, añadiendo ajos á todos los guisos, enfadándose si se picaban hierbas en la ensalada las cuales decía que eran malas y á veces podía escurrirse entre ellas alguna venenosa. Pero su gran regalo consistía en cierta sopa de fideos, cocida en agua, muy espesa, en la cual echaba media botella de aceite. Sólo él y Gervasia la comían, puesto que los otros, los parisienses, un día que se atrevieron á probarla, por poco echan las tripas.

FIN DEL TOMO PRIMERO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



E
P
A
V.